CASANOVA Y LA MUJER SIN ROSTRO

Olivier Barde-Cabuçon

Siruela/ Policiaca

Olivier Barde-Cabuçon

Casanova y la mujer sin rostro

Un caso del comisario
de las muertes extrañas

Traducción del francés de
Teresa Clavel

Siruela
Nuevos Tiempos / Policiaca

Índice

Cubierta
Portadilla
Casanova y la mujer sin rostro
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
Epílogo
Notas
Créditos

Casanova y la mujer sin rostro

Para Christine y Thibault, y para toda mi familia.

Voy a donde quiero, escucho a quien me encuentro,
respondo a quien me place; juego y pierdo.

CRÉBILLON HIJO

I

Nada de cuanto existe ha ejercido
jamás en mí un poder tan fuerte
como un bello rostro de mujer.

CASANOVA

La noche había invadido la ciudad de París y cubría con un velo negro el carruaje detenido en medio de la calle desierta. Embutido en un abrigo oscuro, el cochero retenía con mano firme a los caballos, que se agitaban nerviosos. Una fina silueta descendió del coche. La capucha del abrigo ocultaba convenientemente las facciones de una joven. En las paredes, las sombras alargaban sus dedos ganchudos hacia ella. Un caballo se encabritó. El cochero miraba al frente, impasible.

–Es tarde, llevad cuidado, hija mía. ¡La gente de bien es amante del día y la gente mala prefiere la noche!

La voz procedía del interior del carruaje. Aunque bien timbrada y agradable al oído, sonaba cansada. Como movido por una señal invisible, el coche se puso en marcha con un estruendo de madera y hierro. La desconocida se estremeció. Estaba sola, con los blancos dedos apretados como si se dispusiera a asestar un golpe. La oscuridad borraba los puntos de referencia familiares, sugiriendo a los ojos formas fantásticas. En su infancia, su madre, con los relatos que le contaba durante las veladas, había poblado sus noches, sin saberlo, de duendes, ladrones y fantasmas. Por un instante le pareció oír un ruido de pasos y se detuvo para prestar más atención. Solo el silencio le respondió.

En ese instante, las nubes se disiparon y la luna arrojó un pálido rayo de luz sobre la calle, mostrando la entrada de un pequeño patio, a cuyo fondo destacaba el resplandor rojizo de un horno de pan. La joven hizo un ademán de alegría. Una risa cristalina escapó de su garganta y echó a andar apresuradamente en dirección a esa luz vacilante.

La noche fue entonces traspasada por un gesto rápido. Una sombra creció desmesuradamente sobre las paredes y siguió sus pasos. Muy pronto, un grito desgarrador atravesó las tinieblas.

Era una suave noche de primavera del año 1759. La claridad de las lámparas de aceite y de los faroles de velas había atraído a los curiosos como fascinadas mariposas nocturnas. El comisario del barrio tragó saliva antes de apartar los ojos del espectáculo sangriento que tenía delante.

–Muerta –dijo–. Todavía no sé por qué ni cómo, pero le han arrancado toda la piel de la cara. ¡Nadie podrá reconocerla en este estado!

–¡Parece que la haya devorado un lobo! –dijo uno de los oficiales que lo acompañaba.

Se oyó una exclamación sofocada antes de que el murmullo se extendiera entre los asistentes allí apiñados.

–¡Los lobos! ¡Los lobos han entrado en París!

El comisario de barrio lanzó una mirada asesina al policía que acababa de hablar.

–¡La próxima vez guardaos vuestra opinión!

El hombre pareció encogerse sobre sí mismo. Al retroceder, fue a chocar con un personaje grave y de semblante impasible, que acababa de llegar y contemplaba la escena en silencio.

–¡Ah! –dijo el comisario de barrio con cierta contrariedad–, sois vos, señor comisario de las muertes extrañas. ¿Quién demonios os ha avisado, señor de Volnay? Habéis acudido con presteza, ¿acaso no dormís nunca?

Volnay dio un paso adelante. Era un hombre joven, alto, con un rostro bastante agradable, pero de mirada sombría y actitud severa. La luna delataba con crudeza los contornos de su rostro. No llevaba peluca y sus cabellos, negros como el plumaje de un cuervo, largos y agitados por una brisa ligera, flotaban tras él. Una cicatriz que partía del rabillo de su ojo derecho, subía hasta aquella sien cargada de preguntas. Iba sobriamente vestido con una casaca negra iluminada por una camisa blanca, una chorrera y una corbata. Pese a lo avanzado de la hora, su aspecto era impecable. Sin responder al comisario de barrio, se arrodilló y recorrió con la mirada el cadáver, de la cabeza a los pies, antes de volverse hacia su colega.

–Quiero que lleven este cuerpo para examinarlo, no al depósito del Châtelet, sino a casa de quien vos sabéis.

El comisario de barrio se estremeció e intentó protestar.

–¡Acabáis de llegar! ¡Dejadnos iniciar la investigación antes de decidir si se trata de un caso que compete a la policía científica!

Volnay ni siquiera le dirigió una mirada.

–Sabéis que, por disposición real, tengo autoridad sobre todas las muertes extrañas de París –dijo en un tono que no admitía réplica–. Y, como podéis constatar, nos hallamos en presencia de una víctima a la que le han arrancado cuidadosamente la piel del rostro para que resulte irreconocible.

De un arquero de la patrulla cogió la linterna sorda que empuñaba y la vela de sebo tiñó el cuerpo de una luz mortecina.

–Habéis observado también que ningún rastro de sangre mancha las prendas de esta mujer. La mataron, pues, antes de quitarle la ropa, a continuación la

mutilaron y luego volvieron a vestirla para dejarla aquí. De hecho, a pesar de que vuestros agentes lo han pisoteado todo y probablemente han destruido los indicios, no he visto ningún rastro o reguero de sangre en los alrededores.

El comisario de barrio meneó la cabeza y dejó escapar un prolongado suspiro.

–¡Hiláis muy fino!

–Si tenéis la bondad de formar un cordón policial para mantener a todo el mundo a distancia... –prosiguió Volnay, imperturbable–. Quiero que estemos solos en el escenario del crimen.

Esperó a que fueran impartidas las órdenes y cogió las manos de la víctima para examinarlas atentamente.

–Están bien cuidadas y no presentan ninguna marca de trabajos manuales –murmuró, pensativo–. Se trata de alguien de cierta posición...

–O de una prostituta de los barrios distinguidos.

Volnay no contestó al comentario, pero su mirada recorrió el cuerpo de la muerta, rozando su pecho antes de detenerse en su cuello. Sus dedos finos y largos cogieron con delicadeza una cadenita y su medalla, que tenía grabada una Virgen. En el reverso había una inscripción en latín, que no tuvo ninguna dificultad en traducir:

–«Dios nos preserve del diablo»... –Volnay esbozó una sonrisa cortante, volviéndose hacia su colega–. ¡Una extraña prostituta, en tal caso!

Se incorporó a medias y examinó metódicamente las inmediaciones; pero había pasado tanta gente junto al cuerpo antes de su llegada que ya era imposible distinguir nada. Sacó, pues, un carboncillo y un papel de uno de sus bolsillos y empezó a dibujar el cuerpo y los alrededores. El comisario de barrio sonrió divertido.

–Así que lo que dicen de vos es verdad: dibujáis de maravilla. ¡Habéis malogrado vuestra vocación!

Volnay le lanzó una mirada fría. Sus ojos azules podían adoptar en ocasiones la textura del hielo.

–Todos los detalles tienen su importancia, yo tomo nota de todo, y no solo en mi memoria. Un asesino puede dejar señales de su presencia en un lugar igual que un caracol marca su paso con la baba. La observación es la fuente de nuestro trabajo. Por ejemplo, ¿podríais decirme cuántas personas de las primeras filas, entre la multitud que hay a mi espalda, van con ropa de cama?

–Mmm...

–Seis –dijo Volnay con calma, sin dejar de dibujar–. A no ser que haya llegado alguna más en el último minuto. ¿Es correcto?

–¡Vive Dios, sí!

–Me gustaría que vuestros hombres las interrogaran. Si van vestidas así, es

porque viven cerca y han sido alertadas por el ruido. Quizá hayan visto algo o a alguien...

En ese instante fueron interrumpidos por el chirrido de las ruedas de una carreta sobre los adoquines. El comisario de barrio dio un respingo y tragó saliva con dificultad al ver al recién llegado. Volnay levantó una ceja.

–¡Ah, aquí está! Había mandado que lo avisaran. Como podéis constatar, solo el diablo es más rápido que él.

La silueta oscura de un hombre cubierto con una cogulla se perfilaba en el asiento del conductor. Era un monje y llevaba la capucha puesta para ocultar el rostro. Ante esa aparición fantasmagórica, entre la multitud algunos se santiguaron. En silencio, se apartaron temerosamente de la carreta.

–Por cierto, ¿quién ha descubierto el cuerpo? –preguntó con sequedad el comisario de las muertes extrañas.

–Este gentilhombre.

Volnay echó un vistazo al individuo de alta estatura que le señalaban y, al reconocerlo, su semblante mostró su contrariedad. El gentilhombre se acercó con paso seguro. Su rostro de tez mate era agradable. Llevaba con elegancia un traje de terciopelo amarillo oscuro con pequeños motivos florales y botones forrados de hilo de plata. La chorrera que lucía sobre el pecho y los volantes de las mangas eran de encaje de bolillos. De toda su persona se desprendía un irresistible entusiasmo y una alegría natural.

–Soy el caballero de Seingalt –dijo amablemente.

–Sé quién sois, señor Casanova –contestó tranquilamente Volnay.

¿Quién no había oído hablar de Giacomo Girolamo Casanova, el veneciano, alternativamente banquero, estafador, diplomático, oficial, espadachín, espía o mago, y siempre, por supuesto, seductor? Casanova era un mito que caminaba precedido por su fama.

A juzgar por su expresión, era evidente que la moral de Volnay reprobaba la vida tan disoluta de seres como Casanova, que se acostaba con muchachas apenas púberes y a veces incluso con la madre y la hija juntas.

–¡Soy el caballero de Seingalt! –insistió el otro, empeñado en que le reconocieran su título–. ¡He sido condecorado con la orden de la Espuela de Oro por el papa en persona!

–¿Y quién no lo ha sido? –replicó Volnay frunciendo el entrecejo.

Sabía perfectamente que Casanova se había sacado de la manga ese título de caballero de Seingalt. A los que se burlaban, este les contestaba con insolencia que no tenían más que hacer lo mismo que él. Volnay lo contempló tranquilamente. No sentía una simpatía especial por esa clase de individuos, pero este en concreto era íntimo de los grandes de este mundo o, al menos, se esforzaba en parecerlo. Desde su llegada a París, tres años antes, su energía, su

vivacidad y su ingenio lo habían introducido en la elite de la sociedad. Frecuentaba tanto a la nobleza más distinguida, como al mariscal de Richelieu o a la duquesa de Chartres, como a la elite intelectual del país. Había que ser prudente con él.

–¿Cómo habéis descubierto el cadáver? –preguntó en un tono neutro.

–Pues estaba acompañando a una encantadora muchacha a su casa... Como sabéis, nada de cuanto existe ha ejercido sobre mí un poder tan fuerte como un bello rostro de mujer. Resumiendo, mientras caminábamos, simple y llanamente tropezamos con este cuerpo. Me agaché, aparté la capucha y... mi acompañante gritó.

–¿Al encontrar a la muerta, o un poco antes, visteis a alguien en los alrededores?

–A nadie, comisario.

Sin pronunciar palabra, Volnay se volvió y se arrodilló de nuevo junto al cadáver, obligándose a examinar la máscara ensangrentada del rostro para comprender cómo había actuado el asesino. ¿Un lobo? Indudablemente no, con toda probabilidad algo peor...

La luna bañaba la escena con una luz plateada. Volnay reprimió de pronto un juramento. Trastornado por el rostro de la muerta, había olvidado registrar el cadáver y ahora, maquinalmente, sus manos habían palpado y sacado casi sin querer una carta de un bolsillo de la víctima. Su mirada se topó con el sello y una oleada de indignación lo invadió al percatarse de que Casanova no le había quitado los ojos de encima.

–¡Comisario, una carta en el bolsillo de la muerta!

–Os equivocáis, caballero –dijo Volnay, concediéndole esta vez su título usurpado–. Esta carta ha caído de mi manga.

–Os aseguro que...

Volnay le dirigió una mirada fría.

–¡Os digo que es mía!

Casanova se calló y lo observó con curiosidad.

Entre la muchedumbre que los rodeaba, un hombre vestido de negro no apartaba la mirada de Volnay ni un segundo. Era alto y delgado como un carámbano. Su rostro lampiño sorprendía por la extrema blancura de la piel, incluida la de la despoblada cabeza. Recordaba una flor marchita en el extremo de un largo tallo. Sus ojos eran de un gris tan desvaído que parecían totalmente desprovistos de color. No tenían ni un ápice de humanidad.

El hombre siguió atentamente todos los gestos del policía y se volvió al llegar la carreta conducida por el monje, que esperó con toda tranquilidad a que cargaran el cadáver. Frunció el entrecejo como si intentara recordar en qué

ocasión había visto al extraño personaje que suscitaba miedo y extrañeza a su alrededor. Su rostro se iluminó entonces con una sonrisa maligna que no llegó a los ojos. Su boca escupió un juramento silencioso al tiempo que su mano esbozaba una rápida señal de la cruz.

Observó después con interés la presencia de Casanova, pero, cuando Volnay se guardó subrepticiamente la misiva en el bolsillo, se le escapó una breve exclamación de estupor. Las facciones de su rostro se endurecieron y, tras un instante de vacilación, se apartó de la multitud para alejarse precipitadamente como alma que lleva el diablo.

Era muy tarde cuando el policía regresó a su casa. Toda clase de sombras invadían la noche. Mantuvo la mano en la empuñadura de su espada durante todo el camino, atento a las siluetas furtivas con las que se cruzaba y a las que permanecían ocultas detrás de los pilares o bajo los saledizos de las casas. Todas las mañanas, los limpiabotas recogían del suelo cadáveres de transeúntes imprudentes.

La calle de la Porte-de-l'Arbalète llevaba a la de Saint-Jacques por un pasaje empedrado y bordeado de guardacantones. A determinada altura, este se abría a una sucesión de tres patinillos, el primero, de ladrillo y piedra con un pozo con brocal en el centro, el segundo, más pequeño, y el tercero, minúsculo y ocupado casi todo él por una acacia. Allí vivía Volnay, feliz con su soledad y con su árbol, que entreveía desde todas las ventanas de su casita de una sola planta. La acacia era como un símbolo de vida en aquel lugar desierto, un nexo entre la tierra, que tan mal iba, y el cielo, indiferente a su desdicha.

Entró y cerró pesadamente la puerta. Una gran estancia le servía de salón, despacho y comedor. La vivienda de Volnay solo tenía razón de ser y coherencia en función de los libros. Estos invadían su morada, sembrando las paredes de manchas ocres y doradas a la luz de las velas, que con un destello inesperado iluminaban uno u otro lugar. Eran libros encuadernados en piel o pergamino, con cubiertas tachonadas y guardas estampadas. Su presencia y el lugar que ocupaban en la casa indicaban tanto la extensión del mundo interior de su propietario como sus límites. Dos butacas desparejadas y una mesa de madera sobre la que descansaban unos bonitos candelabros los miraban de frente con determinación. En las paredes, unos tapices ajados, probablemente herencia familiar, daban un toque de delicadeza inesperado.

–¿Cómo estás, amiga mía?

La pregunta iba dirigida a una magnífica cotorra que lo miraba a través de los barrotes de su jaula. Tenía una larga cola y lucía un plumaje negro con reflejos violáceos en la parte superior del cuerpo, el pecho y la cabeza, blanco en el vientre, los costados y la base de la alas, y verdusco en la cola.

–¿No contestas? ¿Estás enfadada?

El pájaro guardó silencio. Volnay se encogió ligeramente de hombros y se acercó a los estantes de su biblioteca. Escogió un libro de vitela roja, cuya cubierta acarició amorosamente antes de acomodarse en su butaca preferida, junto a la chimenea provista de una pila de leños apagados. Tras un instante de vacilación, dejó el libro sobre un velador y sacó del bolsillo la carta sustraída a la joven muerta. El único motivo por el que había actuado de ese modo inusual, ante las narices del caballero de Seingalt, era que el sello había atraído su atención. Contempló ahora con tristeza ese sello y suspiró. ¡Era el del rey!

«¿Por qué ha tenido que caer en mis manos?»

Sombríos pensamientos habían atravesado la mente de Volnay. El estado de depravación del monarca parecía no tener límites. Se rumoreaba que mandaba comprar o robar a sus padres niños que iban a poblar los desvanes del palacio para satisfacer su apetito de lujuria. Volnay sabía que en Versalles, en el barrio que llamaban Saint-Louis o Parque de los Ciervos, una o varias casas secretas le servían de lugar de citas con núbiles coquetas. Y cuando de esas relaciones culpables nacía un bastardo real, se le arrebataba sin miramientos a su infortunada madre para dejarlo a cargo de una nodriza.

«¿Y si esa joven venía del lecho del rey?»

Madame de Pompadour, favorita de Luis XV, era quien había instalado a jovencísimas muchachas en esas casas del Parque de los Ciervos para responder a los deseos regulares del rey. Ella no se encontraba capaz de satisfacer por sí misma esa sensualidad real desbordante. Temiendo perder su posición, se le había ocurrido ofrecerle los placeres que exigía seleccionando personalmente a jóvenes poco esquivas y de baja extracción social, que no sabían nada de las intrigas de la corte. De ese modo controlaba la aparición de una posible rival y velaba para que ninguna de las amantes del rey adquiriera demasiado poder sobre él. Después casaba a las chicas con un miembro de la casa real para desembarazarse de ellas.

Volnay se había preguntado a menudo cómo podía conciliar Luis XV sus vicios y su temor de Dios. Pero este se consideraba rey por derecho divino y pensaba que el infierno estaba reservado para los demás. Además, ¡después de sus retozos hacía rezar a las desdichadas criaturas de las que abusaba para no ser condenado!

Volnay, pensativo, miraba y remiraba la misiva sin atreverse a romper el lacre. No solo la historia del harén oculto de las jóvenes amantes del rey era de dominio público, sino que corrían por París los rumores más descabellados. Según estos, el rey estaba leproso como consecuencia de sus excesos y tenía que tomar baños de sangre de niño para no morir.

«¿Y si esa joven venía del lecho del rey? –se repitió–. ¿Qué debería hacer?»

Su mente lógica y deductiva ya había llegado a la conclusión de que quizá un día se viera obligado a devolver esa carta a su propietario. Por lo tanto, era más prudente no romper el sello de cera pese a su profunda curiosidad. La contrariedad le hizo maldecir entre dientes.

–¡Y pensar que a ese bribón redomado de Casanova no se le ha escapado ni un detalle! –exclamó Volnay en voz alta, consternado–. ¡Casanova!

–¡Casa! ¡Casa!

El policía dio un respingo y su mirada se dirigió hacia la espaciosa jaula donde estaba la cotorra de bello plumaje.

–¡Casanova es un idiota! –le dijo, sonriendo.

–¡Casa es idiota! ¡Casa es idiota! –repitió dócilmente el pájaro.

Volnay se echó a reír.

Casanova había maniobrado de maravilla, bebiendo poco pero sin dejar de llenar una y otra vez la copa de su adversario, perdiendo al principio para hacer subir las apuestas antes de darle la puntilla al otro, súbitamente sobrio.

–Caballero, he jugado poniendo como garantía mi palabra...

El veneciano se arrellanó en el sillón con una ligera sonrisa en los labios.

–Normalmente, Joinville, cuando uno juega, lleva dinero encima –dijo con calma.

El otro se encogió de hombros y pidió de beber. Observaba con inquietud el rostro de Casanova, del que había desaparecido todo rastro de amabilidad. Se encontraban en un antro lleno de humo, donde los orígenes sociales eran lo de menos mientras se pudiera poner sobre la mesa una moneda contante y sonante. Se jugaba allí a la malilla, al faraón, al bisbís y a los cientos. Mujeres de pechos generosos se apoyaban en los hombros de los jugadores afortunados. Una de ellas, que llevaba medias de seda rosa, atrajo un instante la atención del caballero de Seingalt; luego, la mirada de este se posó de nuevo con frialdad en su deudor. Casanova solo mezclaba el dinero y los placeres cuando no se trataba de su propio dinero.

–Esta noche estabas en vena, Giacomo –dijo Joinville en un tono áspero.

El veneciano sonrió fugazmente y se echó hacia atrás, con los ojos entornados como para evocar mejor los instantes pasados de su vida.

–En ciertos periodos de mi existencia, jugaba todos los días –confesó con voz un tanto hastiada–, y cuando perdía habiendo puesto como garantía mi palabra, el aprieto de tener que pagar al día siguiente me causaba crecientes sinsabores. Caía enfermo, me recuperaba y, apenas restablecida mi salud, olvidando todas mis desgracias pasadas, empezaba de nuevo a divertirme.

–¡Ah!, ¿lo ves? ¡Tú también jugabas con la garantía de tu palabra!

Casanova abrió los ojos como platos.

–¿Sería quizá porque mi palabra tiene más valor que la tuya? –replicó con malicia.

Sobre la mesa, las velas despedían un extraño olor agrio que se agarraba a las fosas nasales. Con una alegría forzada, el tal Joinville le quitó a la joven sirvienta la jarra que llevaba en la mano e intentó torpemente pellizcarle el trasero. Ella se escabulló riendo y él se encogió de hombros, entonando con voz estentórea la canción que tanto hacía reír en Francia cuando Mazarino era primer ministro del rey anterior y gobernaba con la madre del futuro Luis XIV, Ana de Austria, con quien se sospechaba que mantenía una relación:

Joder con el culo, joder con el coño,
joder con el cielo y con la tierra,
joder con el diablo y con el trueno,
y con el Louvre y con Montfaucon,
los cojones de Mazarino
no trabajan en vano,
pues cada vez que echa un polvo
hace tambalearse la corona,
ese maldito siciliano
es un perro inmundo,
¡a la española mi palabra
se la planto en el culo!

Casanova no cantó; bebía despacio su vino de Chipre sin apartar los ojos de su adversario.

–Te doy crédito –dijo de pronto– si me cuentas una buena historia, porque sé que conoces muy a fondo los secretos de la corte.

–¿Por cuál quieres que empiece?

–¡Por el más interesante!

Joinville respiró hondo. Era un comerciante de vinos que surtía a casas ilustres de París. Su honorable costumbre de probar todo lo que vendía le había proporcionado una panza respetable. Como esa costumbre se completaba con la de beber con sus clientes, era un pozo sin fondo de informaciones mejor o peor ingeridas, según el nivel de ebriedad alcanzado en el momento de la escucha.

–¿Sabes cómo sedujo la Pompadour al rey la primera vez? Asistió a un baile de disfraces vestida de Diana cazadora, con el cabello trenzado con hilos de plata y los pechos desnudos, llevando en la espalda un arco y un carcaj. El rey no se resistió ni un minuto.

Joinville levantó su pesado cuerpo para declamar de un tirón:

–*«Que la virtud pierda yo,*
que lleve cuernos mi marido,
¿qué ha de importarme eso a mí?

¡Si la amante del rey soy!»

Casanova reprimió un bostezo. Todo eso carecía de interés. Joinville lo miró levantarse con cierto temor.

–¡Espera! ¡Espera! ¡Tengo noticias más nuevas! Como sabes, el partido devoto odia a la Pompadour. Está dispuesto a cualquier cosa para destruirla...

–Eso no es una novedad –señaló el veneciano estirándose el traje y buscando con la mirada a la chica de las medias rosa.

–¡Te digo que esperes! Cuentan que ha encontrado la manera de conseguirlo y que dentro de poco la Pompadour ya no será más que un recuerdo.

–¿Un complot? –preguntó Casanova, súbitamente interesado.

–Eso parece, pero por el momento no sé nada más. El padre Ofag, un jesuita, es quien lo organiza.

–¿Y eso es todo?

–Su mano ejecutora es un tal Wallace, una especie de soldado iluminado de piel blanca como la leche y mirada penetrante. Ese tipo hace que se te pongan los pelos de punta. Es muy peligroso.

Acompañó la frase pasándose significativamente el pulgar por el cuello, imitando el gesto del degüello. El caballero de Seingalt, frío y calculador, lo observó un instante.

–No me creo mucho todo eso –dijo por fin–, pero vuelve con alguna información de primera mano y olvidaré nuestra deuda. Estoy incluso dispuesto a añadir unos escudos, pero solo en el caso de que valga realmente la pena.

Su mirada se cruzó con la de una de las mujeres que lucía un amplio escote, de pie junto a una mesa, y a continuación se volvió como de mala gana hacia Joinville.

–¿Conoces a un policía llamado Volnay?

Joinville rompió a reír a carcajadas.

–Pues claro, Volnay le salvó la vida al rey hace dos años, cuando el atentado de Damiens. El rey lo nombró caballero.

–¡Menuda revelación!

–Tiene fama de ser un hombre recto e íntegro. El rey le pidió que expresara un deseo concreto para darle las gracias por haberle salvado la vida y Volnay le contestó que deseaba encargarse de la investigación de todas las muertes extrañas que se produjeran en París. Aquello hizo reír al rey, que sin embargo estaba en deuda con Volnay. Así que, desde hace dos años, este es el comisario de las muertes extrañas, sin una asignación específica salvo la de investigar los crímenes particularmente horribles o complejos que se cometen en la capital. Fue él quien resolvió el caso Pécoil. ¿Has oído hablar de él?

El veneciano negó con la cabeza. Joinville encendió un cigarro y se inclinó

hacia él con una sonrisita condescendiente.

–Pécoil había acumulado inmensas riquezas gracias al comercio de sal. Las guardaba en su casa, en una bodega cerrada con tres puertas de hierro. Como todo buen avaro que se precie, bajaba allí casi todas las noches para regalarse la vista contemplando su oro. Una noche, no volvió a subir. Pese a la preocupación, su mujer y su hijo dejaron transcurrir dos días antes de llamar a la policía y de forzar con su ayuda las tres puertas. Encontraron a Pécoil degollado junto a su tesoro, del que no faltaba ni una moneda, con los brazos metidos en el farol carbonizado y devorados por el fuego –Joinville soltó una densa nube de humo–. Volnay resolvió el caso en menos de una semana. Dicen que es muy competente.

Casanova arqueó una ceja y dijo en un tono glacial:

–Eso espero, por su bien. ¡Va a hacerle mucha falta!

II

¿Qué es la belleza? No sabemos
nada de ella, la conocemos
de memoria.

CASANOVA

La madera trabajaba en la oscuridad y los muebles crujían. ¿De verdad no tenían alma? Esos ruidos y el recuerdo de la mujer sin rostro hicieron que Volnay se despertara sobresaltado en plena noche, cuando unos labios ensangrentados se posaban ya sobre los suyos. Volvió a dormirse profundamente, pero la mujer de la máscara ensangrentada volvió a su vez a la carga tendiéndole una carta que él se negaba obstinadamente a coger. Escapó de la pesadilla después de que ella se quitase la ropa y se sentase encima de él, como un demonio hembra que hubiera entrado en sus sueños para cabalgarlo.

«Quien duerme boca arriba es asfixiado en ocasiones por espíritus flotantes que lo agotan con toda clase de ataques y de tiranías, deteriorando tan brutalmente su sangre que el hombre yace exhausto y no logra recuperarse», le habría explicado, sin duda alguna, su docto colaborador, el monje. Pero a esas horas este último debía de estar ocupado examinando a conciencia el cuerpo de la mujer sin rostro.

Volnay pensó entonces en la carta sustraída al cadáver, resistiéndose a la tentación de leerla. Después de haberse levantado, encendió una vela. Alimentados sus pensamientos por el silencio de la noche, Volnay intentó poner en orden sus ideas. A fuerza de examinar sus dibujos del escenario del crimen y de elaborar una hipótesis tras otra, le resultó imposible volver a conciliar el sueño. Así pues, al amanecer se dirigió con muy mala cara hacia la puerta de entrada, a la que estaban llamando.

Cuando abrió, el policía se esperaba cualquier cosa salvo la aparición de aquella joven de talle admirable enfundado en un vestido de tela briscada en tres azules diferentes y adornado con encajes de plata. El corte y el tejido realzaban la redondez de sus pechos, ceñidos por el corsé. Un delicioso perfume de rosas, alternativamente suave, especiado o afrutado sobre un fondo de ámbar y almizcle, la envolvía. Aparentaba menos de veinte años y, en su rostro de facciones puras, una capa de brillante carmín escarchado en plata realzaba el negro resplandor de sus ojos almendrados. Su cabellera, más oscura que la noche más negra, sujeta con innumerables horquillas, parecía salpicada de

estrellas. Su cuello era como luminoso, y su talle, menudo y elegante. Al bajar los ojos, descubrió unos pies finos y ligeros que aceleraron los latidos de su corazón.

–Señora...

–Señorita Chiara d'Ancilla, caballero –dijo ella en un tono encantador y zalamero.

Volnay pestañeó brevemente. Pocas veces le aplicaban su título de caballero, y él mismo no lo utilizaba nunca. ¿Quién era esa joven y bella italiana y qué quería de él? Aparte de una asistenta que se ocupaba de la limpieza, las compras y la ropa, ninguna presencia femenina venía nunca a iluminar aquel lugar austero consagrado al descanso, la lectura y la reflexión.

–¿Puedo entrar?

Volnay se dio cuenta entonces de que se había quedado plantado, ajeno a las normas más elementales de la cortesía. Se apresuró a hacerse a un lado y entonces descubrió que hasta los menores pliegues de la parte posterior de su vestido exaltaban el brillo de la seda y la suavidad del satén. Ya en el interior de la casa, la joven se detuvo ante las encuadernaciones doradas que aportaban su propia luz al lugar, para admirar la elegancia abstracta de las lacerías, los motivos azules y el follaje de las orlas florales y de palmas.

–Veo que os gustan los libros –dijo–. A mí también me encantan. ¡Encierran toda la ciencia de la humanidad! –Se volvió hacia él para añadir con una voz encantadora–: Y sus esperanzas...

Su fina mano corrió a lo largo de los cantos de los libros y Volnay, a su pesar, se estremeció como si acabara de acariciar una parte de su cuerpo. Ella cogió un volumen cuya cubierta reproducía repetidamente un conjunto de cinco florones alrededor de un rombo central, flanqueado en las esquinas por cuatro enjutas triangulares.

–*Tratado del estado del cuerpo humano tras el ahorcamiento* –leyó con espanto–. Dios mío, ¿por qué leéis semejantes cosas?

Con delicadeza, Volnay le cogió el libro de las manos.

–Este libro me ha permitido comprender cómo se puede afirmar que una persona ha sido estrangulada y no ahorcada. Según se trate de uno u otro caso, las marcas en el cuello son diferentes, y la inclinación de la nuca partida puede también... –Al verla temblar, se interrumpió–. Perdonadme por entrar en estos lúgubres detalles, solo quería explicaros que mi oficio me lleva a interesarme por la forma en que la gente ha muerto. Se pueden descubrir muchas cosas examinando el escenario de un crimen y el cuerpo de la víctima. El cadáver en sí mismo contiene numerosos indicios, al igual que la ropa que lleva. Por eso es preciso examinarlo con el máximo cuidado. A eso es a lo que se dedica mi colaborador, un monje cuya pasión es la ciencia. Interpretar las pisadas o la

manera en que se han dado y recibido los golpes es un verdadero arte. –Volnay se interrumpió de nuevo y suspiró–. ¡Pero esto solo le interesa a dos personas en todo nuestro reino!

La joven, pensativa, miró en silencio a ese hombre apenas mayor que ella, deteniéndose un instante en la fina cicatriz que le corría desde un ojo hasta la sien y las ojeras. ¿Era así un «comisario de las muertes extrañas»? De pronto, como si se le acabara de ocurrir una idea, Chiara d'Ancilla preguntó, trémula:

–¿Habéis quemado alguna vez libros, señor policía?

Sus hermosos ojos negros no dudaban en expresar sentimientos apasionados.

–¡No, señorita, jamás! –se apresuró a protestar Volnay, por un lado porque era verdad y, por el otro, porque no deseaba disgustarla.

Habría podido añadir que incluso había llegado a salvar algunos, al robar sin el menor remordimiento unos volúmenes confiscados por la censura. Ante esta respuesta, la sonrisa reapareció en la joven, que se animó de nuevo.

–¡Lo sabía! ¡No es posible leerlos con una mano y destruirlos con la otra! Ah, habéis leído a todos nuestros filósofos: Rousseau, Voltaire, Diderot... y también al barón de Holbach. ¡Qué osadía para un policía del rey! ¿Qué dice de esto el señor de Sartine, el lugarteniente criminal?

–Raramente entra aquí –señaló Volnay con seriedad.

Ella dio unos pasos por la habitación y el joven admiró de nuevo sus maneras graciosas, pero carentes de afectación. El sol bañaba las paredes con un resplandor meloso. Un fino rayo de luz la alcanzó, aureolándola con una graciosa claridad. Se había detenido para contemplar una encuadernación en tafilete rojo con filete de hierro punteado. Fue entonces cuando el pájaro se movió en la jaula y ella lo vio.

–¡Oh! ¡Una cotorra!

–¡Una cotorra! ¡Una cotorra! –dijo el pájaro, acostumbrado a esa exclamación.

La joven se puso a aplaudir, encantada.

–¿Qué prodigio es este?

Volnay se situó a su lado, ante la jaula, contento de tener ese pretexto para penetrar en la burbuja perfumada que lo rodeaba.

–No tiene nada de milagroso, señorita, las cotorras están todavía más dotadas que los loros para pronunciar palabras humanas. Pocas personas lo saben, pero basta enseñárselas.

Permanecieron un momento callados contemplando el magnífico plumaje del pájaro, que se había quedado inmóvil frente a ellos; luego, como con pesar, la muchacha se volvió hacia Volnay.

–Señor, la razón de mi presencia en vuestra casa sin duda os sorprenderá –dijo en un tono muy serio–. Debo empezar por deciros quién soy. Como mi

nombre indica, soy italiana. Mi padre, el marqués de Ancilla, es viudo y tiene intereses importantes en vuestro país, donde vivimos todo el año excepto en invierno, que pasamos en la Toscana. Al igual que vos, leo mucho, pero, mientras que vos sois un apasionado de la filosofía, yo lo soy de las ciencias naturales, la astronomía, las matemáticas...

–Resumiendo, tenéis una mente científica.

Ella frunció con delicadeza una ceja, contrariada por la interrupción.

–No solo la mente. Me gusta experimentar las teorías...

–Y debéis de tener un laboratorio donde realizáis experimentos –se atrevió a decir Volnay, pues sabía que todas las mentes abiertas de la buena sociedad poseían su laboratorio secreto.

Esta vez ella se le acercó a paso vivo. Sus ojos lanzaban destellos.

–¿Termináis las frases por mí porque soy una mujer y me consideráis mentalmente inferior?

Volnay se apresuró a disculparse, y la joven aristócrata, más calmada, prosiguió:

–Desearía visitar el lugar al que la policía lleva los cadáveres.

El estupor que se había pintado en el rostro de Volnay debía de ser tan cómico que Chiara rio con ganas. El comisario de las muertes extrañas no se sintió ofendido, pues era una risa amablemente burlona.

–Veréis, señor, el caso es que me interesan las ciencias naturales. He estudiado a fondo la anatomía del cuerpo humano y... soy muy curiosa...

Volnay suspiró, pensando en el horrendo estado del lugar que la joven deseaba visitar, donde metían los cadáveres como panecillos en el horno después de haberlos salado.

–No es un espectáculo apropiado para una persona de vuestra condición.

–Comisario...

Chiara se había acercado a él para posar descuidadamente una mano sobre su brazo.

–Señorita, creedme, lo que pedís es posible, pero lamentaríais toda la vida haber presenciado ese espectáculo.

Volnay pensó que se enfadaría, pero vio que no era así al proseguir ella inmediatamente la conversación:

–Está bien, dejémoslo. –Pareció vacilar un segundo–. Dicen que lleváis la investigación del asesinato de una mujer a la que le han arrancado la piel del rostro.

–¡Los rumores corren deprisa en París!

Chiara sonrió inocentemente con las manos tras la espalda, adoptando una actitud de niña buena.

–¡París es una ciudad muy pequeña! –Vaciló de nuevo de forma casi

imperceptible, antes de preguntar con un tono inocente–: ¿Habéis podido identificarla?

–Señorita, le han arrancado toda la piel de la cara. ¿Quién podría reconocerla en semejante estado?

Chiara palideció. El comisario, preocupado, la hizo sentarse.

–¡No deberíamos hablar de esas cosas! ¿Queréis una copa de oporto?

–Un vaso de agua, por favor –murmuró ella con voz lánguida–. ¿Decís, entonces, que no habéis podido identificarla? ¿Acaso no llevaba nada encima? Un nombre bordado en una prenda, algún documento... –Se percató de que Volnay la miraba con frialdad, pero aun así se aventuró a continuar–: Joyas, quizá... –Soltó una carcajada y añadió–: ¡A algunas mujeres se las puede reconocer por sus joyas!

Volnay, perplejo, se limitó a negar con la cabeza.

–Un vaso de agua –murmuró Chiara–, por favor.

–Enseguida –contestó el policía.

Para su sorpresa, al volver la encontró de pie junto a su escritorio, examinando sus papeles.

–Señorita...

Chiara volvió hacia él un semblante cándido.

–Estaba admirando vuestro escritorio lacado, ha debido de costar una fortuna.

–Era de mi padre –contestó él en un tono glacial–. Me alegra ver que os encontráis mejor.

Olvidando la galantería, le tendió el vaso de agua sin moverse del sitio. Ella se aproximó despacio, sin dejar de mirarlo y haciendo mohines, como una chiquilla pillada en falta. Al coger el vaso, sus dedos rozaron los de Volnay, que sintió una sacudida en todo el cuerpo.

–Está muy fresca, os lo agradezco –dijo la chica devolviéndole el vaso, del que apenas había bebido un sorbo.

Volnay, turbado, lo cogió, resistiéndose al deseo súbito de beber también de él en busca de la huella ligera de sus labios. Tras dudar un instante, la joven dio unos pasos para admirar de nuevo a la cotorra y jugar con ella a través de los barrotes de la jaula. El pájaro batió las alas y se puso a alisarse el plumaje.

–¿Realmente es más prisionera que nosotros, pobres humanos atrapados en el corsé de nuestros convencionalismos, reglas y prejuicios? –preguntó, como ensimismada.

Aquella pregunta sorprendió a Volnay, que la miró con más atención.

–He debido de pareceros bastante rara –prosiguió Chiara con cierto embarazo–, pero resulta que mi dama de compañía ha ido a visitar a su madre,

que se encuentra enferma, y desde que se marchó no he tenido noticias de ella. Cuando he oído esa historia, me he preguntado si...

Volnay se relajó. Por fin comprendía las razones de su insistencia.

–Señorita, el correo no siempre funciona bien. Con todo, yo podría tranquilizaros si...

En ese instante llamaron a la puerta. Contrariado, Volnay se disculpó y fue a abrir. ¡Diantre, él, que no recibía prácticamente a nadie en su casa, contentándose con la compañía de su cotorra y del monje, no había tenido nunca tantos visitantes! Su sorpresa fue mayúscula cuando reconoció a este: ¡Casanova!

–Caballero...

La frágil presencia de Chiara d'Ancilla en la estancia que acababa de abandonar le impedía invitar al caballero de Seingalt a entrar. Este último, aunque ofendido, no dijo nada al respecto.

–He venido a saludaros.

–¿Qué puedo hacer por vos? –preguntó Volnay sin apartarse.

–Permitirme entrar no estaría mal –dijo con frialdad el veneciano.

A su pesar, el comisario de policía se hizo a un lado.

–Tengo una invitada, si pudierais ser breve...

Oyó el frufrú de un vestido a su espalda y vio con consternación que los ojos avezados de Casanova se ponían a chispear. Chiara acababa de aparecer detrás de él y Volnay comprendió que el veneciano estaba calibrando la oportunidad de una aventura. La joven, por su parte, parecía impresionada por la aparición de aquel buen mozo de casi un metro noventa de alto, robusto, de piel tostada y mirada risueña. Un furor frío dominó al policía, aunque se contuvo.

–Señorita... –dijo Casanova, haciendo una galante reverencia–. Permitidme que me presente, puesto que nuestro amigo Volnay no lo hace. Caballero de Seingalt, para serviros.

Y repitió la reverencia, aunque esta vez sin apartar los ojos de ella.

–Tened la bondad de disculparme, estoy faltando a todos mis deberes –dijo secamente Volnay–. Caballero de Seingalt, os presento a Chiara d'Ancilla.

–¡Quién no conoce a vuestra familia! –exclamó Casanova, inclinándose para besar la punta de los dedos de la joven–. Hete aquí los buenos momentos de mi vida: ¡estos encuentros felices, imprevistos e inesperados, tanto más caros cuanto que son fruto del azar!

Volnay alzó los ojos al cielo, pero Chiara observó al veneciano con atención.

–¿No seréis vos el caballero al que llaman también Casanova?

Había pronunciado su nombre con un tono un tanto inquieto, pero también con cierta excitación. El caballero de Seingalt no se mostró sorprendido.

Siempre le precedía una reputación diabólica que alimentaba la curiosidad femenina.

–¿Qué queríais decirme? –preguntó de pronto Volnay.

El veneciano hizo un gesto cómico de desesperación.

–Para ser sincero, ya no me acuerdo. Debía de ser algo relacionado con el asunto de la pasada noche, pero la visión de la señorita me ha hecho perder la cabeza.

Casanova se enamoraba con frecuencia al primer golpe de vista y no lo disimulaba. Ante su mirada ardiente, Chiara perdió el aplomo. Sus dedos juguetearon, nerviosos, con una flor de oro que llevaba colgada al cuello. Volnay se dio cuenta y se enfureció con el veneciano. Se le ocurrió entonces una estratagema para alejar al inoportuno. Hizo sentar a sus invitados en las dos butacas y él se conformó con un taburete. Intercambiaron algunas banalidades sobre aquella primavera, que había tenido un comienzo tardío.

–A una amante de las ciencias como vos, señorita –dijo de pronto Volnay–, sin duda le gustaría el laboratorio de la señora de Urfé. Dicen que está lleno de alambiques y recipientes de todas las formas, y que hay un hornillo encendido incluso en pleno verano. La señora de Urfé trabaja allí día y noche desde hace años, con la esperanza de descubrir el elixir de la larga vida. El caballero de Seingalt aquí presente debe de saber algo de esto.

Casanova arqueó aristocráticamente una ceja, fingiendo incomprensión. Chiara d'Ancilla se volvió hacia él.

–¿Por qué dice eso nuestro amigo?

–¡No tengo la menor idea! Conozco a la señora de Urfé, por supuesto...

Volnay dejó escapar una risa cortante.

–¡Y le habéis sacado algún dinero con el pretexto de iniciarla en los misterios de la cábala!

El veneciano se levantó de un salto.

–¡Caballero, no os lo permito! ¡No he recibido ningún dinero de esa dama, doy mi palabra de honor!

–Unas piedras preciosas, para ser más exacto –insistió el policía.

–Ah, eso... –Casanova hizo un gesto gracioso con la mano–. Era para formar unas constelaciones...

Una risa alegre escapó de la garganta de Chiara. Furioso, Volnay se volvió hacia ella.

–¿Os divierte saber que estafan a una mujer de cincuenta y tres años? ¿Se muestra digno el aquí presente caballero de Seingalt de su nuevo título prometiéndole a esa incrédula que se quedará embarazada, morirá de parto y volverá a nacer setenta y cuatro días después?

Chiara se llevó las manos al pecho para contener una risa irreprimible.

–¿De verdad le habéis dicho tales cosas a esa dama, caballero de Seingalt?

El veneciano soltó un suspiro de exasperación.

–Pero ¿cómo demonios sabéis todo eso, Volnay?

En vista de que el policía permanecía impasible y callado, Casanova se volvió hacia la joven e inmediatamente advirtió la hilaridad que le producía todo ese asunto.

–No os burléis de la marquesa de Urfé –dijo en un tono indulgente–. Ha sido amante del regente, un apasionado también de la alquimia. ¡Cuentan que intentaba nada menos que hablar con el diablo en persona en sus experimentos! La marquesa realiza investigaciones sobre las propiedades balsámicas de las plantas para preparar un elixir que alargue la vida. Es una verdadera obsesión. Obsesión del todo inofensiva, si no hubiera tenido un genio.

El regocijo de Chiara aumentó. Volnay no podía desviar su atención de sus encantadores labios, helado por el secreto terror de verlos ofrecidos a otro.

–Pues sí –prosiguió Casanova con entusiasmo–, posee un genio que le habla por las noches. El cual, con su mejor intención, le aconsejó que se dirigiera a mí para que la ayudara a pasar su alma al cuerpo de un varón nacido del apareamiento filosófico de un mortal con una hembra de naturaleza divina. ¡Incluso quería envenenarse para llevarlo a cabo! Yo la disuadí de hacerlo... –se interrumpió con una sonrisa modesta, como si esperara que lo felicitasen por ello–. Si, como un verdadero hombre honrado –continuó con confianza–, le hubiera asegurado que sus ideas eran absurdas, no me habría creído. De modo que, por su propia seguridad, he preferido ayudarla. Con todo, no he trazado ningún plan para apoderarme de sus riquezas, cosa que habría podido hacer, tenedlo por seguro, si hubiera albergado malas intenciones.

–¿Y cómo la habéis ayudado? –preguntó con malicia Chiara.

Casanova puso cara de inspirado.

–He desarrollado una teoría según la cual podemos obtener la unión con los espíritus elementales prestándonos a la hipóstasis, y la marquesa de Urfé desea practicar ese experimento a fin de llevar en su seno un niño maravilloso con cuya forma renacerá. ¡Eso la ayudará a vencer su miedo absurdo a la muerte!

Irritado, Volnay profirió un gruñido.

–Sus hijos han presentado una denuncia. ¡Nuevos problemas se avecinan para vos, querido amigo!

Chiara d'Ancilla se volvió hacia el veneciano para reprenderlo.

–Me habéis hecho reír de buena gana, pero repruebo vuestros actos: ¡desvalijar a una pobre mujer que ha perdido el juicio!

Una sonrisa socarrona iluminó el semblante del caballero de Seingalt.

–¿Desvalijarla? Esa mujer es inmensamente rica y avara. ¡Conseguir que te haga unos pocos regalos no es arruinarla! Que los que tienen dinero repartan

entre los que tienen menos es un buen sistema. ¡Sí, incluso habría que someter a los ricos al pago de impuestos para redistribuir lo obtenido entre los más pobres, en lugar de hacer lo contrario como ocurre ahora!

Chiara desplegó una sonrisa enternecida.

–¡Vais demasiado lejos!

–¡Su dinero deben recibirlo sus hijos –protestó Volnay–, no vos!

Al veneciano se le había helado la sonrisa en los labios.

–Su progenie lo recibirá todo excepto algunas piedras, tranquilizaos. ¡Y sus hijos, necios y cerriles, no serán sino un poco más ricos y un poco más gordos, señor defensor de los poderosos del mundo! Como sabéis, yo no tengo ni empleo ni oficio que obstaculice mi libertad, simplemente mujeres a las que amar y el bolsillo de los demás para gastar. ¡Dejadme ese único privilegio!

–¡Un privilegio dudoso! –repuso Volnay.

Casanova le lanzó una mirada glacial.

–¡Qué le vamos a hacer! Tengo mucho mérito, pero vivo en un siglo que no lo reconoce.

–Sí, claro, todo el mundo sabe que Casanova es un genio incomprendido –ironizó el policía.

–Caballero de Seingalt, si no os importa.

–¡No os llamáis Seingalt –replicó Volnay–, sino Casanova! El segundo nombre es verdadero, el primero es falso.

El veneciano hizo un gesto para indicar que la conversación le aburría.

–Los dos nombres son tan verdaderos como quien os habla. ¡El alfabeto, que yo sepa, es propiedad de todo el mundo!

–Sois un sirviente de comedia –dijo el policía en un tono despreciativo.

–¡No os fieis –contestó Casanova sin perder su flema–, hay sirvientes de comedia que le propinan muchos bastonazos a su señor!

Se levantó y saludó con elegancia a Chiara, diciéndole unas palabras en italiano a las que ella respondió con una gracia encantadora. Después, inclinó bruscamente la cabeza en dirección al comisario de las muertes extrañas y salió de la habitación.

–¡Caballero de Seingalt! Esperadme, por favor.

Chiara se volvió hacia Volnay con una expresión jovial.

–Perdón por dejaros tan rápidamente, señor, pero acabo de recordar que me esperan. Pensad en mi petición. Sois policía, no tendréis dificultades para encontrarme.

En la calle, Volnay miró con aire sombrío cómo Casanova ayudaba galantemente a la joven a subir en su coche y montaba luego él mismo. Todos sus temores se concretaban. El látigo restalló y el vehículo se puso en marcha. El policía meneó la cabeza para ahuyentar los pensamientos siniestros. Decían que

Casanova había violado a una joven en su carruaje y que esta ni siquiera lo había denunciado. ¡Aunque, en realidad, en aquellos tiempos ninguna mujer denunciaba ese tipo de cosas!

La contestación del caballero de Seingalt sobre el dinero no resultaba convincente. Si bien Casanova no siempre contaba con fondos, Volnay sabía que, protegido por el abate de Bernis, ministro de Estado con quien había compartido amante en Venecia, había llegado hasta el duque de Choiseul. En ese entorno, elogiado por Bernis como un experto en materia de finanzas (sobre todo las de los demás), había convencido al financiero Joseph Pâris-Duverney de la infalibilidad de un sistema de lotería de su invención. El matemático D'Alembert también se había dejado seducir. Casanova había obtenido de este modo seis oficinas de recaudación y una cómoda pensión de cuatro mil francos al año por el producto de su lotería, cuya finalidad era financiar la escuela militar sin gravar a los contribuyentes. Desde entonces, Casanova vivía a lo grande en una villa magníficamente amueblada, con caballos, coches, palafreneros y criados.

Volnay regresó a paso lento a su casa. Sus pensamientos lo condujeron de nuevo hacia ese carruaje que se llevaba a una joven que había hecho latir a un corazón prisionero del hielo desde hacía demasiado tiempo. Después volvió a pensar en el veneciano y suspiró:

–¡Ah, este Casanova!

Soltó un juramento y la cotorra, que había permanecido hasta entonces callada, chilló:

–¡Casa es idiota!

Casanova observaba el rostro de Chiara vuelto hacia él. Distinguía una luz y un resplandor inesperados, un poco a la manera en que algunos cuadros italianos del siglo xv revelan sutilmente a una María más mujer que Virgen. De repente, ciertos recuerdos afloraban a la superficie en un desorden al que ya no estaba acostumbrado. En primer lugar el rostro de una madre que no se dignaba concederle una mirada. Y sin embargo, ¡lo que habría dado en su infancia por reflejarse durante un segundo en el brillo de sus ojos! Y luego el rostro de Henriette, su bienamada, y ese mensaje que le había dejado en la ventana al abandonarlo, grabado en la punta de un pequeño diamante montado en un anillo: «Olvidarás también a Henriette». Hacía doce años de aquello y no la había olvidado. Entornó los ojos, dejando que los sentimientos se alejaran y su caparazón se cerrara. En alguna parte permanecía solo con sus recuerdos. No se ganaba nada estando enamorado.

–¿Por qué se ha despedido de Volnay con tanta prisa? –preguntó.

–Porque ha echado a un compatriota con demasiada precipitación y sin duda

por razones inconfesables.

–¿De verdad? –dijo inocentemente–. ¿Cuáles?

Ella lo miró a los ojos y descubrió de inmediato que toda la vitalidad del veneciano se concentraba en su mirada.

–Sabéis muy bien cuál ha sido la razón.

Casanova dejó flotar en sus labios una sonrisa divertida. La joven era aguda y espabilada.

–Y vos, caballero –prosiguió ella–, ¿qué ibais a buscar en la casa de un comisario de policía? ¿Acaso os han denunciado los padres de alguna jovencita?

El veneciano hizo un ademán de contrariedad. El caso es que había pensado durante la noche en esa mujer sin rostro y en la carta sustraída a la muerta por Volnay. Su mente, siempre atenta a cualquier ventaja que se pudiera obtener en la vida, le susurraba que ahí había material en el que trabajar. Ese policía no se había apoderado del documento sin un motivo. Por lo que él sabía de Volnay, era un hombre íntegro. ¿Quería proteger a alguien? Aquel asunto merecía atención. Saberlo todo acerca de todo le permitía con gran frecuencia sobrevivir, así que esa era una de las razones de su visita al comisario de las muertes extrañas, pero la joven lo había distraído de su objetivo.

–Una simple visita de cortesía –respondió lacónicamente.

–¡Una visita de cortesía a un policía, un rebelde como vos! –se burló Chiara.

–¿Un rebelde yo? –Se sorprendió Casanova.

–Estuvisteis en prisión y os evadisteis. ¡No respetáis las leyes! ¡Os habéis atrevido a rebelaros contra la autoridad!

Le brillaban tanto los ojos de excitación que el veneciano lamentó desilusionarla, pero más valía no arrastrar ciertas reputaciones a través de Europa.

–Señorita, yo no turbo la paz de las sociedades.

–¡Pero las desafiáis no viviendo según sus normas!

Casanova la miró con atención. No era habitual que lo vieran como a alguien en guerra contra su época. Él no estaba contra nadie, aunque le gustaba engañar a los primos y burlarse de las leyes. En contrapartida, no había ser humano más libre que él en la tierra, pues, si bien amaba a las mujeres con locura, siempre anteponía a ellas su propia libertad.

–Es cierto que paso con bastante regularidad de la corte de los soberanos a sus prisiones –admitió con elegancia–. Eso depende...

Ella rio y a él le gustó de nuevo esa risa alegre que le recordaba Venecia y unos tiempos de gran despreocupación. «¿Qué es la belleza? –se preguntó, contemplándola casi con religiosidad–. No sabemos nada de ella, la conocemos de memoria...»

–¿Qué lo ha llevado a adoptar ese nombre de Seingalt que tanto irrita a

nuestro amigo Volnay? –le preguntó ella de pronto.

–Pues es muy sencillo –respondió él con ojos brillantes–. Seing viene de la palabra francesa *signature*, «firma», y *alt*, de *altesse*, «alteza». ¡Me he otorgado una firma real!

Chiara lo observó con una gravedad nueva. La insolencia del veneciano hacia la sociedad le gustaba sobremanera.

–¿Cómo os habéis convertido en lo que sois, caballero de Seingalt?

–Crecí rodeado de mujeres desde la infancia –respondió Casanova con una sinceridad que a él mismo le sorprendió–. Sin duda eso influyó en mí, pues siempre he amado al sexo opuesto y me he hecho amar por él cuanto he podido.

La joven se inclinó hacia él, intrigada. De pronto, él quedó envuelto en su maravilloso perfume y lo aspiró discretamente, sensible a su sensualidad y elegancia.

–Contadme eso, caballero.

El caballero de Seingalt adoptó un aire falsamente hastiado.

–Me quedé huérfano de padre siendo muy pequeño y mi madre, Zanetta, demasiado ocupada en hacer teatro y tener amantes, no me educó. El órgano de mi memoria no se desarrolló en mí hasta que llegué a la edad de ocho años y cuatro meses. No recuerdo nada anterior.

Ni siquiera si su madre lo había cogido alguna vez en brazos. Titubeó un breve instante antes de proseguir, pues no estaba acostumbrado a hablar de su infancia, ni siquiera para seducir a las damas. Un destello especial en los ojos negros de la joven lo incitó a continuar.

–Mi madre, tomándome por imbécil, no se ocupaba de mí. Me dejaron al cuidado de mi abuela, que se desesperaba porque yo tenía siempre la boca medio abierta y parecía alelado. Los médicos se perdían en conjeturas sobre mi mal. Esa imbecilidad era debida a unas frecuentes hemorragias. Imaginadme a los ocho años, de pie en mi habitación, con mi abuela ayudándome a sujetarme la cabeza y yo sin poder apartar los ojos de la sangre que corría por el suelo.

Hizo una pausa para suspirar y vio el interés que habían despertado sus palabras en los ojos de Chiara, quien, atenta, aguardaba que prosiguiera su relato.

–Mi abuela, que me quería, me hizo montar en secreto en una góndola para llevarme a la isla de Murano, junto a Venecia. Me puso en manos de una vieja hechicera, rodeada de gatos negros, que me encerró completamente ensangrentado aún dentro de una caja. La oí reír, llorar, gritar, cantar y dar violentos golpes contra mi refugio. Cuando me sacó de allí, sangraba menos. Me acarició y me desnudó antes de hacer que me tumbara en una cama. A continuación quemó unas drogas, cuyo humo recogía en una sábana con la que

me envolvió como a una momia. Después me dio unas grageas de sabor agradable, antes de frotarme la nuca y las sienes con un ungüento que olía bien.

Chiara escuchaba fascinada, sus labios entreabiertos mostraban un trocito de lengua rosada y puntiaguda.

–La vieja me hizo entonces un sortilegio en el que me anunciaba la visita durante la noche de una bellísima y extraordinaria mujer que me curaría de mi mal. De vuelta en casa y llegada la noche, me esforcé, pues, en no dormirme, pese a que sentía cierto temor. *Somnia terrores magicos, nocturnos lemures portentaque Thessala rides...*

–Te burlas en sueños de los espíritus nocturnos y de los monstruos tesalianos –tradujo Chiara, que conocía bien las poesías de Horacio.

Casanova asintió con la cabeza sonriendo y continuó:

–Mi paciencia se vio recompensada por la deslumbrante aparición de una mujer hecha de luz y de carne. La tela de su vestido era soberbia y llevaba en la cabeza una corona sembrada de piedras preciosas que centelleaban en la oscuridad. Se inclinó hacia mí como para besarme y aspiró mi mal con la boca... Esa fue mi primera experiencia femenina y esa noche comenzó realmente mi vida.

–¡Contadme más!

Los ojos de la joven brillaban. Casanova no se hizo de rogar. Sabía que, para gustar a las mujeres, había que hablarles y hacerlas reír.

–Veréis, es que la hechicera me hizo jurar que no le contaría esto a nadie, so pena de desangrarme. ¡Ay, Dios mío!

Se había puesto una mano sobre el corazón, palideciendo de pronto. Chiara dio un brusco respingo antes de romper a reír con nerviosismo ante la sonrisa socarrona de Casanova.

–Tras haber acabado los estudios –encadenó rápidamente el caballero, para que no se sintiera incómoda–, llevé durante un tiempo el hábito de predicador antes de abandonar Roma y el estado eclesiástico para hacerme militar. Enseguida dejé de serlo para emprender el oficio de abogado, que luego abandoné por falta de pasión para perseverar en él. Desde entonces, he sido financiero, jugador profesional, hombre de negocios...

–Espía y estafador, dicen también algunos...

–¡Las malas lenguas siempre abundan! –contestó con calma Casanova.

–¿Y en la actualidad seguís sin oficio ni beneficio?

El veneciano hizo un gesto de una desenvoltura encantadora.

–¿Qué puedo hacer? ¡Soy alocado, amigo del placer, pero enemigo de la previsión! Disfruto de todo y no me ofendo por nada.

–¿Y por eso os valéis de la credulidad de las ancianas?

Casanova le lanzó una mirada penetrante.

–La idea se me ocurrió cuando regresé de Corfú sin un céntimo. En Venecia me habían olvidado. Solo pude conseguir un empleo de violinista en el teatro de San Samuele, pero no por eso renuncié a la Fortuna. Sabía que ejerce su poder sobre todos los mortales que la desean realmente, sobre todo en su juventud. –Se volvió hacia ella–. Ya no soy realmente joven, ¿sabéis?

–Es un detalle que no me ha pasado por alto –contestó ella, un poco cortante–, pero no contéis conmigo para que me compadezca de vuestra suerte. Proseguid más bien vuestra historia.

Feliz de haberla atrapado de nuevo en las redes de su relato, Casanova prosiguió:

–Había tocado fondo cuando la Fortuna llamó de nuevo a mi puerta. Una noche de abril, un hombre se desplomó en la calle. Acudí en su ayuda y, gracias a mis cuidados o al azar, le salvé la vida. Aquel hombre era un senador célebre y rico que me acogió en su casa y me trató como a un hijo.

–¿Y luego? –preguntó a su pesar Chiara, movida por la curiosidad.

–Con la edad, se había desarrollado en aquel hombre una pasión por las ciencias ocultas, pasión que compartía con dos de sus amigos. Yo había leído lo suficiente para disertar con erudición sobre la posibilidad de comunicarse con los espíritus sutiles, ondinas, ninfas y salamandras. Poseía también algunas nociones de nigromancia tras haber leído *La clavícula de Salomón*. E inventé un juego de pirámides cifradas que me permitía aportar la respuesta deseada a las preguntas formuladas. Me preguntaron el secreto, a lo que respondí hábilmente que me lo había transmitido un anciano eremita de la montaña, el cual me había prometido la muerte si lo divulgaba. ¡Y como me tenían en gran aprecio, no me hicieron más preguntas para que conservara la vida! ¿A qué hombre –prosiguió alegremente– la necesidad no lo empuja a cometer bajezas? Pero, tranquilizaos, solo exploto la credulidad de los que tienen medios para pagar, contrariamente a los monarcas europeos, que viven exprimiendo a los más pobres.

Riendo, había posado una mano sobre la de la joven. Ella sonrió y la retiró despacio, saboreando la caricia.

–¿Lo veis? –dijo en tono grave–. Yo tenía razón. Rechazáis el orden y las convenciones, puesto que solo obedecéis a vuestros deseos. Sé que poseéis un ingenio sin límites para llevar a una mujer a vuestra cama.

–Entonces sabréis que nunca se sienten decepcionadas y que con frecuencia descubren sensaciones nuevas. Chiara, ¿me permitís que os llame así? –dijo el veneciano, adoptando una actitud más apremiante–. El cuerpo de la mujer es una fuente de voluptuosidad infinita y a menudo las propias mujeres lo ignoran.

Le había susurrado estas últimas palabras al oído, en italiano. La joven se estremeció a su pesar.

–Chiara... –Le había cogido una mano y se la estaba llevando a los labios–. Chiara, el hombre ha nacido para dar placer y la mujer para recibirlo. ¿Queréis ser mi luz y mi ofrenda?

Casanova se quedó paralizado. Una sacudida había agitado todo el cuerpo de la joven, a la que siguió otra. El veneciano se dio cuenta entonces de que la dominaba una risa incontenible.

–¿Me tomáis acaso por una niña, caballero? –preguntó, riendo a carcajadas–. ¿Creéis que no sé quién sois realmente? Sé que utilizáis y explotáis vuestro encanto para seducir y que no tenéis ningún reparo en actuar con perfidia con tal de lograr vuestros fines. Conmigo jugáis la carta de la sinceridad porque pensáis que me gustará. No os equivocáis, pero sé a qué atenerme con vos.

El veneciano se quedó un poco desconcertado, pero no lo dejó traslucir.

–¡Tenéis una mala opinión de mí basada en habladurías! –protestó con ardor.

–¡Y vos una reputación que os precede a mucha distancia!

Chiara hizo una pausa y prosiguió en un tono que delataba cierto pesar:

–Yo no pertenezco al mismo mundo que vos. El vuestro mira hacia sí mismo, el mío pertenece a los demás. Lo único que me interesa son los progresos de la ciencia y de la mente en beneficio de la humanidad. Vuestro mundo y el mío no están destinados a encontrarse. –Su mirada se perdió de pronto más allá del carruaje, y cuando se posó de nuevo en él, estaba un poco triste–. Aun así, estoy encantada de haberos conocido, caballero.

El coche se había detenido en el patio de un magnífico palacete, cuya fachada adornaban bustos de personajes de la Antigüedad. El tejado, plano, estaba coronado por una balaustrada hecha de jarrones y trofeos. Un sirviente con librea púrpura y dorada se acercó para abrir la portezuela y bajar el estribo.

–Ha llegado el momento de dejaros –dijo graciosamente Chiara–. Mi cochero os acompañará.

Bajó entre un frufrú de seda y subió la escalera de entrada sin volverse. Una vez solo, Casanova repitió para sus adentros su última frase: «Aun así, estoy encantada de haberos conocido, caballero».

–¡A esta tengo que conseguirla! –murmuró.

III

He amado a las mujeres con locura,
pero siempre he antepuesto
a ellas mi libertad.

CASANOVA

La calle lo engulló y luego lo escupió, ensordecido por el vocerío de comerciantes y vendedores ambulantes. Gritaban a cual más fuerte para vender, unos sus pescados, otros sus lácteos o sus frutas. Volnay recorrió a zancadas la calle del Loup-Perché, con un humor más sombrío que de costumbre. Había vivido hasta el momento manteniéndose lo más lejos posible de las pasiones amorosas, que sabía vanas y desesperantes. El carácter espiritual y apasionado de Chiara d'Ancilla había despertado en él un interés nuevo antes de que la llegada de ese fatuo de Casanova lo estropeara todo. Y ver marcharse a esa perla en compañía de semejante mujeriego lo ponía fuera de sí.

Su primera idea había sido ahogar su furia en el alcohol, pese a que beber no formaba parte de sus costumbres. Caminaba con paso airado, con los dientes apretados; sin embargo, poco a poco, bajo el fresca brisa primaveral, la razón volvió a imponerse . Poco a poco, sus sentidos se apaciguaron, aunque la sangre todavía le zumbaba en los oídos. ¿Qué interés tenían para él ese bribón de Casanova y esa fútil aristócrata italiana? ¿Por qué encariñarse con alguien a quien no se conoce? En este mundo dorado en descomposición, las mujeres a las que no tomabas se daban por nada. El único sentido de la vida para esa nobleza de relumbrón era el goce rápido y la satisfacción de sus deseos inmediatos. El amor era ilusión, una bonita ilusión, desde luego, pero los sentimientos eran cambiantes y todo lo que parecía sólido se disgregaba un día para dejar paso a un vacío inevitable. El amor no se conquistaba nunca.

Vaciló un instante. Se encontraba ahora en la calle de Paradis, junto al palacio del príncipe de Soubise. Una fuente se alzaba allí, y a su alrededor pululaba una auténtica muchedumbre de aguadores y amas de casa aprovisionándose. De pronto se sintió vacío, sin energía alguna, incapaz de avanzar o retroceder. Despacio, Volnay dio media vuelta y tomó el camino de regreso a casa a través de las calles atestadas de gente, por entre los peatones presurosos, ganapanes, zorras y mendigos que con una mano lo agarraban de la manga mientras con la otra buscaban su bolsa. Acá vendían píldoras purgantes, allá buñuelos

grasientos o especias, un poco más lejos su cuerpo... Aquel espectáculo le produjo súbitamente una gran lasitud.

Cuando entró en su casa, un cuadro increíble se ofreció a sus ojos. De una vivienda bien ordenada, solo quedaba el caos. Los libros y sus notas sembraban el suelo. Las butacas estaban patas arriba. Un candelabro estaba también en el suelo, así como un jarrón roto. Dio unos pasos soltando una maldición. De repente, como para avisarlo, la cotorra chilló. Alertado por el pájaro, percibió una presencia a su espalda e hizo un ademán defensivo que lo salvó, pues el infierno se abatía sobre él.

Un puñetazo lo alcanzó en plena sien. Aturdido, se encontró con una rodilla en el suelo antes de que una patada lo alcanzara en el vientre. Agarró el tobillo de su agresor y le golpeó la pantorrilla con el canto de la mano. Otra patada lo recompensó. Su boca se llenó de sangre caliente. Intentaba levantarse cuando la hoja afilada de un cuchillo se apoyó en su garganta.

–¡Deja de retorcerte, caballero! ¡Dime ahora mismo dónde está la carta que le quitaste a la mujer sin rostro! ¡Deprisa!

Estaba a merced de su adversario, jadeando, cuando una voz nasal y ronca sonó detrás de este.

–¡Deprisa! ¡Deprisa!

Era la cotorra. Desconcertado, el otro aflojó la presión para echar un vistazo por encima de su hombro. Con un gesto instintivo, Volnay se volvió y subió rápidamente la rodilla entre los muslos de su agresor, que gritó de dolor. Sin pararse a pensar, el policía le dio un cabezazo que lo dejó a él mismo tan aturdido como a su adversario. Después golpeó al azar. Su pie encontró una barriga y se ensañó con ella. Oyó entonces el sonido sibilante del acero. Entre una bruma sanguinolenta, vio deslizarse el puñal por el entarimado y se abalanzó sobre él. Un instante después se levantó para contemplar con estupor al hombre alto y delgado, de piel blanca como la leche, que sostenía con una mano lo más precioso que había en la casa: la jaula con la cotorra en su interior. Se agachó como un acto reflejo, pues habría querido recuperar al pájaro. Su agresor aprovechó aquello para correr hacia la puerta. Volnay intentó seguirlo, tropezó con la jaula y, cuando llegó a la calle, el hombre había desaparecido. Volvió a su casa corriendo e hizo girar febrilmente la llave en la cerradura. La cotorra, enloquecida, aleteaba dentro de la jaula.

–¡Calma, calma! –dijo mientras recobraba el aliento–. ¡Pajarito bueno, pajarito bueno!

Cogió con delicadeza la jaula y la colocó sobre su velador sin dejar de hablarle a la cotorra para tranquilizarla. La boca todavía le sangraba cuando se arrodilló para levantar una baldosa cubierta por una alfombra. Le temblaban tanto las manos que tuvo que hacer varios intentos antes de conseguirlo.

Debajo había un pequeño hueco. En su interior había un cartucho de monedas de oro, una bolsita de hierbas que, preparadas en infusión, podían matar a un buey, algunos documentos cuidadosamente guardados y la carta del rey. Volnay cogió esta última, colocó meticulosamente la baldosa y fue a sentarse en su sillón preferido. Con la carta en la mano, vaciló unos segundos. Muy pronto acabaría su relativa pero ilusoria tranquilidad. Decidido pese a todo, rompió el lacre sellado y leyó con un asombro creciente:

Luis XV, rey de Francia,
al señor conde de Saint-Germain.

Querido conde:
La señora marquesa de Pompadour me ha hablado elogiosamente de vuestros conocimientos de la naturaleza y las hierbas. Os agradecería sobremanera que le dierais a la portadora de la presente todo lo que esa malvada merece. Podréis comprobar la identidad de la portadora de la carta preguntándole con qué cariñoso sobrenombre la llamo, a saber, Gatito.
Siempre vuestro, mi querido conde.

Volnay se levantó trabajosamente para servirse una copa de vino de Burdeos, que se bebió de un trago, sin paladear. Con la misiva en la mano, se detuvo ante la jaula y acarició el plumaje de la cotorra.

–Gracias por haberme salvado –le susurró en un tono casi afectuoso.

Abrió la puerta de la jaula para colocar a la cotorra sobre uno de sus hombros y, a un paso súbitamente lento, volvió al sillón. Después de haber leído otra vez la carta, el policía se cogió la cabeza entre las manos.

Corrían muchos rumores acerca del conde de Saint-Germain. Llegado a París el año anterior, había acudido al hermano de la marquesa de Pompadour, el marqués de Marigny, director de los Edificios del rey, para pedirle que pusiera a su disposición una de las casas reales a fin de instalar en ella un laboratorio y continuar unas investigaciones en las que llevaba trabajando más de veinte años. ¡Y en lugar de rechazar su petición, el marqués de Marigny le ofreció nada más y nada menos que el castillo de Chambord! No obstante, el conde estaba tan ocupado instalando su laboratorio que no aparecía en sociedad y no atraía la atención; hasta que lo introdujeron en el círculo del rey.

Volnay reprimió una sonrisa. No costaba mucho imaginar la continuación. Todas las noches, el monarca subía por una escalera secreta a los aposentos de Madame de Pompadour, donde la marquesa organizaba cenas íntimas y reunía a personas agradables para entretener al rey con su conversación. Era, pues, lógico que su hermano hubiera llevado a un personaje tan singular como el

conde para distraer a un monarca que se aburría. El conde de Saint-Germain fue del agrado de Luis XV, que lo recibió en repetidas ocasiones hasta convertirlo en un íntimo. La marquesa de Pompadour, por su parte, lo trataba como a un amigo.

Volnay sabía que, durante una cena en la ciudad, el conde había contado con gran precisión y humor anécdotas de la corte de Francisco I. Por cualquier tema o época que se le preguntara, uno se quedaba asombrado al ver que conocía, o cómo se inventaba, infinidad de cosas verosímiles y susceptibles de arrojar una nueva luz sobre los hechos más misteriosos.

Cuando pasaron al salón, la anciana señora de Gergy, que lo había escuchado con apasionado interés, se acercó para decirle que lo había conocido cincuenta años antes en Venecia, cuando era embajadora allí, ¡pero que desde entonces había rejuvenecido! Incluso recordaba que en aquella época se llamaba marqués Baletti. Sin abandonar su sonrisa, el conde de Saint-Germain le contestó que tenía la memoria tan viva como cincuenta años antes.

Aquel diálogo, escuchado por otros invitados, recorrió París y Versalles y levantó una oleada de curiosidad. Se propagó entonces un rumor según el cual el conde, en apariencia un hombre de entre cuarenta y cincuenta años, era en realidad varias veces centenario.

Este hecho se vio confirmado más adelante, ya que, en las cenas, el conde contaba que había conocido a David, asistido a las bodas de Caná, cuando Jesús transformó el agua en vino, cazado con Carlomagno y brindado con Lutero. Se sentaba al piano y tocaba la marcha interpretada durante la entrada de Alejandro Magno en Babilonia. La cumbre del espectáculo era cuando hablaba de su amigo Jesucristo, el mejor hombre del mundo, pero tan sentimental e imprudente que él le había predicho que acabaría mal. A continuación contaba que había intervenido personalmente ante la mujer de Poncio Pilato, a quien por lo demás conocía a fondo, para pedirle el perdón para Jesús. Cuando le preguntaban si resultaba difícil vivir varios miles de años, respondía: «¡El primer millar es el único que cuesta!».

Sin embargo, si bien la cena de la condesa de Gergy con el conde de Saint-Germain había sido un suceso real, todo lo que seguía era falso. Pagado por Choiseul, ministro del rey que detestaba al conde porque su mujer se había encaprichado de él, un tal Gauve, actor dotado de un verdadero don para la imitación, recorría los salones parisienses y las calles del Marais haciéndose pasar por el conde de Saint-Germain. Todos esos cuentos procedían, pues, de ahí, pero, en contra del objetivo perseguido, lejos de ridiculizar al conde, habían tejido en torno a su persona un velo de misterio que excitaba todas las imaginaciones.

Aquello había divertido al conde, que se complugó en no desengañar a nadie.

Volnay pensaba que, en realidad, el conde debía de contar la historia con un sentido del detalle asombroso y poseer cierto arte para describir a los personajes famosos del pasado. Cuando hablaba de estos, parecía que los hubiera conocido personalmente y se divertía, no haciendo creer, sino más bien dejando creer que había vivido en esos tiempos remotos.

Volnay reflexionaba sobre todo eso alisando con un dedo la larga cola escalonada de su cotorra y admirando sus reflejos metálicos. El hecho de que el rey le escribiera al conde de SaintGermain no era sorprendente en sí mismo. Luis XV lo trataba como a un amigo y no soportaba que se hablara de él en tono burlón. Incluso se rumoreaba que el rey, experto en genealogía, decía que era de ilustre cuna. Pero esa carta regia de contenido tan sorprendente había sido encontrada, o más bien sustraída, por el policía en el cadáver de una mujer sin rostro.

–¿Qué significa todo esto? –le preguntó a la cotorra.

El primer hombre era alto y ni un solo pelo de cualquier tipo cubría parte alguna de su rostro. Su piel tenía la blancura de la leche y su figura recordaba la de un tallo que sostuviera a duras penas una flor marchita. Erguido y envarado, con la mirada inquietantemente fija, parecía que estuviese declarando. El segundo, más bajo y mayor, hacía pensar en un gran gato ronroneando junto a la chimenea. La habitación donde se encontraban estaba amueblada de forma austera con una mesa de roble macizo y dos incómodas sillas de respaldo alto. Frente al hombre bajo, que estaba sentado, un salterio ricamente iluminado y con anotaciones en el margen aparecía abierto por el centro. Un rayo de sol penetraba por la única ventana para bañar en una luz dorada un crucifijo en el que, como una mariposa clavada en una tabla, se retorcía un Cristo agonizante. Un fino velo de partículas de polvo parecía flotar en la estancia, como si preludiase una aparición sobrenatural.

–¿Estáis seguro de que se trata de la jovencita que bajó del carruaje que seguíais? –preguntó el de más edad.

–El mismo vestido, padre Ofag, las mismas cintas, los zapatos... –Bajó los ojos y continuó en un tono un poco avergonzado–: Medias de seda negras con finas rayas rosa claro...

Ante la incomodidad del otro, el padre Ofag ocultó su sonrisa con una mano.

–Repetidme todo ese asunto de la misteriosa carta –ordenó.

–La vi con mis propios ojos, padre –repitió el primero–. Ese policía sacó de uno de sus bolsillos una carta lacrada. Estaba demasiado lejos para distinguir el sello, pero vi el estupor en el rostro de ese comisario.

–¿Y qué hizo con la carta, querido Wallace?

–La escondió, padre, sin duda para obtener algún provecho de ella.

El padre Ofag meneó la cabeza. Sus ojos despedían ahora un resplandor de astucia.

–¿No habéis oído hablar del caballero de Volnay? Yo sí. No es un hombre corrupto. –Hizo una pausa–. No es, desgraciadamente, un hombre de los nuestros, pero, por suerte, tampoco pertenece a la favorita del rey, ¡esa puta subalterna que ha transformado la corte en un lupanar! ¡La Pompadour!

Había escupido ese nombre como si un coágulo de sangre le obstruyera la garganta, y el otro, incómodo, retrocedió ligeramente. El padre Ofag contempló aquellos ojos de un gris tan desvaído que parecían totalmente desprovistos de color. ¿Habría existido alguna vez el cielo en esos ojos? Wallace había pestañeado brevemente al oír pronunciar el nombre de la favorita.

–¿Creéis que esa carta está relacionada con la Pompadour? –le preguntó en un tono empalagoso el padre Ofag.

–¡A la mañana siguiente envió a casa de Volnay a una de sus criaturas, la pequeña Chiara d'Ancilla, para recuperar la carta!

–¡Deplorable! ¡Es deplorable! Una antigua familia milanesa, los d'Ancilla, muy acaudalada, con dieciséis cuarteles de nobleza. Sus antepasados acompañaron a los cruzados hasta las murallas de Jerusalén. Tienen derecho a entrar a caballo en las iglesias, cosa que, por lo demás, raramente hacen.

El padre Ofag se quedó pensativo unos instantes.

–¿No tenéis nada más que decirme? –preguntó, con los ojos perdidos en el vacío.

–¡Sí! ¡El policía tiene como colaborador a ese monje fornicador y hereje que el diablo ha escupido del infierno para nuestra gran desgracia!

El otro asintió con la cabeza.

–Sé a quién os referís. Ese hombre es el diablo, en efecto, habrá que ocuparse de él sin tardanza. Aunque os tenía por más activo...

–No os preocupéis, es mi próxima prioridad.

Por primera vez desde el comienzo de la conversación, el padre Ofag pareció relajarse imperceptiblemente.

–¡Inestimable Wallace! ¡Sí, inestimable!

Wallace se irguió, entre inquieto y triunfal.

–Heeee... hummm... he ido a registrar la casa de Volnay en busca de la carta, pero no la he encontrado y me ha sorprendido allí. Hemos luchado...

Esbozó un gesto hacia el labio magullado.

–No habréis matado a nadie, ¿verdad, mi buen Wallace? –preguntó en voz baja el padre Ofag.

–No, todavía no, todavía no...

La estrecha calle de la Corderie describía una curva antes de desembocar en una placita oscura, encajonada entre las paredes de varios edificios altos. El policía se dirigió sin vacilar hacia el más antiguo. A ambos lados de la puerta, una grulla y un gallo de piedra, símbolos de la paciencia y la atención, se vigilaban mutuamente.

Antes de abrir, el monje se había puesto la capucha. Hizo entrar a Volnay y cerró con precaución antes de descubrirse la cabeza y dejar a la vista un rostro de facciones finas, una frente alta, una nariz afilada, casi aguileña, y un mentón decidido cubierto por una corta barba canosa. Sus ojos eran vivos y penetrantes. Había en su fisonomía jovial como las huellas de numerosas pasiones que solo hubiera aprendido a dominar con el tiempo y a costa de grandes esfuerzos. Su voz era grave y cálida, pero sonó tensa al darle la bienvenida.

–¡Ah, eres tú! Antes de que se me olvide, como duermes tan mal, toma esta bolsita. Contiene unas píldoras para conciliar el sueño. Las he preparado con raíz de cinoglosa, semillas de beleño, mirra y azafrán. Te aseguro que hacen que tengas unos sueños maravillosos. ¡Sin ir más lejos, yo me he visto rodeado del más hermoso y sensual harén que un hombre pueda imaginar! ¡Ese sueño ha sido la experiencia más lujuriosa de mi vida!

Se encontraban en un vestíbulo estrecho, débilmente iluminado por un tragaluz. Sin dejar de hablar, el monje lo condujo por un largo pasillo oscuro hasta una doble puerta de hierro. Hizo girar una llave en la cerradura y Volnay, que conocía el lugar, entró tras él a una habitación de paredes de piedra donde había un increíble laboratorio rebosante de crisoles, alambiques, retortas y, sobre todo, hornillos, apagados o en plena actividad. El monje estaba tan quieto como la aguja de un reloj. Se desplazaba con agilidad por la habitación atestada y su energía parecía inagotable.

–Hace un calor infernal –dijo Volnay.

–¡Yo me he acostumbrado! Y ya ni siquiera sudo, a pesar del hábito –se burló el monje–. Además, esto me curtirá para afrontar el más allá; aunque no creo que encuentre nada después de la muerte.

–¿Lo has conseguido? –preguntó el policía, preocupado por evitar una discusión teológica.

–Desde luego, pero ha sido muy difícil.

El monje lo condujo junto al cuerpo. Una perpetua sonrisa divertida flotaba en sus labios. Su mirada atenta tenía una seguridad inquebrantable, pero se tornaba a menudo dulce y risueña, como si supiera conceder toda la indulgencia necesaria al mundo imperfecto que lo rodeaba.

–La máscara está lista –dijo–, pero las causas de la muerte siguen siendo un misterio para mí. No hay huellas de ningún golpe en su cuerpo, simplemente

contusiones en las rodillas y los codos de cuando se desplomó al suelo. Puedo, aun así, asegurarte que murió anoche entre atroces dolores, pues se retorció como una condenada antes de fallecer. Debió de fallarle el corazón...

Volnay hizo una mueca de horror.

–¿La desollaron viva?

–Probablemente. Sin embargo, debería tener marcas de los cortes recibidos al tratar de defenderse. Y no es así. ¿Quién ha podido cometer un acto semejante? Tengo la mente de un hurón, así que he consultado todas mis fichas de los asesinatos de los últimos años. He encontrado dos casos de desollamiento, pero de todo el cuerpo. El primer criminal fue ejecutado. No se sabe si era culpable, pero, afortunadamente para sus jueces, confesó después de que le sumergieran manos y pies en aceite hirviendo. El otro murió mientras le daban tormento y le partían las piernas. ¡La gente es tan delicada en nuestros días!

El policía, insensible a la ironía, caminaba arriba y abajo a zancadas.

–Hablemos del momento del crimen –prosiguió el monje–. Examiné el cuerpo cuando lo cargamos en mi carreta. La experiencia me ha enseñado que el rígor mortis, cuando los músculos empiezan a ponerse rígidos, revela la hora de la muerte. En las seis primeras horas aparece en los párpados y la mandíbula , antes de extenderse por todo el cuerpo durante las seis horas siguientes. Puedo, pues, certificarte que la joven murió muy poco antes de que su cuerpo fuera descubierto.

El monje se inclinó para coger con una extraordinaria delicadeza una mano de la muerta y le dio la vuelta con más cuidado que si fuera de arcilla.

–Le han arrancado en parte la palma de las manos. En más de dos años trabajando juntos, nunca había visto un cadáver tan extraño. No comprendo...

–¡Yo tampoco! –masculló el comisario–. ¡Todo esto parece cosa de brujería!

–Ah, claro, con la brujería siempre podemos explicarlo todo. ¡Es muy práctico!

El monje observó un instante al policía, arqueando una ceja de forma inquisitiva.

–¿Y si me lo contaras todo?

Volnay emitió un suspiro breve como un lamento.

–Anoche encontré en el cadáver una carta lacrada con el sello real.

El monje profirió un largo juramento que hizo estremecer a Volnay. Hacía referencia a unas santas que al parecer eran mujeres de mala vida y a un papa sodomita.

–¿Y qué dice la carta? –preguntó por fin.

–En un primer momento, me pareció más prudente no abrirla –respondió el policía–. Quizá algún día tendría que justificarme ante alguien importante por haberlo hecho.

El monje se sentó y asintió con la cabeza sonriendo maliciosamente.

–Pero la curiosidad ha sido más fuerte, ¿no?

–¡Sobre todo después de que un sicario entrara esta mañana en mi casa y me atacara para recuperarla!

El monje dio un respingo.

–¿Estás herido? –preguntó con una voz que delataba inquietud.

–¡Solo en mi amor propio! –suspiró Volnay.

Le contó a su colaborador el episodio y, al describirle al sicario, el semblante del monje se ensombreció.

–Por tu descripción, se trata sin duda alguna de Wallace. Es una especie de monje soldado fanático, totalmente entregado a la causa del partido devoto. ¡Su moral a duras penas cubriría el ala de una mosca! Está dispuesto a todo y es muy peligroso. No sé cómo se ha enterado de que tienes esa carta del rey, pero quizá su contenido nos ilumine sobre la naturaleza del peligro...

–De todas formas –dijo el policía–, esa carta es nuestro único indicio. Tengo un cadáver sin identidad, carezco de testigos... ¿Cómo voy a realizar una investigación en tales condiciones?

–¿Qué dice la carta? –se impacientó su compañero.

Volnay se sentó también en un sillón de respaldo recto, terriblemente incómodo, y se lo contó.

–Increíble –dijo el monje sin levantar el tono de voz–. ¡Cabe la posibilidad de que el rey estuviera pidiéndole al conde de SaintGermain tanto que matara a la jovencita, como que la castigara o incluso, si todo esto se decía en broma, que le concediera un favor! En cualquier caso, ya sabes algo sobre la identidad de la víctima: no tienes más que encontrar a alguien que haya oído hablar de un adorable gatito.

–¿Debo preguntárselo al rey o al conde de Saint-Germain?

Hubo un silencio por ambas partes.

–O a la Pompadour –dejó caer por fin el monje en tono pensativo–; ella y el rey comparten muchas cosas... Y además, la puerta de su casa está siempre abierta para el conde de Saint-Germain. –Ante el mutismo de Volnay, el monje cambió de tema–. La joven muerta debía de tener diecisiete o dieciocho años. Huelga decir que no era virgen. Y tuvo relaciones con un hombre poco antes de su muerte, porque he encontrado restos de semen en su intimidad.

–¿Fue violada?

–No justo antes del asesinato, si es eso lo que preguntas. No, yo diría que las relaciones debían de remontarse a una o dos horas antes. Ah, y a juzgar por sus manos y sus uñas, debía de cuidarse mucho...

–Y de cuidar su aspecto, ¿no?

El monje permaneció callado. Aunque Volnay estaba acostumbrado a estos

silencios salpicados de comentarios irónicos, esta vez se preocupó.

–¿Qué más has descubierto?

Un largo gemido surgió del pecho de su compañero.

–No ha habido un asesinato, sino dos: esa joven estaba embarazada.

Volnay se quedó petrificado y sus pensamientos dieron un giro vertiginoso: «¿Y si la víctima estuviera embarazada del rey?».

–Esto podría dar a la misiva del rey otro sentido –señaló el monje, como si le leyera el pensamiento–. Es decir: la chica está embarazada, ¡haz que deje de estarlo!

–La Iglesia preconiza el coito interrumpido y los lavados vaginales –dijo Volnay en un tono glacial–. Interrumpir la vida sería un crimen que incluso un rey tendría muchas dificultades para recomendar.

El monje escondió las manos en las mangas de su hábito y alzó los ojos al techo.

–El rey no hace sino cambiar para mal mientras el frío de la muerte invade la corte –dijo, como hablando para sí mismo–. Se puede esperar cualquier cosa de él.

Se levantó y se acercó al cuerpo de la muerta, que había cubierto con una sábana negra.

–Normalmente –dijo el monje en tono pensativo–, al rey le gustan más jóvenes. ¿Era acaso una de sus antiguas amantes? Según dicen, se cansa de su cuerpo al cabo de unas semanas. Si no, las abandona en cuanto hay un niño de por medio. ¡No los soporta! –Hizo un gesto de cólera y sus ojos lanzaron destellos–. Dicen que, a sus cincuenta años, los ojos del rey son cada vez más perversos. ¿Tú también lo has oído?

–Sí, y cosas todavía peores.

El monje rio con ironía.

–¡Qué extraño es todo eso, cuando se sabe que a nuestro monarca lo desvirgó a los catorce años una marquesa experimentada, en Chantilly, por orden del regente, que temía verlo manifestar gustos contra natura!

Volnay le dirigió una mirada de sorpresa.

–No es propio de ti propalar ese tipo de rumores.

Su compañero hizo una mueca elocuente.

–Debes saber, mi joven discípulo, que yo solo me aventuro a afirmar algo cuando no tengo ninguna duda acerca de mis fuentes. Pero mi comentario tenía también por objetivo hacerte tomar conciencia de a quién sirves; por quien, en el fondo, no sientes ningún respeto.

–Sirvo al rey, es un hecho.

Su interlocutor soltó una carcajada sarcástica.

–¡Cuéntaselo a otro! Tu rey es un inútil, tanto en el plano político y

económico como en el militar. Acabamos de perder la India y Canadá. Vamos a perder otra campaña. Las finanzas están por los suelos. A los acreedores del Estado no se les paga. ¡El pueblo no lo sabe, pero el peso de la deuda es tal que estamos en bancarrota! –Su mirada se perdió en el vacío–. En cuanto a la libertad de culto, ¿dónde está? Los protestantes sufren terribles represiones, las tropas reales los acosan, los hombres detenidos son condenados a galeras, a sus mujeres las rapan, las golpean con varas y las encierran en la torre de Constancia, en AiguesMortes, con sus hijos. ¡Allí hay niños y niñas de seis años que jamás han visto otra cosa que un cuarto con barrotes! –Volnay esperó la continuación preparándose mentalmente como tantas otras veces–. Si no hubieras salvado al rey...

Y, cerrando los ojos, Volnay recordó aquella tarde de enero de 1757 en la que un tal Robert François Damiens había conseguido entrar en el palacio de Versalles entre la multitud que se agolpaba para obtener una audiencia del rey. A las seis de la tarde, Luis XV se dirigía hacia su carroza para ir al Trianón cuando Damiens cruzó bajo la lluvia la hilera de guardias. Seguramente lo tomaron por un lacayo de palacio, ya que llevaba calzas rojo escarlata. En el patio había tanta gente que nadie se fijó en él salvo Volnay. Damiens atacó a ciegas. La puñalada, asestada con una hoja de ocho centímetros y desviada por gruesas prendas de invierno, no penetró profundamente entre las costillas de Luis XV. Creyendo incluso haber recibido un puñetazo de un borracho, el rey le dijo a su vecino, el duque de Ayen: «¡Acaban de darme un manotazo!». Luego se tocó el costado y retiró la mano ensangrentada. Mientras tanto, Volnay le había impedido a Damiens asestar la segunda puñalada y este, debatiéndose, le había hecho un corte en la cara.

El rey, que no tenía ni moral ni conciencia, estaba igualmente desprovisto de lucidez. Al percatarse de lo que acababa de suceder, exclamó: «¿Por qué quiere matarme? ¡Yo no le hago ningún mal a nadie!».

La hoja solo había penetrado un centímetro entre las costillas. Tras haber recibido los últimos sacramentos y haberse confesado de todos sus pecados, cosa que llevó bastante tiempo, el rey se restableció. Algunos se burlaron de él, e incluso se vieron en las calles de París carteles que decían: «Sentencia del Tribunal Monetario: ¡Un luis mal marcado será marcado otra vez!».

Damiens era un hombre insignificante, un antiguo soldado reconvertido en negociante de piedras para quitar las manchas. Por toda explicación de su acto, dijo: «El rey gobierna mal su país. Por eso he considerado beneficioso matarlo».

El rey se inclinaba por la prisión, pero Damiens fue juzgado por el Parlamento de París por regicidio y tuvo un final atroz. El espectáculo del castigo constituía el pilar de la justicia real, de modo que la puesta en escena de

la muerte de Damiens fue cuidadosamente concebida para que marcara a la gente. Conducido al cadalso en la Place de Grève, le practicaron cortes en el pecho y las extremidades para introducir en las heridas abiertas plomo fundido, así como aceite y pez calientes. La mano derecha, que había sostenido el cuchillo, fue totalmente quemada con azufre ardiendo. Damiens profería verdaderos alaridos. Entre los asistentes, decenas de personas se desmayaban o vomitaban de asco. Algunos incluso insultaban al verdugo.

Tras estos primeros suplicios, ataron las extremidades del condenado a cuatro caballos para desmembrarlo. Hubo que hacer varios intentos, e incluso con los miembros arrancados seguía viviendo. Sombrío y pensativo entre la inmensa masa que había invadido la Place de Grève, Volnay presenció sin decir palabra la ejecución, observando con tristeza cuántas mujeres de la aristocracia aplaudían el espectáculo en los balcones de las casas alquiladas por cien libras para la ocasión. No le pasó por alto que ninguna de ellas apartara la vista cuando Damiens, con solo la mitad del cuerpo, siguió gritando como un condenado.

A fin de agradecerle su valor, el rey había nombrado a Volnay caballero. Desde entonces, el comisario de las muertes extrañas ocupaba un lugar un poco aparte en el seno de la policía del rey. La leyenda hizo suyos enseguida los hechos y la cicatriz que marcaba hoy su rostro permitía a todos creer que se había interpuesto entre Damiens y el rey, recibiendo la puñalada en su lugar.

A Volnay, en definitiva, todo aquello le tenía sin cuidado. Lo único que seguía torturándolo era esta lacerante pregunta: ¿no debería haber dejado que mataran al rey?

Más para evitar llegar a la hora de la comida que para calmar un hambre que no lo atenazaba, Volnay se detuvo por el camino en una fonda de tejado decrépito cuyo extraño nombre le intrigaba: El Conejo Cantarín. El suelo estaba alfombrado de paja sucia, pero en el hogar ardían haces de retama que iluminaban la estancia con un agradable resplandor. De un caldero colocado sobre unos trébedes escapaba un fuerte aroma a carne con efluvios de clavo, pimienta y canela mezclados con la acidez del agraz. En una esquina de la sala, unos comensales comían con los dedos hígados de ave envueltos en laurel y bañados en una salsa oscura en la que flotaban algunos picatostes. El policía tuvo suficiente con un pastel de liebre caliente y un trozo de queso, acompañados de un vaso de vino un poco agrio que rascaba la garganta.

Después había montado de nuevo en su caballo para recorrer unas calles estrechas con las calzadas sucias, sembradas de inmundicias. Un ruidoso gentío, incapaz de estar quieto y de guardar silencio, se apiñaba en ellas. En París se vivía, se gritaba y se moría en la calle. En los talleres de los artesanos, las puertas

y las ventanas permanecían abiertas todo el día y el transeúnte podía ver trabajar a oficiales y aprendices. Un poco después el murmullo de la muchedumbre perdió intensidad. Las calles se habían hecho más grandes y la piedra sustituyó al adobe. Volnay se cruzó con carruajes y una multitud de gente bien vestida.

Llegó así al precioso palacete con fachada de mármol que ocupaba la familia del marqués de Ancilla. Allí, un sirviente que vestía librea con galones le rogó que pasara a un saloncito donde esperó con impaciencia. En el techo, las pinturas rebosaban de plata y flores sobre un fondo blanco salpicado de oro. El lujo de aquella estancia revelaba la vivienda de un gran señor: lámpara de Murano, tapiz de seda, entarimado y revestimiento de paredes barnizados, y espejos que devolvían una imagen hasta el infinito, la de un joven de unos veinticinco años, de porte agradable pero austero, sombrío y terriblemente decidido.

–¡Caballero de Volnay, qué sorpresa! –exclamó Chiara, entrando–. Os dejé hace unas horas, ¿tenéis ya novedades en la investigación?

Volnay palideció imperceptiblemente ante el brillo de sus bellos ojos negros. Chiara se había cambiado; sin joyas ahora, llevaba simplemente un vestido de satén azul que realzaba de tal modo su talle que el comisario ansió de repente poner las manos sobre sus caderas. Fue entonces cuando reparó en que el vestido era lo bastante escotado para revelar un busto de mármol. Bajando los ojos, descubrió con sorpresa que sus pequeños pies estaban calzados con chinelas. Dejó pasar unos preciosos segundos en silencio ante la mirada un poco burlona de la muchacha. Cuando recobró el dominio de sí mismo, la oyó explicar que estaba trabajando en un experimento en su laboratorio. Le propuso incluso visitarlo, pero el policía declinó cortésmente la invitación.

–¿Y qué hacéis en ese laboratorio? –preguntó, no obstante, Volnay al percibir su decepción.

Los ojos negros de la joven lanzaron mil destellos inesperados.

–Observo la naturaleza, calculo la distancia de la Tierra al cielo... Debo deciros que creo en Newton: ¡la Tierra es redonda, no plana!

–Es una hipótesis –admitió prudentemente Volnay.

–¿Una hipótesis? –dijo ella, riendo con ligereza–. ¿Estáis enterado de que la Tierra no le debe nada a Dios? Era una masa de fusión ardiente hasta que, al disminuir el calor, se alzaron las primeras montañas. Imaginad vapores flotando graciosamente alrededor del globo, envolviéndolo en una capa de gasa. Cuando por fin cayeron, cubrieron todo el planeta de un mar universal. Fue en el agua donde aparecieron los primeros habitantes de este mundo. Inmensas cavernas que se encontraban en el fondo del agua se derrumbaron con el paso del tiempo, engulleron una parte de los océanos e hicieron emerger un mundo nuevo.

–¿De dónde sacáis todo eso? –preguntó Volnay, pasmado.

–De la *Historia natural* de Buffon. Él dice que, después, el mar se retiró en algunas partes y surgieron montañas por efecto del fuego. –Chiara se interrumpió–. ¿Sabéis?, tengo piedra de lava en mi laboratorio.

Su mirada había adoptado un aire extasiado, como si viera de verdad formarse los volcanes y deslizarse la lava ardiente. Volnay miró las manos finas de Chiara, que parecían flotar en el espacio para recrear mundos desaparecidos.

–La vida se desarrolló de forma progresiva –añadió–. Luchó día tras día para continuar teniendo el derecho de existir, cambiando de forma, modificándose para adaptarse al entorno.

–Entonces, ¿no creéis en Dios? –preguntó bruscamente Volnay.

Viniendo de un policía, esa pregunta podía no tener nada de anodino en aquellos tiempos. Chiara le plantó cara tranquilamente, desafiándolo con la mirada. Él observó lo guapa que se ponía cuando no tenía miedo de nada.

–No creo en Dios, señor, creo en la Naturaleza.

La joven siguió escrutándolo en un intento de penetrar en su mente.

–¿Y vos, señor, creéis en Dios?

–Cada vez menos, señorita.

–¿Por qué?

Volnay pestañeó brevemente. Las llamas de una hoguera se elevaban ante los ojos de un niño que lloraba, consumiendo su alma porque ese niño... era él.

–He dejado de creer en Dios, señorita, porque dicen de él que hizo al hombre a su imagen y semejanza. Así pues, debe de ser alguien realmente detestable.

Siguió un silencio producido por la sorpresa. Dos seres que no se conocían hacían afirmaciones que podían conducirlos al cadalso o a algo peor, pues los castigos por sacrilegio eran de una increíble barbarie, y la imaginación humana para hacer sufrir, ilimitada. En la memoria de todos pervivía la imagen del caballero de La Barre, aquel joven de diecinueve años condenado a que le cortaran una mano y la lengua, lo decapitaran y lo quemaran por haber cantado una canción libertina irrespetuosa con la religión y no haberse descubierto la cabeza al pasar una procesión. «No creía que se pudiera dar muerte a un gentilhombre por tan poca cosa», habían sido sus últimas palabras.

Chiara dio un paso adelante. Por un momento, Volnay se sintió como aturdido por el crujido de su vestido.

–Yo tengo fe en el progreso –murmuró–. ¿En qué tenéis vos fe?

La miró en silencio; un foso se abría entre ellos, pese a su deseo de acercarse a ella.

–Tengo fe en la verdad –respondió él por fin–. La mentira no debería existir.

Chiara se encogió de hombros con gracia.

–¿Eso es todo?

–Creo en la igualdad de los hombres...

La sorpresa pareció dejarla paralizada. «¿Qué clase de policía es este?», pensó.

–Sin llegar tan lejos, señor –dijo después de haberse humedecido nerviosamente los labios–, yo tengo fe en la humanidad porque es capaz de lo mejor.

–Lo será cuando el hombre sepa anteponer el interés común a su interés personal. Por el momento, os citaré al señor de Voltaire: «Que un día todo vaya bien es nuestra esperanza. Que todo va bien hoy es una quimera».

–Olvidáis que concluyó así: «Vaya todo mal o bien, ¡hagamos que vaya mejor!» –repuso ella con presteza, y lo miró con sus hermosos ojos sombreados por sedosas pestañas.

De nuevo se hizo el silencio, pero esta vez era un silencio reflexivo, casi respetuoso por ambas partes.

–Señorita –dijo finalmente Volnay, como con pesar–, he venido a veros tan pronto porque me encuentro ya en posesión de la máscara de la muerta. Voy a mostrársela, como es lógico, a cierto número de personas, pero, como ayer manifestasteis vuestra inquietud por vuestra dama de compañía, me ha parecido oportuno traérosla para tranquilizaros. ¿Estáis preparada para verla?

Ella abrió los ojos con expresión de estupor.

–¿Cómo es posible? ¡Le arrancaron la piel de la cara!

–Alguien ha trabajado en su reconstrucción, con un resultado, a mi entender, bastante bueno.

Y extrajo de una alforja que llevaba una máscara de oro fino que resplandeció de golpe con una luz dorada sobrenatural. Chiara profirió una exclamación de sorpresa:

–¡Es la señorita Hervé, una peluquera del rey!

La joven parecía consternada. La mente analítica de Volnay anotó automáticamente el dato para archivarlo en un cajón de su memoria.

–¿Estáis segura?

Ahora la joven parecía reflexionar a toda velocidad. A Volnay le pareció extraño.

–Bueno –balbuceó Chiara–, eso creo, pero no estoy segura. He debido de verla una o dos veces.

Volnay la miró con curiosidad. Acordarse de una persona de condición sencilla, una sirvienta, a la que se ha visto «una o dos veces», era excepcional. ¿Y por qué esa afirmación y luego esa marcha atrás? Su curiosidad fue más fuerte que él.

–¿Dónde la visteis?

La joven se sonrojó.

–Pues no sé...

–Señorita, ¿sabéis algo de la víctima o sobre su muerte?

Chiara lo miró a la cara y, sin pestañear, respondió:

–No sé nada.

Había contestado sin vacilar ni un ápice, y sin embargo, Volnay tenía la impresión de que mentía. Su mente metódica analizaba los datos cuidadosamente almacenados: una joven aristócrata italiana había ido a verlo al día siguiente de un asesinato atroz, primero con el pretexto de que deseaba visitar el depósito de cadáveres y luego con el de la desaparición de su dama de compañía; y esa misma persona podía identificar a la víctima mediante su máscara mortuoria, pero se declaraba incapaz de dar la menor información sobre ella.

Estaba furioso consigo mismo por su primer impulso, que lo había llevado a confiar en Chiara, y se mordía los puños por lo que sentía al verla. Era igual que las demás: mentirosa, egoísta, indiferente. Como todas, como todos. Este mundo era un mundo muerto para el hombre, un mundo sin esperanza.

Sintió de nuevo cerrarse la fría coraza en torno a su corazón y desterró lejos de él los sentimientos humanos que podrían estorbarle o retrasarle. Tan solo la misión que había aceptado y que era el único sentido de su vida seguía teniendo importancia. Se percató de pronto de que miraba a Chiara con ojos gélidos y que eso la turbaba. Rápidamente, recompuso esa máscara impasible que llevaba a algunos a decir que en su mirada no veían sino un lago sin fondo.

–¿Quién os aconsejó que vinierais a verme ayer? –preguntó por fin en un tono neutro.

Ella titubeó un segundo.

–Mi padre...

–Ah...

Otra mentira, por el sonido de su voz. Para mantener la compostura, la joven se había sentado entre un gran frufrú de seda. Su semblante dejaba entrever su malestar por ese interrogatorio camuflado. Mientras tanto, los pensamientos de Volnay se habían desplazado lejos del salón para llevarlo a cierta carta con una firma real.

–¿Habéis oído hablar del conde de Saint-Germain? –le preguntó de repente a Chiara.

Esta pareció desconcertada.

–¡Por supuesto! –exclamó–. ¡Es el preferido de los salones! Dicen de él que es un hombre que lo ha visto y conocido todo. Guarda recuerdo de sus vidas anteriores y os cuenta amablemente cómo se desarrollaron las bodas de Caná o las intrigas de la corte de Babilonia como si hubiera participado en ellas. ¡Cuentan que ha vivido mil ochocientos catorce años gracias a un elixir de la longevidad obsequio de la reina de Judea!

–¿Y vos lo creéis?

La joven rio burlonamente.

–¡Señor, yo no soy una de esas pequeñas ignorantes con las que acostumbráis a tratar! Yo solo razono mediante la ciencia y esta dice que ese tipo de cosas es imposible.

–En eso, os doy la razón.

–¿Por qué me preguntáis por el conde de Saint-Germain? –preguntó Chiara con serenidad–. ¿Tiene alguna relación con el caso?

–En absoluto, señorita. Ahora voy a enseñarle esta máscara a alguien de la Casa del rey, a fin de confirmar vuestra identificación. Por el bien de la investigación, os pido que mantengáis en secreto todo lo que nos hemos dicho. ¿Me dais vuestra palabra?

Ella se encogió de hombros con altivez, pero enseguida recuperó su encanto y su sonrisa.

–Con una condición, señor. ¡Venid pronto a verme de nuevo! ¡Si no, lo contaré en todas las cenas!

El monje tomó un bocado de pastel de tocino y, mientras lo masticaba, contempló con perplejidad el cadáver. ¡Muy extraño! ¡Muy extraño!, pensaba ante la carne sanguinolenta que ya había iniciado su proceso de putrefacción. Todo esto es demasiado perfecto. No han podido cortar así esa cara con un cuchillo. Hace falta toda la precisión de un cirujano o de un peletero para conseguir semejante resultado... ¿Y por qué la palma de sus manos está parcialmente quemada, así como la yema de sus dedos? «¡Decididamente, no entiendo nada!»

Continuó meditando y mascullando para sí mismo como tenía por costumbre, pues no le gustaba silenciar sus pensamientos y en los años pasados en prisión se había habituado a conversar solo. Las velas empezaban a consumirse a su alrededor e iluminaban muy tenuemente la habitación. La humedad impregnaba aquel profundo sótano. De pronto, una corriente de aire doblegó las llamas de las velas y apagó algunas.

–¿Ya estás aquí? –dijo sin volverse–. Decididamente, esta señorita sin rostro acapara toda tu atención. ¿Ha ido bien la visita a la joven italiana?

No hubo respuesta. El monje levantó los ojos sin mover la cabeza para contemplar la sombra que corría por la pared. Su mano se deslizó en silencio hacia el cuchillo que acababa de utilizar.

–Sí –añadió tranquilamente–, es un caso muy extraño...

Se volvió de golpe, escapando al abrazo mortal que se abatía sobre él. En una mano enguantada de negro brillaba una daga que apuntaba a su garganta. El monje le propinó al hombre un codazo en las costillas y retrocedió

precipitadamente. El otro dio un paso hacia un lado con calma. Llevaba una chaquetilla de cuero como las que se ponen los espadachines a modo de protección y su cara, medio oculta por un sombrero inclinado sobre los ojos, estaba picada de viruelas. Se desabrochó tranquilamente la capa sin apartar los ojos del monje y la dobló con rapidez sobre su brazo. Hecho esto, se la puso delante a modo de escudo mientras intentaba alcanzar a su víctima en el corazón. El monje dio un cuchillazo lateral para desviar la hoja e hizo una finta a la altura de la cara antes de bajar bruscamente el cuchillo hacia el vientre.

El monje no había sido siempre un hombre entregado a la reflexión. Su fogosa juventud lo había conducido a algunos campos de batalla. Más tarde, sus actividades nocturnas lo llevaron a enfrentarse con antiguos soldados convertidos en criminales baratos. Este hombre sin duda era uno de ellos. Era rápido y no hablaba. Los aceros chocaron de nuevo. El agresor volvió a la carga, feroz, con el rostro brillante de sudor. El monje paró de nuevo los ataques, metódicamente y con un dominio que denotaba cierto hábito del cuerpo a cuerpo, obstaculizado tan solo por los pliegues del sayal. Retrocedió hasta situarse detrás de la mesa sobre la que yacía, impasible ante toda esa agitación, la mujer sin rostro.

En su retirada, el monje tuvo que parar una lluvia de golpes, uno de los cuales le hizo un corte en la mano. Con una singular lucidez, no le concedió ninguna importancia, concentrándose en cerrar su defensa. Entre dos tintineos, sus dedos encontraron por fin el candelabro ansiado. Se apoderó de él y lo arrojó violentamente contra la cara picada que tenía enfrente. El otro gritó y bajó la guardia. Con absoluta frialdad, el monje le clavó entero el cuchillo en el ojo derecho, hasta el cerebro.

Una vez finalizada su visita a Chiara, Volnay se dirigió a primera hora de la tarde hacia el Pont-Neuf. En los muelles del Sena, lavanderas de todas las edades se destrozaban las manos con la lejía. El Pont-Neuf estaba atestado de coches, de peatones, de bateleros y de exhibidores de osos. A lomos de su caballo, el comisario de las muertes extrañas se coló con habilidad entre la marea humana. Frente a él se alzaba la silueta del Châtelet. En la Edad Media, ese antiguo castillo había defendido París contra los invasores normandos. Una vez desplazadas las murallas de la ciudad por Felipe Augusto, se había convertido en sede de la jurisdicción del prebostazgo de París, a cargo de la policía y de la justicia criminal. Había sido escenario de tantas sevicias y matanzas que todos sus muros parecían impregnados de la sangre de sus víctimas. Salas de tortura y cárceles se sumaban a su siniestra fama, como la prisión de la Fosse, donde los prisioneros debían permanecer día y noche de pie, con los pies sumergidos en agua, y no sobrevivían mucho más de quince días en semejante infierno.

Antoine Raymond de Sartine tenía un despacho en ese lúgubre lugar. Hijo de un financiero ennoblecido por el rey de Francia y nombrado intendente de Cataluña, había comprado en 1752 el cargo de lugarteniente criminal de París. Había demostrado poseer dotes de administrador y un indudable sentido político. Dado que sus funciones eran muy amplias, se le debía un mejor aprovisionamiento de la capital gracias a la construcción del mercado de trigo, y una mayor seguridad pública como consecuencia de la instalación de farolas. Algunos rumores apuntaban que ambicionaba el cargo de lugarteniente general de policía de Francia, uno de los puestos más importantes. Era un hombre bastante justo y honrado para su época, pero también un instrumento sin sentimientos entre las manos del rey. Si había mandado cerrar los garitos clandestinos, era para sustituirlos por casas de juego vigiladas y gravadas por sus agentes. La noticia de la identidad de la mujer con la piel del rostro arrancada lo había puesto en un estado de nervios espantoso.

–¡Peluquera del rey! ¡Esa joven era peluquera del rey! ¿Comprendéis lo que eso significa?

Volnay lo comprendía muy bien. No le gustaba ese rey indiferente a la suerte del pueblo y que solo apreciaba la caza y las mujeres. Antes de que la marquesa de Pompadour le «amueblara» su casa o sus casas del Parque de los Ciervos, el monarca disponía de un pequeño harén de tres mujeres, una costurera, una modelo y una peluquera, a las que alojaba en la buhardilla: las señoritas Fouquet, Hénaut y Hervé, la víctima. Estaban tan llenas de vida y eran tan risueñas que hacían allí arriba más ruido que las ratas. Y hete aquí lo que le había pasado a una de esas ratitas...

–No quiero que se relacione al rey con esto ni de cerca ni de lejos –ordenó Sartine–. Sabéis de sobra que sus enemigos podrían utilizarlo en su contra. Corren ya tantas calumnias sobre él...

–Dejad que hablen –dijo el comisario de las muertes extrañas en un tono negligente que no era propio de él.

Sartine arqueó una ceja con expresión colérica.

–Yo concedo mucha importancia a lo que se dice. La docilidad del pueblo es la condición de su sumisión. ¡Cuando el pueblo murmura, el orden establecido se ve amenazado!

El semblante de Volnay se endureció.

–Me temo que hay algo más grave. Alguien se interesa por este asunto.

El lugarteniente de policía lo miró de hito en hito con un aire glacial.

–¿Y quién es ese alguien, si no os importa decírmelo, caballero?

Volnay se encogió ligeramente de hombros.

–¿Cómo voy a saberlo? En París y en Versalles, todo el mundo espía a todo el mundo.

«¿Y no seréis tal vez vos?»

El lugarteniente criminal abrió una petaca de tabaco, aspiró unas pulgaradas y, con una larga y blanca mano, dispersó las briznas caídas sobre su chorrera. Tenía la frente alta y despejada, la nariz puntiaguda, y su rostro había tomado con el tiempo un color de marfil viejo. Tal como hacía cien veces al día con una regularidad de metrónomo, se recolocó la peluca en la cabeza. Tenía toda una colección, que conservaba con celoso cuidado en un armario de hierro. Solo se le conocía esa excentricidad y, bien mirado, no era muy peligrosa.

–Hay que encontrar al culpable de ese crimen escandaloso –declaró secamente Sartine–, pero no sé si dejaros a vos esta investigación. El comisario de barrio podría encargarse de ella con la misma eficacia que vuestra policía científica...

Volnay notó que se le aceleraba el corazón. Cuarenta y ocho comisarios de barrio controlaban todo París bajo la autoridad real, pero ¿cuál de ellos poseía la ciencia criminal necesaria para resolver un enigma como aquel? Se lo recordó al lugarteniente de policía.

–Una muerta extraña, lo admito –masculló Sartine–, ¡pero en este caso se encuentra cerca la persona del rey! ¡Está bien! Actuad con celeridad, pero con discreción. Si hay que comprar, sean palabras o silencio, contáis con un crédito ilimitado. ¡En todo este asunto solo debéis tener presente el servicio a nuestro monarca y al país confiado a sus cuidados!

Sacó de un cajón de su escritorio una bolsa llena de escudos y la arrojó pesadamente sobre la mesa.

–Informadme con regularidad de los avances de esta investigación en cuanto averigüéis algo. ¿No tenéis ningún indicio?

–Todavía no –respondió el comisario de las muertes extrañas con una inmensa calma.

Sartine observó un instante a su colaborador con aire receloso, antes de dirigirse precipitadamente hacia él y mirarlo directamente a los ojos.

–¿No me ocultáis nada, Volnay?

Volnay no respondió. Su mirada era tan impasible como la del señor de Sartine y ni un músculo de su rostro temblaba. El lugarteniente criminal escudriñó en vano los indescifrables ojos azul grisáceo de su comisario de las muertes extrañas. Era inútil. Su actitud impersonal, su distancia y su reserva impedían acceder a él. Si no hubiera sido por ese monje loco, Sartine no habría sabido cómo manejar a un hombre semejante.

–¡Decídmelo todo, Volnay! –rugió Sartine.

El comisario permaneció callado. Sabía que Sartine había buscado durante tres años, por cuenta del rey, a una chiquilla en la que el monarca se había fijado durante un paseo en carroza. Cuando hubo encontrado a la pequeña, amenazó con la Bastilla a su padre, que intentaba preservar la virtud de su hija. Esta acabó

en una casa del rey, en la avenida Saint-Cloud. Eso hacía que Volnay no sintiera por el señor de Sartine más estima de la que merecía. Frente a ese muro que era su comisario de las muertes extrañas, el lugarteniente de policía se irritó todavía más.

–¡La verdad, caballero de Volnay, es que nunca he acabado de entender por qué os habéis hecho policía! Este oficio no os gusta, solo os interesa el mecanismo intelectual de los criminales. ¡Día y noche violan, secuestran y destripan en todos los rincones de París, pero a lo único que aspiráis vos es a resolver dos o tres bonitos enigmas al año! ¿Creéis de verdad que es eso lo que necesitamos? ¡Andad con mucho cuidado, Volnay, no sois intocable! Nadie lo es en este reino aparte de nuestro soberano. ¡Recordad que las llamas de la hoguera estuvieron muy cerca de consumir a vuestro padre!

¡Las llamas! ¡Otra vez! Y de repente, Volnay volvió a la niñez, a los diez años, para ver a su padre atado a un poste, desnudo. El verdugo disponía una pila de leña y unos haces de paja alrededor de sus pies. Si la leña hubiera estado verde, su padre habría muerto rápidamente, asfixiado, pero, estando seca como estaba, moriría quemado vivo, presa de sufrimientos insoportables. Mientras el verdugo untaba de aceite las axilas y el torso desnudo del condenado a fin de aumentar las quemaduras, el niño suplicaba a su padre que abjurara de su herejía a fin de salvar la vida. Este contestaba llorando que era a él al único a quien quería, pero que no podía negar la verdad de este mundo. Cuando el verdugo se puso a atar al sexo de su padre y a sus orejas unas bolsitas de pólvora que explotarían a medida que avanzaran las llamas, causando unos dolores atroces, el niño se desvaneció.

La dura mirada de Sartine no se apartaba de Volnay, cuyo semblante había perdido el color. Satisfecho de haber afirmado su superioridad reavivando ese recuerdo, el lugarteniente criminal lo despidió con un ademán despreciativo.

Volnay necesitó mucha persuasión y autoridad para llegar hasta las dos peluqueras de Versalles. Dado que una de ellas se hallaba ausente ese día, tuvo que conformarse con la otra. Se llamaba Chloé. Era una criatura flexible con talle de ninfa. Su fisonomía traviesa y su naricilla respingona resultaban muy agradables de contemplar. El comisario de las muertes extrañas se encontraba con ella en su habitación de la buhardilla, donde hacía un calor sofocante. Vaharadas nauseabundas de excrementos impregnaban la atmósfera sin que ello pareciera incomodarla. A falta de asiento, Volnay la había hecho sentarse con autoridad en su jergón, y el primer reflejo de la joven había sido tumbarse. El policía se lo había impedido con una mirada.

–¿Sabéis dónde está la señorita Hervé? –le preguntó para mitigar sus recelos.

–No, señor, hace dos días que no la he visto.

–¿Vive aquí con vos?

–Sí.

Chloé señaló un jergón, en una esquina de la habitación. Volnay se levantó y fue rápidamente a registrarlo. Nada. Fue a sentarse junto a la joven y notó de pronto la tibieza de su cuerpo contra el suyo.

–¿No tiene una casa en otro sitio?

El comisario pensaba en su cadáver encontrado en una calle donde no había lugares de diversión. Chloé frunció delicadamente el entrecejo.

–Le he oído decir que dispone de una habitación en París. A veces da cita allí a hombres a los que les gusta. No sé dónde está exactamente. Una vez me contó que, de noche, su habitación quedaba iluminada por las luces de un horno de pan que llegaban desde un patio.

Volnay escuchaba con gran atención, tratando de descubrir fisuras en su relato o en la entonación de su voz. Inmediatamente buscó coincidencias con el lugar donde habían encontrado el cuerpo.

–¿Conocéis a esos amigos con los que se ve?

La muchacha negó con la cabeza y los dos bonitos rizos que colgaban sobre su frente se movieron. Su pecho revelaba una respiración agitada. Al notar que la conversación se le escapaba, intentó recuperar un poco el control de la situación apoyando su costado en el del comisario. No tenía nada de tímida y debía de conocer muy bien las debilidades de los hombres. Volnay tragó saliva con dificultad.

–¿Ningún novio?

–No, señor.

–¿Alguien de la familia?

Chloé pareció incómoda.

–Un abuelo, un personaje extraño...

–¿A qué se dedica?

Una vez más, la joven dudó antes de responder.

–Trabaja para los joyeros en el callejón de l'Or, pero...

–¿Sí? –la animó el policía.

Chloé le dirigió una mirada incitadora al tiempo que se inclinaba hacia él como si fuera a caerse. Su hombro la retuvo. Entonces le susurró en un tono de complicidad:

–¡Dicen que también intenta fabricar oro!

El policía escuchó la información sin inmutarse. Jamás, a lo largo de toda la historia, se había corrido tanto en pos de quimeras como en este siglo.

–¿Sabéis dónde vive exactamente? –preguntó despacio, sin mostrar un interés especial.

La joven se lo dijo y Volnay se alejó entonces un poco de ella. Chloé

despedía un fuerte olor, parcialmente enmascarado por un perfume boscoso un poco penetrante que emanaba de un corazón de jazmín. El espacio recuperado permitió al comisario recobrar el control de sí mismo. Su mente se convirtió de nuevo en esa máquina fría y lúcida, perfectamente equilibrada, que le había permitido resolver tantos crímenes inexplicables.

–¿La señorita Hervé es coqueta?

Una sonrisa burlona iluminó el semblante de la joven.

–Le gusta gustar, señor, como a todas nosotras...

Y acompañó esa observación de una mirada intensa. Pero hacía falta algo más que miraditas para trastornar al comisario de las muertes extrañas.

–¿Frecuenta Versalles?

Ella asintió prudentemente con la cabeza.

–¿Y otros lugares?

Otro asentimiento.

–¿Cuáles?

Volnay había puesto un escudo en su mano derecha. Ella había cerrado esta sobre la moneda, pero su mano izquierda acababa de posarse instintivamente sobre la del policía, que se prestó al juego y entrelazó unos instantes sus dedos con los de ella, notando que los latidos de su corazón se aceleraban.

–¿En París?

–En el Châtelet –murmuró ella.

–¿A quién va a ver?

Volnay le acariciaba ahora la mano y ella se dejaba hacer encantada. En vista de que él insistía, Chloé le susurró al oído:

–No sé su nombre, pero ella me ha contado que cambia a menudo de peluca y que tiene un armario lleno.

Sus dedos trituraban los del comisario. Parecía inquieta. Volnay también estaba incómodo. Acababa de ponerle un nombre a la silueta esbozada por la joven: ¡Sartine, lugarteniente criminal! Y este había reaccionado con la impasibilidad de un muro ante el anuncio de la muerte de su joven amante.

Un súbito vértigo se apoderó de él. Sartine no actuaba nunca sin pensar. Si había convertido a la señorita Hervé en su amante, sin duda era para espiar al rey o para conseguir una fuente de información segura acercándose de tal suerte al lecho real. Cabía la posibilidad también de que la señorita Hervé solo hubiera sido su espía. Con el corazón palpitante, se liberó de los torpes apretones de las manos de Chloé para sacar de la alforja la máscara de oro fino.

–¿Es este el rostro de la señorita Hervé?

La joven profirió un ligero grito que sofocó inmediatamente con las manos.

–¿Lo es? –la apremió él, consciente de que no debía dejarla recuperarse de la impresión.

–Sí, pero ¿qué significa esto?

Volnay se inclinó hacia ella y notó que su olor, decididamente excitante, lo invadía de golpe; pero esta vez eso no lo detuvo. La experiencia le había enseñado que la verdad sale de la boca de los testigos en los primeros segundos y más raramente después de reflexionar.

–Señorita, sé que la señorita Hervé estaba embarazada. ¿Podéis decirme vos de quién?

La joven abrió la boca como si le faltara aire. Volnay se inclinó hacia ella sin dejar de mirarla, y cuando habló, su voz era un simple susurro:

–¿Estaba embarazada del rey?

La tez de la peluquera había adquirido una palidez mortal y su mirada se desvió hacia la puerta. De un salto, Volnay se puso en pie y corrió a abrirla. El hombre agachado detrás se incorporó precipitadamente y lo miró con un aplomo y una indiferencia pasmosos.

–¿Quién sois vos? –preguntó, fuera de sí, el policía–. ¿Por qué estáis espiándonos?

El otro lo miró con dignidad.

–Soy Le Bel, primer ayuda de cámara de Su Majestad. He venido a interesarme por las razones de vuestra presencia aquí. No es apropiada.

Volnay miró de hito en hito al proxeneta habitual del rey con todo el desprecio de que era capaz y el otro palideció.

–¡Señor, estáis en Versalles! –dijo Le Bel, como si esa sola frase lo explicara todo.

El policía dirigió una mirada a la peluquera y observó su semblante descompuesto. Después de esa intervención, sería imposible sonsacarle nada, y además, no hacía falta; había averiguado lo que quería por la reacción aterrorizada de la muchacha. Ahora estaba casi seguro de que la criatura que la víctima llevaba en su seno era de sangre real. Salió de la habitación empujando ligeramente a Le Bel, que encajó esa nueva afrenta con un silencio de odio.

Tras haber recuperado el caballo al anochecer, Volnay se dirigió hacia París llevando a su montura al paso en medio del gentío que abarrotaba la carretera. Por el camino, pensó en la joven y en la turbación que había sentido al aspirar el olor de su cuerpo. Luego, esa turbación se transformó en malestar: ¡habían asesinado a una joven peluquera embarazada del rey!

IV

La víspera de mi nacimiento,
mi madre tuvo un fuerte antojo
de cangrejos de río.

CASANOVA

Casanova había aprovechado su buena suerte para comprarse una casa de campo en los alrededores de París. Se le había metido en la cabeza llamarla La Pequeña Polonia. Hacía criar pollos con arroz y cultivar sus jardines para tener buenas verduras frescas. Había abierto asimismo una manufactura en la que daba empleo a una veintena de trabajadoras, quienes, por descontado, habían pasado por su cama, por separado aunque también en trío con diferentes combinaciones. Aquellas manitas lo adoraban y, por lo demás, él se preocupaba lo bastante por su situación y su futuro para asignarles unos salarios muy superiores a los que habrían podido encontrar en cualquier lugar de Europa. Inexorablemente, de esa forma arruinaba su industria, pero eso no le preocupaba en exceso. El dinero debía ser redistribuido. Casanova era partidario tanto de la libre circulación de personas como de la de bienes y riquezas.

La cocina, para Casanova, ofrecía placeres casi tan esenciales como los de la carne. Apreciaba los aromas de los platos, sus colores, sus sabores, fuertes o ligeros. De hecho, le gustaba todo, desde lo amargo hasta lo dulce. No soportaba irse a la cama antes de haber pasado por la mesa y le gustaba obsequiar a su conquistas con ostras, caza, esturión y trufas.

Habiendo presumido de ser tan buen cocinero como amante, había invitado a la señora Ferraud, esposa de un fiscal, a compartir la cena en su domicilio. Cada mujer tenía su punto débil, y reconocer por instinto el que le permitiría conseguir sus fines hacía las delicias de Casanova. Había intuido que la naturaleza sensual de la señora Ferraud, una mujer deliciosa y bien formada de apenas veinticinco años, se manifestaba tanto en los placeres de la carne como en los de la buena mesa.

Guiada por Casanova, la visita de la dama comenzó, pues, por un descenso a las cocinas. Ya en los primeros peldaños de la escalera, fueron invadidos por los aromas de la mantequilla caliente y las verduras del huerto rehogadas a fuego lento. Abajo, un calor sofocante los asaltó. El horno de pan y el foso de asar eran alimentados regularmente con leños. En la sala baja de bóvedas de piedra,

admiraron el gran fogón, llamado «hortense» y provisto de quince hornillas, y la danza de los cocineros sazonando el caldo de pescado con esencia de trufa o montando la mantequilla de bogavante.

–¿Sabéis, mi querida presidenta, que hace poco me sirvieron en casa de un príncipe un plato de sesos de pavo real y lenguas de papagayo? –dijo Casanova–. ¡Era de todo punto extraordinario!

–¡Dios mío!

–En fin, eso es lo que nos dijo nuestro anfitrión –añadió, obsequiándola esta vez con su afilada lengua–. ¡Podrían haber sido muy bien sesos y lengua de gato!

Ofreciéndole galantemente el brazo a la dama, la acompañó al comedor, una estancia de paredes forradas con tapices de colores pastel. La mesa estaba decorada con flores y las copas de cristal brillaban a la luz de los hachones. Sirvieron cangrejos de río.

–La víspera de mi nacimiento –señaló Casanova–, mi madre tuvo un fuerte antojo de cangrejos de río. Imaginad la escena: ¡nací el día de Pascua, día de la resurrección, cuando la tez de mi madre conservaba aún la rojez de los cangrejos que había comido la víspera!

–La palabra *écrevisse* contiene la palabra «vice»[1] –señaló pertinentemente la presidenta.

Rieron juntos y después se deleitaron degustando hígado de anguila y pescado de roca, rico en yodo. Casanova procuró acompañar la ronda de platos con comentarios sabrosos para excitar a su presa. Su alegría, sus buenas maneras y su jovialidad obraron maravillas, como de costumbre.

–¿Qué tenemos para continuar? –preguntó su invitada con la inocencia más absoluta.

–Una carpa rellena de mantequilla, yema de huevo y almendra picada, y sazonada con hierbas aromáticas –respondió Casanova–. Pero vamos a hacer un breve descanso en el saloncito, donde nos servirán un sorbete de manzana con un licor de la misma fruta.

El caballero de Seingalt temía que los efectos de la somnolencia hicieran peligrar su empresa. Por eso había ordenado que sirvieran sorbetes y licor en un lugar íntimo y que los dejaran tranquilos. A la señora Ferraud le pareció una idea admirable. Casanova la llevó a una habitación pintada de color verde agua, en cuyo centro se estiraba voluptuosamente una otomana enriquecida con cenefas doradas y provista de cojines de seda roja. Los postigos estaban cerrados y las persianas bajadas, una suave luz envolvía la estancia. En las esquinas, sobre un suelo de palo de rosa, una tinaja exhalaba perfumes exquisitos de violeta y jazmín. Cuando tenía fondos, Casanova gastaba sin freno, como si el dinero le quemara las manos.

–Es una lástima, caballero –dijo la señora Ferraud–, que hablen de algunas de vuestras proezas y no de otras.

–Pero, señora, las otras no son despreciables. Toda mujer espera de un hombre que sea robusto en la acción de Venus. Dios me ha concedido ese vigor particular que me permite satisfacer a todas las que lo desean...

–¡Caballero, qué lenguaje! Realmente, lamento haber aceptado vuestra invitación.

La dama apretó los labios mientras el veneciano la envolvía en una mirada aterciopelada.

–No lo lamentéis, señora, voy a obsequiaros aquí con la historia de mi vida y con todos los cotilleos de las cortes de Europa. ¿Me contaréis vos a cambio, señora, algunas novedades de la corte para recompensarme? ¡Vuestro marido, siendo fiscal, sin duda se encarga de los peores crímenes que se cometen en París!

–Os contaré lo que queráis, pero decidme antes cuál es la situación más dramática en la que os habéis hallado. ¿La fuga de la prisión de los Plomos?

–Os sorprenderá –respondió Casanova, sonriendo–, pero donde corrí más peligro no fue en Venecia, sino en Roma. Allí asistí al desenfreno más infernal. ¡Hasta tuve que mantener la mano sobre la empuñadura de la espada durante toda la noche para evitar que me sodomizaran!

Ella rio con ganas.

–Pero ¿me contaréis de una vez vuestra evasión de los Plomos?

El caballero de Seingalt se inclinó ligeramente.

–Así será, señora, pero a cambio vos satisfaréis mi curiosidad sobre los crímenes de París.

–Os doy mi palabra. ¡Mi marido me lo cuenta todo!

Casanova, satisfecho, comenzó su relato:

–Un día, en Venecia, me pusieron sobre aviso de que la liga de los malvados y los celosos había conspirado contra mí y me dijeron que debía huir. Yo me lo tomé a risa y me encontré a la mañana siguiente encerrado en los Plomos, la prisión de la que nadie escapa jamás.

La compañera de Casanova soltó una risita.

–¡Muy típico de vos! ¡Nunca hacéis caso de nada ni de nadie!

El veneciano asintió irónicamente y prosiguió:

–Desde el momento en que entré en la prisión, no paré hasta que conseguí salir. Robé una cerradura durante un paseo y la utilicé para excavar el suelo de mi celda a fin de llegar a las estancias de los guardianes, que sabía que estaban debajo. Estaba terminando cuando tuvieron el detalle de cambiarme de celda, asignándome una más alta con vistas al mar.

La dama rio de nuevo. Convencido de que su oyente había picado el

anzuelo, Casanova continuó:

–Me puse a excavar otra vez, pero en esta ocasión hacia arriba, para acceder a la celda de un monje situada sobre la mía y luego escapar con él por los tejados. Una noche, después de meses de esfuerzos, llegué a la celda del monje en cuestión, que había estado ahuecando su techo. Conduje a mi compañero, que se mostraba reticente, hasta el tejado. Desde allí, divisé un tragaluz hasta el que llegué con ayuda de una cuerda trenzada con toallas y sábanas. Lo forcé y tiré de mi compinche hasta mí. Después de haber estado a punto de partirme el cuello diez veces, llegué ensangrentado a los archivos del palacio. Allí, forcé una cerradura para entrar en los locales de la cancillería ducal, pero las grandes puertas que daban a la escalera real estaban cerradas y eran infranqueables.

–¿Y después, caballero, y después...? –preguntó la señora Ferraud.

Casanova hizo un ademán negligente, una sabia mezcla de falsa modestia y extravagancia.

–Había llevado en una bolsa toda mi ropa y me vestí inmediatamente. Ataviado así, me asomé por la ventana al patio del palacio y llamé a un centinela al que traté de gandul y le ordené que fuera en busca del guardián. Este se apresuró a acudir y le conté que mi compañero el monje y yo habíamos sido encerrados por descuido y nos habíamos dormido. En vista de que titubeaba, me enfadé y fue corriendo a abrirnos las puertas. –Casanova hizo chascar los dedos–. ¡Y eso es todo! Ahora os toca a vos...

La dama se inclinó hacia él con una sonrisa glotona.

–¿Y qué queréis saber vos, descreído?

–Vuestro marido instruye un extraño caso, el de una mujer sin rostro... ¿Se sabe ya quién es? –preguntó.

–Sí –dijo ella en tono triunfal–. ¡El comisario de las muertes extrañas ha podido establecer su identidad con ayuda de una máscara de oro fino hecha por un siniestro monje!

–¿Un monje?

–Su colaborador.

Casanova recordó la aparición fantasmagórica del monje, montado en su carreta, erguido y tieso como la estatua del comendador.

–¡Ah, sí, lo vi! Qué personaje más extraño. ¿Cuál es su función?

La señora Ferraud le lanzó una mirada cómplice.

–Oficialmente, examina los cadáveres de las víctimas sobre las que el comisario de las muertes extrañas investiga.

–¿Para qué? ¡Cuando alguien está muerto, lo está!

–No, no..., no lo habéis entendido. Él busca la causa de la muerte.

El caballero de Seingalt puso cara de desconcierto.

–¡Cualquiera puede ver si a alguien lo han degollado o estrangulado!

La mujer del fiscal meneó vivamente la cabeza.

–No estéis tan seguro. ¡Estamos hablando de policía científica! Mi marido me ha contado que los huesos se rompen de forma distinta dependiendo de los golpes asestados y que la forma de una herida puede revelar si la hoja es de uno o dos filos.

–¿Y de qué sirve eso? –preguntó el veneciano, poco convencido.

–Habéis hablado de estrangulamiento, ¿no? Pues bien, gracias a su colaborador, el comisario de las muertes extrañas pudo demostrar que una persona no se había suicidado por ahorcamiento, sino que había sido asesinada. ¡Los asesinos, dos hermanos, se habían sentado encima de su víctima para taparle la boca y la nariz hasta provocarle la muerte!

–Decididamente, ese monje es muy útil –convino Casanova.

–Útil, pero hereje... –La señora Ferraud bajó la voz y murmuró en un tono de conspirador–: Dicen que merodea de noche por los cementerios y desentierra los cadáveres recién inhumados para llevárselos a su casa. ¡Les abre el cuerpo para estudiar su anatomía! ¡Y cuentan que después se come su cerebro para adquirir más conocimientos!

–¡Eso lo explica todo! Y volviendo a la víctima, ¿quién es?

–Amigo mío, eso es estrictamente confidencial. Mi marido me ha hecho jurar que guardaría el secreto. No debería haberme dicho nada, pues ¿de qué sirve saber secretos de la mayor importancia si no se tiene a nadie a quién contarlos?

La dama se echó a reír.

–Pero a mí podéis decírmelo –insistió Casanova–. ¡Sabéis que soy una tumba!

–No se lo contéis a nadie: ¡se trata de una zorrita que era peluquera del rey!

Volnay empujó la puerta con la súbita sensación de que había ocurrido una catástrofe. El monje lo esperaba en silencio, con el semblante sombrío. Su hábito estaba manchado de sangre.

–No es mía –lo tranquilizó al ver su expresión preocupada–. Por desgracia, había dejado entreabierta la doble puerta del laboratorio, y alguien ha forzado la puerta de entrada para degollarme. Lo he matado.

Condujo a Volnay a una bodega contigua, adonde había trasladado el cuerpo. Había también allí algunas botellas de buen vino selladas y, colgados del techo, unos jamones secándose y flores secas. En el suelo, el cadáver yacía ensangrentado.

–He fregado el laboratorio. ¡Podríamos comer en el suelo, si tuviéramos ese capricho! Ahora habrá que desembarazarse de estos restos en el Sena, como hace todo el mundo. Si no hay cadáver, no hay preguntas. ¡No es un buen momento para atraer la atención de Sartine sobre nosotros!

Volnay se arrodilló junto al cuerpo y le dio la vuelta. Lo que vio fue un rostro enjuto y curtido, cubierto de cicatrices y picado de viruelas.

–¡Una bonita cara de truhán! –se burló el monje–. He encontrado una gran suma en sus bolsillos, ¡el precio de su crimen y todo el valor de mi vida para esa gente! ¡Me quedo su dinero para bebérmelo a su salud!

–Tú bebes por los ángeles cuando ya no sabes por quién beber –murmuró Volnay apoyando una rodilla en el suelo para examinar por encima la herida–. Un golpe mortal –dijo–. ¡No has perdido facultades!

Se percibía un toque de orgullo y de respeto en la voz del policía.

–¡Con esa gente no sirve de nada herir! –comentó con sobriedad el monje.

El comisario de las muertes extrañas asintió gravemente. Estaba aterrado. ¿En qué asunto se había metido esta vez? ¿Quién podía estar suficientemente informado y seguro de su impunidad para atacar a un comisario del rey y a su colaborador? La agresión que había sufrido el monje era tanto más inquietante cuanto que pocas personas sabían el lugar donde residía y trabajaba. Lo habían atacado con la intención de matarlo, aunque, después de todo, tal vez Wallace habría degollado al propio Volnay después de haberle entregado la carta real.

Sus dedos entreabrieron el chaleco de piel de búfalo del hombre y el policía guardó silencio al ver un pequeño rosario alrededor del cuello. Cruzó una mirada significativa con el monje. Este último no parecía muy alterado y lo contemplaba con un aire tan tranquilo y plácido como si volviera de vísperas.

–¡Asesino y buen cristiano! –exclamó por todo comentario.

Siguió un silencio mortal.

–He interrogado a una peluquera del rey –dijo por fin el joven, apartando con esfuerzo la mirada del pecho del cadáver–. No he podido sacarle nada concreto, pero he llegado al convencimiento de que la señorita Hervé estaba embarazada de nuestro buen monarca.

El rostro del monje se ensombreció.

–Hay algo más grave –continuó Volnay–. Le Bel, primer ayuda de cámara, ha estado espiándonos durante nuestra conversación.

El monje suspiró.

–En Versalles todo el mundo espía a todo el mundo. ¡Esa gente no tiene otra cosa que hacer en todo el día! ¡Incluso dicen que el rey se aburre tanto cuando está con la reina que se entretiene matando moscas en los cristales de las ventanas!

Tras haber cerrado cuidadosamente la puerta de la bodega con llave, llevó a Volnay al laboratorio. El fogón resplandecía en aquella semipenumbra. Algunas pipetas estaban llenas de líquidos de color verde espinaca, cáscara de nuez o violeta de obispo.

–Todavía te quedas corto –dijo el comisario de las muertes extrañas con tono

acerbo–. Hay un espía de la corte detrás de cada puerta y los ministros también tienen los suyos.

El monje sonrió.

–¡A los ministros siempre les ha gustado saber todo lo malo que se dice de ellos!

–Sobornan incluso a los confidentes de la policía para obtener información de ellos –dijo Volnay, indignado–. Ya no hay palabras inocentes, se informa de toda broma desafortunada al lugarteniente de la policía. En las cenas, los amigos no se atreven a hablar demasiado, pues hoy en día muchos hombres de calidad hacen de espías. Por no hablar de los criados, que están todos vendidos a algún señor enemigo del suyo. ¡Los secretos de familia no se conservan nunca mucho tiempo!

Finalmente se sentó a horcajadas en una silla de respaldo alto, rechazando el vaso de agua que empujaba el monje hacia él.

–Haces mal –le reprochó este–, pongo en infusión en el agua melisa y raíces de iris con un vasito de aguardiente. ¡El resultado es un agua de sabor muy agradable y absolutamente higiénica!

Pero la mente de Volnay navegaba lejos de allí, repasaba todos los hechos y todos los datos para analizarlos y compararlos.

–También debes saber –dijo– que la señorita Hervé era asimismo amante de Sartine.

Para su gran sorpresa, el monje rompió a reír alegremente.

–¡Este asunto es de lo más gracioso! ¡Además del partido devoto, resulta que nuestro lugarteniente criminal está también implicado en el asunto! De todas formas, no creo que la jovencita fuera su amante. No es el estilo de Sartine mezclar el placer con los negocios. Sería más bien su informadora... El interés que despiertan las prostitutas en la policía está en función de sus amantes. ¡En fin, espero que Sartine no ande buscando la carta como el partido devoto!

–Ya sé lo que vas a decirme –lo cortó Volnay–. Solo tú y yo sabemos de la existencia de la carta y no hemos hablado de ello con nadie. La única explicación de las agresiones que hemos sufrido es que me vieran cogiendo la carta del cuerpo. Casanova me vio claramente y es un hombre que sabe negociar ese tipo de información.

El monje hizo una pequeña mueca de escepticismo.

–¡No me imagino a un hombre como Casanova yendo a venderla al partido devoto, para el que es la representación del diablo! Sus relaciones con la religión se limitan a encuentros galantes con monjas guapas. –Observó un atisbo de impaciencia en Volnay–. Si Casanova te vio sustraer la carta –prosiguió rápidamente–, otros pudieron darse cuenta también, como el comisario de barrio, por ejemplo. Esa gente está muchas veces a sueldo de alguien.

Volnay se levantó y se puso a caminar lentamente por la habitación, como para dejar más espacio a sus pensamientos.

–Si no fue Casanova, me pregunto entonces cómo el que me sorprendió llegó tan deprisa al escenario del crimen. A no ser que...

–A no ser que ya estuviera allí; ¿es eso? –propuso el monje, que tenía la costumbre de seguir la lógica del policía.

Volnay se detuvo, pensativo.

–Sí, bien porque era el asesino, aunque lo dudo, porque este habría pensado en recuperar la carta antes de destrozar la cara de su víctima, bien porque seguía a esa joven. En cualquier caso, es probable que fuera el partido devoto el que ordenó mi agresión, puesto que ha sido Wallace quien me ha atacado. En cuanto a la segunda agresión, podrían ser los mismos, un poco más exasperados...

Se hizo el silencio, roto tan solo por una mosca que zumbaba dentro de una botella vacía.

–¡Las preguntas son tantas como las posibles respuestas! –exclamó el monje–. El rey, el partido devoto, Sartine..., demasiada gente de la que desconfiar. Te recomiendo que conserves la cabeza fría. Sé prudente y, como decía santo Tomás de Aquino, «no seas indiscreto, controla más bien tus palabras, y, como un hijo prudente, no eches las perlas a los puercos». En lo que a mí se refiere, me marcharé un tiempo de aquí y volveré a uno de mis antiguos escondrijos. –Rio alegremente–. ¡Eso me hará recordar los viejos tiempos, cuando quemaban mis libros por herejía! En cuanto a ti, como no puedes desaparecer como yo, lleva cuidado con todo el mundo... –Hizo una pausa y prosiguió en un tono más duro–: ¡Porque, hoy por hoy, solo puedes fiarte de mí, de tu cotorra charlatana y de la punta de tu espada!

La noche se había abatido sobre la ciudad con su cortejo de sombras, fantasmas y ladrones. Las personas honradas buscaban un plácido descanso en sus colchones rellenos de paja, de plumas o de lana. Tan solo una claridad amarillenta brillaba en algunas ventanas. En las posadas y los garitos, por el contrario, habían encendido las velas de cera o de sebo. Ruidosas carcajadas traspasaban de cuando en cuando la oscuridad. Con la espada a un lado y una pistola en el cinto, Volnay caminaba sin miedo. Su mirada en constante movimiento seguía las sombras sospechosas. En las calles oscuras, trataba asimismo de evitar las deyecciones que sembraban el empedrado y las aletas de su nariz se estremecían de asco. Sus ojos se posaban más que otras veces en las chicas de vida alegre que intentaban atraerlo hacia ellas como sirenas sobrenaturales que jugasen con un marinero extraviado. Por un instante, titubeó, pero acabó siguiendo su camino. La calleja que tomó hacía un recodo y

después bordeaba los jardines de un bonito palacete antes de ir a perderse en las orillas del Sena.

–¡Agua va! –gritó alguien antes de arrojar un cubo de excrementos por la ventana.

Volnay saltó hacia un lado para evitar que le cayeran encima y giró por la calle de Lanternes, poblada de ropavejeros, peluqueros y corseteros. Fue entonces cuando la vio. Era una muchacha vestida decentemente y de forma nada llamativa, pero cuyos bonitos ojos oscuros llameaban. Le hizo como una leve señal con la cabeza y empujó la puerta de una taberna cuyo rótulo anunciaba: El Tonel Agujereado. Antes de entrar, le lanzó una mirada insistente en la que él leyó una mezcla de sentimientos contrarios, pero también una invitación a seguirla. Intrigado, entró.

El policía apareció en el gran salón de la taberna, alargado y de techo bajo, con paja fresca en el suelo. Junto a la entrada, un viejo que parecía haber volcado su vaso daba cabezadas. El comisario de las muertes extrañas recorrió la habitación con la mirada sin encontrar rastro de presencia femenina. Velas de sebo iluminaban trozos de mesa, fragmentos de vida o naturalezas muertas. Unos comensales comían sopa de guisantes mojando grandes pedazos de pan. En otra mesa, devoraban trocitos de filete de cerdo con salvia picada que acompañaban con un vino denso. Unos hombres sentados en el rincón más oscuro retuvieron su atención. Eran tres, todos vestidos de negro, y lo miraban con especial insistencia. Uno de ellos, de tez mate y mandíbula cuadrada, parecía poseer una autoridad natural. Levantó el vaso como para beber a su salud. Volnay palideció. El hombre le hizo una discreta seña con la mano y el policía se acercó, como hipnotizado.

–Bienvenido, hermano –dijo el hombre de tez mate, e hizo la señal de la Hermandad.

–¿Qué queréis de mí? –balbució Volnay–. Hace mucho tiempo...

–Ha llegado el momento de que regreses con nosotros. Te necesitamos.

–¿Para qué?

–Llevas una investigación que nos interesa. Una carta ha llegado a tu poder por descuido y debe sernos devuelta.

Volnay vaciló un instante.

–No está destinada a vosotros –contestó.

–¿La has abierto?

–No, pero...

–¿Sabes quién la ha escrito?

–Sí, claro... –El comisario se rehízo. Ese interrogatorio no tenía ningún sentido–. Si vos conocéis al autor de esa carta –dijo en un tono insolente–, decídmelo.

El otro sonrió y se inclinó hacia él.

–¡Alguien muy importante!

–Entonces, sabéis por qué no puedo dárosla –dijo el policía bajando la voz–. Yo sirvo al rey.

Otro de los hombres, corpulento, de ojos grises muy penetrantes y barba negra, se inclinó hacia él con una vivacidad sorprendente para un hombre de su constitución. Su voz, con acento alemán, tenía una extraña suavidad.

–¡Servís al rey! Vamos, Volnay, os conocemos. Leváis una vida sin tacha y gozáis de una reputación envidiable. ¡A duras penas se os puede reprochar cierta debilidad por los filósofos de la Ilustración y haber salvado la vida del monarca!

Por primera vez, el comisario de las muertes extrañas bajó la cabeza. Los hombres de negro lo habían observado en silencio y, de forma totalmente natural, las miradas convergieron en el hombre corpulento. Volnay lo observó con atención. La espesa barba disimulaba un mentón poderoso, mientras que el bigote daba volumen y un aire de majestuosidad al labio superior. En sus ojos brillaba una llama ardiente. El policía comprendió entonces quién era el verdadero jefe del grupo.

–No hice sino obedecer las órdenes de la Hermandad de la Serpiente en aquella época. Damiens era de los nuestros, pero se había vuelto loco y quería matar al rey. Demasiado pronto, me dijo el Gran Maestro. Había que detenerlo.

–Y vos lo hicisteis –remató la frase el otro en un tono seco.

–Había prestado juramento.

–¡Ese juramento sigue vigente!

Volnay meneó la cabeza con pesar.

–Dejé la Hermandad tras la muerte de Damiens. Ya no soy uno de los vuestros.

–¡El juramento de la Hermandad vincula para siempre a los que lo han pronunciado! ¡Solo acaba con la muerte! –dijo el hombre de la mandíbula cuadrada en un tono glacial.

–¿Qué fin perseguís? –preguntó Volnay sin contestar a esto último.

–El mismo de siempre, que era también el vuestro. –Suspiró el hombre corpulento–: acabar con la monarquía. Ahora se nos presenta una oportunidad incomparable de desacreditarla para siempre. En toda Francia la gente se rebela contra la guerra y sus matanzas inútiles, contra la especulación con el pan y contra los impuestos. El pueblo ruge, escupe sobre la carroza de la Pompadour y desea la muerte del rey. Nosotros no queremos que muera; sería sustituido inmediatamente por otro. Este nos conviene, ya que ensucia las flores de lis de la corona de Francia. Tu investigación permitirá arruinar definitivamente la poca reputación que le queda, y en toda Europa lo mirarán con horror.

–¿Qué dice el Gran Maestro de todo esto? –preguntó Volnay.

Se produjo un silencio incómodo.

–¡No está al corriente de vuestra iniciativa! –exclamó el policía, aterrado.

–El Gran Maestro es muy mayor, ahora vive fuera de París.

La mente de Volnay trabajaba a toda velocidad. Sus errores de juventud, todo su pasado, lo habían atrapado, y no por casualidad. La chica de la calle, la carta..., todo un mundo invisible pululaba a su alrededor: los espías de Sartine, el partido devoto, la Hermandad de la Serpiente... Todos sabían algo que él ignoraba.

–¿Qué decidís, hermano? –preguntó el jefe.

–No he cambiado de opinión –respondió Volnay, pero su voz carecía de firmeza.

–Prestaste juramento –le recordó de nuevo uno de los hombres de negro.

–A la Hermandad, al Gran Maestro, no a vosotros. Y ya no soy uno de los vuestros.

El hombre corpulento suspiró.

–Sí lo sois, no se deja la Hermandad de la Serpiente así como así y no tardaréis en enteraros. Cuando la Hermandad os necesita, os reclama. Si cambiáis de opinión, volved a esta taberna; habrá siempre alguien para hablar con vos. Pero, apresuraos, hermano; el partido devoto anda detrás de vos, necesitaréis nuestra protección contra él. No podéis seguir solo. Fuerzas terribles se han alzado y están en marcha. ¡Si os interponéis en su camino, seréis aplastado! –Le dirigió una mirada sombría y añadió–: En realidad, sois como un pájaro que se lanza al vacío sin saber volar.

V

¡La libertad es el único Dios
al que adoro!

CASANOVA

Por la mañana, Casanova se había hecho empolvar cuidadosamente antes de ir al palacete del marqués de Ancilla. Vestido con un frac gris forrado de azul y calzas de seda púrpura, se presentó en la entrada. El corazón le latía un poco más deprisa de lo habitual, cosa que se reprochó. Un lacayo con librea lo precedió por una escalera de peldaños de mármol. Chiara lo recibió en su salón de música, una bonita habitación de paredes revestidas con madera. Por la ventana se veía un jardín de alegrías cerrado por una balaustrada dorada.

La joven llevaba un vestido verde bajo el que Casanova intuyó una enagua de satén con encaje, todo un mundo de ropa interior ondulante en el que aspiraba a sumergirse. Una gorguera ceñía su cuello. Sus cabellos negros estaban sujetos detrás por un moño, en el centro del cual brillaba un punto de oro. Ante esta visión, el veneciano sintió que el corazón se le fundía.

Tomaron asiento en unos sillones de filigrana de plata sobre fondo azul y charlaron de todo un poco hasta que la joven dijo, de forma un tanto abrupta:

–No me gusta el mundo en el que vivimos, donde reinan la arbitrariedad, la riqueza para un número reducido y la miseria para muchos.

–Mis padres eran pobres, no sé si lo sabéis –dijo con humildad Casanova.

Chiara no contestó. De pequeña, sus jornadas eran una delicia: por la mañana, jugaba con su perro, después se sentaba al clavecín y cantaba. Antes de comer, herborizaba con su preceptor. Por la tarde, tras una corta siesta, se dedicaba a hacer experimentos en un pequeño laboratorio que su profesor de ciencias naturales había equipado con los más recientes instrumentos. A continuación leía hasta la hora de la cena; luego contemplaba las estrellas con su telescopio antes de ir a acostarse.

El veneciano se fijó en que Chiara apretaba con mano nerviosa la seda del vestido.

–Debéis de haber sufrido mucho –dijo.

–¡En absoluto! Yo soy un pobre al que la adversidad no abate jamás y siempre he encontrado solo una solución a mis problemas.

Chiara bajó de nuevo los ojos. En su cabeza bullían sueños de igualdad para la humanidad, pero ella había nacido en una cuna de plata y su camino había

estado sembrado de pétalos de rosa. Eso le hacía tener mala conciencia y un vago sentimiento de vergüenza.

–Vos sois partidaria de los filósofos –continuó Casanova, que había percibido la incomodidad de la joven aristócrata–. Me di cuenta enseguida. Yo he conocido a muchos: Rousseau, Favart, Fontenelle, Voisenon, Crébillon...

–¿Y estáis de acuerdo con su filosofía? –preguntó Chiara, incrédula.

–Con la de Diderot, sí. Para él solo somos, cito sus palabras, «un ser material que no puede tener otro objetivo que el placer de los sentidos, no tenemos ni derechos ni deberes y nuestro interés es la única finalidad de nuestras acciones».

–Si esa es nuestra naturaleza, debemos luchar contra ella. Un mundo en el que la desigualdad es la ley va de mal en peor.

Casanova se encogió de hombros, fatalista.

–El mundo es así: unos son cada vez más ricos y otros cada vez más pobres. Depende de nosotros seguir siendo ricos si ya lo somos o conseguir serlo si no lo somos aún. Nadie me ha ayudado a llegar a ser lo que soy, ¿por qué tendría que ayudar yo a los demás?

–¡Pero las mujeres bien que os han abierto su cama y los hombres su bolsa!

El veneciano desplegó una sonrisa modesta.

–En efecto, y me han propuesto también ventajosos matrimonios, pero, ¡qué le voy a hacer, la libertad es el único Dios al que adoro!

«¡Y qué lección les doy –pensó– a todos esos poderosos que me miran de arriba abajo con la altivez de siglos de certezas, colmándome de presentes para que les haga horóscopos cifrados o les dé el secreto para conseguir que brote oro las noches de luna llena! ¡Engañarlos me produce más placer que molerlos a palos!»

Se produjo un silencio. El caballero de Seingalt levantó la cabeza. Frente a él, un espejo reflejaba la habitación y le permitía admirar la más deliciosa de las nucas. Chiara se mordisqueaba pensativamente el labio inferior, mirándose el pie derecho con un aire soñador. Casanova estaba dividido por sentimientos contrarios. Su memoria quería, al parecer, decirle algo, pero él se negaba a escucharla. No quería saber a quién se parecía Chiara..., todavía no.

–Habladme de vuestra infancia –dijo de pronto la joven–. Me gusta cuando me contáis cosas de entonces.

Casanova titubeó, pues se trataba del único periodo de su vida en el que había sido vulnerable. Después pensó en Bettine y se embarcó en una extraña confesión.

–A la edad de nueve años me mandaron a vivir a casa de una mujer increíblemente avara –dijo con voz muy queda–. Dormía en el desván con otros tres chiquillos, devorado por los chinches y aterrado por las ratas, que se subían a mi cama y me mordían. La comida era tan escasa que robaba para

alimentarme. Mi maestro, el cura Gozzi, tenía una hermana que era tres años mayor que yo, Bettine. Ella me compadecía porque me sentía muy solo, lejos de mi casa y de mi madre. Llevaba largos camisones y sus trenzas deshechas ondulaban como serpientes en su espalda. Yo era pequeño, Bettine era una madre para mí. Me llamaba «querido hijo». Todas las mañanas, venía a peinarme y asearme. Sus manos eran suaves y expertas. Demasiado. Una mañana le pareció que mis muslos estaban sucios y llevó muy lejos su celo por la limpieza, provocando en mí una voluptuosidad que no cesó hasta que se encontró en la imposibilidad de hacerse mayor. Entonces toda mi alma pareció explotar y fundirse en el hueco de su mano. –El veneciano bajó la cabeza y añadió sombríamente–: Una madre no se habría comportado así, ¿verdad?

Al levantar la barbilla, Casanova comprobó con sorpresa que los ojos de la joven se habían llenado de lágrimas.

–¿Qué os ocurre? –preguntó con dulzura.

–Nada. El maquillaje me hace llorar –respondió ella.

Un pesado silencio cayó entre ambos y, aunque los llenaba de incomodidad, ni uno ni otro sabían cómo romperlo.

–¿Habéis vuelto a ver a ese extraño policía, el caballero de Volnay? –preguntó de pronto el caballero de Seingalt.

Sorprendida por esa pregunta inesperada, la joven dijo, confusa:

–Pues, sí... ¿En qué os afecta eso a vos?

El veneciano puso una expresión encantadora.

–Simplemente quería saber si tenía un rival en mi camino.

Chiara, sorprendida de nuevo, se quedó un momento desconcertada antes de prorrumpir en una risa a la que Casanova se sumó galantemente.

–¡Vuestro rival! ¿Desde cuándo los grandes seductores anuncian a sus víctimas que las han elegido?

Casanova la miró, y de sus ojos había desaparecido todo rastro de alegría.

–Cuando quieren darles una oportunidad, Chiara. Yo deseo ofreceros la posibilidad de escapar de mí.

La joven se quedó sin voz y un extraño rubor invadió sus mejillas.

–¡Qué comediante estáis hecho! –dijo precipitadamente.

Casanova meneó la cabeza. ¡Acababa de decir la verdad y lo trataban de comediante! No era aconsejable envejecer y enternecerse.

–No habéis contestado a mi pregunta sobre Volnay –insistió con prudencia.

–¡Claro que no! ¡El caballero de Volnay es un hombre serio!

–¿Solo piensa entonces en su investigación?

–Sí, pero no puedo hablaros de eso, me hizo prometérselo.

¡El veneciano no cabía en sí de contento! Si le hacían prometer a alguien que guardara el secreto, eso significaba que le habían contado uno.

–Ah, pues me alegro mucho de saberlo –dijo, afectando la mayor inocencia–. A mí también me hizo prometer que guardaría el secreto de la muerte de esa peluquera del rey.

La joven se quedó estupefacta.

–¿Os ha hablado de eso a vos también?

–Necesitaba mi ayuda, soy un testigo capital en este caso. Además, tengo muchas relaciones en París, y eso puede facilitar las cosas. Lo que no sé es si os ha hablado a vos también de lo demás...

Había hecho ese intento para quedarse tranquilo, pero sin creer realmente que fuera a dar resultado. Cuál no fue su sorpresa cuando Chiara contestó con toda su inocente frescura:

–¿Del conde de Saint-Germain?

¡Casanova le habría besado las manos!

El conde de Saint-Germain se inclinó ante la marquesa de Pompadour. Vestía una casaca con pasamanería ribeteada de piel, y de su chaleco, desabrochado en la parte superior, escapaba una corbata de encaje. Su semblante era resueltamente aristocrático, y su mirada, sagaz e inteligente. Comparada con su tez mate, la de su invitada parecía blanca, casi lívida. Alrededor de ellos, la estancia se hallaba sumergida en una armonía azulada: azul intenso de los motivos de la alfombra persa, azul más apagado del artesonado, azul tenue de un cuadro de inspiración flamenca, azul turquesa de la tapicería de los sillones y de las florecillas del vestido de la dama, azul ceniciento de la cubierta de una partitura de música sobre un piano o de las cintas de una carpeta de dibujo. Azul claro, por último, de sus ojos.

–Mirad esta bonita caja que os he traído –le dijo el conde para distraerla–. ¡La he dotado de un divertido mecanismo!

Ella cogió de sus manos una caja de carey negro cuya tapa estaba decorada con un ágata.

–Mirad –dijo el conde, recuperando con delicadeza el objeto.

Acercó la caja al fuego y, al volver a cogerla, la marquesa vio que el ágata había desaparecido para dejar paso a una bonita miniatura que representaba a una pastora sosteniendo una cesta llena de flores. Sorprendida, acercó de nuevo la caja al fuego y la pastora desapareció para dejar paso al ágata.

–¡Sois un verdadero mago! –exclamó como una niña. Pero enseguida se mordió los labios, como si acabara de escapársele algo inapropiado, y suspiró–. Gracias, amigo mío, por intentar hacerme olvidar mis preocupaciones.

La marquesa miró a su alrededor con aire de conspiradora y le hizo una seña al conde indicándole que se inclinara para escucharla, pues ni siquiera en su residencia particular estaba a salvo de oídos indiscretos.

–Aconsejadme, porque me aterra que esa carta caiga en malas manos. ¿Cómo hemos podido llegar a este extremo?

El conde miró con compasión a la marquesa de Pompadour. Sabía que estaba al límite de sus fuerzas y minada por un mal profundo.

–Hemos llegado a este extremo, señora, porque vivimos en un país donde un gabinete negro intercepta por cuenta del rey toda la correspondencia e incluso dispone de especialistas en criptografía para los mensajes cifrados. Vos erais la persona más segura para transportarla.

–Entonces, todo ha sido por mi culpa...

–No, señora, confiad en Dios y en el caballero de Volnay.

La marquesa hizo un gesto de irritación. Su mano izquierda acompañó nerviosamente el frufrú de su vestido.

–¿Ese comisario de las muertes extrañas? Es tan joven...

–Tal vez, pero posee dos cualidades raras en nuestra administración real: la integridad y la eficiencia. ¡Os suplico que hagáis todo lo que esté en vuestra mano para que conserve este caso!

–De acuerdo, pero ¿qué peso tiene frente a Sartine o el partido devoto? ¡Lo barrerán como si fuera una brizna de paja! Además, mi pequeña Chiara me dijo que no había avanzado mucho y que sabía todavía menos que nosotros.

La mirada del conde de Saint-Germain siguió siendo neutra, pero la marquesa sorprendió en ella un vivo resplandor que se había encendido como un farolillo en la noche.

–¡Una visión! –murmuró la marquesa–. ¡Habéis tenido una visión! ¿Es eso?

Su interlocutor negó despacio con la cabeza.

–*Sum, quia sentio*: «Soy porque siento». Confiad en mí, señora, a quien jamás he ocultado nada y a quien jamás se lo ocultaré. Hablad con el rey y haced que Volnay solo le informe a él de todo lo relacionado con esta investigación, y no a ese maldito Sartine, que no sirve sino a sus propios intereses.

–Haré lo que pueda –aseguró ella–, pero no sé si el rey me hará caso.

Una tos seca salió de la garganta de la marquesa. Cuando se hubo calmado, preguntó con voz insegura:

–¿Cuánto tiempo me queda?

–¿Qué queréis decir, señora?

La tos arreció.

–¡Lo sabéis de sobra, mi señor médico!

El conde permaneció impasible, pero un destello de compasión atravesó su mirada.

–No es momento de hablar de eso, señora. Y vuestra misión dista mucho de

haber acabado, cuando se ponen en marcha fuerzas de una brutalidad que no podéis siquiera imaginar.

La marquesa palideció.

–¿Qué otras fuerzas? ¿El partido devoto? Sabemos que está dispuesto a todo. ¿El señor de Sartine? Es implacable.

El conde se inclinó hacia ella. Dos ojos oscuros y atentos escrutaban ahora a la marquesa.

–¡Hay algo peor! ¿Habéis oído hablar de la Hermandad? La Hermandad de la Serpiente, para ser más precisos...

En la calle se gritaba por cualquier nimiedad. El ruido era tan ensordecedor que asustaba a los extranjeros de visita en París. En una esquina de la Vieille-Place-aux-Veaux, la multitud se apartó bruscamente, como espoleada, por un vehículo lanzado al galope por un cochero brutal. Los chasquidos del látigo cubrieron los gritos de pavor y las imprecaciones de los transeúntes. Era mediodía, el comisario de las muertes extrañas y el monje se encontraban en el lugar del crimen, inspeccionando los alrededores con la mirada. El sol, en su cénit, dejaba como una larga cicatriz dorada en el borde derecho de la calle.

–La información que me dio la joven compañera de la señorita Hervé –dijo Volnay, pestañeando– es que, desde su habitación, esta última veía por la noche el fuego del horno del panadero. Entremos en el patio e inspeccionemos el lugar.

Así lo hicieron, y dedujeron que dos inmuebles ofrecían esa vista. El lugar parecía un termitero repleto de rincones y recodos, atravesado por galerías, incesantemente agitado por las idas y venidas de habitantes, visitantes y clientes. Las tiendas daban a la calle, los talleres, al patio. Se oían las voces de los vendedores y las alegres canciones de los artesanos. Vestido con harapos y con la cara negra de roña, un crío de diez años alargó la mano a su paso.

–Toma, pequeño –dijo Volnay, dándole una moneda de seis libras–, pero ve con cuidado. ¡La policía ha ordenado arrestar a todos los mendigos y encerrarlos en el Châtelet, sea cual sea su edad!

El chiquillo abrió los ojos como platos al contemplar la moneda en la palma de su mano y huyó a todo correr, como si los dos hombres se dispusieran a quitarle su tesoro. El monje miró al policía con una sonrisa benévola.

–¡Eres todo corazón, como yo! ¡Me alegro!

Volnay se encogió ligeramente de hombros y cruzó una puerta cochera. Frente a ellos, varias escaleras partían en todas direcciones. Un poco perdidos, llamaron a la puerta de la primera vivienda de la planta baja. Una mujer de aspecto arisco, encaramada en unos zancos, les abrió la puerta con desconfianza. Las facciones de su cara parecían toscamente esbozadas, como si su creador no

hubiera dispuesto del tiempo necesario para finalizar la tarea. El semblante civilizado de sus visitantes, la compostura de Volnay y la respetabilidad del hábito del monje parecieron tranquilizarla. El comisario de las muertes extrañas explicó las razones de su visita.

–La señorita Hervé, sí –masculló–. Yo soy su casera, os acompañaré a su habitación.

La siguieron.

–Mi marido murió –explicó la mujer subiendo la escalera de peldaños bamboleantes–. Se encontró un día sin fuerzas y presa del vértigo. Llamé a un médico, pero, después de cuatro sangrías en los brazos y los pies, este no salía de su asombro al verlo todavía más débil. La quinta sangría fue fatal.

–Yo siempre he dicho que en nuestros días se saca demasiada sangre –comentó el monje.

–Dentro de mi desgracia –prosiguió ella, jadeando–, tuve la suerte de que no tuviera deudas y de que hubiera comprado una planta de este inmueble en el que vivo. ¡Ay, Dios mío!, yo lo alquilo todo sin hacerme demasiadas preguntas. ¿Qué es lo que ha hecho la señorita Hervé?

Volnay no respondió. Prefería hacer preguntas.

–Sé que recibe hombres en esta dirección. ¿Podéis describirme al último con el que ha estado?

La escalera era empinada. La casera hizo un descanso para recobrar el aliento.

–¡Jesús bendito! ¿Creéis acaso que yo me dedico a observar las idas y venidas de ese vil comercio? Esto no es una casa de citas, pero tampoco puedo impedirle a una inquilina que reciba visitas... ¡Hay que ver a lo que lleva una mente perezosa!

–¿Tiene muchos visitantes?

–¡A una chica guapa nadie le hace ascos! –respondió la mujer, reanudando el ascenso.

–¿Y qué más? –se impacientó el policía.

–Poco, a decir verdad, pues he oído decir que vive en Versalles y solo viene aquí si se tercia... para divertirse. ¡Que Dios se apiade de ella!

–Para Dios, la mayor virtud es saber amar –señaló sentenciosamente el monje. Y añadió con malicia–: ¡Para el resto, basta rezar con fervor entre dos pecados!

–¡Oh...!

Volnay frunció el entrecejo ante las palabras de su colaborador. Habían llegado charlando a la tercera planta y la casera, resoplando ruidosamente, sacó una llave del manojo.

–¡Oh! –exclamó–. Han forzado la cerradura.

–Apartaos –dijo el policía con autoridad–. Y gracias por esperarnos abajo.

Ella se encogió de hombros y bajó mascullando de forma ininteligible.

Volnay sacó una pistola del cinto y entró. Lanzó una mirada circular y su rostro adquirió la dureza del sílex.

–¡Alguien ha venido antes que nosotros!

Dieron unos pasos por la única habitación de la vivienda, de paredes encaladas. El colchón estaba despanzurrado, los armarios y los anaqueles, volcados, al igual que la estufa. Todo había sido minuciosamente vuelto del revés y registrado. Se les habían adelantado.

–¡Quieto! –ordenó el comisario de las muertes extrañas, y apoyó una rodilla en el suelo–. La señorita no viene con regularidad y el polvo se deposita. Veo aquí las huellas de un buen par de botas. Y ahí..., hummm..., parece la punta de un estoque que se haya arrastrado por el suelo. ¡Más soldados! –Bajó la pistola–. Armazón de cama, un colchón de plumas, una manta de lana, cortinas... Alguien con estas pertenencias sin duda tiene protectores...

El monje señaló la presencia inicua de un Cristo retorcido sobre la cama reservada al placer.

–Debía de darle la vuelta antes del coito. ¡Muchas mujeres cristianas lo hacen! –Se acercó a la mesilla de noche, donde había unas cajitas volcadas–. Polvos, afeites..., ¡esto es una mujer deseosa de gustar!

Volnay dio unos pasos hacia la ventana y cruzó los brazos.

–La promiscuidad es tal en estos inmuebles que se sabe todo de todo el mundo y es preciso hablar muy bajo para no ser oído. Vayamos a charlar con el vecindario.

Se dirigieron al rellano que daba al patio, el cuadrado, y llamaron a una puerta. Un escudo consiguió que la abrieran. Se encontraron frente a una muchacha con las costillas descarnadas, que estrechaba contra sí a un niño que mamaba de su pecho. Se presentó como vendedora de fruta desocupada. Por suerte, precisó, su marido trabajaba quince horas al día como oficial de carpintería. Pero ni siquiera con el dinero obtenido por ese trabajo llegaban a hacer más de una comida al día, porque el alquiler era caro.

El comisario de las muertes extrañas comprendió el mensaje y le dio otro escudo, acribillándola a preguntas sobre la señorita Hervé.

–Solo hablé una vez con ella para pedirle que hiciera menos ruido cuando las personas honradas duermen –masculló–, y esa furcia se atrevió a llamarme «puto culo encogido». Después de eso, la oía decir a los hombres por la noche: «¡Más despacio, me hacéis daño, y además, vais a despertar a la pordiosera de mi vecina!».

–¿Nunca le ha llamado la atención algún hombre en particular?

–No he visto nunca a ninguno, ¡solo oído!

–¿Qué podéis decirme acerca de la señorita Hervé?

La vendedora de fruta se quedó pensando.

–Dicen que invierte el dinero de sus amantes en comprarse polvos y cremas para la cara. Ya sabéis, de esas que hacen estar todo el tiempo guapa e impiden envejecer.

–¿Han venido hombres recientemente a su habitación? Aunque no haya sido de noche... ¿O quizá os habéis cruzado en estos dos últimos días en la escalera con una persona desconocida para vos?

–Bueno... –dijo en un tono vacilante–, ayer había un hombre en el rellano, alto, sin pelo ni barba, con la piel muy blanca... Me dio un poco de miedo, tenía una mirada maligna...

El monje y el policía cruzaron una mirada cómplice y se despidieron.

–El amigo Wallace se está tomando mucho trabajo –comentó el monje.

Volnay meneó pensativamente la cabeza y manifestó su deseo de volver a la habitación de la víctima. Una vez allí, se plantó de nuevo delante de la ventana que daba al patio.

–Veo el famoso horno de pan, pero sigue intrigándome una cosa: ¿por qué la señorita Hervé se dirigió al patio y no a su casa?

A primera hora de la tarde, el sol brillaba y el cielo estaba despejado. Numerosos paseantes se apiñaban en las calles de la capital. Unos cortesanos habían descubierto entre los curiosos a dos jovencitas de catorce años de adorable fisonomía. Aunque un poco inquietas, estas se habían dejado convencer de montar en su carruaje para acompañarlos a Versalles. Pensando cobrarse más tarde sus servicios, los cortesanos las llevaron a visitar los jardines y admirar los juegos de agua. Miles de pájaros gorjeaban en los árboles que daban sombra a los paseos de arena fina. Miles de chorros de agua cruzados brotaban de forma intermitente de la boca de sirenas y tritones. Miles de especies de flores adornaban los parterres.

Las jovencitas profirieron gritos de admiración cuando descubrieron a Neptuno, reconocible por la barba y el amenazador tridente, en su carro tirado por seis caballos marinos. A su izquierda estaba Proteo, pastor de los monstruos marinos, sentado sobre un unicornio. A la derecha nadaba un rebaño de dragones marinos cabalgados por amorcillos. Todos los chorros, que brotaban como lanzas de agua, producían un gigantesco murmullo al caer en el gran estanque. Con un cruce de miradas, los gentilhombres decidieron concluir el asunto llevando a las jovencitas a una gruta de amor.

Esta poseía tres grandes arcadas decoradas con conchas doradas. En el interior, las dos ingenuas dejaron escapar suspiros extasiados. El techo de la gruta representaba el astro del día; las paredes estaban cubiertas de conchas y brillante nácar. Al fondo de la gruta, el dios Neptuno tenía un odre inclinado, y el agua que salía de él alimentaba a sus pies un lago de cristal. Más agua caía de

grandes conchas de mármol jaspeado. En algunos momentos los chorros formaban capas de diferentes niveles, como una escalera mágica que no llevara a ninguna parte. Tritones y nereidas con cuerpos de nácar alimentaban cuatro candelabros líquidos cuyos chorros, al cruzarse, dibujaban una llama. Espejos engastados en conchas de gran tamaño repetían hasta el infinito el cuerpo gracioso de los pájaros pintados en relieve en las paredes. Órganos ocultos difundían una música campestre que, unida al murmullo del agua, permitía distinguir el piar de las aves como en una floresta.

Las dos compañeras lloraban de emoción viendo estas maravillas. Aprovechando su embeleso, los gentilhombres habían rodeado con un brazo, indolentemente, las finas caderas de esos cuerpos todavía verdes cuando Le Bel, primer ayuda de cámara y rufián habitual del rey, surgió de la nada como un diablillo para abordarlos.

«Habían» visto a esas jovencitas, «deseaban» invitarlas a un tentempié...

Conscientes de a quién hacía referencia ese plural, los dos cortesanos, chasqueados, tuvieron que ceder sus presas al rey, que las recibió en una de sus casitas del barrio ante montones de carnes frías, pasteles y golosinas. Ellas habían dicho que se llamaban Marion y Marinette. Tras un encantador jugueteo y con la ayuda del alcohol, les «habían» pedido a las jovencitas que se desnudaran y se «disponían» a hacer lo mismo cuando el rey estornudó.

–¡Oh, Rachel! –exclamó la mayor–. ¡Ha cogido frío!

–Pero ¿cómo os llamáis? –preguntó el rey, súbitamente inquieto.

–Perdón, monseñor, estábamos jugando. Nuestros verdaderos nombres son Rachel y Sarah. Rachel David y Sarah Levy...

El rey, que era muy creyente, las miró pasmado y se puso a gritar.

–¡Judías! ¡Son judías!

Y salió precipitadamente de la habitación en calzones. Todavía se oyó a lo lejos:

–¡Judías!

Por suerte, se encontraban allí otras jovencitas para satisfacer sus deseos y ahuyentar sus pensamientos enfermizos. El rey fue a olvidar su desengaño al Parque de los Ciervos, a una casa situada en el número 20 de la calle Saint-Louis que había hecho comprar a un testaferro.

–¡Que vayan a buscarme mujeres de la vida! –ordenó–. ¡Esta noche tengo ganas de un poco de experiencia!

Volnay se adentró en el callejón de l'Or, adonde había llegado a esa hora clara que precede a la puesta de sol. La calle era estrecha, y las casas tan bajas que levantando los brazos se podía tocar el tejado de algunas de ellas. Un pulso misterioso latía en aquel lugar, donde se daba cita una población inquietante de

comerciantes de ungüentos, espiritistas, exorcistas, astrólogos, brujas y nigromantes. Los sótanos eran profundos, y algunos rumores daban a entender que la calleja y el cementerio, muy cercano, eran el escenario de extrañas idas y venidas ciertas noches de luna llena. Contaban asimismo que algunos magos iban a rascar la tierra bajo los pies de los ahorcados en busca del musgo putrefacto que crecía allí y recoger la planta mágica: la mandrágora.

Sombras anónimas, clientes que ocultaban cuidadosamente su identidad, se colaban de vez en cuando en alguna de aquellas casas y salían más tarde tapándose el rostro. ¿A qué ceremonias secretas habían asistido? Las paredes cubiertas de manchas guardaban celosamente sus misterios y los espíritus evocados permanecían enclaustrados tras las puertas cerradas. En la calle umbría, olía a moho e incienso. No había ruidos identificables, voces de comerciantes atrayendo a los parroquianos. Tan solo murmullos rápidamente sofocados rompían de cuando en cuando el silencio. Todo el mundo sabía adónde debía ir y no se entretenía por el camino.

Tratando de orientarse, Volnay dio unos pasos vacilantes. Veía, detrás de los cristales ahumados, caras lívidas y miradas curiosas. Un hombre con el rostro oculto por una capucha se cruzó con él y le susurró al pasar:

–Amuletos y figuras de cera para maleficios. ¡Seguidme si estáis interesado!

El policía no le prestó atención. Más lejos, una mujer con una máscara que le tapaba la cara le cogió una mano. Volnay se sobresaltó, pues no la había oído ni visto venir.

–El miedo te atenaza, ¿quieres venir a aparearte con la muerte?

Parecía guapa bajo la máscara, pero iba vestida con andrajos. La apartó, diciendo simplemente:

–No tengo miedo de la muerte. No tengo miedo de nada.

Pero era falso, y el corazón le latía con fuerza. Apretó el paso y no tardó en encontrar la casa que le había indicado Chloé, la turbadora peluquera del rey. Los cristales de algunas ventanas estaban rotos y, en lugar de cambiarlos, habían puesto trapos. La puerta era tan baja que tuvo que doblarse por la cintura para penetrar en aquel antro ahumado con las paredes manchadas de hollín. Desde la chimenea, el fuego arrojaba un resplandor incendiario sobre los crisoles y los alambiques de formas tortuosas. En un anaquel, a la izquierda de la puerta, se extendían frascos que contenían extraños líquidos.

Vestido con una larga túnica oscura, un hombre muy mayor, escuchimizado y con la frente surcada de arrugas, se volvió con lentitud. Tenía en la mano un par de tenazas, su cara estaba roja y sus sienes, cubiertas de sudor.

–Monseñor, ¿qué os trae por aquí? ¿Queréis conocer vuestro destino? ¿El secreto de la vida y de la muerte? ¿O quizá simplemente tenéis agujetas? ¡Vuestro servidor puede remediar todo eso!

Su voz era queda y sibilante, desagradable al oído. Se acercó a una gran mesa cubierta de piedras con signos cabalísticos grabados, vasijas de tierra y alambiques, para coger una bola sin brillo y desempolvarla con la manga.

–Hay en esta bola muchas verdades que desvelar y una porción de futuro de la que adueñarse a cambio de una módica cantidad...

–Mis problemas son más bien de dinero...

–¡Ah! –El semblante del hombre se ensombreció–. ¡Mis servicios no son gratuitos!

–Os equivocáis respecto al dinero: tengo mucho, pero, por un capricho personal, quisiera conseguir todavía más y muy deprisa.

Los ojos del viejo brillaron de avidez.

–¡Ah, eso está bien! ¡Sabia decisión! Solo hay una solución para eso: ¡el coito del rey Azufre y la reina Mercurio! ¡La Gran Obra!

–¿El coito?

–Monseñor, el azufre es el elemento masculino cuyos correspondientes son el fuego y el sol. El mercurio es el elemento femenino simbolizado por el agua y la luna. Se trata de casarlos con ayuda de la sal, el soplo vital que lo anima todo...

Se acercó a un fogón al rojo. Al percatarse de que Volnay observaba su encorvamiento, se encogió de hombros con fatalismo.

–Tengo las vértebras oxidadas por la edad, monseñor, pero dentro de un año andaré más tieso que un palo. Estoy acercándome al final, al último secreto: ¡el de la eterna juventud! –Sus dedos rozaron el fogón con una caricia extrañamente sensual–. Pero volvamos a nuestros asuntos –dijo con una voz melosa–. No os mentiré, monseñor. Si hubiera descubierto el secreto de la transmutación de los metales viles en oro, no viviría aquí. Solo la falta de medios me impide acceder a ese instante en el que, tras haber torturado los metales en los alambiques y bajo el crisol, los vea aparecer ante mí transformados en oro o en plata.

Barrió la habitación con la mano, señalando con un dedo anaqueles bamboleantes y polvorientos.

–¡Mirad! ¡Raíces de mandrágora, veneno de sapo, aguijones de abejas reina, diente de dragón! ¡Sí, monseñor, no sonriáis! ¡Me refiero al dragón del que todos hemos salido! ¡Y este canino es de un unicornio marino!

Se dirigió renqueando hacia un anaquel para detenerse, extasiado, ante un tarro de tierra cocida.

–¿Sabéis qué hay aquí? La planta sin semejanza con ninguna otra. ¡El escupitajo de luna que contiene el espíritu universal! Solo crece en el paraíso y, durante la noche, en algunos lugares excepcionales de la tierra. ¿Quién puede alardear de poseer tales maravillas? Yo solo necesito dinero para financiar mis

investigaciones, pues me hace falta más polvo de colofonia, limalla de hierro, azufre rojo, bórax, arsénico rojo y otros materiales con cuya fastidiosa enumeración no os aburriré. –Alargó sus manos descarnadas y retorcidas hacia él–. ¡El fuego y el ácido las han devorado vivas! He trabajado día y noche durante más de veinte años para arrancarle a la naturaleza sus secretos. –Su mirada se tornó calculadora–. Bastaría una pequeña inversión para reanudar mis investigaciones, y os prometo que en el plazo de uno o dos años transformaré el peor plomo en hermoso oro.

Volnay permaneció un momento sin decir nada. La sonrisa se le había congelado en el rostro, y ahora miraba al hombre con una expresión severa. Rápidamente, se dirigió hacia el fogón.

–¿Pensáis que no conozco vuestros manejos? ¿Creéis que no sé de la existencia de vuestras copelas trucadas, de vuestros dobles fondos de arcilla que ocultan polvo de oro? ¡Por no hablar de vuestras aguas fuertes cargadas de granalla de oro! ¡Además, aunque vuestros experimentos fueran verdaderos, serían en sí mismos una blasfemia contra Dios y un desafío al poder real!

–¡Monseñor!

–Comisario. –La voz glacial de Volnay hizo bajar diez grados la temperatura en la habitación–. Investigo la muerte de vuestra nieta, la señorita Hervé.

–¿Mi pequeña? ¿Muerta? ¡Pobre de mí!

Se dejó caer pesadamente en una silla y se puso a lloriquear de manera poco convincente. El policía no se dejó enternecer y lo acribilló a preguntas. Finalmente satisfecho, salió de allí no sin dirigir antes una última mirada de curiosidad al fogón que llameaba en un rincón de la estancia.

Una vez fuera, expulsó de sus pulmones el aire corrompido que había respirado. Su mirada barrió los alrededores y se detuvo al distinguir una figura familiar, sorprendente en aquel decorado del callejón de l'Or. El hábito y la capucha no conseguían ocultar los andares familiares del monje. Volnay apretó el paso y lo alcanzó enseguida. Sin embargo, no pudo ponerle la mano sobre el hombro para sorprenderlo como absurdamente tenía intención de hacer. El monje tenía a sus espaldas años de disimulo, de escondrijos y de huidas. Sus sentidos estaban permanentemente al acecho, de modo que se volvió con una rapidez asombrosa para agarrarlo por la muñeca.

–¡¿Tú?! –exclamó el monje. Lo soltó de inmediato y suspiró–. *In flagrante delicto!*

–¿Qué haces aquí? –preguntó el policía.

Una vaga expresión de incomodidad se pintó en el semblante del monje.

–Unas compras para mis experimentos... Aquí se encuentra de todo.

–¡Así que tú tampoco lo has dejado! –dijo Volnay–. Decididamente, todos sois iguales persiguiendo vuestras quimeras.

–¡Curiosidad científica!

–Será tu perdición. No deberías venir aquí, habiendo sido sospechoso de herejía.

–*De haeresi vehementer suspectos* –dijo el monje, sentencioso. Una sonrisa rasgó su rostro en dos–. Dicho esto, no solo persigo fines inconfesables. Aquí me abastezco de mirra contra el mal aliento, además de para limpiar los dientes y hacer crecer la carne alrededor. Picas una onza de mirra y la mezclas con dos cucharadas de la mejor miel blanca y un poco de salvia verde, te embadurnas los dientes por la noche y... –se interrumpió ante la evidente falta de interés de su interlocutor–. Si no te interesa lo que te cuento, ¿puedes explicarme la razón de tu presencia entre los brujos? Me dijiste hace un rato, al despedirte, que ibas a interrogar al abuelo de la señorita Hervé.

–Y eso es lo que he venido a hacer –respondió Volnay–. Si hubiera sabido adónde ibas, te habría propuesto que me acompañaras, pero siempre te haces el misterioso en lo relacionado con tus experimentos. El abuelo en cuestión es un charlatán que intenta encontrar palomos a los que desplumar con la excusa de que financien sus presuntos trabajos para transformar el plomo en oro.

–¡Ah, ese tipo de estafador a veces es muy astuto! –dijo con prontitud el monje–. Ponen, en un crisol de cobre, mercurio y vitriolo de cobre mezclados con un poco de agua. La sal del cobre se disuelve, el hierro la reduce a un estado metálico que se combina con el mercurio para formar una amalgama que tiene todo el aspecto del oro. Se puede llegar también a este resultado tratando limalla de cuero con una especie de hollín verdusco que emplean para embadurnar las paredes de sus fogones...

–¡Está bien, está bien –lo interrumpió el policía, riendo–, no dudo de tu ciencia universal! ¡Nadie sabe más que tú de todas estas cosas!

El monje se encogió de hombros con aire ofendido.

–¡Yo no digo que no haya personas con más conocimientos que yo, pero, simplemente, no he tenido el honor de serles presentado! –Metió los dedos entre su corta barba–. ¿Y qué has sacado de esa conversación?

Dieron unos pasos por la calleja y levantaron automáticamente la cabeza en el mismo momento para constatar la incongruente presencia de unas estatuas de santos en la hornacina de piedra de una fachada.

–La señorita Hervé se relacionaba con su abuelo solo por interés –respondió tranquilamente Volnay, dejando flotar la mirada a su alrededor–. Soñaba con polvos mágicos y elixires para seducir y retener a sus amantes, así como con el ungüento de la eterna juventud para mantenerse guapa a pesar de los años. En cuanto a él, conseguía de vez en cuando sacarle algún dinero vendiéndole cremas para la piel.

El monje alzó la cabeza hacia el cielo rojizo.

–O sea, que la moralidad de nuestra víctima era muy vacilante, y su atracción por lo mágico, muy real. Interesante, pues nuestros centros de interés y nuestros deseos influyen de manera considerable en nuestro comportamiento –se interrumpió para señalar con el dedo una casucha con un decrépito tejado de rastrojos–. Aquí encontrarás todos los talismanes que desees, tanto el del eterno ardor como el del amor recíproco... ¡Incluso venden uno para impedir que tu mujer pueda entregarse a alguien que no seas tú!

–Yo no tengo mujer –contestó Volnay.

El monje le dirigió una mirada de preocupación y cambió de tema reanudando la marcha.

–Aquí hay un vendedor de ungüentos que destila una estupenda agua de ángel balsámica.

A su pesar, Volnay rompió a reír.

–¡Veo que conoces las especialidades de todo el mundo en esta calle!

–Sí –dijo el monje bajando la voz–, hasta puedo llevarte a comer con los muertos que elijas a una de esas casas donde practican un encantamiento a base de osamentas, aceite, harina, miel y, por supuesto, sangre humana.

Mientras hablaba, había doblado una esquina para adentrarse en un minúsculo callejón. El policía, que le había seguido maquinalmente los pasos, lo alcanzó y le asió con una mano la muñeca.

–¿Adónde vamos?

El monje se volvió, con una sonrisa enigmática en los labios.

–Mi mente científica no está totalmente cerrada, como sabes, a ciertos procedimientos que la naturaleza no explica. ¡Ven conmigo!

Entraron en una casa cuya puerta daba directamente a una escalera que conducía mediante dos tramos simétricos a un sótano abovedado, curiosamente limpio y bien ventilado. Unos cojines alfombraban el suelo junto a una chimenea apagada. El incienso humeaba, enturbiando el aire con nubes olorosas, y las llamas de las velas oscilaban. Una mujer de cabellos plateados, toda vestida de blanco, se volvió. Su rostro era claro y sereno, y unas largas pestañas adornaban sus ojos verde mar.

–Cuánto tiempo, gentil monje –se limitó a decir.

Este se inclinó galantemente y se agachó para besarle la mano.

–Demasiado, dama de mis pensamientos –dijo, incorporándose.

–Os esperé mucho en otra época –señaló ella en tono de reproche.

–Lo recuerdo muy bien, pero en aquellos tiempos me vi obligado a huir a un país extranjero. No fui muy feliz allí, por cierto, pues me encarcelaron. Para vuestro consuelo os diré que poblasteis mi celda de recuerdos melancólicos y sueños excitantes...

Ella puso un dedo sobre sus labios haciendo un mohín divertido.

–No sigáis, ya no tengo edad para escucharos.

El monje meneó la cabeza para protestar.

–Eso es una ofensa para vuestros encantos...

Pareció recordar entonces la presencia a su lado del comisario de las muertes extrañas y se volvió hacia él.

–Os presento a mi amigo Volnay –dijo, y añadió dirigiéndose al policía–: Nuestra anfitriona domina un arte venerable que aprendió en Alemania, bajo un nogal de Aquisgrán, la antigua capital de Carlomagno. Este arte es el de la adivinación.

El policía contuvo un suspiro de exasperación.

–¡Espera! –dijo su compañero–. Esta honorable persona me ha prestado grandes servicios en el pasado. Hay cosas en el universo que ni siquiera la ciencia puede explicar aún. ¡No es una razón para rechazarlo todo en bloque! –Se inclinó ante su anfitriona–. Señora, ¿nos haréis el gran honor de levantar para nosotros una de esas puntas del velo de nuestro destino?

–A vos –respondió ella con indulgencia–, no puedo negaros nada.

Llenó hasta el borde una copa de cristal con agua clara y la cubrió a continuación con una tela blanca, antes de encender una vela en cada lado. Hizo después un gesto invitando a Volnay a sentarse frente a la copa, se colocó detrás de él y puso las dos manos sobre su frente. Eran unas manos ligeras, casi etéreas, cuyo contacto apaciguó los pensamientos de Volnay. La tensión del comisario se relajó, sus pensamientos se disiparon. Por un momento le pareció que se dormía. Unas nubes cruzaron ante sus ojos y se desvanecieron para dejar paso a un espectro de luz. De pronto, el cielo se oscureció y reinó la noche. Vio una silueta femenina dar traspiés entre las sombras y volverse. El destello claro de un puñal brilló bajo la luna, iluminando fugazmente un rostro atemorizado. Gritó y se despertó.

Su mano estaba ensangrentada. La miró, despavorido, antes de darse cuenta de que había volcado la copa mágica y de que el monje lo sujetaba con firmeza por los hombros.

–¡No es más que agua! ¡Por Belcebú!, ¿qué has visto?

Recobrando el dominio de sí mismo, el policía le contó jadeando la imagen entrevista.

–Va a haber otro crimen –concluyó con frialdad el monje.

Era ya medianoche en la calle Saint-Louis, en el Parque de los Ciervos, y en el jardín todavía bailaban al son de los violines. Los árboles estaban salpicados de farolillos multicolores. Algunas jóvenes sultanas iban a buscar el fresco junto al estanque. Una de ellas salió del palacete. Se quejaba del rey hablando con una de sus compañeras, que subía la escalera de entrada.

–¡Ese granuja me ha maltratado a base de bien! ¡Todavía tengo el culo dolorido!

–Piensa, Marcoline, que tu culo es afortunado por haber tenido semejante honor –le contestó su compañera con ingenio.

–¡Es un honor real! –reconoció la primera reprimiendo la risa.

Fue por el paseo de alheñas hasta la verja. Los farolillos de los árboles arrojaban al suelo jirones de luz, pero en la calle la noche era oscura. Marcoline mostró una imperceptible vacilación. Su ánimo se vino abajo de golpe. Había en el aire como el anuncio de un drama. ¿Un ruido tal vez, o una agitación en la oscuridad? Cuando echó a andar, su sombra en la pared pareció alargarse desmesuradamente y un escalofrío la recorrió. Creyó oír entonces unos pies que martilleaban el adoquinado detrás de ella. Eso la llevó a detenerse para prestar atención. Nada.

–¿Hay alguien? –preguntó.

El silencio fue la única respuesta. Su imaginación le jugaba malas pasadas. Reanudó la marcha. A través de los postigos de algunas casas particulares titilaban luces confusas. En una de ellas, una fiesta estaba en pleno apogeo y se oían risas y cantos. Esos ruidos y esa alegría acabaron de tranquilizarla.

Pero no había sido cosa de su imaginación. Una segunda sombra acababa de aparecer en la pared. Una sombra todavía más grande que la suya, pero que, por el momento, no la cubría.

–¿Quién sois? –preguntó con voz insegura.

No hubo ninguna respuesta, pero la sombra pareció contraerse sobre sí misma. La joven apretó el paso en vano. La sombra había crecido y parecía querer atraparla para engullirla. Ella lanzó una mirada desesperada hacia la ventanas iluminadas. Cuando brilla la luz, es difícil creer que el mal está ahí. Las dos sombras parecían confundirse ahora. Echó a correr. A su espalda oyó unos pasos precipitados. Por suerte para ella, una carroza doblaba en ese mismo momento la esquina. Se puso delante de ella para detenerla.

–¡Socorro, ayudadme!

El cochero la azotó con el látigo y la joven tuvo que pegarse contra la pared para no ser arrollada. El coche pasó sin detenerse con un ruido infernal. Los faroles de la carroza arrojaron un breve reflejo amarillento sobre los adoquines, antes de que las tinieblas se impusieran de nuevo. La pobrecilla se volvió entonces temblando. Detrás de ella ya no había nadie. Su pecho oprimido exhaló un largo suspiro de alivio. El desconocido se había asustado. La muchacha dejó que se apaciguaran los latidos de su corazón. Cuando se disponía a reanudar su camino, se topó con algo. Era un pecho duro. Como hipnotizada, vio unos dedos acercarse a ella y, al reconocer el rostro de su propietario, profirió una exclamación de sorpresa:

–¡Vos!
Fueron los últimos sonidos que salieron de su garganta.

VI

Una mujer solo puede ser bella
de una forma, pero está guapa
de cien mil.

CASANOVA

Bajo la luz nacarada de las lámparas y la trémula de los candelabros, giraban encajes, chorreras, pelucas empolvadas y coloridos satenes. En el blanco cuello de las damas, las piedras preciosas brillaban con mil destellos. Volnay se preguntó una vez más la razón de esa invitación a cenar con aquella rica nobleza congregada. Se había dicho que el enigma de la mujer con la piel del rostro arrancada le había valido algunas atenciones, pero lo cierto era que se desconfiaba de los policías, pues se temía que espiaran por cuenta del rey aun no estando de servicio.

Le había molestado encontrar a Casanova allí. El caballero de Seingalt, no obstante, lo saludó amablemente y, asiéndolo con familiaridad por el codo, lo llevó aparte.

–Caballero de Volnay...

El policía dio un respingo.

–Sí –dijo alegremente el veneciano–, me he enterado de vuestro título y de muchas más cosas sobre vos. No me miréis con esa expresión de enojo...

–¡Habéis sido vos quien ha hecho que me invitaran esta noche! –comprendió Volnay.

Casanova hizo un gesto despreocupado con la mano.

–Me ha parecido que era una oportunidad para reconciliarnos.

Tres palabras dudaron en abrirse camino entre los labios apretados del policía: impostor, estafador y manipulador.

–Os esforzáis inútilmente –replicó por fin con sequedad–. No siento ni frialdad ni amistad por vos.

Casanova puso cara de pesadumbre.

–Es una pena. Tengo una cita mañana con el conde de SaintGermain y había pensado que podríais uniros a mí.

–¿Y por qué diablos iba a acompañaros?

–¡Porque tenéis tanta curiosidad como yo por saber cómo un individuo que se proclama inmortal puede surgir de la nada, sin que haya manera de averiguar dónde ha nacido, de dónde viene y cómo ha adquirido las riquezas que posee!

El policía iba a replicar agriamente. Fue entonces cuando Chiara entró y, una vez más, Volnay se quedó sin respiración. Llevaba un vestido de seda tornasolada de caída ligera con fondo de satén y grandes dibujos de ramos estilizados tejidos en relieve. De las mangas de doble pagoda escapaban una superposición de finos encajes y bordados. La joven se había pegado un lunar junto a una comisura de la boca. Ese simple cambio operaba en ella una revolución y ofrecía a Volnay una perspectiva nueva en su manera de considerarla. Con los ojos brillantes, se dirigió hacia ellos. Casanova le besó galantemente la mano; Volnay hizo lo mismo con más envaramiento.

–¡Señorita –dijo el caballero de Seingalt–, una mujer solo puede ser bella de una forma, pero usted está guapa de cien mil!

Chiara aceptó el cumplido con un aire indulgente.

–Estaba explicándole al caballero de Volnay las circunstancias en las que el conde de Saint-Germain nos invitó –prosiguió el caballero de Seingalt.

–Vos no me habéis explicado nada de nada –masculló Volnay, que se había situado instintivamente entre la joven y el veneciano.

Casanova rio despreocupado.

–Resulta que coincidí con él en una cena en casa de la señora de Urfé.

Chiara desplegó una sonrisa divertida y dijo, dirigiéndose al policía:

–Ya sabéis, la dama que renacerá después de setenta y cuatro días.

–No me impresiono fácilmente –continuó Casanova, como si no hubiera oído nada–, pero confieso que el conde me sorprendió. No bebe y rechaza todo producto procedente de un animal. Se alimenta habitualmente de grano, picoteando igual que un pájaro.

–¿Y qué hace, entonces, mientras los demás comen? –preguntó pérfidamente Volnay.

–¡Habla! ¡Sin parar! Y debo confesar que su conversación es fascinante. Lo sabe todo sobre todo y se le puede preguntar acerca de casi cualquier tema sin temor a no obtener respuesta. Tiene, en particular, un sentido del detalle extraordinario e ilumina los grandes acontecimientos de la historia con una luz nueva.

–Como si hubiera participado en ellos...

–¡Sí, tiene justo esa habilidad! –exclamó Casanova con una pizca de envidia en la voz.

Fueron interrumpidos, pues estaban acomodando a los invitados para la cena. La plata relucía junto a preciosas porcelanas y copas de cristal. La mesa rebosaba de flores. Volnay intentó, con torpeza, maniobrar para estar al lado de Chiara, pero fracasó estrepitosamente y fue relegado a un extremo de la mesa. Se sentía incómodo en aquel microcosmos engalanado y tornasolado, obsesionado por las apariencias, los rumores y los escándalos. Oyó a una dama decirle

neciamente a otra: «¿El pueblo ya no tiene pan? ¡Es una lástima que no pueda comer pasteles!».

Sin entusiasmo, escuchaba los comentarios de su vecina de mesa sobre el dulce helado que estaba degustando cuando unas risas atrajeron su atención. Casanova destacaba en ese sutil arte de la conversación de salón que alternaba erudición y jovialidad, sobre todo con las mujeres. En ese momento, el veneciano obtenía un notable éxito contando una historia:

–El príncipe de Lambèse, sordo a cuanto no fuera su abnegación, entró entonces en la choza incendiada y salió llevando en brazos a una anciana paralítica cuyas ropas se estaban quemando. Fue corriendo a la charca y la arrojó para apagar las llamas. ¡La anciana se ahogó!

Una carcajada general acogió aquella inmersión inesperada mientras llegaban los primeros: mollejas de ternera con salsa de cangrejo de río, lechaza con trufas, lucio mechado y relleno, alas de perdiz roja con puré de champiñones y agachadizas blancas sobre rebanadas de pan tostado untadas con relleno gratinado. Si el caballero de Seingalt sabía cautivar a un auditorio despertando en este la curiosidad, Volnay no se esforzaba mucho en conversar y, además, no se interesaban por él. Su mirada iba de Casanova a Chiara, deteniéndose más de lo permitido en la joven. En un momento dado, se percató de que el veneciano lo observaba el tiempo suficiente para asegurarse de contar con su atención antes de inclinarse hacia su vecina, poniendo todo su empeño en que se le oyera al fondo de la mesa.

–Hoy por hoy, no se habla sino del conde de Saint-Germain. Al parecer es un artista consumado.

–¡Un músico reconocido! –aprobó un invitado–. ¡Canta y toca de maravilla el violín, pero también compone! ¡Un experto puede distinguir muy bien los diferentes tonos de un cuarteto completo cuando el conde improvisa con el violín!

Hubo exclamaciones, y la señora de Genlis se inclinó a su vez hacia ellos con los ojos brillantes.

–El conde de Saint-Germain también pinta al óleo y posee un secreto de los colores verdaderamente extraordinario. Si pudierais ver los que aporta a los ornamentos de las flores en los cuadros... Esmeraldas, zafiros, rubíes..., todos tienen la luminosidad, el reflejo y el brillo de las piedras. ¡Van Loo, La Tour y otros pintores le han dicho a mi padre que jamás habían visto unos colores tan deslumbrantes!

Los segundos llegaron entonces y acapararon por un momento a los comensales. Luego, el señor de Cobenzl, ministro plenipotenciario de la emperatriz María Teresa, dejó delicadamente el tenedor e intervino con una voz un tanto aflautada:

–A mí me ha parecido el hombre más extraño que haya conocido en mi vida. Posee grandes riquezas, pero vive con gran sencillez. Es de una honradez asombrosa y hace gala de una bondad para con el prójimo digna de admiración. Tiene un conocimiento profundo de todas las artes. Es poeta, músico, médico, físico, químico, mecánico, pintor... En resumen, posee una cultura general que no he encontrado jamás en ningún hombre. El campo de sus conocimientos me parece ilimitado.

Fascinado como todos los demás, Volnay había olvidado la presencia de Casanova. Una pausa en el discurso del diplomático le permitió levantar los ojos para advertir que el veneciano lo observaba con expresión cómplice. De nuevo, trasladó su atención al ministro plenipotenciario. El señor de Cobenzl no se había interrumpido más que para limpiarse con delicadeza los labios, como si hablar a la mesa ensuciara. En un tono neutro, prosiguió:

–El conde de Saint-Germain realizó delante de mí un experimento notable, aunque banal para él, por lo que me han dicho. Tiñó madera de colores vivos sin índigo ni cochinilla, antes de hacer un azul de ultramar tan perfecto como si hubiera sido extraído del lapislázuli. Por último, cogió aceite corriente del que se usa en pintura, de nuez o de lino, y le quitó el olor y el sabor para convertirlo en el mejor aceite comestible que exista.

Se elevaron exclamaciones en toda la mesa, incluso entre los invitados que no habían entendido todos los términos técnicos. Casanova provocaba a Volnay en silencio, y su mirada parecía decir: «¡Ah, no me acompañéis si no queréis mañana a casa del conde después de todo esto!».

Arrastrado por el ambiente, el barón de Gleichen quiso dar testimonio también:

–¡Yo tuve la oportunidad de ver su colección de piedras preciosas y puedo deciros que es simple y llanamente única!

Varias mujeres profirieron gritos de gallinácea.

–¡Sí, señoras mías! ¡Posee una cantidad increíble, sobre todo de diamantes de un color, un grosor y una perfección extraordinarios! ¡Ni el propio rey los tiene tan bonitos!

–¿Cómo ha podido obtener piedras de semejante calidad y de dónde le viene toda esa riqueza? –preguntó alguien, expresando la curiosidad general.

Hubo un silencio. Volnay se dijo que todo el mundo estaba haciéndose la misma pregunta: ¿se dedicaba el conde de SaintGermain a la alquimia?

–Quizá yo posea un elemento de la respuesta –aventuró el barón–. Enterado de que el conde conocía el secreto para eliminar las manchas de los diamantes, nuestro rey dejó en sus manos uno que tenía una gran mancha. Ese diamante estaba valorado en seis mil libras, pero habría valido diez mil sin la mancha. «¿Queréis hacerme ganar cuatro mil libras?», le preguntó el rey al conde de

Saint-Germain. Este aceptó y regresó un mes más tarde con el diamante sin mancha. Lo pesaron y tenía exactamente el mismo peso.

Los presentes estaban extasiados. Contento de su éxito, el barón continuó:

–¡En la corte dicen también que sabe aumentar el tamaño de las perlas y darles el más bello lustre!

–¿Practica también la alquimia? –preguntó de pronto Volnay.

De inmediato se hizo el silencio alrededor de la mesa. Chiara le dirigió una mirada cómplice que le reconfortó el corazón.

–Lo ignoro –acabó por responder el barón, desconcertado.

La tensión bajó un poco. Las miradas convergieron entonces en Volnay, en una espera muda que el policía fingió no percibir.

–Caballero –dijo entonces la voz clara y apasionada de Chiara–, ¿pensáis que la piedra filosofal puede existir?

Aquello suponía hablar de la inmortalidad del hombre en la tierra, tema peligroso donde los hubiera. La juventud de Chiara le había impedido percatarse del alcance de la pregunta. Responder afirmativamente era un sacrilegio merecedor de los peores castigos. Volnay, pues, optó con mucha habilidad por contestar con otra pregunta.

–En nuestros días, se busca transformar los metales en oro y comunicarse con los espíritus sutiles, ondinas y salamandras: ¿no es curioso que, en un siglo que se proclama el de la razón, la magia y la alquimia fascinen a tantos hombres cultos?

Algunos comensales bajaron los ojos, vagamente confusos, otros sonrieron al advertir la habilidad de la respuesta. Algunas miradas se dirigieron hacia Chiara para observar su reacción, pero la joven optó, con mucha sensatez, por no insistir en público en aquel tema sensible. Deseosa de no dejar que hubiera pausas en la conversación, la anfitriona se inclinó hacia Volnay, que acababa de ganarse la atención del auditorio.

–Caballero, ¿es cierto que han matado a una mujer en París y le han arrancado la piel del rostro?

Y tras haber formulado su pregunta, recorrió la asamblea con una mirada triunfal, satisfecha de tener sentado a su mesa al hombre encargado de ese extraordinario caso.

–Sí, señora –dijo Volnay–, pero no puedo decir más al respecto.

Se percató entonces de que Chiara no le quitaba los ojos de encima y se alegró. Estaba tan trastornado por esa circunstancia que no oyó la nueva pregunta de la anfitriona y tuvo que balbucir una respuesta alambicada. Hecho esto, trasladó de nuevo la atención hacia la joven italiana. Esta se dio cuenta de la insistencia de su mirada y sonrió al advertir que lo distraía.

–Pero ¿qué monstruo puede ser capaz de cometer semejante crimen? ¿Un

loco? –repitió la anfitriona, arqueando una ceja.

Volnay recobró el dominio de sí mismo mientras cubrían la mesa con grandes cestas de frutas montadas en pirámide e infinidad de pasteles y dulces de frutas.

–Señora, la experiencia me ha enseñado que incluso un loco tiene su lógica y que jamás hay efecto sin causa.

Meditaron en sus palabras preguntándose qué demonios habría querido decir. Acabada la cena, sirvieron sorbetes, café de las colonias y licores. Mientras se acomodaban en el gran salón para entretenerse con esos juegos de cartas y dinero a los que tan aficionada era la nobleza, el veneciano asió familiarmente por el brazo al policía y lo llevó aparte, seguido con la mirada por Chiara.

–Caballero, ¡qué pena que seáis tan parco en la conversación! Toda la mesa esperaba de vos unas palabras sobre ese extraño caso de la mujer sin rostro cuyo cadáver encontré. Podríais haberos lucido fácilmente si hubierais querido...

–¡No tengo vocación de hacer el tonto en sociedad!

Casanova suspiró.

–¡Y justo por eso no os luciréis jamás en las reuniones! En fin, os repito que mañana me recibirá a última hora de la mañana el conde de Saint-Germain. Nuestra común amiga me acompañará. ¿Queréis uniros a nosotros?

Volnay se desasió con frialdad. No soportaba el contacto físico de aquel hombre.

–Sabed, señor, que no os necesito para ver al conde de SaintGermain si lo deseo.

–Por supuesto –dijo Casanova con una sonrisa viperina–, en el marco de una investigación oficial... ¿Estáis, entonces, haciendo indagaciones sobre el conde?

Volnay pensó rápidamente. No quería dar esa impresión; la oferta era tentadora, pues le permitía aproximarse inocentemente al conde sin violentarlo. Podría asimismo tener a la vista a ese seductor de pacotilla con la lengua más suelta de la cuenta, que perseguía demasiado de cerca a esa joven belleza italiana que no le era indiferente.

En ese momento se produjo una algarabía en el vestíbulo. Una voz retumbó. Se oyó un ruido de pasos a la carrera y un lacayo con librea entró de un modo un tanto precipitado, lo que atrajo todas las miradas de la curiosa sociedad. El hombre se acercó a Volnay y le susurró algo al oído. El policía le indicó que lo guiara y salió. No vio al caballero de Seingalt seguirle los pasos.

El comisario de las muertes extrañas bajó la escalera, seguido por Casanova como si se tratara de su sombra. Chiara también iba detrás. En el gran vestíbulo, incómodo bajo las lámparas de cristal, uno de los policías de Volnay lo esperaba.

–¿Qué ocurre? –preguntó con sequedad este último.

El semblante del hombre estaba lívido.

–¡Ha aparecido otra joven muerta con la piel del rostro arrancada!

Un grupito de hombres con traje negro rodeaba el cadáver. El comisario de barrio vio acercarse a Volnay con mirada sombría.

–No pensaba que un día tendría que tratar con vos, señor comisario de las muertes extrañas. Mi colega de París me ha hablado de este asunto. Han matado a la víctima del mismo modo atroz. Ningún testigo. –Su boca se agrandó en un rictus despreciativo–. ¡Parece que vuestra investigación se complica, señor comisario de las muertes extrañas!

Sin contestar, Volnay se arrodilló junto a la muerta. Estaba horriblemente desfigurada y varios jirones de carne colgaban de su rostro.

–Un trabajo chapucero –comentó sobriamente el comisario de barrio–. El asesino debía de tener prisa...

–O tenía prisa, o algo le molestaba –murmuró Volnay.

Su dedo se detuvo un instante en el cuello de la joven, donde se dibujaban dos surcos rojos.

–No teníamos este tipo de marcas en el primer caso –señaló. Levantó un párpado–. La pupila está dilatada, y el rostro, blanco. Los labios están azulados. Las contusiones en el cuello y la garganta me llevan a pensar que la víctima ha sido estrangulada con las manos desnudas antes de ser despedazada. ¡Mejor para ella!

Sus manos se desplazaron hasta la garganta de la joven y la apretaron con delicadeza, como para estrangularla otra vez.

–¡Dios del cielo! –exclamó el comisario de barrio–. ¡Estáis loco de atar y acabaréis en una hoguera!

Volnay se volvió lentamente. Una llama helada ardía en sus ojos.

–¡Intento hacerme una idea del tamaño de las manos del asesino!

En medio de un silencio denso, asió una muñeca de la muerta. Igual que en la primera víctima, era la mano de una joven que se cuidaba. Una bonita sortija brillaba en uno de sus dedos, así como un anillo de oro. Los retiró con cuidado y los metió en una bolsita donde guardaba los indicios. Las prendas que llevaba parecían de buen corte, aunque un poco ordinarias. Estaban ensangrentadas y en desorden, como si la muchacha hubiera luchado ferozmente para escapar de su agresor. Esta vez registró metódicamente a la muerta, pero no encontró nada. Examinando los alrededores con un farol, descubrió una minúscula bolita redonda, lisa como el boj, metida entre los adoquines. La cogió ante la mirada sarcástica del comisario de barrio y la metió con cuidado en la bolsa de los indicios.

–¿Sabéis que hace casi mil años –murmuró el comisario de las muertes

extrañas– un magistrado de la época remota de los Tang, un tal Ti Jen-chieh, estudiaba el escenario de un crimen examinando todos los indicios materiales?

Sin esperar respuesta, asió de nuevo una de las pequeñas y endebles manos de la víctima. No eran las manos de una mujer que trabaja de día y acaricia por la noche. Demasiado blancas, demasiado delicadas. Sus manos no pertenecían tampoco a una dama de la alta sociedad, pues no iba suficientemente bien vestida para eso. ¿Una trabajadora de la noche, entonces? Serían, pues, unas manos galantes y sin pudor, decidió Volnay, unas manos que se insinúan bajo las camisas y las calzas... Con delicadeza, les dio la vuelta para examinar la palma. Era blanca y suave, y estaba intacta, a diferencia de la primera víctima.

–Procede de un modo distinto; ¿podría ser otro asesino? –dijo, pensativo.

En ese instante, el matraqueo de unas ruedas resonando lúgubremente sobre el empedrado hizo que las cabezas se volvieran.

–¡Señor! –suspiró el comisario de barrio.

Una carreta se detuvo. Un murmullo recorrió la multitud. El monje, silueta fantasmagórica metida en su hábito y con la capucha ocultándole el rostro, había tirado de las riendas de los caballos. Rígido e inmóvil como la estatua del comendador, miraba al frente con una fijeza inquietante.

Como de costumbre, algunos se santiguaron.

La muerta estaba tendida sobre su lecho de piedra en las profundidades mefíticas del Châtelet, sede de la policía criminal, en medio de cadáveres recientes, no siempre en muy buen estado, pero que habían conservado la cara. Después de la agresión contra el monje, Volnay había considerado preferible que llevaran el cuerpo a la prisión del Châtelet, que se utilizaba como depósito de cadáveres. Era un gigantesco sótano oscuro donde se metía a los cadáveres encontrados por todo París, o sacados del Sena, después de haberlos salado como pescado. Reinaba allí un olor de carne en descomposición, dulzón y fétido a la vez. El policía había conseguido un trato de favor para su extraño colaborador: nada de sal, un rincón apartado y luz, pues la prisión, iluminada de día por estrechas ventanas, era particularmente oscura.

–Por cierto –dijo el comisario de las muertes extrañas–, ¿no podrías dispensarme de esas llegadas dramáticas con la carreta al lugar de los crímenes?

Una media sonrisa iluminó el rostro del monje y sus ojos chispearon de malicia.

–¡Pero si eso es lo que más me gusta! ¡Todo el mundo me mira!

–¡Comediante! ¿Está terminada la máscara?

El monje se puso a dar saltitos de alegría. Nunca estaba tan enérgico y de tan buen humor como cuando tenía que afrontar un exceso de actividad. Era algo innato en él, o quizá se debía a las propiedades de ciertas hierbas que recogía en

la linde de los bosques y masticaba largamente cuando no quería sucumbir al cansancio.

–Sí –respondió–, pero es mucho más rudimentaria que la primera.

–¿Por qué?

–En este caso, la piel del rostro ha sido arrancada con mucha torpeza, nada que ver con la anterior. Al practicar esta operación, el criminal manchó de sangre la parte superior del vestido. Quizá tuvo que actuar muy deprisa...

El policía asintió con la cabeza.

–Seguramente lo hizo en la calle, mientras que en el primer caso se habría limitado a trasladarla del patio al exterior.

El monje frunció el entrecejo y señaló el cuello de la muerta.

–Como advertiste enseguida, fue estrangulada. Las contusiones de la garganta se deben sin duda a la presión de los pulgares, que han dejado estas marcas ligeramente circulares y simétricas. Y las uñas desgarraron la piel.

Abrió la mandíbula de la muerta con una extraña dulzura.

–Lamentablemente, la víctima se mordió la lengua como reacción. El asesino apretó muy fuerte, pues este hueso curvo en la base de la lengua está roto, así como algunos cartílagos de la tráquea. En el otro cuerpo no encontré ninguna huella de heridas o estrangulamiento, y el rostro había sido literalmente despellejado como si se tratara de un conejo, un auténtico trabajo de cirujano. En este, tenemos un estrangulamiento seguido de un verdadero trabajo de carnicero; yo incluso diría de carnicero inepto, porque no quiero censurar esta profesión tan útil.

Con una delicadeza infinita, cogió una mano de la víctima y le dio la vuelta para mostrarle los dedos al comisario de las muertes extrañas.

–Se debatió, debajo de tres uñas hay sangre y fragmentos de carne. ¡Lástima que no pueda decir a quién pertenecen! En cualquier caso, el asesino debe llevar en el brazo un buen zarpazo con tres marcas ensangrentadas. Por último, la palma de las manos está absolutamente intacta, mientras que en la primera víctima parecía como quemada. –Los delgados labios del monje esbozaron una mueca dubitativa–. Pensándolo bien, los únicos puntos en común entre los dos crímenes son la piel del rostro arrancada y el hecho de que esta joven también hizo el amor una hora o dos antes de morir. ¿Cómo lo ves tú?

–Nos enfrentamos a otro loco asesino que quiere repetir el mismo tipo de crimen, o al mismo asesino que, por una razón que desconozco, ha actuado de manera distinta. ¡Y esta vez en Versalles, una ciudad poblada de agentes y oficiales del rey! ¡No es precisamente un lugar donde se acostumbre asesinar a la gente!

Callaron. El comisario de las muertes extrañas apoyó un momento la cara en

la reja que separaba los cadáveres en descomposición del público. Cuando la apartó, sus ojos eran de hielo.

–Ayer no te lo dije: la Hermandad me ha localizado. Me ha amenazado de muerte si no sirvo a sus intereses.

El rostro del monje se cerró como la concha de una ostra cuando baja la marea.

–¿Y cuáles son sus intereses?

–Desacreditar al rey y a la Pompadour. ¡Para ellos, el rey es Barbazul, y la Pompadour, la madama de turno!

–Espera... –El monje lo retuvo asiéndolo de una manga cuando se disponía a girar sobre sus talones–. Tú y yo sabemos cuál es el verdadero nombre de la Hermandad: la Hermandad de la Serpiente. Sus miembros se declaran personas racionales y pragmáticas, pero sus dirigentes celebran ceremonias extrañas en las que perpetúan el culto a ciertos dioses egipcios y babilonios como Isis, Osiris, Baal, Moloc y Semíramis. ¡Los tengo por locos y peligrosos! ¡Qué locura cometiste uniéndote a sus filas hace unos años! ¡Sabes muy bien que es imposible dejarlos! Pero no me hiciste caso. ¡En aquella época, querías matar reyes y derrocar monarquías! ¡Ah, juventud, si supieras...!

Volnay se escapó de las manos de su colaborador.

–Precisamente por eso me mantengo ahora lejos de ellos –replicó brevemente.

–Sigue haciéndolo –murmuró el monje, que se había quedado blanco como el papel–. La Hermandad de la Serpiente se remonta a Sumeria y Babilonia, ¡fantástico! Las civilizaciones sumeria y babilonia crearon la esclavitud y los ejércitos organizados, y basaron su expansión en guerras perpetuas y el sometimiento de los otros pueblos. Destruyeron todo su entorno practicando una agricultura intensiva y transformaron verdes praderas en un desierto. ¡Huye de ellos, tanto más cuanto que, con esta segunda muerte, tengo el presentimiento de que se acercan al rey! –Bajó el tono y se inclinó hacia el policía–. En el primer cadáver, una carta del rey; en el segundo cadáver, un lugar: Versalles, en el barrio del Parque de los Ciervos y a unos minutos de la calle Saint-Louis, donde se encuentra una casa que alberga los amores reales. Es posible que, antes de morir, la primera víctima hiciera el amor con el conde de Saint-Germain; la segunda, con el rey. –El monje se interrumpió para jurar en voz baja–: ¡Por las tripas de Cristo! ¿En qué asunto estamos metidos?

–¿Estaba embarazada, como la otra víctima? –preguntó Volnay.

–Si fuera así, te lo habría dicho.

El monje se puso la capucha y atrajo la atención de Volnay hacia la ropa que cubría a la muerta.

–La hipótesis de una habitual del Parque de los Ciervos me parece muy probable. –Adoptó una pose teatral y levantó un dedo con ademán docto–.

Hay pocas cosas que debo observar salvo el hábito, pero ya es mucho. La palabra «hábito» viene de *habitus*, que etimológicamente, además de «atavío», significa «manera de ser».

Hizo una pausa para controlar el efecto de sus palabras. Volnay miró a su extraño colaborador en silencio. Si el hábito definía el yo y la identidad social, forzosamente había que interrogarse sobre los del monje.

–Mediante el desgaste, el hábito traza la vida –prosiguió este último con énfasis–. También le da cierta pátina. Con el tiempo, se amolda mejor a las formas y se adapta a lo que somos. Así, esta prenda revela unos gestos repetidos, como el de levantarse la falda.

Acarició amorosamente la tela y le señaló a Volnay una parte del vestido más gastada que el resto.

–Mira –dijo el monje, pensativo–, aquí, las manos se posan siempre en la misma zona. Los gestos repetidos desgastan la prenda y atestiguan hábitos que nos revelan a la persona. Son esos hábitos los que nos diferencian, y dan al hábito, a la prenda, un movimiento, una vida. Yo leo en ellos como en un libro, y de la observación de este, deduzco que nos encontramos ante una joven coqueta, que tiene entradas de dinero irregulares y no forzosamente elevadas y que debía de levantarse las faldas con frecuencia.

–Una vulgar prostituta –concluyó Volnay–, una mujer mundana...

La mirada clara del monje se clavó en la suya.

–A la prostituta se la llama mujer mundana porque es la mujer de todo el mundo, pero ¿hay forzosamente vulgaridad en la prostitución? ¿Qué es preferible, morir de hambre o vender el propio cuerpo? ¿Es, entonces, nuestro cuerpo un objeto vergonzoso del que solo podemos disponer para las tareas más penosas, sin concederle nunca placer? En cuanto a venderlo, en la vida todos nos vemos enfrentados a decisiones dramáticas...

Había en su voz una emoción real, y el policía bajó la cabeza en silencio. El monje se levantó bruscamente.

–¿Adónde vas? –preguntó, inquieto, Volnay.

El otro se volvió, con los ojos ardiendo de furor y desesperación.

–Voy a cambiar este hábito por prendas seglares y a beber hasta que deje de saber quién soy. ¡No te pido que me acompañes!

En la fonda, un puñado de jóvenes estudiantes de la Sorbona devoraba una hermosa tortilla con cebollino, bien babosa, regada con un denso vino peleón un poco áspero. Junto al hogar, unos comerciantes de porte severo se atiborraban de becadas chorreantes de grasa. En un rincón, un hombre bebía lentamente y vigilaba a los otros comensales por el rabillo del ojo. Debía de haber superado la cincuentena, pero parecía vivaz y alerta. Sus ojos brillantes

rebosaban humanidad. Había movido la cabeza y esbozado una sonrisa al oír a los estudiantes cantar:

Al Paraíso tenemos que ir,
un ángel nos tiraremos cada uno,
con olor de azahar en el culo...

Sin duda conocía esa canción, aunque sus maneras eran más aristocráticas que otra cosa. Una barba corta encanecía en su barbilla, prolongando agradablemente un rostro de patricio romano. El hombre había sido apuesto y conservaba, pese al tiempo, mucho encanto.

–¡Aquí llega la continuación!

El tabernero puso delante del hombre un pollo bien dorado y otra jarra de vino.

–Como Prezzolini, gran cocinero ante el Eterno –comentó el cliente con malicia–, permanezco fiel al espetón y la llama purificadora a fin de que frituras y asados no vayan acompañados de jugo alguno. *Delirium dieteticum*. ¡Ese es el secreto de mi buena salud y mi vigor tanto físico como intelectual!

El posadero lo miró como si estuviera loco, se encogió de hombros y volvió a la cocina. Una corriente de aire frío barrió la estancia, haciendo oscilar las llamas de las velas, y la noche entera pareció colarse en el interior. El monje, pues era él, levantó la cabeza con lentitud. La puerta se cerró despacio detrás de un hombre de baja estatura, pero de mirada inquisitiva, cuidadosamente peinado y empolvado, que vestía un traje y un chaleco del color de los posos del vino, adornados con botones cosidos con hilo de oro. Fue directo hacia el comensal sentado ante el pollo dorado. Al acercarse, el semblante del monje se tornó inexpresivo y sus ojos se oscurecieron.

–Buenas noches, monje –dijo el recién llegado, sentándose sin más ceremonias–. ¡Así que hoy habéis abandonado el sayal!

El otro esbozó una débil sonrisa.

–¡Sartine! ¿Qué mal viento os trae?

–Ah, amigo mío –suspiró su interlocutor–, no os pierdo de vista. ¡Sois un sujeto tan interesante!

–No soy amigo vuestro y hacéis que me sigan vuestros sucios espías...

–¡Qué va! He entrado aquí por casualidad –se burló el lugarteniente criminal.

Por mucho que bromeara, ningún destello de alegría se traslucía en sus ojos. Emanaba de toda su persona algo indefiniblemente implacable. El monje apartó el vaso que tenía delante. Con un adversario tan temible como Sartine, más valía conservar todas las facultades.

–Vuestros agentes van por todas partes en busca de pasto –prosiguió el monje con una mueca de asco que ni siquiera pensó en disimular–. ¿Por qué pierden el

tiempo conmigo? ¡Seguro que es mucho mejor que espíen a los poderosos de este mundo, puesto que les teméis como el perro teme a su amo!

Un estremecimiento de cólera recorrió a Sartine, pero se contuvo.

–¡También es aconsejable saber que tu perro no te morderá –dijo–, aunque para ello haya que ponerle bozal!

–¡Sí, vosotros, los de la corte, preferís la lengua que lame a los colmillos que muerden!

Sartine se encogió de hombros, acercó una mano a la peluca para colocar un bucle en su sitio y se sacudió de la manga del traje una mota de polvo imaginaria. El monje lo miró sin indulgencia. Sabía que el lugarteniente de policía espiaba a nobles y burgueses incluso bajo su propio techo para conocer sus secretos más vergonzosos y amenizar con ellos al rey.

–Tregua de cumplidos –dijo Sartine en un tono que no admitía réplica–. Tenemos otro asesinato y Volnay me ha hecho llegar una nota de lo más sucinta. Ni siquiera le ha parecido conveniente desplazarse. ¿Cree de verdad que va a dejarme de lado?

–Por supuesto que no –respondió prudentemente el monje.

Sus ojos oscuros estaban al acecho, atentos al menor cambio de expresión del lugarteniente de policía.

–¡En ese caso, decidme algo más de la investigación!

–¿Por qué iba a hacerlo yo, si no lo hace él?

La expresión de Sartine se hizo más hosca.

–¿Debo recordaros –dijo en un tono duro– que estuvisteis encarcelado y expuesto a algo mucho peor?

El monje suspiró.

–De más joven, era un islote de libertad de pensar y de actuar insoportable en el sistema real...

–¡Podríais volver a serlo! ¡Pensad, deprisa!

El monje retrocedió hasta apoyarse en el respaldo con un ligero parpadeo. Había algo en la mirada fija de Sartine que ponía los pelos de punta.

–Me pedís que traicione a Volnay –resumió con sobriedad el monje.

–Es por el bien común –contestó amablemente Sartine.

VII

Nada podrá evitar que me
haya divertido.

CASANOVA

El conde de Saint-Germain no residía en Chambord, donde había instalado su fábrica de pinturas, sino en París, en el 101 de la calle Richelieu, en la mansión de la viuda del caballero Lambert. Allí, por la mañana, dos lacayos con librea de color tabaco, cuello y puños azules con galones de oro, abrieron ceremoniosamente las puertas a los tres visitantes.

El conde los recibió en un salón de música decorado con estatuas de las nueve musas. En las paredes, pilastras de espejo, entremezcladas con otras en las que hojarascas doradas destacaban sobre un fondo de lapislázuli punteado de plata, reflejaban el esplendor de los artesonados ricamente pintados. Sobre un velador, Volnay, tan observador como siempre, descubrió un *Tratado de las piedras grabadas*, una obra dedicada al grabado en hueco y a la talla de piedras preciosas. Una ilustración extraída de este libro aparecía, desplegada, al lado.

El policía desplazó su atención hacia el conde de Saint-Germain. De estatura media, tez morena y frente coronada por una peluca rizada con distinción, el conde vestía elegantemente un traje de brocado de seda malva con anchas vueltas de mangas y un chaleco cuyas mangas empotradas estaban compuestas de diferentes tejidos, con chorrera y volantes de encaje de Bruselas con motivos florales. Parecía joven y despierto pese a que debía de aproximarse a la cincuentena. Su piel era tersa y brillante, sus facciones, regulares. Tenía la nariz aguileña y los labios bien perfilados; un hoyuelo adornaba su mentón.

Lucía un aire innegablemente aristocrático, pero sin ninguna ostentación añadida. Su fisonomía era espiritual y sus ojos negros miraban con atención a sus visitantes. Sus maneras eran exquisitas. Se comportaba con una cortesía noble y desinteresada. Volnay observó en sus dedos magníficos diamantes montados en anillos, mientras que espléndidos rubíes adornaban sus mangas.

Chiara, por su parte, llevaba un vestido de seda de Lyon con dibujos en relieve, flores de capuchina bordadas en dorado y mangas pagoda con triple volante. Sus labios estaban pintados con ese bermellón de España que hace las bocas tan deseables.

Volnay pensó con cierta amargura que estaba espléndida, y el conde debió de pensar lo mismo, pues salió de inmediato a su encuentro.

–Señorita, me siento honrado de recibiros.

Se inclinó en un besamanos perfecto que hizo sonrojarse de placer a la joven italiana. A continuación acogió al caballero de Seingalt y al caballero de Volnay con la misma cortesía que debía de reservar a todos.

–¿Me permitís que os ofrezca una copa de jerez? –dijo–. Lo llaman *oloroso*[2], es decir, perfumado. Ha envejecido diez años en barrica de roble.

Volnay lo probó y le encontró un exquisito sabor a almendra tierna, jengibre y ciruela pasa. Siguió una conversación mundana hasta que Casanova la dirigió hábilmente hacia las piedras preciosas. El conde percibió la pregunta latente y no se extrañó, pues era habitual en todos sus visitantes. Los condujo a un gabinete donde, sobre un paño de terciopelo negro, extendió el contenido de una bolsita que había sacado de una caja de caudales.

Fue como si un torrente multicolor se hubiera derramado sobre la mesa. Las piedras relucían en la suave penumbra de la habitación. Volnay no poseía muchos conocimientos en la materia, pero distinguió un ópalo de un grosor monstruoso y un zafiro del tamaño de un huevo.

–Qué preciosidad –murmuró Chiara, extasiada.

Casanova, por su parte, parecía sopesar las piedras con la mirada para calcular su precio.

–¡Ahí hay una fortuna!

El conde se encogió imperceptiblemente de hombros, señalando en un tono ligero:

–La riqueza es solo la medida de nuestras necesidades...

El veneciano dejó escapar un breve suspiro.

–¡Vuestra Señoría no ha conocido nunca la necesidad!

El conde se volvió prestamente hacia él.

–¡No he vivido siempre entre sedas, caballero! A la edad de siete años vagaba por los bosques con mi preceptor, mientras a mi cabeza se le había puesto precio y mi madre huía.

Se produjo un silencio de estupor ante esa revelación. Para romperlo, el conde de Saint-Germain cogió un diamante.

–La reina de las piedras –dijo–, dura, límpida, luminosa...

La hizo espejear un instante a la luz del sol y luego se puso a dispersar con indiferencia las piedras sobre la tela de terciopelo.

Volnay comprendía ahora por qué el conde gozaba de tan buena posición, cuando nunca se había observado ningún movimiento de fondos a su favor. Tenía entre las manos, en una bolsa, cuanto hacía falta para vivir feliz durante siglos. Y si, como se rumoreaba, sabía también fabricar esas piedras...

–Perdonadme por haceros esta pregunta –dijo–, pero sin duda sabréis que circula un rumor según el cual sabéis quitar las manchas de los diamantes...

–Y deseáis saber si sé también fabricarlos –terminó irónicamente el conde.

Por un instante, todo el mundo estuvo pendiente de sus labios. Una brisa ligera entraba por la ventana entreabierta, haciendo tintinear los prismas de cristal de la araña que colgaba sobre ellos.

–¡Por supuesto que no sé! –exclamó el conde–. Solo la naturaleza tiene ese poder. No cedáis vos también a la tentación de creer todos los rumores que la gente difunde sobre mí. En relación conmigo, numerosas suposiciones han reemplazado siempre al conocimiento. Yo no soy más que un hombre de ciencia y de razón.

–Pero os atribuyen cualidades científicas fuera de lo común –dijo Chiara en un tono extrañamente exaltado–, como la de...

Se calló de golpe, consciente de su torpeza, y un arrebatador color rojo tiñó sus pómulos. El conde terminó la frase por ella en un tono neutro:

–La de poseer la piedra filosofal y, tras haber penetrado el secreto de la materia, ¿por qué no el de la vida eterna? ¡A fe que vivir eternamente es el sueño de todo hombre! ¡Por eso todos hablan de mí!

Un abejón se estrelló contra el cristal de la ventana con un ruido sordo que les hizo dar un respingo, a todos excepto al conde.

–Es extraño –observó sutilmente este último–. Nuestros filósofos preconizan la estricta razón y hete aquí que, en estos tiempos de universal incredulidad, en vez de dudar de todo, estamos dispuestos a creerlo todo.

–Hubo una cena en la que la señora condesa de Gergy pareció reconocer en vos a un hombre con el que había tratado en su juventud –dijo Volnay, tanto por curiosidad intelectual como por acudir en auxilio de Chiara, cuya tez viraba al carmesí porque se sentía aludida.

El conde de Saint-Germain desplegó una ligera sonrisa.

–La señora condesa de Gergy me confundió con alguien a quien conoció en otros tiempos. Yo me limité a preguntarle si ese alguien, un tal marqués Baletti, tenía buena reputación. Ella me respondió afirmativamente y entonces le dije riendo que, en tal caso, lo adoptaría gustoso como abuelo. ¡Esa es toda la historia! Y así es como surgen los rumores... –El conde miró a Volnay a los ojos–. Vos, como policía, sabéis que mis enemigos han contratado a un actor para que se haga pasar por mí y me desacredite en todo París. No es aconsejable codearse con el rey y la marquesa de Pompadour, te hace ganar enemigos mortales.

Volnay parpadeó con nerviosismo. De modo que el conde de Saint-Germain conocía su profesión, cuando él se había presentado solo con el título, muy cómodo en esta ocasión, de caballero... Un silencio un tanto incómodo se instaló entre ellos. El conde permanecía impasible y sonriente, mientras que Casanova contemplaba a Volnay con un aire burlón.

–A decir verdad, señor conde –dijo Volnay, que conservaba la sangre fría–, no me interesan mucho todos los chismorreos que corren por París. Mi especialidad es un poco peculiar.

La sonrisa del conde se acentuó.

–¿Creéis acaso que no lo sé, señor comisario de las muertes extrañas? –Al ver pintarse la sorpresa en el rostro de su invitado, añadió de inmediato–: Oh, no soy adivino, pero se habla mucho de vos y de vuestro misterioso colaborador con hábito que lee en los cadáveres como en un libro. Al parecer, juntos habéis resuelto innumerables crímenes complejos. En fin, eso es lo que cuentan. Uno de ellos es el de ese joven noble que afirmaba ser perseguido por un vampiro hembra que le había concedido sus favores; otro, el de ese sacerdote que apareció degollado en el confesonario...

Volnay aprovechó la ocasión.

–Actualmente estoy investigando el asesinato de dos muchachas a las que les han arrancado la piel del rostro.

–¿En serio?

El semblante del conde no se había alterado, tan solo dejaba traslucir una curiosidad cortés.

–¿Habéis oído hablar de esos crímenes?

–No.

Hubo un silencio que nadie se atrevió a romper. Por fin, el conde le preguntó a Volnay, más por educación, parecía, que por interés real:

–¿Sospecháis de alguien?

–No puedo hablar de eso, monseñor.

–Comprendo...

Volnay se esforzaba en vano en encontrar una puerta de entrada para la conversación. Como último recurso, preguntó:

–¿No podríais darme algún consejo para esta investigación, vos que tenéis una mente tan lúcida?

El cumplido era demasiado evidente para responder a él. Así pues, el conde meneó indolentemente la cabeza.

–Realmente no sé...

De pronto se le iluminó la mirada y añadió:

–Con todo, os aconsejo que seáis prudente. Semejantes crímenes cometidos en París deben de provocar verdadero pavor; supongo que se habla mucho de ellos y que hay nerviosismo en diversos círculos. No pasará mucho tiempo antes de que invadan vuestras competencias. Sed prudente, discreto, y confiad más en vuestra intuición que en los hechos.

–¿Qué queréis decir?

El conde lo honró con una mirada grave.

–Es muy frecuente formarse una opinión y después moldear los hechos para que se adapten a ella...

En ese instante, una puerta se abrió de forma un tanto brusca. Un joven de amplia frente y mirada franca y simpática entró disculpándose. Llevaba una larga peluca gris rizada y una casaca de terciopelo púrpura sobre un jubón amarillo. Por la chorrera de encaje, constelada de tabaco, se deducía que acababa de tomar rapé.

–Perdonad la intrusión, señor conde, pero me habíais pedido que os avisara cuando el carruaje estuviera listo para ir a vuestra cita.

El joven se inclinó a continuación con ceremonia ante los visitantes.

–Permitidme que os presente a mi asistente –dijo el conde–. Señor Mestral, os presento a la marquesa de Ancilla, el caballero de Seingalt y el caballero de Volnay.

El asistente se inclinó de nuevo. Debía de tener unos treinta años y sus maneras parecían tan educadas como las del conde.

–Me siento muy halagado de conoceros. El conde es un hombre extraordinario. Ya habéis oído muchas maravillas sobre él, pero están por debajo de la verdad. No sé si sabéis que elabora elixires para el bien de la humanidad. No hay nada en el mundo que no sepa mejorar y utilizar.

Por primera vez, un destello de incomodidad atravesó la mirada del conde de Saint-Germain. Reprendió con afabilidad a su asistente y le pidió que aguardase fuera. El conde se disculpó entonces ante sus visitantes por no poder quedarse más tiempo. Se despidieron muy cortésmente, pero, en el momento de salir, el conde de Saint-Germain se acercó a Volnay y le susurró deprisa al oído:

–No olvidéis que, sea cual sea la complejidad de una situación, las causas suelen ser simples...

Volnay reflexionó sobre esa frase mientras bajaba la escalera. Al volverse, vio que el conde mantenía los ojos clavados en él.

Cuando estuvieron fuera, el policía detuvo con un gesto al sirviente que los acompañaba para preguntarle, poniéndole un escudo en la mano:

–¿Es cierto que vuestro señor tiene dos mil años?

–No sabría qué deciros –respondió el hombre con frialdad, rechazando el dinero–, ¡solo hace trescientos años que estoy a su servicio!

Chiara a duras penas pudo reprimir la risa y Casanova soltó una carcajada. Volnay apretó los dientes y montó tras ellos en el coche. Estaban en la calle cuando vieron pasar apresuradamente al portero con una carta en la mano. El policía ordenó al cochero que se detuviera y bajó del vehículo al pasar el hombre por su lado.

–Amigo –dijo–, una pequeña aclaración. Venimos de casa del señor conde. Sois vos quien abrís a las personas que van a su casa, ¿no es cierto?

–O yo, o uno que se llama Jean Folioure –dijo el otro, un poco molesto por ser abordado de tal modo en la calle.

Volnay le puso un luis en la mano.

–¿Vino hace poco a ver al señor conde una joven señorita llamada Hervé?

–No lo sé, monseñor –respondió el portero guardándose el dinero–, pero una joven acompañaba la otra noche a la señora marquesa de Pompadour cuando vino a visitar al señor conde. La señorita esperó en un saloncito mientras su señora veía a mi señor. Se marchó con ella en su carroza, una hora más tarde.

–¿Llevaba algo en la mano?

–No lo recuerdo, monseñor.

Volnay se metió la mano en el bolsillo.

–Esto, amigo, es para olvidar las preguntas que se os han hecho.

El sirviente se inclinó gravemente.

–Así será, monseñor.

Al volverse, Volnay vio que Chiara y Casanova habían asomado la cabeza por la portezuela y escuchaban con atención. El veneciano se echó a reír cuando su mirada se cruzó con la del policía y dijo:

–¡Decididamente, nada podrá evitar que me haya divertido!

Caminaban por los jardines de las Tullerías y un sol abrasador caía sobre sus hombros. De los pilones escapaban riachuelos de agua y entre la vegetación se adivinaba la presencia de estatuas antiguas, guardianas atentas de los placeres de este lugar. Chiara parecía admirar los parterres bordeados de bonitas flores y los juegos de agua de los estanques. En una alameda de arena fina, sus pasos los llevaron hasta el interior de un círculo de boj, frente a la estatua de una ninfa ligera de ropa que descansaba de costado sobre un pedestal, con un brazo caído.

Volnay contempló con atención la estatua, envolviendo con la mirada las encantadoras formas de su cuerpo antes de dirigirla hacia Chiara, que volvió rápidamente la cabeza. Los pensamientos de Volnay ante la ninfa lo habían conducido, en cambio, a otros lugares.

–¿Pensáis de verdad que el conde de Saint-Germain ha superado los límites normales de la existencia?

La pregunta del policía no iba dirigida a nadie en particular; era más bien como si formulara en voz alta los datos de una ecuación. Chiara, no obstante, tomó de inmediato la palabra, pero no fue sino para añadir otros interrogantes:

–¿Podemos escapar al destino de todos, que es la muerte? –insistió–. La naturaleza en sí misma no nos lo permite, pero ¿es posible modificar eso

mediante investigaciones científicas? ¿Ha descubierto el conde en sus laboratorios un elixir para prolongar la vida?

Volnay la miró, sorprendido.

–Esa pregunta parece atormentaros desde la cena en que la formulasteis. Jamás hemos tenido tantos sanadores y falsos profetas como en la actualidad. ¡Y vos, al igual que los demás, pese a toda vuestra ciencia y vuestra cultura, parecéis fascinada por la regeneración de los cuerpos y las almas!

–¡No hablo de magia, sino de ciencia! –repuso ella en un tono seco–. Pienso en la química, en la que el conde parece muy versado.

Se volvió hacia Casanova.

–¿Qué pensáis vos?

El veneciano soltó una risita.

–He visto muchas operaciones de prestidigitación en mi vida, así como las imposturas más desvergonzadas.

–Visto y practicado –dijo, sarcástico, Volnay.

–Pero no se trata de lo mismo –continuó el veneciano sin contestar a la provocación del comisario–. Nadie habla mejor que el conde. Emplea un tono concluyente que no desagrada porque es erudito y habla bien todas las lenguas. Tiene una cara agradable y sabe hacerse amigo de todas las mujeres. Al mismo tiempo que las halaga, les da afeites para la piel seduciéndolas con la posibilidad, no de rejuvenecer, pues eso es imposible, les dice, sino de que se conserven en buenas condiciones mediante un agua que le cuesta mucho, pero que tiene la amabilidad de regalarles. Posee la medicina universal, hace lo que quiere de la naturaleza; en resumen, es asombroso y siempre consigue asombrar. ¡Es, pues, el más hábil y seductor de los impostores!

Comenzaron a volver sobre sus pasos, hacia las alamedas sombreadas, y entonces fue como si sus pensamientos tomaran un cariz opuesto.

–Dicen que el conde de Saint-Germain es íntimo del rey y de la Pompadour –dijo Volnay–. ¿Conocerán sus secretos?

–Me extrañaría –respondió con malicia Casanova–. Para seducir a los grandes de este mundo, son necesarias dos cosas: estar siempre de acuerdo con ellos y conservar una parte razonable de misterio. Para los grandes no hay mayor placer que ser adulados por personas que se salen de lo común.

El policía le clavó los ojos como si fueran agujas, pero, ante la mirada de advertencia de Chiara, se abstuvo de hacer el comentario desagradable que le quemaba los labios. Se volvió, pues, hacia la joven italiana.

–Hablamos de la marquesa de Pompadour, pero dicen que su estrella palidece y que sus enemigos jurados del partido devoto son cada vez más influyentes en el entorno del rey...

La joven hizo un vivo movimiento de hombros.

–El partido devoto solo tiene apoyos en el entorno del delfín. La marquesa de Pompadour conserva todo el favor y la amistad del rey. Detrás de ella se agrupan todas las mentes libres e ilustradas de nuestro país. En cuanto al partido devoto, reúne a todos aquellos que, no teniendo méritos particulares, se apresuran a cortejar a los poderosos de la forma más vil y a criticar la inteligencia y la razón.

Casanova lanzó una mirada de admiración a Volnay, y esa mirada parecía decir: «Astuto amigo, la habéis encaminado a decir en qué bando se alinea. ¡Intentadlo ahora conmigo!».

Pero Volnay no se arriesgó a hacerlo. No tenía ninguna necesidad, pues sabía que el único bando del veneciano era el suyo propio. Casanova, por su parte, se hacía no pocas preguntas sobre el policía, pero no contaba con que se las respondiera.

Cuando salieron de las circunvoluciones del círculo, el sol había arrojado sobre la ciudad un manto de luz escarlata. Deslumbrados, se detuvieron un instante para admirarlo y bajaron la escalera frente a un estanque de reflejos cambiantes. Chiara tropezó. Los dos hombres la sujetaron y le ofrecieron al mismo tiempo su brazo. Con una sonrisa, ella se cogió de ambos y continuaron andando así entre los parterres desbordantes de flores. Muy pronto fue ella quien imprimió el ritmo de la marcha y decidió la dirección que debían tomar, antes de adueñarse también del derrotero de la conversación.

–Todos sabemos –dijo, dirigiéndose al policía– que estáis encargado de resolver el asesinato de esa joven peluquera...

El veneciano no pudo reprimir una mueca de desaprobación. Volnay había soltado bruscamente el brazo de la muchacha y la miraba de frente, estupefacto.

–¿Por qué demonios habláis de eso delante de este hombre? Os había pedido que guardarais el secreto.

–Pero... –balbució ella–, sois vos quien le ha hablado del asunto.

El policía se volvió en el acto hacia Casanova.

–¿Podéis explicarme todo esto?

El otro hizo un ademán fatalista con los hombros.

–París es una ciudad muy pequeña, todo se sabe enseguida. No he tardado en enterarme de la identidad de la víctima que encontré...

La mente de Volnay funcionaba de manera lógica y con rapidez.

–¡Y para confirmar esa información –dijo–, le habéis hecho creer a la señorita que yo mismo os la había dado!

Casanova se pellizcó los labios. Se aventuró a lanzar una mirada a Chiara y vio que en sus ojos se agolpaban tormentas.

–Hice mal, es verdad –dijo en un tono contrito.

–¡No tenéis ninguna disculpa! –dijo secamente la joven italiana.

El caballero de Seingalt miró de reojo a Volnay; esta última frase parecía haber puesto contento al policía.

«¡Si piensa quedársela –se dijo el veneciano–, va a tener más sorpresas!»

–Señorita, os suplico que me perdonéis.

–¡Ni hablar! –decretó Volnay.

El rostro de Chiara se tiñó de rojo. No le gustaba que decidieran por ella.

–Debemos permanecer unidos –dijo–. Es preciso, lo presiento.

Hablaba como una mujer racional y Casanova le dirigió una mirada admirativa. Apreciaba a las personas que no perdían la sangre fría. A Volnay, dada su enorme aversión por el seductor, le costó más contemporizar. Chiara supo engatusarlo con una sonrisa y esta vez, como discreto castigo a Casanova, se cogió solo del brazo del policía hasta el café adonde, con una voluntad poco común, había decidido llevarlos.

Reinaba en Le Petit Café des Tuileries un ambiente campechano y un poco ruidoso, adecuado para su conversación discreta. En las paredes, unos espejos reflejaban frescos relajantes de paisajes toscanos y de vendimias realizadas por jóvenes criadas con prendas totalmente inapropiadas para ese tipo de tarea. Chiara pidió, pese a la hora, un rosoli, un aperitivo a base de pétalos de rosa, azahar, jazmín, anís y canela con unos clavos. A los hombres les sirvieron un café con aromas de pan tostado.

–Qué bebida tan extraña, el café –murmuró Casanova–. Cuanto más bebes, menos duermes, pero cuanto menos duermes, más necesitas beberlo...

–Como vos os ganáis la vida de noche –se burló Volnay–, comprendo que sea vuestra bebida preferida.

–Señor –contestó agriamente el otro–, no soy una lechuza y vivo tanto de día como de noche. Por lo demás, soy conocido en todas las cortes europeas...

–¡Preciso es decir –siguió burlándose Volnay– que el caballero de Seingalt ha conquistado Europa con la punta de su sexo! ¿Sabéis, Chiara, cómo llama a este último? ¡El agente principal de la humanidad!

–¡Señor mío –exclamó Casanova, balanceando sus robustos hombros–, eso es una insolencia!

–¡Dejad de discutir los dos! –intervino la joven–. ¿Cuándo se ha visto semejante desavenencia?

Los observó un instante: Casanova, rebosante de vitalidad, entusiasta y voluble; Volnay, grave y tranquilo, de aire reflexivo, pero animado a la vez por una fría determinación.

«¿A cuál de los dos escogería, si tuviera que elegir a uno de ellos?», se preguntó fugazmente. Pero apartó enseguida ese pensamiento inoportuno y se concentró en la conversación. Debía obrar con cautela.

–Bien, señores, ¿por qué no os decís las cosas a las claras? Una joven

peluquera del rey ha sido asesinada y debéis hacer todo lo posible para encontrar al culpable.

Los dos hombres callaban, a la defensiva. Chiara puso una mano encantadora sobre la muñeca del policía, que se estremeció.

–Caballero de Volnay –dijo–, os toca a vos descubriros.

Volnay parpadeó brevemente. Haciendo como si Casanova no estuviera, miró a los ojos a la joven italiana.

–Yo no he pedido las confidencias del caballero de Seingalt.

Este último soltó una exclamación de desdén, seguida de un juramento en italiano que hizo sonrojar a la joven.

–No le debo nada, pues –continuó Volnay, imperturbable–, al aquí presente caballero de Seingalt.

El veneciano se inclinó peligrosamente hacia él, con una mirada glacial. Todo su entusiasmo y buen humor se habían esfumado.

–¡Os dais mucha prisa en juzgarme y condenarme, pero llevad cuidado! Aunque me adapto con facilidad y llevo cuello de encaje, puedo quitármelo en un momento dado.

El policía palideció.

–¡Estáis amenazando a un oficial del rey! ¡Haré que os sometan a cuestión de tormento!

Casanova se echó hacia atrás y rompió a reír. Al notar que las miradas se volvían hacia ellos, su risa se congeló de pronto en su garganta y murmuró en voz baja:

–¿Y haréis que sometan también a cuestión de tormento al que oculta pruebas? –Miró con mala intención a Volnay–. ¿Queréis que sea más preciso?

El policía cerró un instante los ojos. ¡No, el veneciano no iba a decirlo! ¡No allí, delante de Chiara! Era una argucia para comprar su silencio o algo peor...

–Señorita... –Casanova se había vuelto hacia la joven, que lo escuchaba atentamente–. ¡Nuestro amigo Volnay sustrajo una carta del cuerpo de la víctima y se la ha ocultado a todos!

–¿Habéis hecho eso, señor de Volnay? –preguntó Chiara, con voz sofocada.

No se había percatado de que los dedos del policía se habían cerrado en torno al puño de su espada y empezaban a desenvainarla. El silbido del acero atrajo, en cambio, la atención de Casanova, que vigiló con atención el avance de la hoja saliendo de su vaina. Los ojos de la italiana siguieron la mirada del caballero de Seingalt y vieron los dedos crispados del policía.

–¡Volnay! ¡Guardad inmediatamente la espada!

Era una voz de mando, autoritaria, y él jamás habría pensado que pudiera pertenecer a una criatura tan encantadora como Chiara. Casi a su pesar, el policía obedeció. Ella se inclinó hacia Volnay y este creyó que iba a abofetearlo,

pero no fue así, y cuanto más se acercaba a él, más hacía palpitar su corazón una turbación nueva. Casanova no apartaba los ojos de ellos.

–Volnay... –Por primera vez desde que se conocían, Chiara había posado una mano sobre la suya y el policía sintió de inmediato que una oleada de ternura lo invadía–. No os dejéis dominar por la cólera –dijo con voz queda–. La cólera mata el pensamiento.

Había sumergido sus ojos en los del policía. Eran negros como perlas, pero, como perlas también, eran de nácar y brillaban de forma iridiscente.

–No os quedéis solo, Volnay, no se puede luchar solo contra el mundo entero.

Hubo un silencio, pero, curiosamente, el comisario de las muertes extrañas se sintió apaciguado por el contacto de aquella mano sobre la suya.

–Esa carta existe realmente –le respondió a Chiara, haciendo caso omiso de Casanova–. No puedo decir nada más, pero afecta...

–Al conde de Saint-Germain, ¿no? –preguntó la joven italiana mientras Casanova aprobaba moviendo la cabeza.

Volnay comprendió que habían adivinado eso también.

–Al conde, sí. Pero la carta no tiene ninguna relación con el asesinato –precisó con cierta sequedad.

El momento mágico había terminado. La mano de Chiara había abandonado la suya y a Volnay lo embargó de nuevo esa sensación de vacío tan familiar. Recordó su conversación con el monje sobre la ropa. Si en la pátina quedaba grabado el paso del tiempo, el suyo se alejaba en flecos y jirones cuando Chiara marcaba de nuevo las distancias.

–La señorita Hervé debía entregar esa carta al conde, ¿es eso? –preguntó la joven en un tono extraño.

Instintivamente, percibió su desamparo. Y, como si intuyera que el policía solo respondería con esa condición, su mano se posó de nuevo sobre la de él, ligera pero vibrante, llena de una vida ardiente que le transmitía.

–Sí, pero no sé si lo hizo.

–¿Por qué no se lo habéis preguntado al conde? –se sorprendió ella.

Esta vez, Casanova intervino:

–Hacer esa pregunta era revelar la existencia de la carta en manos de un policía y alertar al conde de Saint-Germain. Al conde y quizá a otros... ¿Acaso no es amigo del rey y de la Pompadour? Por lo demás, ahora sabemos, aunque ambos os guardáis de hablar de ello, que la víctima era una criatura de la marquesa de Pompadour...

El veneciano había clavado los ojos en los de Chiara, que se sonrojó y los desvió para concentrar de nuevo su atención en Volnay.

–Ese sirviente al que habéis interrogado ha reconocido que le abrió la puerta a

esa chica –dijo Chiara–. Podríais preguntarle al conde por qué razón la recibió.

–¡Y el conde podría responderme con mucho aplomo que lo hizo para entregarle su peluca o cualquier otra ocurrencia! ¿Qué habría adelantado? –Volnay se volvió hacia Casanova–. Por cierto, ¿habría ido la señorita Hervé al Parque de los Ciervos?

El veneciano puso cara de reflexionar mientras golpeteaba delicadamente con la yema de los dedos el platillo de su taza de porcelana.

–Debía de ser un poco mayor para el rey, pero indudablemente su moral no se lo impedía.

Le dirigió una mirada penetrante a Volnay.

–¿Algo en la carta que le encontrasteis encima podría hacéroslo suponer?

El policía se esforzó en permanecer impasible, maldiciéndose por haber hecho una pregunta cuya respuesta ya imaginaba. Embarazada del rey, la joven señorita Hervé había obtenido sus favores, daba igual dónde. Y hete aquí que Casanova parecía leer en su mente como en un libro abierto para confirmar sus informaciones y perfilar sus intuiciones.

–Decidnos, Volnay –prosiguió el caballero de Seingalt, que parecía avanzar siguiendo el curso de sus pensamientos–, si la segunda víctima era una prostituta...

«¡Si estuviera seguro de eso!», estuvo a punto de contestar el policía.

–Esa víctima no ha podido ser identificada por las razones que imagináis –respondió secamente– y no disponemos de ningún indicio.

–¡Qué lástima! Pero podría serlo, ¿verdad?

–¿Adónde queréis ir a parar? –se impacientó Chiara, inclinándose bruscamente hacia ellos.

El caballero de Seingalt se arrellanó en la silla, concentrando toda su atención en Volnay y dejando caer unas palabras como si desgranara un rosario:

–Al Parque de los Ciervos. –Y añadió con modestia–: Si no, ¿por qué nuestro amigo Volnay iba a haber aludido a él?

El policía pestañeó brevemente, detalle que no escapó al astuto veneciano. La joven italiana, por su parte, los miraba con un asombro no fingido, tratando de comprender lo que se decía más allá de las palabras.

–¡Un momento!

El caballero de Seingalt se había levantado de un salto. Una figura familiar acababa de pasar por delante del cristal.

–¡El asistente del conde de Saint-Germain! –exclamó Chiara, siguiendo con los ojos al veneciano, que salía apresuradamente y, con su entusiasmo habitual, invitaba al hombre a unirse a ellos.

El asistente del conde se prodigó en educadas protestas mientras lo instaban a sentarse para tomar un café. El encanto y la autoridad de Chiara bastaron, no

obstante, para vencer sus resistencias y, de nuevo, la mano de la joven abandonó la de Volnay. Toda la atención de Chiara se centraba ahora en el recién llegado, de semblante abierto y amplia frente que revelaba al hombre de pensamientos profundos. No resultó difícil hacerle hablar de su señor, sobre el que se prodigó en alabanzas.

–Creedme, el señor conde de Saint-Germain no desea sino el bien de la humanidad. Jamás he visto a alguien tan atento con los demás. Amigo tanto de los hombres como de los animales, su corazón no se preocupa sino de la felicidad ajena... –Su tono era sincero–. Lo sabe todo y lo intuye todo. Jamás he visto una mente tan clarividente como la suya.

–¿Y esa clarividencia llega hasta la predicción? –preguntó inocentemente Casanova.

Volnay le lanzó una mirada acerba. Ni siquiera un estafador como Casanova podía evitar sentirse fascinado por las ciencias esotéricas. Oír contar que el conde quizá había descubierto el secreto de la piedra filosofal y del elixir de la eterna juventud debía de excitarlos a todos, pese a su escepticismo natural.

–Como sabéis, el campo del conde es más bien el pasado –señaló con gran habilidad el asistente.

Chiara se inclinó hacia delante, como transfigurada.

–¡Pero le atribuyen también la obra de alquimia *La Santísima Trinosofía!*

–El conde es un hombre versado en química, en efecto –reconoció prudentemente el asistente.

–¿En química y en alquimia? –insistió Chiara.

El otro no contestó enseguida; se puso a remover el café con la cucharilla con una aplicación sorprendente. Como se exponía a que su silencio resultara de mala educación, acabó por responder:

–Al conde se le atribuyen muchas cosas. Yo solo he asistido a experimentos científicos con resultados convincentes.

–Como por ejemplo devolver toda su pureza a un diamante –dijo Chiara, que dirigía ahora la conversación ante la mirada interesada de sus dos compañeros.

–Señorita, no puedo hablar de los experimentos del conde de Saint-Germain sin traicionar la confianza que deposita en mí.

Volnay aguzó el oído. Por una razón desconocida, la frase sonaba a falso. Decidió entrar en el juego.

–Dicen que algunas personas visitan al conde para obtener de él ciertas pociones.

El asistente palideció imperceptiblemente. Volnay, entonces, con los ojos clavados en él, le espetó la pregunta decisiva:

–¿No ha recibido recientemente el conde a la señorita Hervé, la peluquera del

rey?

El policía creyó que el otro se iba a desmayar. Se quedó lívido y abrió desesperadamente la boca como si le faltara aire. Gruesas gotas de sudor empezaban a brotar por debajo de la peluca.

–Lo ignoro. Perdón –dijo–, hace mucho calor aquí. Creo que necesito aire.

Se levantó con tal torpeza que volcó su taza de café y empezó a deshacerse en disculpas, pero Volnay lo detuvo con un gesto.

–No habéis respondido a mi pregunta.

La mirada del asistente se tornó huidiza.

–No conozco a esa persona y no sé nada de esa visita. Os deseo un buen día.

Se marchó precipitadamente y Casanova miró a Volnay con una expresión fríamente burlona.

–Y bien, ¿a qué esperáis para echarle el guante? Ese hombre es tan sincero como un asno que recula. ¡Si alguien merece ser sometido a tormento es él!

Los dos hombres se percataron entonces de la incomodidad de Chiara. El hundimiento del asistente no le había aportado ninguna satisfacción. El veneciano se esforzó en distraerla, pero sin éxito. No tardaron en despedirse, con miradas de soslayo y preguntas no formuladas por una y otra parte. Volnay, melancólico, miró alejarse el coche de la joven italiana y después se despidió fríamente de Casanova. De pronto, el carruaje se detuvo pesadamente y la mano suave y desnuda de Chiara pasó a través de la ventanilla.

–Señor de Volnay...

El comisario acudió de inmediato. Jadeando, vio el semblante inquieto de la joven, cuyos labios se abrieron precipitadamente.

–Debo veros mañana en relación con esa carta que obra en vuestro poder. ¡No hagáis nada hasta entonces! ¿Me lo prometéis?

Él asintió maquinalmente. El cochero azotó los caballos y Volnay miró alejarse el coche con el corazón extrañamente encogido y un nuevo interrogante: ¿buscaba Chiara también esa carta?

El monje estaba dándole una clase de retórica en latín a la cotorra cuando Volnay llegó. El policía, divertido por la escena, sonrió. El monje suspiró señalando al pájaro:

–«Ciencia sin conciencia no es sino ruina del alma.» Lamentablemente, tu bello pájaro solo sabe repetir las cosas y no comprenderlas..., ¡como muchos seres humanos, por lo demás! –Se dirigió hacia la mesa sobre la que había dejado un vaso de vino–. Me perdonarás por haberme servido solo, pero no puedo ver una buena botella sin emocionarme. ¡Demonios, es que hace tres años estaba todavía en prisión, conformándome con agua templada! –Bebió un trago e hizo chasquear la lengua contra el paladar–. Es un vino de Suresnes. Es

un poco ligero, pero te acostumbras. Deberías añadirle un chorro de coñac, lo hace más agradable.

–Me alegro de que te guste mi vino –dijo Volnay sin dejar de sonreír.

–Pocas cosas regocijan tanto el corazón del hombre en la tierra como este suave brebaje. –Su mirada se tornó melancólica–. En un momento dado de mi vida, creí morir. Desde entonces, considero lo que me queda por vivir una amable prórroga de la que me apresuro a disfrutar.

Volnay se reprimió de encogerse de hombros. Sabía que, salvo unas botellas de muy buen vino, bebidas, por lo demás, con frugalidad, y algunos asados, los placeres del monje eran ante todo intelectuales. Le contó en pocas palabras su visita al conde de Saint-Germain.

–Admirable –dijo el monje, saltando literalmente de contento–. ¡Acabas de confirmar una de mis más brillantes hipótesis!

El policía no reaccionó. En el fondo, se sentía contrariado por la visita del monje, aunque este tenía una llave y podía entrar cuando se le antojara. La mente de Volnay seguía centrada en la mano de Chiara, que, cuando se posaba en la suya, bastaba para quemarlo y devastarlo todo. Recordaba el dolor casi físico que sintió cuando esa mano se apartó de la suya, dejándola huérfana. No se le ocurría ninguna palabra para describir esa dicha acompañada de tantos sufrimientos. En lo que respecta al monje, no tenía ese tipo de pensamientos y consultaba sus notas dispersas frunciendo el entrecejo.

–¿Ninguna novedad de la Hermandad de la Serpiente? –preguntó amablemente.

–Sabes de sobra que no hay que pronunciar ese nombre –lo reprendió Volnay, que se había quedado pálido–. Se dice simplemente la Hermandad.

–Es verdad... ¿Y...?

–¡Nada!

El monje pareció aliviado.

–¡Bien! Primero voy a decirte lo que he recopilado sobre el conde de Saint-Germain antes de su llegada a Francia. En Inglaterra, el mundo musical apreciaba mucho al conde. Su talento como violinista era muy valorado y el compositor Gluck le dedicó su obra *Música razonada, según el sentido común, para las damas inglesas amantes del verdadero gusto en arte*. ¡Todo un programa! –El monje se interrumpió para humedecerse los labios–. Y hete aquí que el conde de Saint-Germain deja Inglaterra en 1746. Llega a Francia en abril del año pasado, 1758. Lamento informarte de que nadie es capaz de decir lo que hizo durante esos doce años. El camino del conde es como el vuelo de los pájaros: sin rastro. Se rumorea que estuvo en la India y en el Tíbet, e incluso en la corte del sah de Persia. Todo ello es posible, pues parece poseer un profundo conocimiento de Oriente. Dicho esto, cuando se le pregunta, el conde explica

que se retiró a unas tierras suyas, en Alemania, a fin de dedicarse a realizar investigaciones químicas e incluso experimentos alquímicos.

–¿Eso es todo? –dijo Volnay, decepcionado.

Los ojos del monje brillaron.

–La conducta del conde es ejemplar. Es rico, pero benefactor. Nunca se ha visto a un hombre tan caritativo y con las costumbres más puras. Queda el misterio que lo envuelve: sobre su origen y sobre el origen de su fortuna. –Hizo una pausa para consultar sus notas–. No recibe ningún fondo, pero paga hasta el último céntimo sin pedir un solo crédito. Tú has podido comprobar su tren de vida, y sin embargo, no se encuentra rastro de ningún movimiento de dinero. Parece como si durmiera encima de un tesoro.

–¿Vas a hablarme de la piedra filosofal? –preguntó Volnay, escéptico.

–¡A fe que no! –protestó el monje–. Tengo otra teoría, una teoría relacionada con su nacimiento. Mis indagaciones me han llevado a formular varias hipótesis: la primera es que este hombre es *ex incognitis parentibus*; la otra, que es hijo ilegítimo de un grande de Europa. –Se interrumpió para alisarse la barba–. Te dispenso de todos los caminos que he explorado y abandonado: la ascendencia Rákŏczi en Transilvania, la ascendencia San Germano en Saboya, incluso la del Comes Cabalicus en Bohemia...

Entrecerró los ojos y frunció el entrecejo como si intentara poner orden en sus pensamientos. Volnay lo observaba sonriendo, puesto que sabía de sobra que la memoria prodigiosa del monje no necesitaba hacer ningún esfuerzo y que el efecto era puramente teatral.

–Consideremos como buenos investigadores ciertos hechos confirmados –prosiguió el monje–. Cuando el conde estaba en Inglaterra estalló una guerra civil y mandaron detener precipitadamente a todos los extranjeros por considerarlos enemigos del Estado. Entre ellos se hallaba el conde de Saint-Germain, que se negó a revelar su verdadera identidad a otra persona que no fuese el rey de Inglaterra. ¿Lo oyes bien? ¡Su verdadera identidad! ¡Reconocía, pues, que no se llamaba conde de Saint-Germain y que solo tenía la obligación de revelar su identidad a una persona de sangre real! Fue entonces interrogado por el propio secretario de Asuntos Exteriores, el duque de Newcastle, quien dispuso que lo soltaron inmediatamente.

Tras asegurarse de la atención de su único oyente, el monje continuó con un placer manifiesto:

–Y hete aquí que, en Francia, un monarca tan estirado como Luis XV recibe a este hombre como a un pariente y habla de él como de un hombre de nacimiento ilustre. Por otro lado, el conde hizo una vez en público esta confidencia: «Soy de un país que jamás tuvo por soberano a un hombre de origen extranjero».

Y como para dar más fuerza a las palabras que iban a seguir, el monje se levantó y se puso a recorrer la habitación de un lado a otro. Su mano derecha barría el aire a su alrededor como si manejara una espada.

–Una sola familia responde a esa descripción: el linaje masculino de los Wittelsbach, que ha reinado en Baviera, Dos Puentes y el Palatinado. Pregúntame ahora dónde posee el conde esas tierras inmensas. ¡En el Palatinado! Y una de sus princesas estuvo casada con un rey de España. ¿No tiene el conde de SaintGermain la tez de un español?

Volnay asintió prudentemente.

–Me has contado –prosiguió con vehemencia el monje– que el conde os ha dicho que a la edad de siete años vagaba por los bosques con su preceptor, que habían puesto precio a su cabeza y que su madre huía. Pues bien, se sabe que la princesa palatina Mariana de Neoburgo se casó con el rey de España y tuvo una relación secreta con un grande de ese reino, el almirante de Castilla, un hombre inmensamente rico, de gran espíritu y una erudición ejemplar. –El monje se detuvo y levantó un índice triunfal–. Era tan hábil pintor como escultor y hablaba varias lenguas. A la muerte de su marido, estalló una guerra de sucesión y Mariana de Neoburgo tuvo la desgracia de perder a su amante, muerto de apoplejía en el bando equivocado, el de los perdedores. Tuvo que exiliarse a Francia y vivió treinta y dos años en Bayona, bajo la vigilancia de las autoridades reales. Envió sus joyas y su oro al extranjero por seguridad. El bastardo del almirante tuvo que huir con su preceptor a fin de escapar al destino fatal que le reservaban los numerosos enemigos de su padre. –El monje tendió triunfalmente las manos abiertas ante sí–. Esto explica la pista italiana, pues dicen que el gran duque de Toscana, precisamente tío de Mariana de Neoburgo, albergó al conde de Saint-Germain niño en el palacio Pitti de Florencia. El gran duque, último de los Médicis, era excelente músico, hablaba varias lenguas y estaba muy versado en ciencia, sobre todo en química. De ahí la educación perfecta y las dotes del conde, heredadas de sus padres y fomentadas por su tutor. Más tarde, Saint-Germain se presentará como un gentilhombre siciliano. El gran duque de Toscana tenía inmensas posesiones en Sicilia. Así pues, la riqueza del conde se explica fácilmente: el oro y las joyas, sus famosas joyas que enseña a todos, de su madre; los cuadros, heredados de su padre, que poseía la más bella colección de Europa; y, por último, los inmensos depósitos del almirante en los bancos de Venecia, Génova y Ámsterdam... En consecuencia, puedo calcular de manera absolutamente lógica la edad actual del conde en unos sesenta años, aunque aparenta diez menos gracias a un régimen alimentario perfecto.

Impresionado, Volnay se puso a aplaudir. El monje se inclinó con modestia.

–¡No tiene importancia! ¿Acaso no soy el cerebro más brillante de Europa

después del señor de Voltaire?

El policía sofocó una sonrisa. El monje era un hombre admirable, pero tenía un ligero orgullo intelectual que había estado a punto de ser su perdición en el pasado. Pero de eso él no extraía ninguna lección.

–Interesante, pero no concluyente para nuestra investigación –dijo Volnay, pragmático.

El monje suspiró.

–A mí esto me da materia para reflexionar. Y tú, ¿dónde estás?

–Estoy convencido de que la señorita Hervé fue a la residencia del conde el día de su muerte y de que fue vista allí al menos por un lacayo y sin duda por el asistente del conde, pero no por el propio conde.

–No fue invitada a hacerlo y seguramente no se atrevió a utilizar la carta ante él.

–Eso explicaría el apuro del asistente del conde cuando le preguntamos en ese café –dijo Volnay–. Quizá fue a él a quien la joven vio... De todas formas, nos oculta algo, pero en estas condiciones tendría muchas dificultades para demostrar cualquier cosa.

–Yo me ocuparé de eso –dijo tranquilamente el monje.

–De acuerdo. Yo todavía tengo que redactar un informe para Sartine y el rey me ha convocado mañana por la mañana en Versalles.

El monje asintió sentenciosamente con la cabeza.

–¡Cuídate! –dijo–. En cuanto a la segunda muerte –prosiguió, tras una breve pausa–, me he paseado con el hábito por Versalles, en torno al Parque de los Ciervos. La he descrito en los comercios, pero sin enseñar su máscara para no despertar sospechas. Decía que había encontrado este anillo que le quitaste del dedo y que tuviste a bien dejarme. –Abrió la mano y, como por arte de magia, el anillo apareció, resplandeciente de luz–. Una tendera ha reconocido el anillo y la descripción aproximada que he podido hacer de la joven, sobre todo con la ropa que llevaba. Era una huésped ocasional del Parque de los Ciervos, conocida con el nombre de Marcoline. Pertenecía al grupo de prostitutas que van a divertirse al Parque de los Ciervos cuando el rey se cansa de las niñas y tiene hambre de profesionales...

Volnay asintió sombríamente con la cabeza. La investigación se complicaba a ojos vista.

–Si al menos pudiera ir al Parque de los Ciervos... –se lamentó.

–¡Solo pueden ir las madamas y las prostitutas! –señaló el monje–. Y algunos aventureros...

VIII

¡Venecia no está allá abajo,
señora marquesa,
sino allá arriba!

CASANOVA

El crepúsculo caía sobre la ciudad en un caos de oro y sangre. Casanova examinó la calle con mirada fría y le hizo una seña a su cochero. El coche salió de París para adentrarse en el barrio mal iluminado del Parque de los Ciervos, donde, contrariamente a lo que hacía suponer su nombre, solo pululaban conejos. En su origen, ese barrio era una reserva de caza creada por Luis XIII, pero de la que su sucesor se había desinteresado. Se extendía entre las calles Satory, Rosiers, Saint-Martin y Saint-Médéric. Muchos funcionarios y empleados de Luis XV residían allí entonces, y algunos grandes señores tenían también casas de recreo. La propiedad real comenzaba con el huerto del rey, al final de la calle de las Tournelles.

El famoso Le Bel había descubierto para su señor una casa de dimensiones modestas, pero agradable, en el número 4 de la calle Saint-Médéric, no lejos del cuartel de los guardias franceses. El rey, pues, no tenía más que recorrer ochocientos metros para ir hasta ella. Era, no obstante, un señuelo, pues la casa era demasiado pequeña para la magnificencia real. Mientras la atención general se centraba allí, el verdadero lugar de citas se encontraba en el número 20 de la calle Saint-Louis, en la parte más alejada del Parque de los Ciervos. Un intendente de la Pompadour se había ocupado de todo. Había recibido del rey un terreno para ampliar el que poseía, a raíz de una herencia, y encargado a Lespée, inspector de los Edificios del rey, la construcción de una casa. El pintor Boucher había sido elegido para decorar las estancias. Un hombre como Casanova sabía todo eso.

Fue al tomar la calle Saint-Louis cuando una rueda del carruaje se rompió. El estruendo atrajo la presencia de los dos hombres que vigilaban la entrada de la casa de citas. Casanova bajó del coche y le guiñó un ojo a su cómplice, el cochero. Les explicó el contratiempo a los guardianes y les puso una moneda de oro en la mano antes de adentrarse en la alameda con paso resuelto. Subió los peldaños de entrada a la casa del Parque de los Ciervos y llamó a la puerta. Un lacayo con librea bordada y blasonada abrió, pero una mujer de mediana edad,

demasiado engalanada y maquillada para su gusto, apareció de inmediato detrás de él.

–A mi carruaje se le ha partido una rueda –dijo Casanova con su voz más suave– y mi cochero ha ido a buscar ayuda. ¿Me permitís refugiarme aquí unos instantes? Las noches todavía son frescas...

–Señor...

–Caballero de Seingalt para serviros, señora...

–Señora Bertrand.

Casanova se inclinó, a la vez que cogía la mano un poco arisca de la regente. Esta titubeó un instante antes de indicarle con una mirada al lacayo que los dejara. Lo condujo a un elegante salón lanzándole frecuentes miradas. La persona y la reputación del caballero de Seingalt le producían cierta excitación, como Casanova se había atrevido a esperar.

–Sentémonos, caballero. ¿Deseáis beber algo?

Ella escogió un asiento junto a Casanova y este supo que, si alargaba la pierna, le tocaría un pie con el suyo. Se hallaban en una habitación circular, con las paredes de color lila y espejos que reflejaban su imagen hasta el infinito. Encima de las puertas, todas las pinturas eran de temas galantes: una ninfa sentada sobre las manos de dos sátiros, otra a horcajadas sobre uno de ellos, unas bañistas desnudas riendo de placer y pintadas por el artista en un vibrante ramillete de vegetación, agua y carne. En la pared, un cuadro retuvo su atención. Representaba a una joven traviesa que se columpiaba, mostrando unas finas piernas enfundadas en medias blancas y unas turbadoras prendas interiores. Uno de sus zapatos volaba por los aires y dejaba al descubierto un pie con una curva exquisita.

–Os lo agradezco, pero no necesito nada más que vuestra compañía –respondió por fin Casanova, clavando en ella una mirada apasionada.

La señora Bertrand soltó una risita apurada, pero satisfecha.

–Sois muy galante, caballero. –Se sonrojó ligeramente y añadió–: Demasiado, dicen... Se cuentan tantas cosas sobre vos y vuestras hazañas...

Casanova adoptó un tono un poco fatuo.

–¡Oh, señora, cuando hablan mal de mí, tened por seguro que todavía se quedan cortos!

Rieron juntos y eso los acercó. La conversación se hizo más íntima. Ella se aventuró a preguntarle al caballero si era verdad que, en cierta ocasión, en Venecia, había satisfecho a quince mujeres seguidas. El caballero de Seingalt dio a entender que la cifra era un poco exagerada y que se podían quitar dos o tres. En un momento de la conversación, el caballero de Seingalt mencionó el nombre de la señorita Hervé, pero no hubo reacción alguna por parte de la regente. Siguieron charlando hasta que la señora Bertrand se disculpó. Tenía

que dar algunas órdenes a la servidumbre y regresaría al cabo de unos veinte minutos.

Una vez solo, Casanova se dispuso a visitar la casa. No calculaba, sino que seguía la inspiración del momento, como casi siempre; si todo iba bien, sacaba provecho, y si todo iba mal, esperaba otra ocasión propicia, pues no había caída de la que no fuera capaz de levantarse. Sabía que sería difícil hacer hablar a la regente, que evitaba cualquier pregunta sobre las chicas y los visitantes de aquel lugar. Un vistazo a las habitaciones quizá le diera algo más de información, si se encontraba con una de las prostitutas del rey. Era el tipo de persona a la que él sabía cómo dirigirse… y más cosas.

Subió en silencio una escalera de madera, observando al pasar la presencia en las paredes de algunas copias un poco apresuradas de lienzos de Boucher y Fragonard. De pronto oyó unas risas y se apresuró a refugiarse un piso más arriba. A través de la barandilla de la escalera, vio a dos jóvenes cogidas de la mano entrar en una habitación. Una de ellas parecía bastante baja y de origen español; la otra, más alta, era rubia y encajaba a la perfección en sus preferencias. Supuso que iban a darse gusto y aguzó el oído, pero el sonido discordante de un clavecín vino a entorpecer su escucha. Procedía de una habitación que parecía de un tamaño superior a las demás. A su derecha se encontraba la puerta de un cuartito. Casanova sonrió. ¿Sería lo mismo que había visto en Venecia?

Hizo girar el pomo y los goznes de la puerta, perfectamente engrasados, no chirriaron. Era un vestidor, pero de un tipo un poco particular, ya que un gran cuadro cubría la pared contigua a la habitación. Casanova lo examinó a conciencia y lo descolgó para dejarlo con cuidado en el suelo. En la pared había un agujero. El veneciano comprendió que, como en Venecia en la época en que el cardenal de Bernis lo observaba hacer el amor con su amante, una joven religiosa, este debía de coincidir con los ojos de algún personaje de un cuadro que estaría colgado al otro lado de la pared. Acercó un ojo y vio... ¡al rey!

Luis XV era alto y robusto, de ancha frente y cejas pobladas. Aunque pasaba de la cincuentena, conservaba una prestancia imponente. De momento, por lo que el veneciano podía ver, el monarca había hecho sentarse sobre sus rodillas a una chiquilla de unos catorce años y, mientras ella tocaba el clavecín, él exploraba todos los rincones de sus pechos incipientes. La melodía se había tornado disonante a medida que el rey, imperturbable, avanzaba en la exploración de su territorio. Su mirada había adquirido la dureza del sílex.

El caballero de Seingalt cambió de posición. Cuando reanudó su observación, ambos se habían desnudado antes de tumbarse sobre el edredón. En la habitación todavía fría, Luis XV seguía llevando la ropa de dormir. Las persecuciones pícaras alrededor de la cama y en camisón parecían gustar al rey,

que intentaba atrapar a la chiquilla, de quien no se podía decir si estaba asustada o hacía teatro.

Casanova se sobresaltó de pronto. Una mano acababa de tocar su brazo. Era la señora Bertrand, que tiró hacia atrás de él despacio, pero con firmeza.

–No deberíais estar aquí, caballero –murmuró con voz gélida–. Ha sido una locura haberos recibido.

El veneciano puso cara de desesperación mientras ella lo sacaba al pasillo.

–¡Soy demasiado curioso y eso me perderá!

–¿Habéis reconocido al gentilhombre? –preguntó la señora Bertrand con una ansiedad que le costaba disimular.

–Parece un conde polaco al que conocí –dijo Casanova con un aire ingenuo–. ¿Me equivoco?

La señora Bertrand lo miró con ojos de pescado muerto y lo empujó delante de ella hasta una estancia apartada. Cerró la puerta a su espalda y corrió el cerrojo antes de dirigirle una mirada calculadora.

–Sois muy hábil, caballero, pero ahora hay que pagar por ello.

Casanova se puso rígido, pero los ojos de la señora Bertrand revelaron el castigo que le estaba destinado.

–¡Ah, señora, piedad! ¡Estoy a vuestra merced! –exclamó, arrojándose a sus pies.

Cuando levantó la cabeza, suspiró interiormente al descubrir que la regente de semblante severo había empezado a desabrocharse el vestido.

–Doce o quince mujeres... –murmuró con voz ronca–. ¿Qué no haréis con una sola?

La marquesa de Pompadour escrutaba la noche a través de las cortinillas ligeramente entreabiertas de su coche. En la oscuridad, el pórtico de pilastras decoradas con ciervos de bronce dorado parecía mofarse de ella.

Sus recuerdos la transportaron a los primeros años de sus relaciones con el rey. Se había esforzado en colmar su aburrimiento mortal no ofreciéndole nunca a la misma mujer. Un día, recibía a su real amante vestida como una simple lugareña para una merienda campestre en el suelo; otro, al estilo romano, tendida en su cama; otro más, de española o de joven paje andrógino. También podía maquillarse como un Pierrot de mejillas enharinadas y labios rojos. Había organizado para él, todas las noches, cenas con íntimos cuidadosamente escogidos a fin de relajarlo y divertirlo. Lo había acompañado a cazar, había fundado su propio teatro para distraerlo. Todo era inútil. Pasado el momento de excitación, el rey volvía a ensombrecerse y a sumirse en su mortal aburrimiento.

Ejercicio violento y disipación era lo que necesitaba para ahuyentar su

melancolía. Si no recurría a ello, su ansiedad se volvía insoportable. Debía satisfacer su irresistible necesidad de nuevas aventuras y de carne fresca. La marquesa se sometió entonces, sin éxito, a un régimen para excitar su propio temperamento: chocolate con triple vainilla y ámbar gris, trufas, sopa de apio y algunos elixires de charlatán. Cansada ya, se había puesto a organizar la casa del Parque de los Ciervos. Desde hacía trece años, era la favorita, lo había hecho todo por el rey, incluso adoptar el papel de madama.

De pronto, vio salir una silueta con una agilidad que denotaba una larga experiencia en ese tipo de situaciones. Levantó la cortinilla y le hizo una seña indicándole que subiera. Al reconocerla, el veneciano vaciló un momento antes de saludarla con respeto y reunirse con ella en el carruaje.

–Es un honor para mí, señora...

Ella lo interrumpió con un gesto y dio una breve orden. El cochero hizo restallar el látigo. Casanova aguardó con deferencia a que la marquesa le permitiera hablar. Después de todo, era la favorita del rey. La observó con disimulo. Instintivamente, supo que todo lo que se contaba de ella era cierto: una mujer frígida, eso es lo que era. Por un instante, el seductor pensó en la proeza que podría realizar descubriéndole a la segunda dama de Francia, después de la reina, su verdadera sensualidad. E inmediatamente renunció. Podía correr ciertos riesgos por una mujer si sentía por ella algún deseo, pero esta no le suscitaba ninguno y le parecía, en definitiva, poco apetecible pese a su aire altivo.

Aunque había superado los treinta años, conservaba su belleza. Casanova solo la había visto hasta entonces en representaciones pictóricas. Nattier la había retratado de Diana cazadora, Carle Van Loo, de pastora, y Drouais, de bordadora. De hecho, el original que tenía ante los ojos era un poco diferente del creado por su imaginación.

Era de estatura mayor que la media, y sus cabellos, tirando a rubio, enmarcaban un rostro de un óvalo casi perfecto en el que destacaban unos grandes ojos de un color difícil de determinar. Sus facciones eran suaves y regulares, y la boca se abría en una sonrisa encantadora que mostraba unos bonitos dientes blancos. Conservaba, pese a la carga de las preocupaciones, un rostro afable, aunque ese día marcado por el agotamiento. Su salud era precaria y debía presentar de la mañana a la noche, tanto a sus amigos como a sus enemigos, un rostro sonriente para ser agradable al rey. El egoísmo desmesurado de Luis XV no soportaba ni quejas ni lloriqueos a su alrededor. Su voluntad arbitraria pasaba por encima de todo. Una noche en que había pedido que la dispensara de la velada por estar demasiado cansada, el rey preguntó si tenía fiebre. Ante su respuesta negativa, le había ordenado que bajara.

La fatiga había hecho finalmente mella en la marquesa. El color de sus cabellos se había vuelto mortecino y unas manchas habían aparecido en la piel de su rostro. Algunas arrugas surcaban los extremos de sus ojos, rodeados ahora por cercos azulados. El rey había mandado tapiar la escalera secreta que unía en otros tiempos sus aposentos. Ya no sentía por ella más que una amistad profunda. Decían que la marquesa tenía un registro donde anotaba todas las aventuras y amoríos del rey, y que sufría en silencio hasta que podía tachar el nombre de la persona caída por fin en desgracia. Era una existencia en alerta perpetua, que desesperaría a la mayoría de las mujeres, pero no a ella, Jeanne Poisson, marquesa de Pompadour.

–Caballero de Seingalt...

Había roto el silencio, consciente de que, como hombre de mundo y astuto cortesano, Casanova no se expondría a hablar primero.

«Así que tengo delante de mí a ese famoso Casanova –pensó–. Y está ahí como los demás, en actitud obsequiosa, dispuesto a servirme, dispuesto a traicionarme. Pero, cuidado, ese brillo en sus ojos, esa impasibilidad controlada... Este hombre no es un principiante al que se puede engañar. Lo ha visto y probado todo, pero sabré manejarlo.»

–Os esperaba –dijo.

Casanova no pudo disimular por completo su sorpresa. La marquesa sonrió con ironía.

–¿Creéis que se puede entrar así como así en el Parque de los Ciervos? En el mismo instante en que habéis puesto los pies en esa casa, han venido a avisarme.

–¿Y vos habéis acudido de inmediato? –se sorprendió Casanova, que conservaba toda su lucidez.

La marquesa no perdió la calma. El veneciano sabía que esa gente tenía hielo en las venas.

–Dicen que sois de Venecia –dijo–. ¿Venís realmente de allá abajo?

–¡Venecia no está allá abajo, señora marquesa, sino allá arriba!

Por un instante, los labios de la Pompadour temblaron ligeramente y Casanova temió haber llevado demasiado lejos su insolencia. Hubiera esperado cualquier cosa salvo escuchar esta confidencia súbita, fruto de un desánimo profundo:

–El rey es indiferente a todo, nada le interesa realmente.

Casanova se quedó de piedra. Él, tan ávido de informaciones sabrosas, habría prescindido gustoso de esta. Ella lo miró fríamente.

–Os estaréis preguntando por qué os digo esto. Algunos hombres como vos pueden comprender la naturaleza humana. El aburrimiento, esa es la enfermedad del rey...

Un acceso de tos seca la interrumpió. Casanova se quedó helado al oír el

sonido de esa tos.

–El aburrimiento –prosiguió la marquesa, recobrando el aliento–, el aburrimiento y un miedo terrible a la muerte... –suspiró. Sus facciones expresaban una gran lasitud–. Luis bosteza después de haber hecho el amor. ¿Os ocurre eso a vos, caballero?

El veneciano negó con la cabeza.

–Sois un hombre afortunado –suspiró de nuevo–. Aunque quizá yo no tengo el temperamento que le conviene.

Casanova tradujo mentalmente: «¡Soy frígida y no sé fingir!».

–No desvelaré ningún secreto –añadió la marquesa– diciéndoos que el rey necesita continuamente los placeres de la carne. Eso puede llevarlo a veces a caer en la trampa de ciertas mujeres... –Hubo un silencio opresivo y después ella añadió en un susurro–: No quiero perder al rey.

En silencio, Casanova pensó que la marquesa había domeñado al rey mediante todos los artificios que una mujer puede desplegar. Fría, había fingido en sus retozos los éxtasis más apasionados. Dejada de lado, se había convertido en alcahueta. Simulaba compartir el gusto del rey por la caza y las cartas cuando en realidad le horrorizaban. ¡No, esa mujer estaba decidida a no perder aquello por lo que tanto había luchado!

–¿Qué esperáis de mí, marquesa? –preguntó Casanova en un tono deferente.

Por primera vez, ella lo miró de verdad y, por un instante, el veneciano sucumbió al encanto de sus grandes ojos.

–Poneos a mi servicio, caballero. No tendréis que lamentarlo.

Casanova disimuló su turbación y adoptó un aire resuelto. Sabía calcular con precisión el peso del amor propio en las personas e intuía que el de la marquesa era inmenso. Era vital no contrariarla expresando dudas o cavilaciones.

–¿Qué tendría que hacer?

–Vuestro amigo Volnay, el comisario de las muertes extrañas, dirige una investigación en la que estoy muy interesada. Mantenedme al corriente durante todo su desarrollo. Podréis llegar hasta mí día y noche, daré las órdenes oportunas.

Casanova se puso a soñar. «Día y noche», había dicho la marquesa, pero su mirada glacial no se prestaba a confusión.

–Vuestra fidelidad y discreción deben ser totales –precisó–. Si me decepcionáis, os enviaré a la Bastilla y no volveréis a ver la luz del día más que a través de los barrotes.

El veneciano se sometió dócilmente.

–Tened la seguridad de que encontraréis en mí a vuestro más fiel servidor, señora marquesa. No escatimaré mi celo en serviros. Solo dispongo de mi brazo y mi sangre, y los pongo gustoso a vuestra disposición.

Era un poco teatral, pero lo pronunció con convicción. Aunque la marquesa no se dejó engañar, recompensó su discurso con una sonrisa tan alentadora que Casanova le cogió la mano para besarla. Por un momento creyó que iba a abofetearlo, pero la cólera y la exasperación se transformaron en un mohín encantador.

–Estoy segura de que me serviréis bien, caballero.

Dio un golpe seco en la pared y el carruaje se detuvo. El caballero de Seingalt comprendió que debía bajar. Se encontró en una calle oscura que no conocía. El cochero hizo restallar el látigo y el carruaje se puso en marcha pesadamente.

–¡Mala peste se lleve a los grandes de este mundo, para quienes no valemos más que los animales! ¡Qué más les da a ellos dónde nos dejan! –masculló, contrariado–. Podría estar perfectamente en el infierno, ¡está esto más oscuro que el culo del diablo! Y yo como un bobalicón diciéndole: «Sí, señora; de acuerdo, señora...». Por más que derroche y demuestre mis aptitudes, siempre habrá entre esa gente y yo un título que no tengo y la sangre de unos antepasados que vivían hace siglos en una torre de madera. ¡Un día, el pueblo los colgará a todos!

Anduvo por las calles desiertas confiando en su instinto y su sentido de la orientación. Recorrer la calle del Hasard y la calle de los Mauvais-Garçons le arrancó un rictus irónico. Al cabo de media hora se encontró en la calle Saint-Louis. Su coche no se había movido y respiró aliviado. La rueda estaba reparada y podía volver a su casa para disfrutar de un descanso bien merecido y, sobre todo, comer, pues la aventura le había abierto el apetito.

El ruido de las ruedas enarcadas de un carruaje sobre el empedrado le hizo retroceder hasta la oscuridad. Vio detenerse un coche ante el pórtico de la casa de citas real. Un hombre de porte distinguido se inclinó un instante para decirle unas palabras al portero. Casanova lo reconoció: ¡era el conde de Saint-Germain!

IX

Ante la Pompadour todo se pliega;
el cortesano, se humilla.

ANÓNIMO

Estaba amaneciendo. Miles de personas que se habían levantado con el canto del gallo iban al palacio de Versalles a trabajar. A su derecha se extendía hasta perderse de vista una vasta llanura verde y risueña, sembrada de molinos de viento. Frente a él, la carretera estaba abarrotada de jinetes y coches. En el aire vibraban las voces fuertes de los carreteros y el restallar de los látigos. Los séquitos de los cortesanos y de los peticionarios atestaban ya los patios cuando Volnay llegó. Los postillones, nerviosos, se increpaban e insultaban. Impasible, el policía prosiguió su camino hacia los jardines del palacio, caminando como en un sueño pero sin desviarse de su ruta.

De pronto aparecieron ante sus ojos los jardines de Versalles, las alternancias de terrazas cubiertas de flores y balaustradas de bronce dorado y los juegos de agua de los estanques elevándose por los aires antes de caer de nuevo en forma de espuma lechosa. Los parterres salpicados de flores retuvieron un momento su atención antes de que fuera atraída por los chorros de agua hábilmente dispuestos. Tritones y ninfas se entretenían lanzando haces de espuma blanca hacia el cielo. Dioses y mortales entregados a amores ilícitos jugueteaban en los estanques. Dejó vagar la mirada por los setos de boj y luego por esas alamedas de arena mejor peinada que los cabellos de una mujer. Un mundo de orden y de belleza. Todo le pareció de repente demasiado recto, demasiado perfecto. Nada de aquello era verdad. Todo era ilusión alimentada. La dolorosa experiencia de la vida le había demostrado que la naturaleza era curva y sinuosa, el ángulo recto era la mano del hombre. Volnay volvió la espalda a las ninfas desnudas sin pesar.

Llevaba el pelo anudado en la nuca con una cinta, contrariamente a los cortesanos, que lucían pelucas cortas, empolvadas de blanco, que atenuaban las diferencias de edad. Su jubón era de terciopelo amarillo oscuro y un sombrero con una pluma blanca le cubría la cabeza. Como lujo supremo, un alfiler de diamantes le sujetaba la capa de franela. El conjunto era nuevo y de buen corte, y aun así, le parecía que desnudo no habría estado más ridículo en aquel lugar. Los hombres resplandecían de elegancia y los vestidos de las mujeres imitaban sabias construcciones arquitectónicas de refinada ligereza. Sus tocados

gigantescos contenían carrozas de oro, cestas de frutas de pedrería o paisajes; eran auténticas tartas bajo las cuales los rostros desaparecían. La simpatía y la cortesía reinaban también en la corte; él contribuyó saludando torpemente a bellas damas con aderezos de diamantes.

Recorrió la Galería de los Espejos salpicado por la luz que se reflejaba en cientos de ellos. Sobre su cabeza se extendían mil metros cuadrados de hazañas heroicas, pintadas como alegorías o trampantojos en cielos azules. El policía pestañeó, deslumbrado por el oro de la galería que relucía al sol.

Con todo, su actitud sombría y grave impresionó al oficial del rey que lo recibió y al que le entregó la carta. Hubieran sido o no convocados, la suerte del común de los mortales era aguardar ante la mirada indiferente de los dioses y diosas griegos del techo, mientras el sol envolvía los mármoles con sus cálidos rayos. Volnay esperó con estoicismo hasta las dos de la tarde; rellenó el aburrimiento haciendo mentalmente una lista de los colores que veía en los cuadros de las paredes: crema, beis, rosa, arena, marfil, verde veronés, rojo carmesí...

Lo introdujeron por fin en uno de los gabinetes de trabajo del rey. El escritorio era de laca de china. Espejos cuyas junturas estaban ocultas por flores doradas magníficamente trabajadas revestían las paredes. Temas pintorescos, realzados en oro y plata, sembraban los revestimientos de madera. El monarca daba órdenes a uno de sus criados. Su traje y su chaleco estaban bordados con hilos de oro y de plata, cequíes y joyas. Pese a su buen aspecto, Volnay encontró a Luis XV arisco y altivo. Cuando este dirigió una rápida mirada al policía, sus ojos grises estaban empañados y vidriosos. Se notaba en él una ausencia total de interés y de compasión por el género humano.

Luis XV despidió por fin al criado y volvió hacia él un semblante glacial. Regresaba de una de sus interminables cacerías, en las que trataba de aplacar sus sentidos, tan dados a inflamarse por las mujeres. Si bien trataba a estas como simples objetos de goce que abandonaba sin remordimientos, el pecado de la carne no dejaba de producirle un intenso terror a causa de su miedo al diablo. Esa contradicción incesante entre sus vicios y su miedo casi obsesivo a la muerte era lo que lo atormentaba.

«Un pie ya en el infierno», pensó fugazmente Volnay bajo su máscara impasible.

–Acercaos, caballero, acercaos –dijo el rey en un tono impaciente–. El señor de Sartine me ha hecho un informe de vuestro caso del cadáver sin rostro.

–Una de vuestras peluqueras, majestad, la señorita Hervé.

–Sí, sí –dijo distraídamente, revelando así su indiferencia.

Más cerca, Volnay observó que la tez del rey era plúmbea y que la comisura de sus labios trazaba una curva sardónica y casi crapulosa. ¿Se debía a la relación

asidua con mujeres de mala vida? Decían que al rey le divertía su lenguaje indecente y que le gustaba ponerles a sus putas del momento apodos del estilo de *Pingo* o *Trapo*, lo que indicaba la consideración con que las trataba.

–Caballero –dijo Luis XV–, en el pasado me salvasteis la vida y tengo en vos, pues, plena confianza. Estáis jugando, no obstante, un juego peligroso...

Ante su mirada imperiosa, Volnay no sabía qué pensar. El rey tenía un carácter secreto e impenetrable. ¿Quién podía comprenderlo realmente sino la Pompadour?

–¿Me diréis siempre la verdad, Volnay?

El policía pestañeó, nervioso.

–Sí, majestad.

–¿Corren rumores desagradables sobre mí en París?

Era, sin duda alguna, una prueba, y Volnay respondió con sinceridad.

–Dicen que mandáis raptar niños para satisfacer vuestros placeres.

La mirada del monarca adquirió una fijeza inquietante.

–¿Y qué pensáis vos de eso?

–Que esos rumores se deben en parte a los secuestros de niños y vagabundos que son enviados a poblar las colonias de Vuestra Majestad –respondió con calma Volnay, sin bajar los ojos.

El rey hizo un ademán de sorpresa. Frunció el entrecejo mientras intentaba sopesar si la respuesta contenía alguna insolencia, pero acabó por encogerse de hombros y volverle la espalda. Volnay permaneció donde estaba, dudando sobre el comportamiento que debía adoptar.

El monarca había ido hasta la ventana y miraba el exterior con aire hastiado. De pronto, se puso rígido y su atención pareció concentrarse en un grupo de paseantes. Volnay se desplazó silenciosamente dando un paso hacia un lado para distinguir mejor el objeto de su interés. Entre el grupo que observaba el rey, vio a una jovencita, casi una niña. El policía comprendió entonces que el rey era una fiera, siempre en busca de una nueva presa.

–Majestad...

Impenetrable y glacial, el rey se volvió hacia él. Unos pesados párpados cercaban unos ojos sin vida.

–Encontrad al asesino de esas pollitas de culo blanco, pero no hagáis partícipe de vuestro descubrimiento a nadie más que a mí.

«¡Esas pollitas de culo blanco! ¡Dios! Pero ¿qué clase de animales somos para el rey?»

Luis XV fue hasta su secreter y cogió un papel.

–Esto os pone enteramente a mi servicio mientras dure la investigación. No tendréis que informar a nadie más que a mí. Mi intendente se encargará de que os lleven una suma suficiente para las necesidades de la investigación.

El corazón de Volnay latía de excitación. ¡Bajo las órdenes directas del rey! ¡Al señor de Sartine no iba a gustarle eso!

–Majestad, ¿puedo permitirme pediros autorización para interrogar a Le Bel, vuestro primer ayuda de cámara? Me sería de gran utilidad obtener de él alguna información sobre la señorita Hervé...

El rey se volvió con viveza.

–¿Interrogar a Le Bel? ¡Qué ocurrencia! –Meneó la cabeza y repitió–: ¡Qué ocurrencia!

–Majestad, es por exigencias de la investigación, necesito saber más sobre la víctima.

–¿La víctima? Ah, sí... –Su tono se endureció–. Id a esperar a la antesala, os lo enviaré, pero no lo importunéis demasiado.

Volnay tuvo súbitamente la impresión de que ya no existía para el rey. Su melancolía sombría y su aburrimiento irreprimible habían vuelto a adueñarse de él. Su mirada se había perdido en el vacío. Tendía la carta sin demostrar irritación o cólera, simplemente con indiferencia. El policía la cogió y lo saludó respetuosamente.

Una vez que el policía hubo salido, Luis XV tiró de una campanilla. Le Bel, como un fauno, entró en el gabinete, prueba de que estaba esperando esa llamada detrás de la puerta.

–Le Bel –dijo el rey–, he visto a una encantadora niña en el parque, trece años, rubia como el trigo, vestido azul. Paseaba entre dos mujeres junto al gran estanque. Intentad averiguar quién es y traédmela.

–Voy de inmediato, majestad.

El rey apoyó la frente en la ventana.

–Soy como el ogro de los cuentos, Le Bel. –Suspiró–. Tengo hambre de carne fresca, pero mi desgracia es que nunca me siento colmado, ¡nunca! ¿Vos seguís teniendo hambre, después de haber comido?

El ayuda de cámara empezó a moverse, incómodo y sin saber qué contestar.

–¡Vamos, Le Bel, id y traédmela para tomar un chocolate juntos! –dijo finalmente el rey–. Ah, se me olvidaba, cuando hayáis hecho eso, veréis al caballero de Volnay, ese comisario de policía... Ya sabéis, el de las muertes extrañas. Investiga el asesinato de la joven sin rostro. –Se volvió y añadió en un tono despreocupado–: Era la señorita Hervé, ¿sabéis?

Le Bel tragó saliva.

–Majestad, ¿puedo permitirme preguntaros lo que debo decirle?

El rey arqueó una ceja, sorprendido.

–¡Pues nada, Le Bel, nada!

El comisario de las muertes extrañas esperaba en una banqueta que fueran a

buscar al señor Le Bel, primer ayuda de cámara del rey, un personaje considerable, pues nadie más que él vivía con el monarca. El tiempo parecía estirarse interminablemente, como uno de esos caramelos de melcocha de su infancia. Allí, en Versalles, a nadie le preocupaba hacer esperar.

«Un día u otro –se dijo– habrá que prenderle fuego a todo esto y colgar al rey del farol más cercano. Pero, paciencia, el pueblo sufre demasiado para seguir resignándose mucho más tiempo y hay numerosos hombres ilustrados que se esfuerzan en despertarlo.»

Pensamientos tiernos y afectuosos lo llevaron al monje. Si en su juventud Volnay había elegido la vía de la acción violenta para luchar contra la arbitrariedad ingresando secretamente en la Hermandad, el monje, por su parte, había preferido la de la prudencia y el saber para abrir la mente a los demás. Dicho esto, incluso el monje podía desenvainar la espada en caso necesario y matar a su prójimo en el tiempo que se tarda en rezar dos padrenuestros y un avemaría.

Volnay sonrió con tristeza. Era consciente de que había nacido para ser un solitario y por eso evitaba la vida en sociedad. Su inteligencia y su sentido de la deducción se desarrollaban resolviendo intrigas complejas, mientras que sus valores encontraban aplicación poniéndose al servicio de la justicia y la verdad. Aparte de su colaborador con hábito, no tenía otro amigo que la cotorra, a la que el monje, imperturbable, enseñaba los peores juramentos y expresiones sacrílegas.

Al cabo de una hora hicieron pasar a Volnay a un saloncito donde lo esperaba un cordial que no tocó.

«No quiero nada de esta gente.»

Una puerta se abrió y entró Le Bel. Habría sido un hombre bastante insignificante, si no hubiera rezumado de su actitud cierta suficiencia y una confianza exagerada en sí mismo.

Toda clase de rumores corrían sobre él. Uno de ellos contaba que el rey había visto una noche, en medio del populacho que se agolpaba en su parque con motivo de unos festejos, a una chiquilla de catorce años que la muchedumbre apretujaba en exceso. Excitado por su adorable carita, pidió a sus lacayos que la apartaran del gentío y la llevaran ante él. Le gustó. Al día siguiente, Le Bel, primer ayuda de cámara del rey y accesoriamente su alcahuete, fue enviado para comprarle la jovencita a su tía, una vendedora de velas. Esta regateó con avidez y acabó vendiendo a su sobrina por cincuenta luises de oro y el abastecimiento de las velas de la capilla del rey. Como la chiquilla era virgen, Le Bel se encargó personalmente de desflorarla y, durante ocho días, ese repugnante personaje le enseñó a subirles la temperatura a los hombres. El rey quedó más tarde encantado.

Tal era el personaje que estaba ante él, viscoso como un caracol.

–Señor Le Bel –dijo Volnay en un tono glacial–, tengo que haceros unas preguntas.

–¿Aquí? –repuso el otro, sorprendido.

–¿Y por qué no? Solo estamos nosotros.

El ayuda de cámara esbozó una sonrisa fugaz.

–¡Se nota que no conocéis Versalles! Acompañadme.

Volnay recorrió de nuevo varios pasillos para acabar en otro gabinete, más pequeño y menos lujosamente amueblado que el anterior. Por la ventana seguían viéndose los jardines y las alamedas de boj bien podadas.

–Deseo hablar con vos acerca de la señorita Hervé.

Le Bel bajó hipócritamente la cabeza.

–Pero es que yo no sé nada de ella...

–¡Vos se la presentasteis al rey!

El otro adoptó un aire ofendido.

–Sabed, caballero, que todo lo que atañe a la persona del rey no es de vuestra incumbencia.

Volnay pensó por un instante en preguntarle sobre la segunda víctima, Marcoline, huésped a tiempo parcial del Parque de los Ciervos, pero se encontraba frente a un muro. Mejor no descubrirse más de lo necesario.

–¿Sabéis con quién mantenía relaciones la señorita Hervé?

–Os he dicho que no sé nada de ella –repitió Le Bel con terquedad.

Y eso fue todo lo que el comisario de las muertes extrañas pudo sacarle.

Pensativo, el policía bajó la gran escalera de mármol con una mano sobre la barandilla. No se fijó en que un gentilhombre lo esperaba al pie del último peldaño, con su sombrero de plumas en la mano.

–¿Caballero de Volnay?

El que lo había abordado echó hacia atrás la capa de seda gris que llevaba sobre el hombro y lo saludó. Era joven y exhibía una sonrisa franca. Sus maneras eran educadas y su sonrisa cortés. Se dirigió a Volnay con cierta deferencia.

–Caballero, la marquesa de Pompadour se sentiría afortunada de conoceros.

Volnay lo siguió sin pronunciar palabra hasta los aposentos de la marquesa. No había más que muebles sencillos y refinados, marqueterías preciosas de madera de rosa. Los sillones eran de seda azul, adornados con follaje entrelazado. Unos pebeteros despedían un agradable olor a incienso y rosas. Observó la presencia, sobre un velador, de *Il pastor fido*, una tragicomedia de Guarini que revelaba la afición de la Pompadour por el teatro que le gustaba interpretar. La marquesa llevaba un vestido rosa con bullones de satén de seda

blanco adornado con hilos de fantasía y flores desflecadas. Se levantó al acercarse él y le tendió la mano para que la besara. Era una mano pequeña y caliente. Decían que la Pompadour tenía una salud frágil y vivía en un continuo sobresalto, a disposición de un rey egoísta y en perpetua alerta contra la multitud de sus enemigos en la corte.

–¡Caballero de Volnay, estaba impaciente por conoceros!

Su ojo experto calibró enseguida el porte elegante pero sobrio del policía, deteniéndose en su rostro, que no expresaba sino la impasibilidad de la piedra. No le sorprendió, puesto que sus espías la habían avisado: «No es de ningún bando ni de ninguna camarilla. Es un ser indefinible, nada parece hacer mella en él».

El policía la veía por primera vez. Le pareció que había sido hermosa y conservaba mucho encanto, pero una palidez extrema la abrumaba. Volnay había oído decir que la muerte de su hija y de su padre hacía unos años la había crucificado viva literalmente. Para su gran sorpresa, la Pompadour mostró un pasquín y dijo en un tono vehemente:

–¡Espero que podáis decirme algo de la eficiencia de la policía del rey! Los criados han vuelto a encontrar esta mañana este pasquín en la puerta de mi residencia en París.

Ponía: «Casa de la puta del rey». Volnay meneó la cabeza, compasivo.

–Esto es claramente escandaloso, señora, pero no es de mi competencia. Yo solo me encargo...

–De las muertes extrañas de París –lo interrumpió la Pompadour–. Lo sé. ¿Hay que matar a alguien para merecer vuestra atención?

El comisario se quedó helado, pero la marquesa parecía haberse calmado con la misma rapidez con que se había soliviantado. ¿Era para desorientarlo? De buenas a primeras, su actitud había cambiado. Lo envolvía en una mirada brillante y sus labios esbozaban una sonrisa exquisita.

–Me han ensalzado vuestras aptitudes tan particulares para resolver casos inextricables, y ello utilizando métodos científicos nuevos que no pertenecen sino a vos...

Parecía desplegar todo su encanto para subyugarlo y atraerlo a su bando. Volnay sabía que era peligrosa, pero no cruel, y bastante compasiva cuando uno no se interponía en su camino.

Ante la Pompadour todo se pliega,
el cortesano se humilla.

–Así que estáis encargado de una investigación muy delicada por la muerte de esa pobre chica sin rostro –dijo.

–Por desgracia, no tengo ningún indicio. Lamento mucho confesaros que de

momento no tengo ni la sombra de una pista.

–¿Absolutamente ninguna?

–Ninguna.

No llegaba a nada con ese policía de actitud severa.

«Vaya por Dios –pensó–. No hay más que uno recto y honrado en este lugar y está delante de mí, cuando en este caso necesito a alguien sinuoso y con la espalda flexible. Pero, después de todo, la integridad puede engendrar lealtad. Quizá la elección no sea tan mala. Da poco pie a mis adversarios y, si se inclina en mi favor, todo está dicho...»

Decidió, pues, cambiar de tono y la amenaza se hizo más directa.

–Vuestra posición en la policía es absolutamente inédita y pende de un hilo: la voluntad del rey. Al señor de Sartine no le gusta que le hayan impuesto un comisario de las muertes extrañas. Os tiene inquina, ¿sabéis?

Se inclinó hacia él y Volnay se sintió turbado por su perfume, como si la marquesa compartiera solo con él ese suntuoso ramo de flores blancas sobre un fondo aterciopelado. Había adoptado el tono de la confidencia. Ahora era un gran personaje que dedicaba su precioso tiempo a informar a un subalterno al que se consideraba digno de confianza.

–El señor de Sartine intriga para ser nombrado lugarteniente general de policía de Francia. –Detuvo la mirada en él y añadió con pesar–: Por desgracia, si consigue sus fines, eso anunciaría la desaparición de vuestro especialísimo estatuto... –Lo miró con benevolencia y Volnay supo lo que iba a decir a continuación–. Dicho esto, todo en este reino depende de la voluntad del rey. Bastaría con susurrarle una palabra en el momento oportuno, pero ¿tenéis vos amigos que puedan hablar con el rey?

Volnay, que había comprendido adónde quería ir a parar, negó con la cabeza con un aire afligido. El semblante de la marquesa se iluminó.

–¡Qué tonto sois! ¿Y por qué no os hacéis amigo mío?

Ella le hablaba ahora como un poderoso ministro a un servidor un poco corto, al que sin embargo apreciaba. Volnay se dominó para responder:

–¡Señora, tal es mi deseo más querido!

Le pareció, por su actitud, que se relajaba imperceptiblemente.

–Bien, caballero, entonces, basta de tapujos. ¿Quién es esa joven a la que le han arrancado la piel del rostro?

Si bien la identidad de la víctima todavía era confidencial, había demasiada gente al corriente para que la persona más poderosa de Francia después del rey no se hubiera enterado ya. Se trataba, pues, de poner a prueba su lealtad con esa pregunta.

–Era la señorita Hervé, una de las peluqueras del rey.

La marquesa no pestañeó una sola vez más de la cuenta, pero gratificó a

Volnay con la sonrisa de un maestro a un discípulo descarriado que vuelve al redil.

–¿Qué llevaba encima?

«¡Va a mentirme –pensó–, pero ya sé que la tiene!»

Volnay no se esperaba un ataque tan directo. Su mente analítica le dictó rápidamente la respuesta. Demasiada gente parecía conocer ya la existencia de la carta que llevaba la señorita Hervé.

–Llevaba una carta lacrada, señora.

Ella no pestañeó.

–¿La habéis leído?

–No, señora –respondió sin alterarse–, pues sabía que llegaría el momento en que me la reclamarían.

La marquesa lo observó en silencio.

«Inteligente respuesta... Es reflexivo y prudente. ¿Dice la verdad? Intentemos averiguar algo más. ¡Decididamente este hombre se sale de lo corriente!»

–Venís de ver al rey; ¿qué os ha dicho? –le preguntó.

–Desea que le informe directamente a él sobre mi investigación.

–¿Sabéis por qué?

–Seguramente para sustraerme del poder de Sartine.

–¿Por qué? –insistió la marquesa en un tono frío.

Un segundo de titubeo, siempre un segundo de más con la Pompadour.

–¿Porque vos se lo habéis pedido?

«¡Demonio de hombre!»

–¿Por qué iba a hacer yo eso? –siguió preguntándole.

–Esa carta podría afectaros de forma directa y no confiáis tanto en Sartine...

La marquesa se inclinó hacia él con los ojos brillantes.

–¿No sentís aprecio por vuestro lugarteniente criminal?

–No, señora, ninguno.

Los ojos claros lo calibraron en silencio.

«¿Por qué en algunos momentos es tan franco?»

–¿Y en quién depositáis, entonces, vuestra confianza? –le preguntó, divertida.

–En nadie, señora, salvo en mi colaborador y mi cotorra. Es un hermoso pájaro que sabe hablar tanto en francés como en latín. Os encantaría.

Ella lo miró sorprendida antes de encogerse despreocupadamente de hombros.

«Los libros, un pájaro erudito, un monje hereje al que estuvieron a punto de quemar y cadáveres. ¿Es ese todo su mundo?»

–¿Le habéis hablado de esa carta a alguien?

–No, señora.

Al tono le faltaba un poco de convicción, pero aun así Volnay salió airoso.

Una vez más, la marquesa hizo una pausa antes de preguntar:

–¿Podéis traérmela?

«¡Va a decirme que la ha quemado, pero es falso, estoy convencida!»

–Sí, señora.

«¡Qué ser tan desconcertante! O tan astuto... ¡Acabemos de una vez!»

–¿Por qué fuisteis a casa del conde de Saint-Germain?

Otra prueba de lealtad, pero, como conocía los vínculos de amistad entre la marquesa y el conde, Volnay sabía lo que debía hacer y su respuesta fue hábil.

–Me enteré de que la señorita Hervé había ido con vos a casa del conde la noche de su muerte. Intenté averiguar algo más acerca de eso, aunque no podía abordar el tema abiertamente con él. Pero la visita no me aportó nada.

La marquesa se levantó bruscamente. Él hizo lo mismo.

–Traedme esa carta esta noche, después de las once, a mi residencia particular y seréis bien recompensado.

Volnay se inclinó.

–No quiero recompensa alguna, señora, me limito a cumplir con mi deber.

Y se retiró ante la mirada pensativa de la Pompadour.

Volnay llegó a un pequeño patio repleto de carruajes y caballos a fin de recuperar su montura, dejada a cargo de un palafrenero. De pronto, sintió una presencia detrás de él, inmediatamente seguida del contacto frío de una daga en su espalda.

–Caballero –dijo con una voz queda pero firme–, vais a volveros hacia la derecha, sin hacer ningún gesto brusco, y a montar en ese carruaje. ¡No vacilaré en pincharos y empujaros hasta el coche si es necesario!

Volnay echó un rápido vistazo hacia atrás para descubrir a un hombre vestido con un traje negro de cuello alto. El rostro le era familiar, al igual que esa piel del color de la leche, blancuzca, casi transparente, y que en algunas zonas dejaba traslucir la sangre que latía justo bajo la epidermis. Fue por sus ojos sin humanidad por lo que reconoció a Wallace, el hombre que lo había agredido en su domicilio. Y quien decía Wallace decía también su señor, el padre Ofag, y el partido devoto.

–¡Os acompaño, señor Wallace! –gritó el comisario de las muertes extrañas como si estuviera harto–. ¡Vayamos a ver juntos al buen padre Ofag!

Vio con satisfacción que varios rostros sorprendidos de cortesanos o lacayos se volvían hacia ellos y notó que Wallace contenía un gesto de contrariedad. Montó en el carruaje y el otro se sentó a su lado sin desplazar ni una pulgada la punta de la daga. Las ventanillas del vehículo estaban cubiertas, de modo que, cuando bajó, el policía se sintió totalmente desorientado. Se encontraba en un patio al que se entraba después de haber pasado bajo un arco ojival. Vio de

refilón un pórtico central con una abertura redonda cerrada por una reja de hierro. Eso le permitiría, llegado el caso, identificar la casa, si es que salía vivo de aquella entrevista. Fue conducido hasta una construcción severa, cuya fachada estaba salpicada de ventanas de guillotina. Tras recorrer un pasillo oscuro y desierto, se encontró frente a una puerta maciza y un hombre de barbilla puntiaguda que la guardaba. Wallace empujó bruscamente a Volnay al interior.

El policía miró a su alrededor. El despacho era austero y frío, sin duda demasiado para que ese decorado no tuviera como único objetivo causar esa impresión. Un único lujo aparente: sobre la mesa de trabajo, un salterio repleto de maravillosas miniaturas mostraba el cuerpo desnudo, apenas velado por una larga cabellera dorada, de una María Magdalena transportada al cielo por los ángeles. Las formas del cuerpo, la pose lánguida y la expresión de recogimiento de la pecadora arrepentida evocaban tanto el éxtasis místico como la más extrema sensualidad.

Hundido en su sillón, un hombre de cabellos grises y cara lampiña y rubicunda lo contemplaba por debajo de los párpados entornados. Tenía las manos metidas en las mangas, como para ocultarlas de la mirada. A Volnay le pareció que tenía un aspecto almibarado y malsano. Wallace se apartó del policía para ir a susurrarle algo al oído. El padre Ofag adoptó una expresión contrariada antes de fruncir los labios y dirigir una mirada impresionada a Volnay. Este comprendió que su esbirro le había informado de que había dicho alto y claro en Versalles que iba a visitarlo. Aprovechando ese instante, Volnay dio un paso adelante alzando la la barbilla.

–¡Estáis reteniendo contra su voluntad a un comisario de policía del rey! –dijo.

El hombre hizo un gesto lleno de elegancia. Su rostro intentaba adoptar una expresión de bienvenida.

–Buenos días, caballero, soy el padre Ofag. ¿Quién os retiene? –preguntó en un tono empalagoso–. Sois mi invitado y tenéis absoluta libertad para marcharos si así lo deseáis. Pero quizá os convendría escucharme antes. –Dirigió una mirada turbia al salterio y lo cerró con un gesto seco antes de volverse hacia Wallace–. Podéis dejarnos, amigo mío. Os escucho, señor comisario de las muertes extrañas.

Volnay decidió obrar con prudencia. No sabía realmente dónde ponía los pies.

–¿De qué queréis hablar? –preguntó en un tono neutro.

–De una carta sustraída a un cadáver...

El padre Ofag levantó del todo los párpados para mostrar unos ojos de un gris muy claro, casi translúcido, con grandes pupilas. Bajando la cabeza, Volnay

descubrió escondido en las mangas un rosario que su propietario parecía desgranar mientras conversaban.

–Acabo de dársela a la marquesa de Pompadour –contestó Volnay con un tono glacial.

Había respondido de forma mecánica. Si pensaban que seguía en posesión de la carta, sus días podían estar contados con gente como Wallace y sus compinches al otro lado de la puerta. Habría podido afirmar que se la había entregado al rey, pero a este lo espiaban demasiado estrechamente los miembros del partido devoto. Decir que se hallaba en manos de la Pompadour, su enemiga jurada, equivalía a impedirles comprobar la veracidad de la información.

–¿La habéis leído? –preguntó el clérigo.

–Estaba lacrada –respondió Volnay sin pestañear–. Era más seguro para mí restituirla intacta.

–Más prudente, en efecto –aprobó el padre Ofag con una maliciosa sonrisa–. Más prudente para alguien honrado, pero no para... –El clérigo lo miró con más atención. Su mirada tan pronto era inocente como taimada–. Honrado, vos lo sois, ¿no? En todo caso, eso es lo que dicen. Quizá decís la verdad, pero ¿cómo estar seguro? Podría hacer que os torturaran para asegurarme...

Había hablado en un tono tranquilo y sereno, de la misma forma que habría recitado dos padrenuestros y un avemaría.

–¡Hacer que me torturen! ¡Vos, un hombre de Dios! –exclamó Volnay con ironía–. ¡Él no os lo perdonaría, y yo tampoco! La única solución sería hacerme desaparecer, pero no soy un cualquiera. Recordad que acabo de tener una audiencia con el rey y otra con su favorita. Habría una investigación, y sabéis que no he acompañado a vuestro esbirro sin abrir la boca.

El padre Ofag movió la cabeza en un gesto de aprobación.

–Sí, tuvisteis buenos reflejos en Versalles. ¡Decir a gritos que veníais a verme! –El clérigo barrió el aire con una mano, como para alejar malos pensamientos–. Matar, torturar..., en fin, esas cosas repugnantes no me han pasado por la mente. ¡Prefiero figurar entre vuestros amigos! –Sonrió y, en un tono pensativo, añadió–: Por lo demás, tal vez habéis sido recompensado por la Pompadour por devolver la carta intacta. Podéis ser honrado y listo...

No era, en realidad, una pregunta, así que Volnay no dijo nada.

–Aunque no hayáis abierto esa carta –insistió el padre Ofag–, tenéis que haber visto el sello...

Tal como estaban las cosas, había que demostrar un mínimo de cooperación, de modo que el policía contestó sin vacilar:

–Era el sello real.

Al padre Ofag le hizo falta todo el dominio de sí mismo para ocultar su

sorpresa. Reflexionó un momento sin dejar de observar a Volnay por debajo de los párpados entornados.

–Resumamos los hechos –dijo el clérigo, y juntó las manos sobre la mesa como para rezar, pero sin mostrarlas–. A una peluquera del rey, del entorno de la Pompadour, la asesinan y la desfiguran. Pues sí, ya veis, sé muchas cosas. ¿No habéis pensado que se puede tratar de un crimen organizado por la marquesa? Vive dominada por el miedo perpetuo de que una mujer más joven y atractiva que ella le quite el sitio que ocupa en el corazón del soberano. Imaginad lo que puede haber en esa carta del rey: la concesión de un título de nobleza a esa jovencita, su nombramiento para una función importante en la corte, el reconocimiento de un bastardo si hubiera estado embarazada; o qué sé yo.

Fingiendo entrar en su juego, Volnay meneó la cabeza.

–¡En vista del apetito del rey por las jovencitas, sería como tratar de contener las aguas del océano con las manos!

–Tal vez el rey estaba loco por esta. ¡Desde Adán y Eva se sabe que la mujer puede hacer perder la razón al hombre! ¡La carne no siempre está hecha para ser martirizada!

Su exaltación sorprendió al policía, que preguntó:

–¿Y el segundo asesinato?

El padre Ofag frunció el entrecejo.

–¿Una advertencia de la Pompadour? –aventuró–. ¡Una muerte tan horrible puede enfriar los ardores de muchos! También puede causar un fuerte impacto en el rey.

El clérigo se calló. Volnay sabía que pensaba en el rey y en su miedo obsesivo a la muerte. Era eso lo que permitía al partido devoto mantenerse vivo pese a la profunda aversión que le tenía la marquesa de Pompadour.

–¿Intentáis perjudicar a la marquesa con esa carta? –preguntó Volnay.

Los ojos del padre Ofag se achicaron, dejando filtrar entre sus párpados un destello de puro odio.

–¡La Pompadour! ¡La primera puta del rey! ¡Por supuesto que queremos perjudicarla!

Su voz se había vuelto tan sibilante como la de una serpiente. Lo que contrariaba hasta tal punto a la nobleza y al alto clero no era tanto que el rey tuviera una favorita , pensó Volnay, sino más bien que esta procediera de la burguesía. No obstante, Madame Puta, como la llamaban en el partido devoto, se imponía como la aliada de los artistas y los librepensadores. Volnay le estaba agradecido por ello, aunque le horrorizaba el papel en sí de favorita.

–¡Jeanne Poisson! –exclamó el padre Ofag con voz sibilante–. Recordad,

comisario, quién es realmente: ¡la hija de un vendedor de truchas! Tiene, como ellas, escamas y ojos fríos...

Volnay pestañeó brevemente. Eso era falso. Jeanne Poisson era hija del empleado de un financiero, pero sus enemigos aprovechaban su apellido, «Pescado», para hacer juegos de palabras fáciles y estúpidos.

–¿Qué esperáis de mí? –preguntó tranquilamente.

La mirada del padre Ofag se tornó calculadora. Era la mirada de un fanático, desde luego, pero de un fanático inteligente, capaz de tomar distancia, mucha distancia... Sopesaba y calibraba a Volnay.

–A decir verdad, no sé qué pensar de vos, caballero de Volnay. ¿A quién servís?

–Sirvo al rey, por supuesto.

El otro se encogió de hombros.

–Todo el mundo sirve al rey y cada uno de manera diferente. O bien estáis en el bando de la Pompadour y de su camarilla de filósofos herejes destinados al fuego eterno, o bien en el de la fe.

–Yo no soy más que un humilde policía. ¿A quién le importa mi opinión?

El sacerdote se irguió con viveza.

–¡A nosotros, Volnay, a nosotros! ¿Conocéis esos versos que circulan por todo París?

Cerró los ojos como para recordarlos mejor y recitó de un tirón:

Tiempo atrás, de Versalles
nos venía el buen gusto.
¡Hoy en día es la chusma
quien reina y sirve de modelo!

Al abrirlos se percató de la falta de interés del policía, poco dado al énfasis hueco y la santurronería, y frunció el entrecejo.

–Quizá seáis indiferente a las desgracias de Francia; no obstante, espero que lo seáis menos a mis argumentos. ¿Conocéis el temperamento del rey?

Ante estas palabras, fue Volnay quien frunció el entrecejo. No era el discurso que esperaba.

–El rey exige chicas cada vez más jóvenes, ya lo sabéis. Algunas apenas están formadas, son niñas todavía... ¡Dios del cielo! ¿Hasta dónde llegará? ¡Y es la marquesa de Pompadour, con la ayuda de Dominique Le Bel, alcahuete disfrazado de ayuda de cámara, quien se las proporciona! ¡Es preciso detener a esa mujer! Ha corrompido al rey, a Versalles, a Francia... ¡Ella y sus amigos enciclopedistas se han atrevido a borrar los límites sagrados puestos por la religión y nos conducen a todos a la perdición!

Volnay comprendió entonces el alcance de la inteligencia de su interlocutor.

No intentaba ganárselo en nombre de los principios, sino en el de la virtud. Lo conocía, pues, lo suficiente para saber que tenía tan poca consideración por el rey como por todos los que dirigían Francia. En cambio, proteger a los niños...

–Muy bien –decidió el comisario de las muertes extrañas–, ayudadme a mí y yo os ayudaré a vos.

–¡Oh!, ¿queréis que intercambiemos información? ¡Excelente! ¡Excelente! –Se había puesto más contento que unas pascuas–. ¡Wallace! –llamó.

La puerta se abrió casi de inmediato. Volnay se volvió de cara al recién llegado, tanto le repelía darle la espalda.

–¿Lo habéis oído todo? –preguntó el padre Ofag, lanzándole una mirada cómplice al policía.

–Sí, todo –respondió Wallace sin pestañear.

–Podremos, entonces, explicarle al caballero qué encadenamiento de circunstancias os llevó a ser testigo privilegiado de un crimen.

Wallace hizo una breve inclinación de cabeza.

–Estaba siguiendo al carruaje de la Pompadour, que venía de hacer una visita al conde de Saint-Germain. –Hizo una mueca de asco al pronunciar ese nombre y prosiguió en el mismo tono inexpresivo–: En un momento dado, el carruaje se detuvo y bajó una joven; era la señorita Hervé, una peluquera del rey. La Pompadour acababa de asegurarse sus servicios, sin duda para alejarla del monarca, pues la muchacha era suficientemente espabilada para pervertirlo.

–¡Un momento! –intervino Volnay–. ¿Por qué razón seguíais al carruaje de la Favorita?

El padre Ofag descruzó los dedos y negó con la cabeza con aire de desaprobación.

–¡No respondáis, Wallace! –Se volvió hacia el policía para reprenderlo como un maestro de escuela–. ¡Esa pregunta está fuera de lugar, comisario! No guarda relación con lo que os interesa. ¡Continuad, mi buen Wallace!

–La señorita Hervé bajó del carruaje, cruzó unas palabras con la marquesa de Pompadour y luego el coche se fue –prosiguió Wallace en un tono monocorde–. Yo decidí seguir a la chica. –Esbozó una sonrisita ladeada que al policía le provocó un escalofrío en la espalda–. En mi oficio –explicó–, a veces hay que saber dejarse guiar por el instinto...

Volnay no se atrevió a preguntarle cuál era su oficio.

–Algo en su comportamiento me intrigaba –continuó el servidor del padre Ofag–. Parecía llevar un objeto en la mano y miraba hacia todos lados. La notaba impaciente y..., ¿cómo diría...?

Apurado, su reacción natural fue volverse en dirección a su señor.

–¿Excitada? –sugirió el padre Ofag, impávido.

–¡Sí, exacto!

Wallace puso cara de satisfacción. Una ligera sonrisa iluminó sus labios crueles mientras reanudaba el curso de su relato.

–Titubeó y luego, como si no pudiera más, entró en un pequeño patio. Mi primera reacción fue seguirla, pero, para no revelar mi presencia, preferí esperar. Al cabo de unos minutos oí un grito terrible. Esta vez fui yo quien titubeó. ¿Y si no estuviera sola? Podría estar con un amante, por ejemplo. –Se sonrojó violentamente y el padre Ofag carraspeó–. Entonces, un estertor horrible me paralizó –prosiguió, bajando la cabeza–. Me disponía a acudir cuando la vi salir tambaleándose y cubriéndose la cara con las manos. Profirió un último gemido antes de desplomarse. Unas nubes taparon en ese momento la luna, oí un ruido de pasos y fragmentos de conversación. Me escondí a toda prisa. Era ese individuo al que llaman Casanova y una de sus conquistas, que se acercaban.

Se calló y permaneció con los brazos pegados al cuerpo y la mirada perdida, como un soldado esperando órdenes. El padre Ofag cruzó los dedos y se volvió hacia el comisario de las muertes extrañas.

–Ya lo sabéis todo. Ahora os toca a vos.

Volnay estaba perplejo.

–¿Qué puedo deciros que no sepáis ya?

Debía, no obstante, encontrar algo, pues en cierto modo acababa de hacer un trato con el partido devoto.

–Podríais hablarme de los motivos de vuestra visita al conde de Saint-Germain –sugirió el padre Ofag con una sonrisa pérfida.

«Está claro –pensó Volnay– que París rebosa de soplones y espías. ¿A cuántos llevo agarrados a mis faldas?»

Decidió, dadas las circunstancias, mezclar verdad y mentira.

–La carta con el sello del rey iba dirigida al conde de SaintGermain. Decidí, por lo tanto, hacerle una visita para tratar de averiguar algo, pero no fue posible. Con todo, sobornando a un criado me enteré de que la marquesa de Pompadour había visitado al conde la noche del asesinato y de que probablemente la acompañaba la señorita Hervé, pero esta no vio al conde.

–¡Una carta dirigida al conde de Saint-Germain! –Los ojos del padre Ofag brillaron de alegría–. Se trata de algo..., ¿cómo diríamos nosotros, Wallace?, ¡muy excitante! ¡Un íntimo de la Pompadour mezclado en todo este asunto! ¡Yo, como Nuestro Señor, abomino de la gente de su calaña, sacrílegos que afirman hablar con los muertos o en nombre de los muertos! ¡Quiero también la cabeza del conde de Saint-Germain! La Iglesia reprueba su pretensión de vida eterna. ¡El hombre fue expulsado del jardín del Edén y no puede escapar a su condición de mortal! ¡Oh, sí! ¡Ahondad ahí, caballero! ¡Ahondad! Y volved pronto a verme. ¿Eso es todo? A fe que me dejáis con ganas de más, así que no

tardéis en darme noticias vuestras. Ruego a Dios que os ayude a tener éxito. Wallace os acompañará.

–No hace falta, encontraré el camino.

–¡Permitidme que insista!

Se saludaron, el uno con untuosidad, el otro con cierto envaramiento. El policía iba a cruzar la puerta cuando el padre Ofag lo llamó:

–Ah, caballero, una última cosa. Vuestra amiga Chiara d'Ancilla trabaja para la marquesa de Pompadour, ¿lo sabíais? Es algo parecido a lo que en vuestra jerga llamáis una soplona, ¿no? Ella también quería recuperar la carta para la marquesa, así que ahora debe de estar satisfecha. ¿No sabíais nada de todo esto?

Volnay se quedó un instante paralizado. Una palidez mortal había invadido su rostro y los versos de un poema dedicado a la traición acudieron a su mente. Inclinó con frialdad la cabeza y salió detrás de Wallace.

El padre Ofag sonrió y añadió como para sí mismo, frotándose las manos:

–¡En efecto, al parecer no lo sabíais!

X

¡Las mujeres muy guapas
están siempre dispuestas a colaborar
en tejemanejes para engañar a los hombres!

CASANOVA

El mendigo no había obtenido nada, salvo un buen dolor de nalgas por llevar horas sentado sobre los adoquines irregulares, frente a un inmueble de altas ventanas guarnecidas con hierro forjado. De vez en cuando, su mirada se desplazaba hacia la iglesia de Saint-Martin, a unos veinte metros. Había sido, decían, una iglesia templaria. Una estatuilla, en la parte superior de la puerta central, le intrigaba. Representaba a un demonio con pechos de mujer, velludo y dotado de cuernos y alas de murciélago.

Cuando, por fin, el asistente del conde de Saint-Germain pasó por delante de él, se rascó con cara de asco, como si estuviera cubierto de piojos, y alargó la mano con gesto torpe. El otro no le dedicó la menor atención. El mendigo escupió en el suelo y lo siguió con la mirada. Cuando hubo desaparecido tras la primera esquina, se levantó con presteza y echó a andar apresuradamente para no perderlo de vista.

Dos días de vigilancia le habían permitido comprender las costumbres del sujeto. En las calles había tantos pobres diablos que nadie se fijaba en él. En algunos momentos, atacado por ser desconocido en el barrio, la daga que llevaba bien escondida y que manejaba con destreza, había disuadido a sus agresores de causarle problemas.

«El hábito no hace al monje», pocas veces un adagio tenía tanto sentido como en su caso. El monje, pues era él quien estaba bajo ese disfraz, siguió a distancia al asistente. Pasaron por delante del número 3 de la calle de Montmorency, una casa de aspecto medieval con la fachada oscura y austera. En los pilares figuraban unas iniciales medio borradas, las de Nicolas Flamel, leyenda de los alquimistas. Un bajorrelieve con la inscripción *Ora et labora*, «reza y trabaja», estaba también grabado en los pilares. El monje les dirigió una mirada curiosa y reanudó el seguimiento hasta la vivienda alquilada por el asistente del conde, en la calle de los Quatre-Fils. Aguardó después pacientemente a que el otro saliera. Cuando lo hizo, fue hasta un patio ciego donde escondió la ropa que llevaba y, una vez vestido decentemente, entró en

el inmueble. Allí, provisto de ciertas llaves que Volnay ponía a su disposición, abrió la puerta de la vivienda del asistente.

Contrariamente a lo que habría podido hacer pensar el estado del inmueble, el lugar era agradable. Se entraba directamente a una estancia bastante grande, iluminada por grandes ventanales y decorada con una bonita chimenea de madera. Estaba amueblada con una larga mesa de roble y cuatro sillas, un armario de palisandro y un cofre. Bonitos tapices adornaban las paredes y varias alfombras de Venecia cubrían el suelo. Daba la impresión de que estas últimas habían sido añadidas recientemente. El monje verificó esta hipótesis levantándolas y observando el estado del suelo embaldosado debajo. Lo mismo sucedía con los tapices: si llevaran colgados mucho tiempo, habrían dejado su huella en las paredes.

«Aquí tenemos a alguien que ha ganado dinero en los últimos tiempos, y con rapidez», pensó el monje.

Dos puertas defendían respectivamente la entrada a un dormitorio y el acceso a un pequeño laboratorio. El dormitorio disponía de una gran cama y un bargueño con muchos cajones. Sobre un cofre de madera de las islas reposaba un candelabro de tres brazos. El monje echó un vistazo después a la última habitación y movió la cabeza con un aire de aprobación. También allí todo parecía limpio y bien cuidado. Los tubos se alineaban metódicamente detrás de las balanzas. El hornillo, bien lustrado, relucía débilmente en la penumbra de la estancia, iluminada por un minúsculo tragaluz. Iba a examinarla más a fondo cuando unos ruidos en la puerta le hicieron dar un respingo.

«¿Cómo es que el asistente del conde ha vuelto tan pronto?»

Al oír voces comprendió que el ocupante de la casa había ido simplemente a buscar a alguien. Sin alterarse lo más mínimo, el monje analizó rápidamente la situación mientras la llave giraba en la cerradura. La única solución era esconderse debajo de la cama. Fue a toda prisa al dormitorio y se metió, no sin dificultad, entre las patas de esta en el momento en que entraban en la estancia grande.

Se oyeron fragmentos de conversación amortiguados y luego la puerta del dormitorio se abrió. El monje vio un par de deliciosos tobillos, aprisionados en unos adorables botines, que muy pronto se encontraron a la altura de su nariz cuando la joven se sentó en la cama. El asistente del conde lo hizo en el sillón, como imponían los usos. El monje, escondido, prestó atención a sus palabras.

–Señorita, los años pasan, las arrugas aparecen y la belleza se marchita como se marchitan las flores. Tan solo perdura el recuerdo del Gran Jardinero, allá arriba... –Sin verlo, el monje supuso que el asistente del conde señalaba el cielo con un dedo–. Pero ¿qué diríais si el recuerdo de la rosa no se borrara? ¿Y qué diríais si ese regalo del cielo que es vuestra belleza atravesara el tiempo sin sufrir

estragos? Hay rostros, señorita, que merecen la gracia de seguir siendo lo que son para continuar sirviendo de estuche a tan bellos ojos.

Bajo la cama, el monje esbozó una mueca de repugnancia al oír aquel lenguaje pomposo y florido. Oyó al asistente levantarse, vio a sus pies acercándose y notó que el colchón se hundía bajo su peso. Ahora debía de estar sentado junto a la joven, cuya incomodidad percibió por unos instantes. Vio sus botines moverse unos centímetros, como si su propietaria acabara de desplazarse para mantener cierta distancia con el asistente del conde. Este reanudó su discurso ampuloso:

–¿No es la belleza un regalo de Dios? ¿Y por qué tendría que recuperar Dios al cabo de tan poco tiempo ese presente?

–Pero quizá sea mejor así –objetó la joven, exhalando un suspiro–. Si Dios ha establecido de ese modo el orden del mundo...

Él rio, divertido.

–Dios también ha dejado entre las manos de la madre naturaleza los medios para remediarlo. El conde de Saint-Germain, con mi ayuda, ha sabido encontrarlos y encerrarlos en unos frascos cuyo valor es inestimable. Por supuesto, no puede desprenderse de ellos así como así y solo se los ofrece a algunas personas de muy alto rango. No obstante, como yo lo ayudo a preparar esos elixires, dispongo de uno de ellos.

El monje lo oyó levantarse e imaginó que iba hasta su secreter, de donde cogió el frasquito.

–¡He aquí una cosa de incalculable valor! –exclamó el asistente–. ¡Un bien más raro y precioso que el oro, el diamante, la esmeralda o el ópalo! ¡Un bien por cuya posesión se estaría dispuesto a matar! Ese bien, señorita, puede ser vuestro.

Había elevado el tono como un charlatán de feria. El monje oyó a la chica, azorada, agitarse en la cama.

–Bueno, mis padres tienen algunos bienes, pero yo no poseo nada.

–¿Nada? Señorita, eso es ofender vuestros encantos...

Se produjo un silencio que el monje imaginó embarazoso para la joven. El asistente del conde fue rápidamente hasta la cama y el monje notó que se sentaba muy cerca de la muchacha.

–El tiempo corre como en un reloj de arena y vuestra vida transcurre deprisa, señorita... El tiempo de una rosa pasa muy deprisa, permitidme, como humilde jardinero, que os haga beneficiaria de su ciencia.

–No sé si debo...

El monje notó moverse el colchón. Sin duda el asistente del conde acababa de poner su mano en la cintura de la chica para inclinarse hacia ella.

–Vuestro rostro es tan dulce, tan hermoso... ¡Oh, qué tersa tenéis la piel! ¡No,

no quiero que cambiéis! ¡Nunca!

El monje oyó un suspiro sofocado, adivinó un beso y notó que los cuerpos se hundían en la cama. Meneó la cabeza y escuchó el resto con resignación.

Casanova observó a Joinville con circunspección. Sus anchos hombros estaban caídos y sus codos no se apartaban de la mesa, como si temiera perder el equilibrio. El hombre había bebido y el veneciano consideraba al animal incapaz de realizar más de una cosa a la vez.

Se encontraban en una encantadora casa de la calle del PetitBourbon a la que Casanova ya había tenido el placer de ir con anterioridad. Las paredes estaban cubiertas de cortinajes rojos y el resplandor de los candelabros iluminaba débilmente las mesas.

Criaturas muy amables, cuyas caricias tenían ciertamente un precio, pero que estaban llenas de pasión, poblaban la residencia. El veneciano había ido un día con un pintor al que conocía. Este gustaba de decir que un caballete es una cama en vertical y que el pincel de un pintor está siempre tendido en erección hacia sus modelos. Casanova guardaba de aquella ocasión el encantador recuerdo de una noche con dos jóvenes de lubricidad extrema.

Una muchacha de tez rojiza y labios glotones fue a servirles de beber, vino para Casanova y cerveza para su compañero. Su contoneo atrajo todas las miradas y Joinville la observó con ojos aviesos, mientras Casanova anotaba en alguna parte de su memoria que tenía que volver un día para conocerlo más a fondo.

–Esa tiene un temperamento ardiente –dijo Joinville, que había sorprendido su mirada–. Goza el doble.

–¡No me digas más!

El comerciante de vinos se inclinó hacia él, con los ojos brillantes.

–¡Aquí hay incluso una mujer que tiene un antojo en la cara, pero se vende a un precio muy elevado!

–La belleza exterior no lo es todo –se limitó a contestar Casanova.

Empezaba a impacientarse, en materia de mujeres no necesitaba consejos.

–Bueno –dijo–, he visto tu mensaje y he venido. ¿Has encontrado la manera de saldar tu deuda?

El otro desplegó una sonrisa astuta y se sacó de una manga un papel de mala calidad que parecía que acababa de salir de la imprenta.

–Mira –dijo–, una riada de libelos que inundará París mañana por la mañana. Si lees, verás que acusan ni más ni menos que a la Pompadour de mandar asesinar a las jóvenes amantes del rey de la forma más horrible, a fin de disuadir a cualquiera de oponerse a ella.

–El partido devoto...

La sonrisa del otro se acentuó.

–Podría pensarse que se trata de ellos, pero no, porque conozco muy bien al impresor. Es miembro de una sociedad secreta...

–¡Masones! –exclamó Casanova.

Parecía aterrado.

–No, no obedecen ni las leyes masónicas ni a Londres –dijo Joinville–. Se trata de una hermandad. Es una sociedad antiquísima y muy secreta. Primero se llamó Fraternidad de la Serpiente y luego Hermandad de la Serpiente.

–*Novus ordo seclorum* –citó Casanova, cuyo semblante había palidecido. «Nuevo orden para los siglos.»

–¿Qué es eso?

–Su divisa.

–Sabes muchas cosas –refunfuñó Joinville.

–Algunas, sí, ¡sobre todo cuando son secretas!

Se animó un poco y tomó otro trago de vino.

–He leído mucho...

–Sí –dijo Joinville, risueño–, pocas personas saben que Casanova traduce libros del latín al italiano, conoce a los clásicos al dedillo y puede recitar casi cualquier poesía antigua.

–Pocas personas, sí –murmuró pensativamente el veneciano.

El caballero de Seingalt acusó el golpe. Esta no la había visto venir. Con semblante sombrío, reflexionó en el asunto. Se estaba complicando mucho, incluso para alguien como él. Si no estuviera Chiara de por medio, se retiraría sin más...

–Esa gente está muy segura de sí misma –prosiguió Joinville en un tono más bajo–. Desprecian a los francmasones y odian la monarquía. Dicen que son imprevisibles y peligrosos. Al parecer, no tendrían ningún reparo en recurrir al asesinato si les conviniera para hacer realidad sus planes. «Cualquiera, donde sea y cuando sea», dicen. Su Gran Maestro es viejo y tiene dificultades para frenarlos. Su poder es cuestionado por algunos...

–El poder siempre es cuestionado –sentenció Casanova, desengañado–, y para vivir, el joven siempre debe matar al viejo.

–Bien, pues, si estás satisfecho, me voy –dijo Joinville, levantándose con torpeza.

El veneciano lo asió por la muñeca, reteniéndolo suavemente, pero con firmeza.

–Una última pregunta: ¿sabes quién es Chiara d'Ancilla y a quién sirve?

–Es una joven aristócrata italiana, de excelente familia. Vive en París con su padre y alardea de científica. Bajo su velo de ingenuidad, hay un espíritu más intrigante de lo que parece. Dicen que pertenece a la Pompadour.

El coche dejó a Volnay en la orilla fangosa del Sena, antes del puente de Notre-Dame. De repente, el comisario de las muertes extrañas fue asaltado por el tumulto de la calle, por los gritos de los verduleros y de los aguadores. Caminó a lo largo de una manzana de casas que bordeaba el muelle Mal-Acquis y se encontró arrollado por una multitud de porteadores de sillas, carteristas y vendedores ambulantes. Las casas, construidas de cualquier manera, sin orden ni concierto, parecían un castillo de naipes que fuera a derrumbarse en cuanto soplara el viento. Un cubo de desperdicios se estrelló sin avisar a los pies del policía. A fin de no ensuciarse en exceso, Volnay pasó por delante de pequeñas residencias muy antiguas y de nombre conocido como El Mortero de Oro, El Cuerno de Ciervo o El Arca de Noé, antes de tomar una callecita estrecha llamada de la Chouette-Clouée. Su único peligro parecía radicar en la presencia de una decena de tunantas que exhibían sus pechos ante las narices de los escasos transeúntes, buscando incitarlos a subir y tumbarse en un jergón lleno de pulgas y piojos donde se entregarían a ciertas actividades eróticas, las mismas que se practicaban desde la noche de los tiempos.

Volnay había perdido mucho tiempo en Versalles y después en casa del padre Ofag. El sol poniente, cuyos últimos rayos descendían como dedos sobre los tejados de las casas para asestarles tajos rojizos, parecía derramar lágrimas de sangre. Nada podía, sin embargo, frenar su caída, y el horizonte se teñía de púrpura y canela.

A fin de evitar las inmundicias que alfombraban la estrecha calle por el centro y los cubos de evacuaciones que arrojaban por las ventanas, Volnay andaba pegado a las paredes. Eso lo llevó a rozar a una joven de largas piernas que llevaba calzas atacadas. Su bello rostro estaba enmarcado por una melena de color bronce que le caía sobre los hombros. Clavó sus ojos claros en los de él, al tiempo que se agarraba de su brazo. La joven no olía muy bien, pero despedía una sensualidad animal que parecía servirle de perfume y su piel tenía un ligero color miel. Pese a su insistente sonrisa, permanecía callada, limitándose a tirarle del brazo para intentar desviarlo de su camino y hacerle subir. En el crepúsculo, su boca brillaba como una herida. Volnay, para quien el contacto con su mano atrayéndolo hacia sí supuso otra prueba que superar, consiguió a duras penas desasirse. Cuando la hubo dejado atrás, se volvió. Ella lo seguía con los ojos, sin decir nada.

El policía apretó el paso para escapar a la mirada imperiosa de la joven prostituta. Sobre su cabeza, en el cielo, se agolpaban las nubes. No tardaría en llover. En aquel lugar eran frecuentes los entrantes en las fachadas de las casas. No pensó en lo que podía pasar. De pronto notó que lo agarraban de un brazo y se encontró con la espalda contra una pared fría y un cuchillo en la garganta.

–Si no fueras nuestro hermano, ya estarías muerto –gruñó una voz–.

¡Maquinar con el partido devoto!

Volnay no se movió. Sabía de lo que esa gente era capaz, había sido uno de los suyos. Por un instante, vio desfilar su vida ante sus ojos: una farándola de disgustos, una zarabanda de oportunidades perdidas, las llamas de una hoguera, un niño que lloraba y, vete a saber por qué, la boca de Chiara, los ojos de Chiara. Notó correr la sangre por su cuello y oyó otra voz, tranquila y fría. Le decía que esperara sin moverse, que iba a llegar un coche. El policía suspiró para sus adentros. Después de los esbirros del padre Ofag, la Hermandad iba a llevarlo también a algún lugar secreto, bien para matarlo o bien para hablar con alguien. ¿Había en todo París un hombre tan amenazado como él?

Oyó un ruido sordo, seguido de una exclamación de hartazgo.

–¡Otro espía! ¡Dios bendito, es el segundo que le pisa los talones!

Vio pasar un cuerpo inerte entre los brazos de dos hombres de anchas espaldas. Un hombre con la cara puntiaguda, como de hurón, parecía estar al mando. Sus ojos despedían un brillo amarillo insólito. Dio unas palmadas al cuerpo inanimado riendo de un modo que hizo estremecer al policía.

–No te preocupes –dijo el que mantenía el puñal contra su cuello–, no está muerto. ¡Más vale que te preocupes por ti!

Pero Volnay ya no se preocupaba. Haber visto desfilar su pasado le recordaba que no estaba tan apegado a la vida como para eso. Ni siquiera intentaba distinguir las facciones toscas del que lo mantenía entre la vida y la muerte. Simplemente, con tranquilidad e indiferencia, su mente metódica trataba de relacionar a los espías con sus señores.

«Uno era del partido devoto, eso está claro, pero ¿y el otro? ¿Por qué no del señor de Sartine, que no debe de aceptar que lo mantengan al margen? O incluso de la marquesa de Pompadour...»

Lo llevaron a un pequeño patio donde siguieron manteniéndolo bajo coacción. Vio pasar de nuevo al hurón y grabó en su memoria las facciones de ese hombre que le parecía peligrosísimo y totalmente desprovisto de escrúpulos. Tras una media hora de espera, se oyó el ruido sordo de un carruaje sobre la calzada irregular. Lo empujaron al interior de una berlina de viaje con las ventanillas cubiertas por cortinas de piel. La portezuela se cerró a su espalda. A Volnay no le sorprendió en exceso encontrarse frente al corpulento hombre barbudo, de penetrantes ojos grises, que había visto en la taberna en compañía de otros miembros de la Hermandad. Lo observó con detenimiento. Pasión y severidad predominaban en las líneas de su rostro, pero su mirada era tan intensa que parecía querer entrar a la fuerza en uno. Era, sin lugar a dudas, un dirigente, uno de esos que envían a que te maten sin que hayas entendido realmente por qué.

–Buenas noches, hermano.

La voz con acento alemán conservaba la suavidad que tenía en su recuerdo. Pertenecía a un hombre tan seguro de ser obedecido que no le hacía falta emplear un tono más fuerte.

–Estáis haciéndome seguir desde el inicio de la investigación –constató Volnay.

El otro hizo un gesto de irritación.

–¿Y quién no os sigue, amigo mío? ¡Llevabais detrás tres espías además de los nuestros, y es posible que haya más! ¡No hacéis una sola visita que no sea conocida en las horas siguientes por el lugarteniente de policía Sartine, el partido devoto y la marquesa de Pompadour! ¡Hablar en estos momentos con vos permaneciendo en la sombra es un auténtico prodigio! Por el momento, mis hombres neutralizan la calle, pero disponemos de poco tiempo.

–¿Qué queréis?

–En primer lugar, poneros en guardia, caballero. Hay personas a mi alrededor que no pueden comprender que os relacionéis tanto con el rey como con la Pompadour y los devotos. Algunos los odian, pues están en el extremo opuesto de lo que nosotros somos y queremos ser. Es un error; nuestro blanco principal no es el partido devoto, y además, para el padre Ofag de momento no somos enemigos.

–¿El padre Ofag os conoce? –preguntó Volnay, inquieto, frunciendo los ojos en la penumbra del vehículo.

El hombre corpulento rio con condescendencia.

–Está tan bien informado como la policía del señor de Sartine, además de que quizá es esa misma policía quien le proporciona la información. Aquí, en París, todo se compra y se vende, lo sabéis muy bien. Ya no hay fidelidad alguna en ninguna parte fuera de la Hermandad. Con excepción de... –Miró a Volnay con una mezcla de curiosidad y respeto–. Con excepción de vos. El único que no dice nada, no vende nada, un islote de fidelidad en un océano de engaños..., pero ¿fidelidad a qué? ¿A unas quimeras? –Se acarició complacientemente la barba con los dedos cargados de anillos–. No os comprendo –prosiguió, pensativo–. Y sin embargo, nos parecemos: queremos igualdad y respeto por los derechos de todos, libertad de pensamiento, abolición de la tortura, de la pena de muerte y de la venalidad de las cargas, la liberación de nuestra sociedad de la tutela eclesiástica y la representación del pueblo en el gobierno de Francia...

Había elevado progresivamente el tono. Se dio cuenta y bajó de inmediato la voz, como alguien habituado desde hacía mucho a la prudencia.

–No entiendo por qué no volvéis con nosotros. Quizá sea la influencia de ese monje hereje de ideas peregrinas; a no ser que contar por toda compañía con esa cotorra charlatana os haya hecho perder definitivamente el juicio.

Volnay pestañeó brevemente. Aquellas observaciones acerca del monje y del pájaro lo llenaban de un secreto terror.

–Dejad al monje al margen de todo esto –dijo.

El otro soltó una carcajada breve, desagradable.

–Vuestro monje tiene tratos en secreto con Sartine, lo seguimos hasta una taberna. ¿No lo sabíais?

Volnay se quedó un instante paralizado, incapaz de pensar, ni siquiera de sentir. ¿Había revisado el monje sus opciones y decidido cambiar de bando antes que quedar atrapado en una situación sin salida? ¡Imposible!

–Volved con nosotros –insistió el hombre corpulento, al percibir cierto debilitamiento en su determinación–. No podéis seguir solo contra todos. Vos y yo queremos lo mismo.

Volnay movió lentamente la cabeza, con la mirada perdida.

–Cuando era más joven –dijo con valentía–, deseaba derrocar a los tiranos y a los reyes degenerados que no tienen que rendir cuentas a nadie. Hasta que un día me pregunté quién ocuparía su lugar.

–¡Nosotros!

–Ese es precisamente el problema...

Entre ellos se instaló un silencio denso que el comisario de las muertes extrañas fue el primero en romper.

–¿Qué esperáis de mí? ¿Qué objetivo perseguís hoy?

–¡Sublevar a la opinión pública, Volnay, a la opinión pública! Está ganando terreno, ahora se subleva contra las injusticias más flagrantes, los escándalos más vergonzosos. Decidme algo más sobre el asesinato de esas dos chicas. ¡Os lo ordeno, hermano!

Volnay respiró más fuerte. El corazón le latía acelerado en el pecho. Sabía que el juramento pronunciado tiempo atrás lo ataba para siempre y que, si no hablaba, moriría. Una soga puesta alrededor de su cuello y todo habría acabado. Hasta Wallace le inspiraba menos miedo que los servidores de la Hermandad de la Serpiente. Escogiendo las palabras, el policía lo contó todo, salvo, como había hecho con el padre Ofag, que había leído la carta que llevaba la señorita Hervé. El otro movió la cabeza como si nada de todo aquello le sorprendiera, y suspiró.

–Hace poco le llevaron al rey –le dijo a Volnay–, a su dormitorio, a una virgen de catorce años a la que Le Bel no había tenido tiempo de espabilar. Conducida demasiado brutalmente y sin explicaciones, la chiquilla se asustó al ver a ese hombre siniestro desnudarse sin decir palabra y se puso a correr sin parar alrededor de la cama. A fuerza de perseguirla desnudo por la habitación, el rey cogió frío y tuvo que guardar cama. La historia se propagó. A la corte le divirtió, pues su moral ha llegado ya a lo más bajo, pero el pueblo se indignó.

Ahora, en París, las madres esconden a sus hijas cuando salen por miedo a cruzarse con él. He estado en provincias y en Europa. En todas partes oigo a gente que me dice: «¡Lo matarán!». Incluso he oído murmurar al pueblo: «Un día habrá un baño de sangre». –Volvió a tocarse la poblada barba, esta vez con cierta incomodidad–. Nosotros no queremos su muerte física, solo su muerte oficial. Convertir al rey en un mártir no es nuestra finalidad. Desacreditarlo, conseguir que la realeza sea mirada con horror, sí, ese es nuestro objetivo. –Le lanzó una mirada penetrante–. ¿Sigue siendo el vuestro también?

Volnay notó que se quedaba blanco como el papel. En cierta época de su vida, estaba dispuesto a todo, pero a veces los hombres aprenden y cambian...

–Sí –logró decir–. Mi objetivo sigue siendo destruir a la realeza.

–La Hermandad de la Serpiente se ha perpetuado a través del tiempo muriendo y renaciendo –prosiguió el jefe de la Hermandad sin apartar la mirada de él–, adaptándose, influyendo en los sistemas políticos. Sin embargo, con la matanza de los templarios estuvimos a punto de ser aniquilados. Necesitamos siglos para reorganizarnos. Ahora debemos recuperar el lugar que es nuestro y que nos robó la francmasonería: ¡el primero! Y para ello vamos a golpear muy fuerte y con mucho vigor a los que se niegan a escucharnos. Me habéis dicho que seguís deseando destruir a la monarquía. ¿Estáis dispuesto a utilizar cualquier medio para conseguirlo, incluso los que podrían pareceros indignos?

Hubo un silencio mortal dentro del coche. Volnay notaba latir la sangre en sus sienes.

–¡Cualquier medio! –se oyó responder.

El otro lo examinó unos instantes.

–En tal caso, bien. La destruiremos juntos, a ella y a todos sus servidores, tanto a Sartine como a la Pompadour. Escuchadme atentamente, voy a daros unas instrucciones. ¡Apartaos de ellas un dedo y sois hombre muerto!

El caballero de Seingalt leyó la carta que acababa de escribir y esparció un poco de arena por encima para que se secara. Estaba redactada en los siguientes términos:

Señora:

Mi afecto puro y sincero por vos y el bien de vuestra amable nación me llevan a advertiros de que elementos nuevos que exigen actuar con presteza hacen necesaria una entrevista. Os solicito audiencia cuanto antes en vuestra residencia para revelároslos. Me alegro de poder demostraros así todo mi celo en serviros.

Con todo el respeto, señora, vuestro humilde y obediente servidor,

CABALLERO DE SEINGALT

Llamó y un lacayo con librea de galones se presentó ante él.

–Ve enseguida a casa de la marquesa de Pompadour y entrégale esta nota,

precisándole que es muy urgente e importante. Espera la respuesta allí y ven de inmediato sin detenerte por el camino en ninguna taberna.

Tenían mucho que contarse. Tal como tenía por costumbre, el monje se negó a hablar mientras no se hubiera humedecido los labios. Una excelente botella de vino de la región de Champagne resolvió la cuestión.

–Has salido muy temprano esta mañana –le dijo al comisario de las muertes extrañas–. La joven italiana ha venido a llamar a tu puerta. Naturalmente, yo no le he abierto, ¡pero vive Dios que es una preciosidad!

Volnay hizo un ademán de contrariedad.

–¡Lo había olvidado! Cuando nos separamos en las Tullerías, ayer por la mañana, me dijo que no hiciera nada antes de que viniera a verme. Quizá quería decirme algo... –Esbozó una sonrisa triste–. ¡Debería haber seguido su consejo!

El monje se encogió de hombros. Había tomado posesión del mejor sillón del policía y contemplaba con una sonrisa vaga los cantos dorados de los libros que tenía enfrente. Acogió la noticia de la promoción de Volnay con circunspección.

–¡Un día en lo más alto y al siguiente abajo del todo! La roca Tarpeya no está muy lejos del Capitolio. El rey no manifiesta nunca ninguna emoción y puede hablar amablemente con un ministro por la mañana para exiliarlo esa misma noche. Tu posición es muy frágil.

El comisario de las muertes extrañas relató el resto de su visita a Luis XV y la impresión que había tenido de encontrarse ante un animal de sangre fría, un ser lleno de un vacío espantoso.

–El rey no es malo –dijo el monje–, pero es implacable. Es seco y volátil. No experimenta ni sentimientos ni piedad. No los tiene por los demás y no los tendrá por ti. Debemos alejarnos lo más rápido posible de él, si no, nos engullirá en su vacío.

Volnay le contó entonces el interrogatorio infructuoso a Le Bel, el encuentro con la marquesa de Pompadour y la visita al padre Ofag. El monje, estupefacto, no se acordaba de servirse más vino.

–¡Un día increíble! –dijo–. Aunque, a fin de cuentas, tampoco es tan sorprendente cuando todo el mundo anda detrás de uno. Todos aprovechan este caso para obtener un beneficio personal. ¡Después de la Hermandad de la Serpiente, el partido devoto se incorpora a la carrera! –La mirada del monje se hizo más dura–. El padre Ofag... Otro de los que querían quemarme vivo porque afirmaba que Cristo solo poseía en la tierra la humilde ropa que llevaba. ¡Maldita ralea que predica por la mañana y dogmatiza el resto del día!

Se interrumpió al ver a Volnay coger una copa y servirse mirándolo de reojo. Rápidamente, tendió la suya para que se la llenara también.

–Ahora me toca a mí sorprenderte –prosiguió, revigorizado–. He descubierto en casa del asistente del conde de Saint-Germain un bonito tejemaneje. Ese descreído vende pociones a mujeres, pociones que dice haber preparado con su señor.

El policía se había quedado inmóvil.

–¿Pociones? Ese es el tipo de cosas que le habrían interesado a la señorita Hervé, si creemos a su abuelo y a su vecina...

Había juntado las yemas de los dedos y su mirada se había perdido en el vacío. El monje se inclinó hacia él con atención. Sabía que esa actitud anunciaba generalmente la iluminación súbita, la idea que brota de pronto del razonamiento y trae la respuesta a las preguntas más complejas.

–¡Una poción metida en un frasco! Qué tonto he sido, qué tonto... El conde tenía razón en un punto: ¡un problema complejo tiene en su origen unas causas simples! –Parecía haber entrado en un trance profundo, su voz no era más que un susurro–. ¿Es posible que sea eso? Wallace dijo que llevaba algo en la mano al bajar del carruaje... ¿Es posible? –Se volvió hacia el monje, que guardaba silencio–. ¡Cuéntame más!

El otro torció la boca en un gesto de repugnancia.

–Cuando la mujer no tiene dinero, pero es joven y guapa, el asistente del conde se cobra en especias y en el acto, sin siquiera entretenerse en quitarle la ropa, puedo asegurártelo.

Volnay no salía de su asombro.

–¡Así que, en nuestro siglo ilustrado, todavía se venden filtros de la eterna juventud! ¿Y por qué no filtros de amor?

Pronunció estas últimas palabras con una expresión extraña en la que su colaborador no reparó.

–¡Qué quieres! –replicó este–. Los enciclopedistas y los filósofos, aun siendo muy brillantes, son pocos frente a la masa ignorante. Hoy en día, los estafadores se visten con las galas de la ciencia para prosperar. Se sirven de fórmulas matemáticas y números cabalísticos y calculan la posición de los astros para predecirte el destino. –El monje sonrió con tristeza–. Nuestros científicos y filósofos han olvidado que, inmolando la fe en el altar de la razón, le han quitado una cosa esencial a la humanidad: la esperanza. Y siempre habrá otras personas que se presten a satisfacer esa necesidad inherente a la humanidad: adivinos, sanadores, cabalistas, brujos... Con ellos pervive la esperanza de un posible más allá.

Volnay se encogió de hombros, fue a abrir la puerta de la jaula y se puso a la cotorra sobre un hombro. El pájaro empezó a desgañitarse:

–¡Joder con el papa! ¡Joder con el papa!

El policía le dirigió una mirada severa al monje.

–¿Le has enseñado tú eso?

El otro manifestó cierta incomodidad y se apresuró a cambiar de tema.

–Debes mantener tu promesa e ir a la residencia de la marquesa para entregarle la carta. Si no lo haces, tendrás graves problemas. Yo, como ves, voy vestido de civil, así que te acompañaré.

El policía empezó a protestar, pero el monje lo interrumpió:

–Me quedaré en la entrada, pero cojamos pistolas y espadas. Ya cae la noche. Está oscuro. Para evitar que alguien nos persiga, pasaremos por el patio y entraremos en la taberna del Tonel sin Fondo. Si nos siguen, saldremos por detrás. Nuestras vidas penden de un hilo hasta llegar a casa de la marquesa.

Volnay lo retuvo.

–Un momento. Primero necesito comprobar una hipótesis. Volvamos al lugar donde el cuerpo de la señorita Hervé fue encontrado.

Se apresuraron a cruzar entre el abigarrado gentío, atajando por el barrio de los pajareros y los vendedores de grano, impregnado de un olor agrio.

–Por cierto –dijo el policía como si nada–, he vuelto a ver a la Hermandad.

El monje soltó un juramento sacrílego que metía en el mismo saco al papa y al rey.

–¿Qué quieren?

–¡Destruir a la realeza, como siempre!

El monje dirigió una rápida mirada a su alrededor. La noche era ya profunda, y el silencio, denso. Apretó el paso, arrastrando tras de sí con mano firme a Volnay.

–Para esa gente –rezongó–, el pueblo es por naturaleza ignorante y estúpido. Quieren liberarlo de las cadenas de la monarquía para sustituirlas por las de una elite ilustrada que confiscaría en su beneficio todo el poder. Su moral no es mejor que la del rey. Tú fuiste uno de ellos y ese ha sido el mayor error de tu vida. ¡No lo repitas!

–Cuando uno es joven, escoge fácilmente el camino más rápido –murmuró el policía con voz ronca.

–¡Tú todavía eres joven y el camino de todos es sinuoso!

Volnay parecía no haber oído.

–Yo quería vengar a mi padre...

El monje adoptó de golpe una expresión severa.

–¡Qué locura! ¡Qué locura! ¿Crees acaso que se puede volver atrás alguna vez? ¿Vas a seguir siendo un niño toda tu vida?

En su voz se traslucía cierta angustia. Sin parar de proferir juramentos, conducía a Volnay con decisión a través de las calles, como si el joven acabara de quedarse ciego. Solo se detuvieron una vez delante del cementerio de Saint-

Jean, cuyas tumbas relucían débilmente a la luz de la luna. La noche les alteraba los sentidos.

–Debe de ser por aquí –dijo el monje–, pero en esta penumbra me cuesta situarme.

Volnay le dirigió una mirada incisiva. La pregunta que iba a hacer lo atormentaba desde su conversación con el jefe de la Hermandad de la Serpiente.

–Me han dicho que has visto a Sartine en una taberna...

El monje se quedó helado y, por su expresión, parecía ofendido. La claridad de la luna dibujaba a sus pies sombras entremezcladas. El tiempo pareció detenerse.

–He tenido que hacer un trato con él –dijo por fin con una voz cansada–. Las ventajas de esa línea de actuación son evidentes: yo le informo y él nos deja en paz mientras dura la investigación. Si no lo hiciera, no te imaginas de lo que sería capaz.

Los ojos de Volnay despedían llamas de cólera. Su colaborador sabía que, cuando adquirían esa tonalidad azul grisácea, casi polar, nada bueno se podía esperar.

–Calma, calma –dijo el monje–. Sigue tu camino y déjame guardarte las espaldas.

Volvió la cabeza para escrutar las sombras de la calle; luego, sus ojos se posaron de nuevo en Volnay. Su expresión era serena, casi luminosa.

–Yo soy leal –dijo simplemente.

Pronunció esta última palabra como si se tratara de la más hermosa del mundo. De repente, la tensión pareció disiparse. El comisario de las muertes extrañas asintió ligeramente con la cabeza y se plantó en medio de la encrucijada; desde allí, localizó enseguida la entrada al patio. Más lejos, un horno de pan despedía un resplandor rojizo en la oscuridad.

–¡Es aquí!

El monje se encogió de hombros y acercó a su lado. El patio estaba atestado de banastas y sacos de harina. El policía empezó a recorrerlo, inspeccionando todas las ranuras entre los adoquines.

–Mira de vez en cuando hacia arriba –le aconsejó el monjepara dejar que descanse la vista. Por cierto, ¿es este frasquito lo que deseas encontrar? –Lo mostraba con un aire burlón–. ¡Ay, busca el burro y está montado en él! He estado a punto de pisarlo al llegar, pero no he dicho nada porque encontrar las cosas demasiado deprisa no da impresión de seriedad.

La joven llevaba una pelliza de satén gris forrada de piel. Sin que un solo músculo de su cara se estremeciera, el caballero de Seingalt la vio salir de la residencia particular de la marquesa de Pompadour. Había olvidado hacía

mucho lo que era recibir una sorpresa. Rápidamente, se acercó a ella, mientras disfrutaba en su fuero interno de verla palidecer al reparar en su presencia.

–¿Vos aquí? –dijo, con una alegría forzada.

La joven pareció descomponerse.

–Caballero, ¿qué hacéis aquí a estas horas?

–Pues lo mismo que vos: he venido a visitar a la marquesa de Pompadour.

–¡Deliráis, señor!

El veneciano sonrió y le ofreció galantemente el brazo.

–Demos un pequeño paseo, ¿os parece bien? La noche se presenta suave y esta ligera brisa es muy agradable.

Ella apoyó la mano en su brazo, con el semblante lívido como la muerte.

–Lo sé –dijo Casanova–, llego a mi cita con una hora de antelación. No deberíamos habernos encontrado, pero así son las cosas. He querido estudiar el terreno antes de presentarme. Nunca se sabe con quién se las ve uno. –Rio–. Y hete aquí que el destino me sonríe. Vos, una íntima de la marquesa, aquí.

Chiara se dispuso a protestar.

–No, no, no digáis nada, la mentira estropearía vuestro precioso rostro –dijo Casanova–. Sabía que simpatizabais con la marquesa de Pompadour, pero de ahí a pensar que le hacíais de espía... En fin, es algo frecuente: ¡las mujeres muy guapas siempre están dispuestas a colaborar en tejemanejes para engañar a los hombres!

Los ojos de la joven despedían llamaradas de cólera.

–¡No lo entendéis! El rey detesta la obra de los filósofos, habla de ella con horror. La marquesa de Pompadour es partidaria de las ideas nuevas y del progreso y apoya a los filósofos. Sin ella, Francia habría retrocedido un siglo. En cuanto a mí, he elegido el bando de los que piensan con un poco de elevación y osadía, en lugar del de los que reptan y adulan para obtener favores.

–¿Eso va por mí? –bromeó Casanova–. Pero ¿a santo de qué se mete la marquesa de Pompadour en nuestros asuntillos? ¿Y qué relación tiene con el asesinato de la mujer sin rostro?

El semblante de Chiara se oscureció.

–No sabría deciros...

–¿No confiáis en mí?

–¡No!

El veneciano rompió a reír.

–Me gusta la franqueza, siempre me ha parecido una virtud, y es muy rara en nuestros días. Desde ayer todos sabemos que Volnay cogió del cuerpo de la primera víctima una carta, lo que yo ignoraba era que la marquesa la considerase suficientemente comprometedora para que os encargara recuperarla.

Una breve mirada a la joven le confirmó que había acertado.

«¡Y la marquesa no cree lo suficiente en vuestras habilidades para conseguir la carta –pensó–, si se dirige también a mí para que me ocupe de este asunto! Pero guardémonos esta información para nosotros. ¡En la vida, el secreto del éxito es mantener el secreto!»

Su mirada penetrante sorprendió un movimiento al otro lado de la calle. Frunció los ojos y su sonrisa murió lentamente en los labios.

–Decididamente, Chiara, hoy no es vuestro día...

La joven siguió su mirada y se quedó lívida al reconocer a Volnay.

–¡Qué queréis! –exclamó el veneciano–. ¡La suerte es una dama caprichosa, y parece que todos nos hayamos citado en casa de la marquesa esta noche!

Chiara no contestó. Veía con inquietud a Volnay dirigirse hacia ellos a zancadas, con una expresión impenetrable. Detrás de él, un hombre maduro y de mirada viva, con una barba corta y canosa, apretaba el paso para intentar retenerlo.

–¡Ah, aquí estáis los dos! –dijo el policía al llegar a su altura–. ¡Cómplices de día, cómplices de noche! ¡Y yo que había confiado en la humanidad!

–Os equivocáis, señor...

–Lo sé todo, señorita, y tranquilizaos, esta noche cumplo esa condenada misión que la marquesa os había encomendado. ¡Voy a entregarle esa carta y espero que en lo sucesivo permanezcáis lejos de mi vista! –Se volvió hacia el caballero de Seingalt, que permanecía erguido, con una sonrisa neutra en los labios–. ¡Esta observación vale también para vos, señor Giacomo Casanova!

El veneciano adoptó una expresión de fastidio y aprovechó para acercarse a su compatriota.

–Caballero de Volnay –dijo la joven, que se había sonrojado–, puedo explicaros...

–Es demasiado tarde, señorita. Lo sé todo desde hace unas horas. Al principio no lo creí, pero el padre Ofag tuvo la amabilidad de informarme sobre quién erais.

Al ver que ella daba un respingo ante la mención de ese nombre, Volnay se encogió de hombros.

–Tranquilizaos, he arriesgado tontamente mi vida no entregándole la carta. En todo momento me había dicho que quien la deseara tendría que enfrentarse a mi espada, pero ya me da igual. ¡Podéis iros al diablo, vos, él y ella! ¡Y para terminar, aquí está vuestra maldita carta! ¡Id a llevársela vos misma a la marquesa!

La sangre pareció retirarse por completo del rostro de Chiara. Esta vio al compañero de Volnay sonreírle y hacerle una discreta señal de complicidad, como para decirle: «¡Todo se arreglará!».

–Todo esto es terriblemente molesto –se quejó Casanova, frunciendo

delicadamente la nariz–. ¡Y una vulgaridad!

Volnay creyó que iba a atravesarlo con la espada, pero el monje lo retuvo con firmeza por detrás y dijo:

–Vámonos.

Se alejó con él, y Chiara se quedó sola con el veneciano. La joven, desorientada, le hizo una seña a su cochero, que esperaba a la entrada del palacete, cuyo patio estaba atestado de vehículos. El coche se detuvo y el cochero se apresuró a desplegar el estribo y abrir la portezuela. Chiara montó, como sonámbula, seguida, tras un instante de vacilación, de Casanova. El látigo restalló y los caballos se pusieron en marcha.

–¿Qué significa esto? –murmuró el monje, que se había vuelto con el entrecejo fruncido–. ¿Qué significa esto? ¡Ha montado en su carruaje y se ha ido con la carta! ¡No va a casa de la marquesa! ¡Hemos sido burlados!

El coche se alejaba ya traqueteando sobre los adoquines. El monje soltó un juramento y fue a cruzar la calle para alcanzarlo. Un carruaje estuvo a punto de arrollarlo y Volnay tuvo que tirar de él hacia atrás para evitar que acabara bajo los cascos de los caballos. Se encontraron en el suelo y vieron desaparecer el coche de Chiara en una esquina.

–¡Me cago en Dios! –renegó el monje–. Pero ¿por qué le has dado la carta?

Volnay parecía perdido. Sentimientos contradictorios se leían en su rostro.

–No lo entiendo –consiguió decir por fin.

–Pues yo lo entiendo de maravilla –murmuró entre dientes el monje–, ¡nos hemos dejado engañar como niños por esos dos!

En el carruaje, Casanova fue el primero en rehacerse y su instinto le dictó el comportamiento más seguro.

–¿Señorita? Tranquilizaos, estáis muy pálida.

Le cogió una mano y le dio unas palmaditas. Su mirada se topó entonces con la carta, que ella tenía aún en la otra mano.

–Dadme eso –dijo con autoridad. Cogió la carta y la puso a su lado, sobre el asiento–. Señorita, sin duda tenéis vuestras razones para no llevarle esta carta a la señora marquesa y ya sabéis que yo estoy a vuestro servicio.

Estaba recuperando los reflejos, así como el oportunismo que lo caracterizaba. Empezó a abrir la mano de la joven para entrelazar sus dedos con los suyos.

–Chiara...

De repente, ella dio un respingo y pareció salir de su letargo.

–¡La carta! ¿Por qué no he ido a dársela a la señora marquesa?

–No le sé. He pensado que habíais cambiado de opinión...

Ella le lanzó una mirada despreciativa.

–¿Por quién me tomáis? Sirvo a la marquesa, sí, pero la sirvo con lealtad –llamó al cochero–. ¡Parad! ¡Dad media vuelta y llevadnos otra vez a casa de la señora marquesa de Pompadour! –Se volvió hacia Casanova. Sus ojos lanzaban destellos–. ¡Devolvedme la carta!

–Chiara, ¿os parece razonable? Conmigo está segura...

La mirada hostil de la joven italiana lo dejó petrificado.

–¡Dádmela o, de lo contrario, haré que mis lacayos os azoten!

Él suspiró y se obligó a sonreír tendiéndole lo que reclamaba.

–Todo esto es un poco exagerado, Chiara, ¿no os parece? Yo soy vuestro amigo...

La joven se echó hacia atrás. Parecía a punto de llorar.

–No sé.

La maniobra era complicada. La calle Saint-François era oscura y estrecha. El cochero, con dificultades para manejar los dos caballos, juraba y hacía restallar el látigo, cosa que los ponía más nerviosos aún. En la misma calle, un poco más arriba, Wallace desmontó y llamó a sus dos espadachines. Los hombres se acercaron, con la espada balanceándose en un costado.

–¡Tienen la carta, debemos aprovechar esta oportunidad! ¡Ya sabéis lo que tenéis que hacer! ¡Señores, que Dios bendiga el acero de vuestras hojas!

Se oyó un largo sonido metálico al desenvainar las espadas y los caballos se encabritaron. Casanova echó un vistazo por la portezuela.

–¡La aventura se pone interesante!

Evaluó rápidamente la situación. El coche, atravesado en la calzada, se había quedado encajonado, y el cochero, paralizado por el miedo, había soltado las riendas. El caballero de Seingalt suspiró, volviéndose hacia su compañera.

–¡Vaya unos miserables malandrines! ¡Atacar a una joven tan encantadora como vos!

Ya había abierto la portezuela del coche antes de terminar de hablar y saltó ágilmente al suelo. Los dos espadachines se acercaban, empuñando largas y amenazadoras espadas. El veneciano desenfundó la suya a la vez que murmuraba:

–*Ne Hercules quidem contra duos!* «¡contra dos, ni Hércules!».

–¡Caballero!

La joven había bajado sin hacer ruido y lo asía de un brazo. Con suavidad, él la apartó sin quitarles los ojos de encima a los dos hombres.

–No temáis, Chiara, y sobre todo permaneced a una buena distancia detrás de mí.

Pensó de pronto que no podría tener muerte más hermosa que esta: luchar y

morir por la joven, ante sus ojos. El corazón empezó a latirle más fuerte. Asustaba saber lo que estaba dispuesto a hacer por ella.

Mientras tanto, los dos esbirros habían seguido avanzando. Casanova, sonriendo, los saludó con un movimiento fluido de la espada y después atacó directo al corazón del que tenía una cicatriz de tres o cuatro pulgadas en la mejilla, pues era el que parecía más peligroso.

–¡Aquí! –dijo con un entusiasmo forzado, incorporándose.

El golpe, mal parado, había alcanzado entre las costillas a su adversario, que se llevó una mano al costado ensangrentado. Casanova esquivó un ataque del otro esbirro y lo rechazó con vigor. Mientras el herido retrocedía para calibrar el estado de su herida, el segundo agresor atacó. El veneciano paró de nuevo el golpe, hizo una finta y atacó. En unos segundos, como fino esgrimidor, había detectado un punto débil en su adversario, y cuando este se tiró a fondo, hizo una parada seguida de respuesta y lo alcanzó en el brazo.

–¡Aquí! –repitió, satisfecho.

Probablemente no les habían hablado a los dos espadachines de la habilidad de su víctima. Hubo como un titubeo en las filas de los agresores, pero en ese instante un tercer hombre salió de la oscuridad y el veneciano tuvo un mal presentimiento por la manera en que este desenfundaba la espada, como si fuera una prolongación de su cuerpo.

–¡Ah, esto no es un juego! –dijo Casanova–. ¡Empiezo a estar cansado!

Y de nuevo un deseo de muerte le atenazó las entrañas. Echó un último vistazo a Chiara, asegurándose de que ella también lo miraba.

En ese momento se oyó una carrera y, lanzando una prudente mirada de soslayo, el caballero de Seingalt vio llegar corriendo a Volnay seguido de su compañero, mayor que él pero tan ágil como el que más. Hubo un tintineo, pues los recién llegados desenfundaban también sus armas. Los dos espadachines, heridos, salieron por piernas, mientras Wallace se veía rápidamente rodeado.

–¿Tres contra mí? –se sorprendió este último, vacilante.

–¡Pardiez! –dijo alegremente el monje, enganchando el hierro–. ¡Una ocasión tan buena de mataros quizá no vuelva a presentarse muy pronto!

Wallace paró el golpe y retrocedió para permanecer de espaldas a la pared. Volnay hizo un gesto para detener el avance de sus compañeros.

–¡Wallace! –dijo, amenazándolo con la punta de la espada–. ¡Responded a mis preguntas y salvaréis la vida!

El otro le lanzó una mirada fría. Su rostro, de una blancura lechosa, brillaba débilmente en la penumbra. El resplandor de sus ojos clarísimos era casi insoportable.

–¿Tengo aspecto de contarle mi vida al primero que pasa?

–Entonces –decidió el comisario de las muertes extrañas–, lucharé solo contra vos y hablaremos mientras tanto.

Volnay miró a Wallace con atención. Su gran cuerpo parecía descansar pesadamente en el suelo, pero producía al mismo tiempo una curiosa impresión de ligereza. Wallace esbozó una tenue sonrisa. Sus ojos claros y glaciales se posaron en Volnay como si lo viera ya muerto.

–Si insistís...

Se precipitó hacia delante y fue necesario un afortunado reflejo para que su acero no penetrara quince centímetros en el pecho de Volnay. El policía alargó el brazo para mantener a su adversario a distancia.

–Despacio, señor Wallace, las conversaciones más cortas no son forzosamente las mejores.

Volnay se limitaba a desarrollar una defensa sólida, buscando siempre el hierro de su adversario para evitar dejarle demasiado margen de maniobra.

–Sé que vos no matasteis a la señorita Hervé. –Paró otro ataque, recobró el aliento y continuó, poniéndose de nuevo en guardia–: En cambio, nada es menos seguro en el caso de la segunda víctima.

–¿Y por qué? –preguntó Wallace, dando vueltas alrededor de él, preparado para tirarse a fondo.

Volnay, que protegía bien su flanco izquierdo, hizo fácilmente una parada lateral.

–¿La matasteis?

–¡Por Dios, no! ¿Para qué? ¡Ni siquiera la conocía!

Inmediatamente después de responder, Wallace intentó darle una estocada baja y rápida. Cruzando el brazo derecho, Volnay apartó la hoja con un chasquido seco. Le parecía que el entrechocar de las espadas resonaba en toda la calle. Algunos habían abierto las ventanas y se habían asomado para ver mejor el espectáculo. Incluso se oyeron unos aplausos corteses tras una parada y respuesta del policía.

–Buena defensa –apreció Casanova, volviéndose hacia el monje.

–Sí –aprobó este frunciendo los ojos–, pero demasiada sala e insuficiente lucha de calle.

–En efecto, en efecto... –dijo el veneciano, mirándolo con curiosidad.

Volnay rechazó otro ataque. No se arriesgaba y se esforzaba en mantenerse a una distancia razonable para prever el ataque siguiente.

–¿Fuisteis vos quien ordenó agredir al monje en su casa mientras se ocupaba de la primera víctima?

Wallace rio de un modo siniestro.

–¡Nadie es menos cristiano que vuestro monje, lo sabéis perfectamente! ¡Su vida no tiene ningún valor!

Dio un golpe rápido y de repente sacó la daga, buscó la empuñadura de la espada de su adversario y la encontró. Volnay profirió una breve queja y soltó el arma. Un hilo de sangre caliente corría por su mano. En ese momento, Wallace dio un respingo de sorpresa, movió los brazos como para echar a volar y cayó con todo su peso hacia delante. El monje se acercó para retirar de la espalda del monje su daga, una bonita hoja de quince centímetros, fina y cortante, con empuñadura damasquinada.

–Me disculparás –le dijo a Volnay–, pero yo no había dado mi palabra. Y además, no me ha gustado lo que ha dicho de mí. ¡Acusarme de mal cristiano! ¡Habrase visto!

El caballero de Seingalt dio también un paso adelante. Llevaba en la mano izquierda un puñal.

–Me disponía a hacer lo mismo. ¡Siento decíroslo, pero sois demasiado caballeroso para nuestra época!

Luego se volvió hacia el cadáver y levantó la punta de su espada como para saludarlo, declamando por toda oración:

El infame hacia el cielo volvió su trasero inmundo
y, para morir finalmente como había vivido,
mostró, el villano, el culo a todo el mundo.

El monje había vendado con habilidad a su compañero, levemente herido, con un pañuelo de Chiara. La joven estaba muy pálida y se esforzaba en sonreír a Volnay, quien, por su parte, evitaba encontrar su mirada triste. Siempre discreto, el monje esperó en la entrada mientras sus compañeros accedían al palacete. La marquesa de Pompadour los recibió a los tres en el salón de música, donde destacaba un espléndido clavecín. En un rincón se veían partituras y una guitarra barroca. Un ramo de rosas añadía su fragancia al olor de cera de los muebles.

La Pompadour iba, como de costumbre, elegantemente vestida, pero Volnay la encontró pálida y con las facciones tensas. La marquesa parecía enferma. El rey había roto su juguete. Les dispensó, no obstante, un buen recibimiento, aunque su mirada se dirigía con frecuencia hacia Chiara como buscando la explicación de aquella intrusión en trío.

–Señora marquesa –dijo la joven con voz clara y firme–, el azar nos ha puesto a los tres en busca de una carta. Hemos considerado más adecuado traérosla juntos. Vos conocéis la discreción de todas las personas aquí reunidas...

La Pompadour no contestó. Había intentado poner a su servicio de una en una a las tres personas presentes, pero de la única que se fiaba de verdad era de Chiara. Esta la miró levantarse, con una adoración muda, para ir hasta donde

estaban los instrumentos musicales. Por un instante, la madera barnizada del clavecín reflejó la silueta frágil de la marquesa, cuyos dedos acariciaban las teclas de marfil.

–¿Quién ha leído esta carta?

–Yo, señora marquesa –respondió Volnay.

Chiara negó con la cabeza, abrumada. La Pompadour se volvió hacia ella y esperó.

–La carta ha estado unos minutos entre mis manos –dijo la joven, turbada– y os juro por Dios que no he leído ni una palabra.

La mirada de la marquesa se posó a continuación en Casanova, que se inclinó con gracia.

–Yo, señora, ni siquiera la he tocado –mintió con un increíble aplomo.

La marquesa lo calibró con la mirada, pero Casanova, experto en hacer teatro, ni siquiera pestañeó. La Pompadour asintió finalmente con la cabeza. Una sonrisa recompensó a Chiara, y una bolsa de oro, a Casanova. En cuanto a Volnay, pareció dudar y al final le ofreció su mano para que la besara. El policía besó, pues, aquella pequeña mano ardiente sin sentir una emoción especial. Si la marquesa quería ganarse su adhesión con ese gesto, perdía el tiempo, y lo comprendió enseguida. Volnay dio un paso atrás, un poco sorprendido por el olor de polvos de arroz que despedía la marquesa.

Esa misma mano grácil se tendió después hacia él y, sin pronunciar tampoco una palabra, la Pompadour cogió la carta y la leyó.

–¿Esto es todo? –preguntó en un tono neutro, una vez finalizada la lectura.

Tras un instante de desconcierto, el policía la observó con más atención. Parecía perpleja, aunque su rostro recuperó enseguida su máscara impasible.

–Sí, señora, esa es la carta –dijo Volnay, mirándola a la cara.

Los ojos de la Favorita se velaron de nuevo. Volnay se dio cuenta de que algo no iba bien. Una mirada de reojo le hizo comprender que Casanova también permanecía atento a esa reacción.

–¿Os burláis de mí? –preguntó la Pompadour.

Volnay dirigió una mirada de estupor a Chiara, que se la devolvió. El propio Casanova estaba desconcertado.

–No me atrevo a pensar que el rey haya podido enviar a la señorita Hervé a ver al conde de Saint-Germain por semejante razón –dijo con voz ligeramente trémula–, pero dudo que, aun provista de una carta así, este la recibiera.

–No lo hizo, señora –dijo sucintamente Volnay.

La mirada clara de la marquesa se clavó en la suya y pareció absorberla y diluirla. Cuando la liberó, Volnay notó que los latidos de su corazón se calmaban. Un silencio mortal reinaba en la estancia. Todo el mundo siguió con los ojos a la marquesa cuando esta se dirigió hacia la chimenea, donde, pese al

tiempo primaveral, ardía un fuego infernal. Su mano se acercó a las llamas y de pronto la carta ardió. Los dedos se abrieron y el papel se retorció convulsivamente de dolor, revoloteando en el hogar.

–Olvidad todo esto –dijo con voz serena–. ¡Todo! Una sola palabra y acabaréis en la Bastilla.

Se volvió hacia ellos y, durante un instante eterno, los tres quedaron impresionados por los últimos reflejos de su belleza marchita.

–Adiós –dijo.

Volnay advirtió que Chiara palidecía. Saludaron a la marquesa con deferencia y fueron hacia la puerta. El sonido de la voz de la Pompadour los alcanzó antes de que salieran.

–Ah, se me olvidaba, caballero de Seingalt. He oído decir que practicáis con la duquesa de Chartres una forma personal de la cábala que habéis adaptado a fin de que establezca secretamente las respuestas. Vuestra situación actual os exonera de tal tipo de práctica o juego. Recordadlo en el futuro si no queréis desagradarme.

Con su más deslumbrante sonrisa, Casanova se inclinó.

–Sabéis, señora, la fidelidad que os he profesado. ¡Ordenad y seréis obedecida! Antes de marcharme, eso sí, debo informaros sobre unos libelos injuriosos que serán publicados mañana si no actuáis con presteza ante el señor de Sartine.

Impasible, la marquesa lo escuchó y otra bolsa fue a recompensar la información ante la mirada de desaprobación de Volnay. Sin pronunciar palabra, salieron al patio. Era casi medianoche y estaban solos, trío incómodo bajo la pálida claridad lunar. Todos estaban consternados y se observaban en silencio. ¡No le habían entregado la carta auténtica a la Pompadour! La mirada de Casanova a Volnay era recelosa, pero el comisario de las muertes extrañas sabía muy bien que solo tenía una carta para la señorita Hervé. No era, sin embargo, la que esperaba la marquesa.

Fue Chiara la primera en intentar un acercamiento.

–No debéis enojaros conmigo, caballero, jamás he tenido intención de perjudicaros. Yo...

–Señorita –la interrumpió él con una voz glacial–, parecéis haber olvidado vuestro doble juego, pero yo lo tengo muy presente.

Se volvió hacia el caballero de Seingalt.

–En cuanto a vos, caballero, aunque no aprecio mucho vuestro papel en este asunto, os estoy agradecido por haber desenfundado la espada para proteger a la señorita.

Se inclinó brevemente, como de mala gana, y giró sobre sus talones, dejando a Chiara ruborizada y a Casanova con una sonrisa incipiente. Mientras el

carruaje de la joven los llevaba a su domicilio, el veneciano observaba en silencio a Chiara. Encontraba una sorprendente mezcla de dulzura y firmeza en su fisonomía. Por un instante, cerró los ojos y se abandonó a sus pensamientos.

El amor era el único objetivo de su existencia. Evidentemente, de más joven había deseado también riquezas, antes de que los altibajos de la vida le hicieran tomarse esta con filosofía y lo llevaran a rechazar magníficas situaciones y la mano de jóvenes acomodadas. Su libertad no tenía precio, pero ¿cuál era el que había que pagar por Chiara? Se sorprendió preguntándose en qué pensamientos se hallaría sumida la joven.

Chiara meditaba ensimismada. Había vivido hasta entonces sin coquetería, pero no sin amantes. Los contaba, no obstante, con dos dedos, pues, aunque había aprendido a seducir, no tenía la suficiente experiencia para engañar. Tras abandonar a su primer amante por el segundo, había dejado a este último a causa de él mismo, ya que su fatuidad la desesperaba. Sin decepcionarla realmente, ninguno de los dos llegó a conmover profundamente su corazón o sus sentidos. En la actualidad, se daba cuenta de que había invadido la vida de otros dos hombres y de que aún no se había decidido ni por el uno ni por el otro.

Lo que le gustaba de Casanova era su perfil de aventurero, incapaz de plegarse a las normas de convivencia del mundo, pero suficientemente obstinado para jugárselo todo sacando provecho. Frente a esto, la integridad tozuda de Volnay, aun admirándola, la aburría. Los dos estaban libres, sin embargo, ya que habían decidido ser ellos mismos. Simplemente, Casanova la hacía sentirse mujer y Volnay la inducía a sentirse niña.

–¿Por qué tiene que haber ocurrido todo así? –preguntó de pronto–. Y además, ¿qué mosca le ha picado?

–¿Habláis de Volnay? –preguntó despreocupadamente el veneciano.

–¿De quién queréis que hable? ¿Acaso es de dominio público que muchos hombres me hablan como él lo ha hecho?

–Sin duda ha sido muy descortés –convino el caballero de Seingalt.

–Por otro lado...

–Por otro lado, le habéis engañado, como a mí...

Siguió un largo silencio enfurruñado por parte de la joven que se prolongó hasta que llegaron a su casa. El veneciano bajó del coche y la siguió como si hubiera sido invitado, pese a que ella no había dicho una palabra. Chiara lo condujo a su habitación. Una cama vestida en pequín amarillo junquillo descansaba sobre un entarimado de madera de rosa. La mirada de Casanova siguió a lo largo de las paredes las gasas ligeras que estiraban sus cuerpos vaporosos. Chiara hizo sentarse a su invitado en un sillón.

–Lamento sobremanera haberos engañado –dijo–, pero ¿de quién puedo

fiarme?

Casanova sonrió.

–¡De nadie, creedme!

–¡Os burláis de mí!

–¡No! Hablo en serio.

Chiara se encogió de hombros.

–Os pasáis la vida riéndoos de la gente.

–Yo solo me burlo de su necedad.

Se produjo un breve silencio que rompió el caballero de Seingalt.

–¿Por qué trabajáis para la marquesa de Pompadour? Quiero decir, ¿qué es lo que os ha hecho elegir su bando?

Ella lo miró con una expresión escandalizada.

–¡Ya os lo he dicho! ¡Ella representa el porvenir! –Un pensamiento pareció turbarla súbitamente y añadió, bajando un poco la voz–: Y vos, el pasado.

El caballero de Seingalt se quedó sin habla. No por lo que acababa de ser dicho, pues ya había dado la vuelta a situaciones mucho peores, sino más bien por el dolor inesperado que lo había atravesado al oír esas palabras. Saber que era imposible un porvenir con Chiara le resultaba insoportable. Decidió retomar las riendas de su destino.

–Tengo, señorita, un gran empeño en gustaros, pese a no ser sino un descreído cuya vida se reduce a engañar a los demás y aprovechar los placeres del amor, del juego y de la mesa.

Fascinada a su pesar, Chiara meneó la cabeza.

–¿Por qué me contáis todo eso? ¿Por qué persistís en mostraros ante mí bajo vuestra peor luz?

–Porque deseo que me conozcáis tal como soy.

–Pero yo sé quién sois –dijo ella–, y lo que me gusta de vos es que no intentáis ser de otro modo.

Con su certero instinto femenino, Chiara comprendía que no había ni perfidia ni maldad en los designios de Casanova, bribón de alegría contagiosa, duende de la voluptuosidad para el que la mujer era a la vez misa y religión. Sin embargo, ella quería conocer otro aspecto del veneciano, pues nada la conmovía más que el niño que había sido y vivía aún en él.

–Seguid contándome el episodio en casa de Bettine. Teníais entonces...

–Casi doce años. Pero no hablemos más de ella, porque me rompió el corazón con otro y el destino no me permitió coger con ella la flor que yo habría deseado.

El veneciano evitaba de nuevo afrontar la mirada de Chiara, contentándose con observarla de espaldas en el espejo.

–En aquella época –dijo–, mi madre, invitada a jugar en San Petersburgo,

manifestó el deseo de verme en Venecia, y allí me llevaron. No había visto a mi madre desde hacía dos años y no recordaba que era tan guapa, tan maravillosamente guapa. El abate Gozzi tuvo sin duda la misma sensación, pues se pasó el rato conversando con ella sin mirarla a la cara. Cuando llegamos, él me rogó que fuera a besarla y yo me precipité en sus brazos, pero ese beso ella no me lo devolvió.

Chiara palideció, pero no dijo nada. Como a su pesar, Casanova prosiguió:

–Aquel rechazo –articuló despacio, contrariamente a su costumbre– fue la mayor traición de que he sido objeto en mi vida. No hay nada peor que una madre que rechaza tu amor.

El padre Ofag cruzó los dedos. Había fruncido los labios en forma de corazón y mostraba un semblante apesadumbrado.

–¡Me despertáis a medianoche para informarme de que habéis matado a mi buen Wallace –se quejó–, y aquí estáis, delante de mí, sin un ápice de arrepentimiento, mal cristiano!

–Vuestro buen Wallace –replicó con acritud el policía– atacó junto con dos sórdidos espadachines el carruaje de la hija del marqués de Ancilla. No tengo, en efecto, ningún remordimiento.

–¡Dios mío, qué escándalo! ¡Cómo os atrevéis!

–¿Quién va a negarlo? Yo estaba allí, y tengo la palabra del caballero de Seingalt y la de Chiara d'Ancilla. También intervino una patrulla que hacía la ronda para levantar los cuerpos. Por último, disponemos también del testimonio del cochero, así como de las personas que estaban asomadas a las ventanas.

El semblante habitualmente rubicundo del padre Ofag se había transformado en una máscara blanca.

–¡Dios mío! ¡Qué escándalo! ¡Qué escándalo!

–Solo depende de vos que no lo sea. Todo el mundo conoce vuestros lazos con Wallace y no los eliminaréis. Lo que sí podéis cambiar es el error de vuestro servidor.

–¿Qué queréis decir?

El padre Ofag escuchaba de pronto con mucha atención.

–El carruaje de la joven condesa Chiara d'Ancilla fue atacado en una calleja por dos maleantes. Wallace pasaba por allí y, movido por su valor, se precipitó en su auxilio. Mató a los dos malhechores, pero, herido de muerte, expiró poco después sobre el empedrado. ¿No os convendría más esta versión?

Los ojos del padre Ofag brillaban. Irguió el busto y su rostro recuperó rápidamente su color natural.

–¡En esa situación reconozco a Wallace, noble y valiente soldado de Dios! Pero... –Parpadeó y su expresión se volvió cautelosa–. ¿Qué queréis a cambio?

–Una carta vuestra reconociendo el mal comportamiento de Wallace. La llevaré a un notario y será confidencial hasta la hora de mi muerte, la cual, espero, no será ni accidental ni súbita... ¡Eso os evitará tener malos pensamientos!

–¿Es realmente necesario? –preguntó el clérigo en un tono empalagoso–. Mi palabra bastará, y me retiraré de inmediato de este asunto.

–Vuestra palabra...

El policía se reprimió para no decir lo que pensaba. El padre Ofag intentó de nuevo abogar por su causa. Su mano izquierda agitó el rosario delante de él, como para hipnotizarlo. El comisario de las muertes extrañas lo siguió con los ojos, súbitamente desazonado.

–El rey necesita a nuestro partido para que lo ayude a gobernar sabiamente y de acuerdo con los principios cristianos...

–El papel de un monarca –lo interrumpió Volnay– es dar de comer lo suficiente a sus súbditos en la tierra, no en el paraíso. –Se plantó delante del clérigo con una mano en la empuñadura de la espada–. Os retiraréis inmediatamente de este asunto –decretó–, pero me firmaréis también esta carta. Si os negáis, vuestros enemigos aprovecharán esta oportunidad y la policía no tardará en venir a vuestra casa.

El padre Ofag suspiró y cogió la pluma.

–¡Qué hombre! –dijo, lanzándole una mirada entre temerosa y admirativa–. ¡Desde luego, es una pena que no seamos amigos, caballero!

El monje caminaba arriba y abajo por el pasillo, nervioso, con la mano en la empuñadura de la espada, manteniendo a raya con la mirada a dos hombres de mal aspecto, bien armados y vestidos con jubones de búfalo y botas raídas.

«Más esbirros de Wallace», pensó.

Aliviado, vio salir a Volnay con el semblante impasible.

–¡Dos minutos más –dijo–, y destripo a todos esos cara de rata para entrar!

–¿Por qué? –se sorprendió el policía.

–Tenía miedo por ti.

–¡Te estás haciendo viejo!

El rostro del monje se oscureció.

–¡No es verdad, cada día estoy más joven! ¿Ha firmado?

–Sin hacerse mucho de rogar.

–¡Eso es que tiene el alma ágil!

El comisario de las muertes extrañas asintió con la cabeza. Salieron rápidamente y se encontraron en la oscuridad de la calle. A lo lejos sonó una campana.

–Necesitamos un coche –dijo Volnay.

Se dirigieron a calles más frecuentadas en busca de un cochero, caminando por el centro de la calzada con la mano sobre la guarnición de la espada. De vez en cuando algunas sombras se deslizaban en silencio de una calleja a otra. Bandidos y policías no eran, sin embargo, los únicos que estaban despiertos. Era la una de la madrugada y miles de campesinos entraban ya en París para ir al mercado de mayoristas cargados de frutas y verduras. Se daban voces unos a otros. La víspera, a la misma hora, se habían peleado con los cocheros en la Place de Grève, pues ocupaban con antelación los sitios del mercado matutino y no dejaban espacio para los coches.

–Por cierto, ¿adónde vamos? –preguntó el monje.

–Al Parque de los Ciervos, a la calle Saint-Louis. Esta mañana el rey me ha dado plenos poderes para realizar la investigación y su firma en blanco bastará para abrirme las puertas de esa casa e interrogar a la madama y sus pupilas sobre Marcoline, la segunda víctima.

–¡Ah, ese sitio todavía no lo conozco y me gustará visitarlo! –dijo el monje acariciándose la barba, encantado–. Pero ¿cuándo dormiremos?

–¡Cuando hayamos resuelto todo este asunto!

XI

Sigue a Dios, el destino
encontrará su camino.

Estaban sonando las diez de la mañana en el campanario de la iglesia vecina cuando llamaron a la puerta con grandes clavos negros de la vivienda del monje. Este abrió la mirilla y la joven sonrió al oír una exclamación sofocada. Los pestillos fueron descorridos y la puerta se entreabrió prudentemente. El monje pestañeaba como un búho, deslumbrado por la luz clara del día. Chiara lo contempló unos instantes. Su estatura era superior a la media, sus ojos, risueños, y su expresión, reflexiva. Una nariz afilada, ligeramente aguileña, despuntaba por encima de una boca bien perfilada y una barbilla voluntariosa. Habría quedado muy bien en una medalla, pensó.

–Os encuentro vestido de monje –constató Chiara–. ¡Todo depende, pues, de la hora en que se os vea!

El monje no contestó, pero su mirada se ensombreció considerablemente.

–Como ya sabéis –prosiguió ella con decisión–, soy una fiel de la marquesa de Pompadour y me avergüenza que el caballero de Volnay no lo sea también, ¡él, una mente tan científica! También sé quién sois vos, señor monje. ¡Pues sí, el fiel colaborador del comisario de las muertes extrañas no pretenderá pasar inadvertido durante mucho tiempo!

El monje había permanecido inmóvil hasta ese momento. Se apartó, con una sonrisa en los labios, para dejarla entrar.

–Vale más, señorita, que continuemos esta interesante conversación en el interior.

La hizo pasar a un pequeño gabinete de trabajo con las paredes cubiertas por una cantidad impresionante de libros. Algunos estaban encuadernados en becerro marrón o canela, otros, en tafilete rojo, verde o cetrino, y delicados encajes hechos con arquillos y ruedas adornaban las cubiertas. Los últimos, más raros y antiguos, ofrecían en sus cubiertas graciosas curvas y volutas realizadas con florones y paletas o incluso verdaderos mosaicos. Un libro descansaba abierto sobre la mesa de trabajo.

Chiara desplazó la cabeza hacia él, intrigada.

–¿Qué leéis, señor?

–*El palacio de los curiosos o Los sueños y visiones nocturnas explicados según la doctrina de los Antiguos*. Se trata de una obra que tiene más de un siglo, pero yo sigo sintiendo curiosidad por ese misterio del sueño y las ensoñaciones.

Ella esbozó un mohín dubitativo.

–¡Eso no sirve para nada!

–¡Error! Un día veréis una nueva profesión: intérprete de sueños. Yo anoto cuidadosamente mis sueños al despertar y, mientras desayuno, reflexiono sobre sus significados.

–¡Sois asombroso! –exclamó la joven con una risa cristalina que las paredes parecieron amplificar.

–Entonces, señorita, ¿decís que me conocéis? –preguntó despreocupadamente el monje, después de haberle ofrecido asiento.

Ella rechazó el ofrecimiento y se entretuvo paseando un dedo por un mapa que representaba el mundo, sus tierras y sus océanos.

–Soldado, duelista, monje, filósofo, médico, anatomista... ¿Creéis acaso que os hemos olvidado, señor de...?

El monje se apresuró a poner un dedo sobre sus labios.

–No pronunciéis mi nombre, ¡incluso aquí las paredes pueden tener oídos!

–¿Y qué teméis?

–Que oigan.

Ella lo observó con curiosidad.

–¿Es cierto lo que dicen de vos?

–Todo depende de quién lo diga –puntualizó con malicia el monje.

Una sonrisa iluminó el rostro de la joven.

–Los que os quieren cuentan que erais un gran sabio, adelantado a su tiempo, los demás...

–¿Sí?

Ella se estremeció.

–Que erais el diablo.

–¿El diablo con hábito?

–¡Os lo ponéis tan poco!

Él rio.

–¿Para qué? ¿No dicen: «El diablo en una mano y la capucha en la otra»? Además, rompí los votos hace mucho tiempo...

–¿Por qué?

–Dicen que, si bien la gracia empuja al cristiano a actuar, al filósofo lo empuja la razón.

–¿Ya no tenéis fe?

–Pues... no demasiada, no.

–Entonces, ¿no creéis en Dios? –insistió ella.

–No mucho –respondió el monje, y añadió guiñando un ojo–: *Sequere deum, fata viam inveniunt*: «sigue a Dios, el destino encontrará su camino».

Chiara lo miró con cierta curiosidad.

–Habladme del caballero de Volnay.

–¿Y por qué tendría que hacerlo?

Ella clavó los ojos en los suyos con arrogancia natural que caracteriza a todos los grandes de este mundo.

–¡Me hablaréis de él por la sencilla razón de que deseo que lo hagáis! ¿O queréis que revele vuestra existencia en las cenas y los salones?

Una sonrisa fría iluminó débilmente el rostro del monje.

–Vuestras amenazas no me asustan. Sartine sabe quién soy.

–Sí, pero vuestra condena, aunque no llegó a aplicarse, no fue anulada. Está... ¿cómo diría...?

La joven hizo como si buscara las palabras.

–Suspendida –dijo el monje.

Chiara asintió con la cabeza.

–Eso es, suspendida. Un rumor sobre vos podría obligar incluso a personas de las altas esferas a actuar en vuestra contra. ¿Puede Sartine alardear en público de emplear a un excomulgado?

Ni un solo músculo del rostro del monje se movió, pero sus ojos se tiñeron de un negro profundo. Ella pensó de pronto que podía ser un adversario temible.

–Vamos, vamos –dijo, inquieta–, no soy vuestra enemiga. Y no me miréis así. Sí, he actuado por cuenta de la marquesa de Pompadour, pero era por el interés general.

–Casi siempre aparecen muchos intereses particulares en el interés general –señaló el monje.

Los movimientos nerviosos de las manos de la joven expresaban su impaciencia.

–¡Yo solo quiero que me reconciliéis con el caballero de Volnay! –exclamó.

–¿Por qué?

–Pues... –Chiara se ruborizó ligeramente–. Es que no quiero que tenga un mal concepto de mí.

Una sonrisa se dibujó en las comisuras de los labios del monje y en sus ojos apareció un brillo más afable.

–¿Por qué lleváis hábito? –preguntó de pronto Chiara.

–Porque estoy obligado a hacerlo, señorita. Cuando, tiempo atrás, fui excomulgado por la Iglesia después de haber publicado mis trabajos, me retiré al campo.

La contempló un instante. Estaba atenta, en una actitud casi amigable.

–Pero eso no fue suficiente –prosiguió–. El poder real me declaró en busca y captura por atreverme a afirmar que el hombre tiene derecho a ir y venir con entera libertad tanto físicamente como en pensamiento.

Levantó un dedo docto a la vez que desplegaba una sutil sonrisa, como tenía por costumbre cuando quería subrayar una verdad o un gran principio.

–Porque, señorita, si el pensamiento no tiene derecho a circular libremente, no hay libertad. Y los poderosos no quieren eso, pues, cuanto más piensa la gente, más inteligente es, lo cual contraviene sus designios de someterlos.

–Sois tal como imaginaba –dijo ella sonriendo.

–¿Perdón?

Chiara se inclinó hacia él, con los ojos brillantes. Con un gesto muy natural, le cogió las manos.

–Os he leído, apasionadamente. ¡Habéis dicho antes que muchos otros tantas cosas ciertas! Sois un hombre sensible y de talento.

–Simplemente defiendo el interés común en un siglo en el que demasiadas personas solo piensan en su interés individual. El drama del hombre es que lo hace girar todo a su alrededor, convirtiéndose él en el centro.

Chiara lo contempló, pensativa, y se fijó en su mirada apasionada, su boca de comisuras irónicas, burlona pero atemperada por una indudable bondad.

–Contadme cosas sobre Volnay.

–Por desgracia –suspiró el monje–, vio a su padre, el hombre al que admiraba más que nada en el mundo, retractarse al pie de la hoguera y denunciar aquello en lo que había creído toda su vida. Después de aquello, el desdichado huyó a causa de la vergüenza y murió de pena cuando su hijo aún no había cumplido doce años. En aquella época, yo me había refugiado en Ginebra. Debo deciros que me he pasado la vida huyendo de Francia y volviendo aquí...

Se calló y pareció meditar unos instantes.

–En resumen, recogí a ese muchacho porque era hijo de mi mejor amigo y lo quería. Llegado a la edad adulta, tuvo la extraña ocurrencia de ingresar en la policía. Quizá lo hiciera para reparar alguna injusticia. La suerte le permitió salvar al rey y convertirse en ese comisario de las muertes extrañas que tanto da que hablar. Hace dos años, el rey lo autorizó a traerme de regreso a Francia, pero con dos condiciones: la primera era que sirviese al rey en la policía, que es lo que hago colaborando con Volnay; la segunda, que llevara este hábito en penitencia y saliera lo menos posible. Por eso vivo en general como una vieja lechuza en medio de mis probetas, mis libros y algunos cadáveres dignos de interés que Volnay manda que me traigan aquí.

Chiara había permanecido llamativamente callada. Cuando él hubo terminado de hablar, dejó escapar un largo suspiro.

–Eso lo explica todo –dijo.

El monje asintió con la cabeza. La veía satisfecha de sus explicaciones. Él también lo estaba. ¡En realidad, había estado tan convincente que casi se lo creía él mismo!

Chiara se levantó con gracia.

–Vuestro laboratorio debe de ser de primer orden, ¿puedo visitarlo?

El monje esbozó una sutil sonrisa y la condujo al laboratorio. Lo insólito rezumaba de sus paredes. Chiara se paseó entre hornillos circulares tocados con tapaderas abombadas, crisoles, alambiques y probetas, admirando los instrumentos cuidadosamente alineados en las mesas.

–¿Qué es esto? –preguntó de pronto, deteniéndose delante de un horno encendido en una esquina de la habitación.

–Uno de mis experimentos. Tengo esta materia al fuego desde hace dos años.

Con un crujido de seda, la joven se arrodilló.

–¡Polvo de proyección para llevar a cabo la transmutación de los metales en oro! –exclamó, excitadísima.

–¡Ah! –dijo el monje–. ¡Vos también habéis llegado ahí! –Parpadeó varias veces y citó con voz solemne–: «Lo que está arriba es como lo que está abajo para obrar el milagro de la cosa única».

–«Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo burdo, despacio y con ingenio» –contestó de inmediato la joven.

El monje pareció meditar un instante esa revelación. Chiara le aparecía ahora bajo una luz nueva, ya no como una intrigante al servicio de la marquesa de Pompadour, sino más bien como una mente abierta e ilustrada, llena de una curiosidad sin límites.

–Por más que tengamos una mente científica, siempre volvemos a eso, ¿verdad? –dijo el monje, un tanto fatalista–. ¡Gran obra y piedra filosofal! Cómo hacerse rico y mantenerse eternamente joven... Ese es el sueño de todos, pero, a vos, ¿quién os ha llevado por este camino?

Ella titubeó un momento y luego se encogió de hombros.

–A los doce años encontré un cofre que contenía viejos libros en una de las casas de campo de mis padres en Italia. Un manuscrito polvoriento contaba la historia de Nicolas Flamel y su mujer, Pernelle, su descubrimiento del elixir de la eterna juventud y del polvo simpático. Estaba maravillada. Después leí a Paracelso...

–¡Ah, Paracelso! Uno de nuestros más grandes pensadores. Muchos alquimistas solo querían encontrar el secreto de la transmutación del acero en oro; él buscaba el secreto para curar. ¿Sabéis cómo?

–Sí –respondió ella–, a partir de sustancias naturales comestibles, como el hinojo, la nuez moscada y el clavo. Para la elaboración de los medicamentos, buscaba el principio activo, la quintaesencia, pues la quintaesencia de una planta es tan eficaz que media onza surte más efecto que cien de la planta en su estado natural.

–*Modus praeparandi rerum medicinalium* –dijo doctamente el monje–.

Paracelso utilizó la alquimia como arte médica para preparar remedios y no como técnica de transmutación del metal en oro. Sustituyó la cocción del metal por la fermentación que es la digestión.

De pronto se interrumpió y dirigió una mirada intensa a los ojos de Chiara.

–¿Por qué os interesáis tanto por Volnay?

Sorprendida por la pregunta, la joven pestañeó brevemente antes de que sus ojos empezaran a despedir llamas.

–¿De dónde sacáis que me intereso por él?

–Me habéis pedido que os hable de él y he percibido claramente un tierno interés por vuestra parte.

El tono del monje era cordial y sus ojos inteligentes estaban en ese preciso momento llenos de bondad y comprensión. Las mejillas de Chiara se encendieron, aunque suavemente.

–Os equivocáis; y además, yo no suscito interés en el caballero de Volnay.

–Eso está por ver, yo lo encuentro muy pensativo en los últimos tiempos. En cuanto al caballero de Seingalt, la cosa cambia, ¿no? –señaló con malicia el monje.

–Es muy... servicial –reconoció la joven.

–¿Servicial, Casanova? Yo diría más bien que es un ser de instinto y sensaciones. Volnay, en cambio, tiene demasiado dominio de sí mismo... –Y añadió mascullando entre dientes–: En cualquier caso, aspira a tenerlo.

Chiara dejó vagar la mirada por los tubos llenos de líquidos de distintos colores. Reinaba en la estancia una atmósfera tan académica que ella parecía casi fuera de lugar en relación con la naturaleza harto extraordinaria del monje.

–No habláis nunca de vos –le reprochó en el tono que una jovencita amorosa emplearía con su padre.

–¡Porque mis recuerdos están tan arrugados como yo! Mis padres habían predestinado a su hijo mayor al oficio de las armas y al segundo, yo, al clero, como es habitual. ¡Pero nosotros hubiéramos querido que fuera al revés, porque nuestros gustos estaban cambiados! Yo era joven y ardiente y me encantaba manejar la espada. Mi hermano mayor era tranquilo y reservado. La educación que recibí tuvo, con todo, el mérito de hacerme erudito; sin embargo, cuando mataron a mi hermano combatiendo, cambié el hábito por el uniforme para vengarlo. Fue así como participé en la guerra de sucesión de Polonia y en la invasión de Lombardía y del ducado de Parma con las tropas francesas y piamontesas. Luché contra los austriacos en San Pietro y en Guastalla. En el ejército aprendí a luchar, pero también, gracias a un médico, a curarme. Al volver a Francia, me deshice también del uniforme para unirme a las filas de los sabios enciclopedistas. Ya conocéis la continuación..., juzgado, encarcelado, huido, retornado...

–Os habéis vuelto muy prudente y muy sabio ahora –señaló Chiara con impertinencia.

–Es que la enorme cantidad de tonterías que cometí en mi juventud acabó mortificando mi cerebro. De modo que me esforcé en vivir alejado de las pasiones, aunque una vaga necesidad de amor todavía me atenaza... Pero Volnay... ¡Él aún está en la edad de las quimeras y las locuras, igual que vos!

Un silencio los unió durante unos instantes, pero su excesiva duración acabó por separarlos.

–Volnay me ha contado lo de la carta –dijo por fin el monje.

Chiara esperaba ese comentario.

–Sí, aunque había sido encargada de esa misión por la marquesa de Pompadour, lo ignoraba todo sobre su contenido. Hasta ayer no comprendí que no se trataba de la carta que ella esperaba.

–Pero es la que Volnay encontró en el cadáver de la señorita Hervé. No había ninguna otra, os lo juro.

La mano de la joven cubrió la suya y la apretó afectuosamente.

–¡Os creo! Eso solo significa que, o bien se la dio antes a alguien, o bien se la quitaron.

–Wallace está muerto –recordó el monje–, o sea que no será él quien venga a revelarnos la verdad; pero el solo hecho de que el partido devoto desplegara tantos esfuerzos para recuperar esa carta demuestra que no obra en su poder. Intentad averiguar algo más de la marquesa sobre su contenido; eso nos ayudaría.

La joven italiana hizo un gesto de contrariedad.

–No confía en mí lo suficiente para eso. Quizá solo el conde de Saint-Germain...

El monje se estremeció. ¡De nuevo el conde!

–Sí –continuó Chiara, con la mirada perdida–, solo el conde parece gozar de toda su confianza, cabría preguntarse si...

No terminó la frase, pero el monje había entendido de sobra y en alguna parte de su cerebro un retazo de cielo se despejaba. Se separaron con gran afabilidad. Para sellar su nueva amistad, el monje le regaló a Chiara un frasco de agua ardiente elaborada a partir de un vino añejo, infusión de piedras de cal viva, azufre y tártaro de Montpellier.

–Lo he triturado y destilado yo mismo en un alambique bien zulacado –dijo–. Esta agua ardiente sirve, como sabéis, para infinidad de cosas. ¡Os será muy útil en vuestros experimentos!

El conde recibió a la marquesa en silencio y le indicó que podía hablar. Se encontraban en una habitación cerrada, con los postigos entornados y las

paredes forradas de madera dorada con oro rosa. Filtrados por las persianas, los rayos del sol inundaban el lugar de una suave luz y daban un toque de color inesperado iluminando un jarrón de cobre y porcelana.

–Esta habitación está protegida del mundo, la ventana es doble, he hecho poner cortinas a lo largo de todo el perímetro, y una doble puerta cierra la entrada. Por último, en el pasillo, un hombre fiel monta guardia.

La marquesa de Pompadour asintió con la cabeza.

–¿Tenéis todavía aquella poción? Estoy tan cansada...

–Señora –dijo el conde de Saint-Germain–, temo por vuestra salud. Mi poción os ayudará a encontraros mejor, pero, si no cambiáis vuestro modo de vida, no viviréis más de cuatro o cinco años.

La marquesa suspiró.

–Cuatro o cinco años ya es mucho tiempo, y se puede aprovechar para hacer bastantes cosas. Además, la muerte no me da miedo, me reuniré por fin con mi querida hijita difunta...

Una lágrima asomó por el rabillo de sus ojos, que ella enjugó con delicadeza.

–Ánimo, señora –dijo el conde–, todavía hay esperanza.

–Siempre me complace oíroslo decir, mi querido guía y consuelo...

No terminó la frase. La mano del conde cubría la suya. Era la mano de un amigo, de modo que no se ofendió, pese a no soportar el contacto físico.

–¡Confiad en mí!

–¡Pero si confío en vos! ¡Sois mi amigo! –exclamó ella.

–Un amigo que se preocupa por vos, señora. –El conde se inclinó hacia ella–. La carta, señora marquesa, esa carta que os robó la señorita Hervé, sigue estando en manos desconocidas. Las calaveradas del rey han desviado nuestra atención de ella: ¡pedirme que mate el germen de la vida en una amante embarazada! ¡Tiene que estar perturbado!

Los labios de la Pompadour esbozaron una ligera mueca de contrariedad, pero no dijo nada.

–Tratad de recordar, señora –la acució el conde–. Os di en mi casa esa carta para enseñársela a ciertas personas. La llevabais encima al subir al coche. Pero hete aquí que en el interior del carruaje esos papeles se os caen del bolsillo. La señorita Hervé los recoge entonces subrepticiamente y se los guarda. A no ser que os los robe, si os habéis adormilado. Os pide después que la dejéis junto a su casa de París y no en Versalles. Luego sucede lo que sabemos. ¿No visteis nada? ¿No os llamó nada la atención?

La dama, afligida, negó con la cabeza.

–Señora –dijo entonces el conde–, debéis seguir apostando por vuestro informador, Casanova, y por vuestra joven discípula Chiara.

–A ella le repele...

La Pompadour se interrumpió. El conde había levantado una mano con los dedos separados hasta su cara y se la tocó. De repente, ella vio que ponía los ojos en blanco y notó que se agarrotaba. Dejó de respirar. El conde se había quedado inmóvil, un aura luminosa parecía rodearlo de pronto, y la marquesa no sabía si ese resplandor provenía de alguna fuente misteriosa o simplemente de los rayos del sol.

–Señora...

La voz parecía salir de ultratumba. La mano del conde bajó hasta su rodilla.

–¡Habéis tenido otra visión! –exclamó la marquesa.

El conde la contempló fijamente un momento y sus facciones se relajaron.

–He visto la carta entre sus manos...

–¿Entre las manos de Volnay?

–¡No, entre las del monje!

El monje miraba el resplandor del horno en la oscuridad. Hacía un intenso calor en la habitación y un ligero sudor brotaba de su frente.

–¿No quieres verla, entonces?

Volnay vaciló. Pensaba en unos versos que había leído y que, resumiendo, decían esto:

Apartémonos de su mirada y de sus ojos,
no se sabe amar cuando se sabe decir adiós.

–No, jamás.

El monje suspiró interiormente. Sabía que Volnay podía ser muy terco y capaz de perder irremediablemente aquello a lo que aspiraba por pura obstinación. El policía esperaba demasiado de los demás para no acabar sintiéndose decepcionado.

–Debes reconciliarte –insistió–. Ahora nos hemos enterado de que la carta que habías cogido del cuerpo de la señorita Hervé y que le entregaste a la marquesa no era la que ella buscaba. Existe, pues, una segunda carta de la que lo ignoramos todo, pero que es lo suficientemente importante para que nos agredan. Me estremezco al imaginar la importancia de las revelaciones que contiene. ¡Nada menos que Sartine, la Pompadour, el partido devoto y la Hermandad andan tras ella!

–Al igual que la marquesa, Chiara ignoraba la existencia de dos cartas –dijo Volnay–. Su sorpresa no era fingida, creía de verdad que tenía en las manos la que la marquesa deseaba.

–Sí, era totalmente sincera –confirmó el monje–, lo he comprobado con mis propios ojos. Solo que el contenido de esa segunda carta debe de ser tan terrible que la marquesa no lo revelará jamás, ni a Chiara ni a nadie... –Estiró sus manos. Y ahí es a donde yo quería ir a parar. Tenemos dos asesinatos sin

resolver y una carta que encontrar. Anoche no averiguamos nada en el Parque de los Ciervos. Solos jamás lo conseguiremos. ¡Tienes que reconciliarte con Chiara!

–No.

–¡Tengo una razón suplementaria! –dijo, triunfal, el monje.

–¿Cuál?

–¡Que estás enamorado de ella!

En el parque se alzaban grandes árboles de corteza rugosa y apergaminada. Chiara los tocaba uno tras otro al pasar junto a ellos, como si su contacto la tranquilizara.

–Gracias, caballero, por haber aceptado volver a verme. Sé que para vos no soy más que una espía...

Envuelto en una desesperación cansada, Volnay se esforzaba en mantener la vista al frente, evitando mirarla mientras le contestaba.

–Todo el sistema está pervertido, señorita. Por todas partes hay espías, informadores y soplones. Todo el mundo se vigila, se espía y se denuncia. De esa espantosa cloaca nace el orden real.

Chiara se estremeció a su pesar.

–Yo... yo no deseaba participar de esa manera.

–Pero lo habéis hecho.

Volnay alzó la cabeza hacia el cielo. Había notado un cambio en el aire. Un fuego lento parecía consumir las nubes cargadas de estopa encima de su cabeza.

–Por mi parte –prosiguió–, estoy consternado por el hecho de que mi conducta haya podido poneros en peligro y porque de no ser...

Pareció tropezar con las palabras, como si coágulos de sangre se agolparan atravesados en su garganta. Chiara, caritativa, acabó por él:

–De no ser por la espada del caballero de Seingalt, nos habríamos encontrado en una situación muy enojosa...

Volnay aprobó con un breve gesto de cabeza. Le costaba cubrir de laureles a su rival.

–Pero vos vinisteis en nuestro auxilio...

La joven apoyó la mano en su brazo como si él se lo hubiera ofrecido. De nuevo, sentimientos contradictorios invadieron al policía.

–¿Me perdonaréis algún día? –murmuró Chiara.

Los segundos pasaron. Habían dejado de andar y se contemplaban en silencio, sorprendidos de pronto como por una súbita revelación.

–¡Me perdonaréis, es preciso! –dijo ella, inclinándose hacia él–. No quiero vuestro desprecio, deseo vuestra amistad. Vos y yo estamos hechos de la misma madera. La moral del egoísmo natural no admite ni derechos ni deberes, la

condenamos juntos. No creemos en Dios y la humanidad es toda nuestra religión.

Él la contempló, asombrado.

–¿Tantas cosas se me han escapado para que penséis eso de mí?

Chiara se echó a reír alegremente.

–Algunas, sí. Veamos, ¿qué me contestaríais si os digo: «Nuestros sacerdotes no son lo que se piensa...»?

–«¡Nuestra credulidad constituye toda su ciencia!»

–¡Leéis a Voltaire, lo sabía! ¿Lo veis como estamos hechos para entendernos?

–¿Para entendernos o para encendernos? –preguntó absurdamente Volnay, lamentando la pregunta nada más haberla hecho.

Se produjo un silencio embarazoso que el policía se encargó de romper.

–Tenéis la oportunidad de ayudarme –dijo lentamente–. Vamos a tender una trampa al asistente del conde con vuestra ayuda, señorita.

Chiara abrió los ojos con expresión de perplejidad y, para tranquilizarla, él se apresuró a explicarle cuál sería su papel.

–Llevad cuidado con el conde de Saint-Germain –dijo ella–, no sabemos quién es realmente, y Casanova me ha dicho que la otra noche lo vio entrando en cierta casa del Parque de los Ciervos.

–¿El conde en ese lugar de desenfreno?

Volnay no salía de su asombro y ni siquiera intentaba disimularlo.

–Estoy dispuesta a hacerlo, caballero –dijo Chiara–, por vos...

–¿Por mí?

Chiara asintió con gesto triste.

–Sí, porque yo ya no tengo ningún papel en este asunto, como sabéis.

Su mirada se perdió en el vacío.

–Os he decepcionado, lo sé muy bien, y creed que lo lamento. Pero no me habéis respondido: ¿podremos ser amigos?

Por un instante, Volnay temió que le cogiera la mano y le hiciera perder todas sus facultades. Ella no lo hizo, pero al final él lo lamentó. Todo contacto con ella lo colmaba de dicha y ahora se daba cuenta de hasta qué punto necesitaba esos momentos.

–Dijisteis cosas muy duras sobre las mujeres –prosiguió Chiara–. Generalmente se habla por experiencia. ¿Tanto os han decepcionado todas ellas?

Volnay apretó los dientes.

–Solo una.

–A veces una es suficiente –murmuró ella, pensativa.

Siguió un largo silencio durante el cual cada uno pensó en lo que iba a decir.

–A mí –intervino Chiara–, los hombres no me han desengañado porque no

espero de ellos más de lo que pueden dar. Quizá vos esperáis demasiado de las mujeres.

–¿Esperar un poco de constancia es mucho pedir? Un día lo eres todo para ellas, y al siguiente, nada. Te las cruzas por la calle y pasan de largo como si no hubieras existido jamás.

Esta vez, la mano de la joven buscó la suya y la asió con firmeza. Volnay se dejó hacer. La sangre le latía en las sienes y rezó para que su turbación pasara inadvertida.

–¿Qué sucedió? –preguntó ella.

Él vaciló hasta que la mano de Chiara se hizo más apremiante.

–Nos decíamos mutuamente que era imposible que algún día dejáramos de ser lo que éramos en ese momento el uno para el otro. Dos semanas después, ella había olvidado todo lo nuestro por un joven petimetre de lengua muy suelta.

–¿Y se casó con él?

Se produjo otro largo silencio. Hasta los pájaros parecían haberse callado.

–No, señorita –respondió Volnay con una voz sin timbre–. No se casó con él porque lo maté.

El silencio, en este caso, fue destructor. La mano de Chiara había soltado la suya.

–¿Cómo es eso?

–Un duelo...

–Ya veo...

Estaban llegando a una terraza cubierta de boj cuando el sol se escondió detrás de las nubes.

–Va a llover –dijo Volnay, lacónico.

–No me importa mojarme –dijo ella–, me encanta la lluvia y todo lo que proviene de la naturaleza. ¿Os gusta a vos la lluvia, caballero?

–No.

–¿Os gusta, al menos, la ciencia?

–Mis gustos me llevan más bien hacia las letras y la poesía.

–Con la salvedad de los libros de anatomía, para resolver los casos de muertes sospechosas –señaló ella en un tono ligeramente burlón.

Una alameda sinuosa los había conducido hasta unas arboledas entre las que se escondían amorcillos de mármol, angelitos que lanzaban flechas al corazón de los imprudentes que se aventuraban a adentrarse en ellas.

–A mí me interesa todo lo nuevo –prosiguió ella con un súbito entusiasmo–. Tenemos que progresar tanto..., y solo la marquesa de Pompadour puede ayudarnos a hacerlo.

Hubo un silencio. A todas luces, el policía no estaba satisfecho del giro que

había dado la conversación.

–No parece que apreciéis mucho a la marquesa –observó Chiara en un tono contrariado–. En realidad, tampoco os es simpático el rey, ni los nobles de la corte.

–Vuestros semejantes no muestran sino indiferencia hacia las desgracias de los demás.

El tono era tajante. Chiara ocultó su turbación tras una pregunta.

–¿Habéis sido siempre tan rígido en vuestras convicciones, caballero? ¿Qué clase de niño erais?

Volnay no respondió enseguida. Recordaba juegos infantiles en los jardines, columpios, el escondite, la gallinita ciega..., mil cosas que no despertaban en él sino nostalgia y pesar.

–De niño es cuando se muere al mundo de los hombres –dijo entre dientes–. Tuve una bonita infancia, pero la destruyeron de golpe, y a mí con ella. Me gustaría tanto recuperar la inocencia de esa edad...

Una nube ocultó el sol. Alrededor de ellos, en los jardines, las flores se estremecían.

–Va a llover –dijo Volnay por segunda vez.

Chiara había puesto las manos tras la espalda e inclinado la cabeza hacia un lado, mostrando un cuello terso y blanco.

–Los hombres no son tan malos en la tierra como vos pensáis, y en cada uno de ellos hay algo bueno. Pensad en Casanova...

–Mal ejemplo –dijo Volnay entre dientes–. Es un simulador redomado, un ser frío y manipulador.

Chiara negó con la cabeza.

–No es frío, os lo juro.

Volnay levantó vivamente los ojos hacia ella.

–¿Lo veis? –se quejó–. Lo defendéis y apreciáis pese a su reputación.

–Si su reputación lo precede, es porque no pretende disimular su naturaleza –observó ella, y no era una observación exenta de pertinencia–. En este siglo de hipocresía, es un ser sincero.

Un silencio.

–Como vos –añadió precipitadamente.

Volnay no contestó, pero le lanzó una mirada llena de esperanza. Ella hizo un mohín encantador.

–Y vos, señor, disimuláis vuestra naturaleza. No es tan fría como queréis aparentar, ¿verdad?

El comisario no tuvo tiempo de responder. Las primeras gotas se estrellaron contra el suelo. La joven gritó como si la hubieran herido, lo cogió de la mano y tiró de él.

–¡Venid conmigo, ya que no os gusta la lluvia!

Se refugiaron bajo una gruta de follaje que los protegió del chaparrón. La joven temblaba y, en un gesto más instintivo que calculado, Volnay pasó los brazos alrededor de sus hombros. Sorprendida, ella levantó un semblante interrogador hacia él. El policía cerró un instante los ojos, la boca de Chiara no era sino una herida escarlata que había que curar. Sus labios rozaron los de ella, dispuestos a retirarse si la joven retrocedía. No lo hizo, como si hubiera decidido afrontar la verdad de ese momento.

Chiara cerró los ojos y se dejó besar, tímidamente al principio y luego cada vez con más pasión. Su lengua parecía dotada de vida propia y se entregaba impúdicamente a la del caballero. Por un instante, la presión de sus brazos alrededor de él se hizo tan fuerte que Volnay se puso rígido. Poco a poco, como un reflujo, el ardor de la joven decayó y abandonó por fin su boca, retrocediendo ligeramente y retocándose el peinado.

–¿Lo veis? –dijo, recobrando el aliento–. Vuestra naturaleza es más ardiente de lo que aparenta. ¿Por qué, entonces, huíais de mí?

Él la tenía aún entre sus brazos, creía que si aflojaba el abrazo la perdería para siempre. Una gran dicha y un dolor sordo se mezclaban en su corazón.

–Huía de vos –dijo– porque vuestra presencia despierta en mí tales dolores que me parece más prudente evitar reavivarlos viéndoos.

–Entonces, ¿por qué no huis de mí en este momento? –preguntó Chiara.

–Porque, si bien no hay nada más terrible que lo que siento por vos, tampoco hay nada más dulce. No me reprochéis esta confesión.

Chiara contempló en silencio la cicatriz que le corría desde el rabillo del ojo hasta la sien, alargó hacia ella un dedo vacilante y acarició sus contornos.

–Os reprocharía más que guardarais silencio sobre vuestros sentimientos –susurró ella a dos dedos de sus labios.

Y él la besó otra vez, y otra...

–Este jardín esconde muchas maravillas –dijo por fin Chiara, sin aliento–, pero también muchas trampas...

Una luz suave atravesaba a tientas un ligero y luminoso velo de bruma cuando Volnay salió de la residencia de la joven. Ni siquiera la calle manchada de barro tras el aguacero pudo quitarle la alegría recuperada después de tantos años.

La visita siguiente estaba destinada al conde de Saint-Germain. El conde estaba en su estudio de pintura y lo recibió sin afectación, mostrándole, como de costumbre, la mayor cortesía. Tan educado como siempre, le explicó con mucho gusto a Volnay su actividad del día.

–Lo que veis es arcilla triturada mezclada con polvos de colores elaborados

por mí, un poco de goma arábiga como aglutinante y tierra para darle consistencia al preparado. Observad cómo asegura la arcilla la cohesión de los pigmentos; la estabilizo con miel porque esta atrapa bien la humedad del aire.

Dio un paso atrás y contempló su obra con aire satisfecho.

–Me gusta este aspecto polvoriento y aterciopelado del pastel. Su naturaleza granulosa es lo que le da esa brillantez incomparable al provocar la refracción de la luz.

Cogió un trapo para mejorar la coloración frotando y difuminando hábilmente las superficies coloreadas.

–¿Cómo va vuestra investigación? –preguntó en un tono festivo.

Volnay le contó todo lo relacionado con su asistente y le dijo lo que pensaba al respecto, pues sabía que ese íntimo de los todopoderosos no se movería si pensaba que el policía se guardaba para sí sus secretos. El conde de Saint-Germain permaneció impasible, pero su mirada no se apartaba ni un segundo de Volnay, como si tratara de leerle la mente.

–Bien –dijo por fin–, que así sea. Haré lo que esperáis de mí.

El policía se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. El conde de Saint-Germain le indicó que lo siguiera hasta un caballete situado junto a la ventana, cubierta por unas cortinas. Las descorrió y una luz dorada inundó la habitación. Mientras Volnay pestañeaba, deslumbrado, el conde se apresuró a darle la vuelta al cuadro con la destreza de un prestidigitador.

–Hice esta obrita después de vuestra visita en compañía de esa encantadora persona cuya belleza me impresionó.

Se trataba de una pintura al pastel que representaba a Chiara. Al acercarse, el policía descubrió que la composición se organizaba en torno a un gran motivo piramidal, formado por la joven, Casanova y él mismo, Volnay. Los ojos de Chiara relucían como diamantes en bruto en la oscuridad. La cola de su vestido se extendía hasta una carpeta de dibujo que la mano de la joven parecía señalar. El policía se inclinó y distinguió en esta una serie de símbolos esotéricos: un triángulo equilátero dentro de un pentágono, dentro de un heptágono, dentro de un eneágono. Tomó buena nota mental de las figuras antes de que su atención se desplazara al retrato de Chiara.

El pintor había trabajado de tal forma que el recorrido de la mirada era progresivo. En el primer plano, la alfombra actuaba de trampantojo dando profundidad y base al motivo piramidal. Deslizándose por el vestido, la mirada se elevaba hasta el rostro de expresión soñadora de Chiara, vuelto hacia Volnay, mientras que todo su cuerpo parecía inclinarse hacia el lado donde estaba Casanova. ¿Era una simple observación?

–Lo he pintado de memoria –dijo el conde.

Volnay comprendió que se refería a la joven. Estaba resplandeciente, y de

pronto el policía se sintió dispuesto a todo por poseer ese cuadro.

–Este lienzo es para vos –dijo el conde, como si le leyera el pensamiento–, pero todavía no lo he terminado. En realidad, se piense lo que se piense, la historia dista mucho de haber acabado...

Se volvió por completo hacia el policía.

–No olvidéis dos cosas, mi joven amigo. La primera, que raramente existe la verdad, sino verdades. El resto no es más que opinión... –Dirigió una mirada al retrato de Chiara y continuó–: Y la segunda, que, si debemos dar una definición de la felicidad, esta es poder estrechar entre los brazos a una persona a la que amáis y que os ama...

Bajo la luz dorada de la puesta de sol, Volnay regresó a su casa. Sus pensamientos se dirigieron de inmediato a la joven que había tenido entre sus brazos. Le parecía que sus labios estaban todavía húmedos de sus besos.

«¿Podré continuar viviendo sin ella?», pensó de pronto con desesperación.

Durante la noche había vuelto a llover. Por la mañana, los adoquines sobre los que había caído la lluvia parecían humear. En su casa, el asistente del conde mostraba el frasco con un aire inspirado cuando Chiara se llevó una mano a la frente.

–Dios mío, me arde la cara.

El otro se apresuró a acercarse a ella y le ofreció asiento.

–¿Queréis un vaso de agua o un licor?

–Un vaso de agua, por favor –murmuró ella con voz desfalleciente.

Cuando él salió de la habitación, ella fue rápidamente hasta la puerta y la abrió. Volnay fue el primero en entrar, empuñando la espada.

–¡Charlatán! –bramó, mientras el asistente se quedaba petrificado frente a ellos.

–Pero..., pero... –balbució este último–, ¿qué significa esto?

–¡Basta! –dijo una voz de indiscutible encanto, pero cuyo tono era indudablemente el de la autoridad.

El conde entró. Iba vestido, como era su costumbre, con una sencillez magnífica y refinada. El asistente se quedó lívido.

–¡De modo que así es como me agradecéis mis bondades! –Dijo el conde–. ¡Robándome las pociones y vendiéndolas!

Tendió una mano y el asistente puso el frasco sobre ella. El conde lo destapó y olió el contenido.

–¡Desdichado! –dijo–. Sois un niño en el país de los gigantes. ¿Sabéis siquiera lo que hacéis?

–Quizá se ha limitado a imitaros... –observó Volnay sin la sombra de una sonrisa.

El conde se volvió vivamente hacia él.

–¡Ah, señor mío! –dijo, con una especie de pavor–. ¡Loco tendría yo que estar para que se me ocurriese darle a alguien una droga desconocida!

–¿Qué contiene ese frasco? –preguntó el policía, impasible.

El conde no respondió directamente.

–Me piden muchas cosas –dijo con expresión sombría–. Un día, una dama de cierta edad vino a verme para que le consiguiera una loción para conservar sus cabellos y preservarlos de encanecer a lo largo de los años. Me atribuyen la facultad de rejuvenecer, incluso la de curar. Yo hago uso de mis conocimientos de química, pero no para eso. –Hizo desaparecer rápidamente el frasco en su bolsillo y se volvió hacia su asistente con una máscara implacable en el rostro–. El comisario de las muertes extrañas me ha traído el frasco que vos le disteis a la señorita Hervé a cambio de vuestras horribles caricias. Contenía un producto para limpiar las impurezas de los diamantes. Cuando esa joven extendió el contenido por su rostro, inmediatamente toda la piel de este se quemó y ella murió entre atroces sufrimientos.

Volnay agarró al asistente por el cuello y lo zarandeó sin miramientos.

–Comprendisteis el error que habíais cometido cuando os enterasteis de la muerte de esa joven y pagasteis a un espadachín para atacar al monje mientras examinaba su cadáver. Queríais recuperar el frasco, ¿verdad? ¡Teníais miedo de que la joven lo llevara encima y de que, a través de él, llegáramos hasta vos!

El asistente abría y cerraba la boca, como alelado.

–¡Responded! –gritó el policía, tirándolo al suelo de un empujón.

El hombre emitió un breve sollozo y se arrastró hasta él para agarrarse a sus rodillas.

–¡No, os juro que no! He traicionado a mi señor para hacer fortuna y he abusado de mujeres guapas, lo admito. ¡Mi error ha causado la muerte de la señorita Hervé, pero no he hecho nada más!

El comisario de las muertes extrañas se quedó sorprendido por el tono sincero del timador. Este temblaba de arriba abajo y él dudaba de que un hombre semejante hubiera podido tratar con un espadachín de la peor especie. Al final resultaría que seguramente había sido otra jugada de Wallace.

–Acabaréis el resto de vuestra vida, en el mejor de los casos, pudriéndoos en un calabozo húmedo y oscuro –masculló.

El conde de Saint-Germain se interpuso.

–Caballero, os ruego que consideréis lo siguiente: mi asistente es un bribón que merece algún castigo. Ha abusado de mi confianza y se ha servido de mi notoriedad para, aprovechándose de la credulidad de algunas mujeres, obtener un beneficio en dinero o en especies.

Le lanzó una mirada severa y el asistente pareció descomponerse.

–Sin duda merece meditar entre los muros de la Bastilla –prosiguió en un tono firme–, pero no pasarse allí el resto de su vida. Un juicio conduciría a una condena más severa y arrojaría de nuevo mi nombre y mis actividades como pasto para la opinión pública. Si estáis de acuerdo, iré con vos a hablar con el lugarteniente general de policía, incluso con el rey para pedirle una orden de encarcelamiento sin juicio. Por lo que sé, cuando se detiene a una persona por un delito leve que no merece una instrucción extraordinaria, pero aun así el comisario considera oportuno enviar a esa persona a prisión como correctivo, es el lugarteniente general de policía quien decide el tiempo que debe durar su detención.

–Estáis bien informado –murmuró el comisario de las muertes extrañas, frunciendo el entrecejo.

–¡Siempre!

–No sé si...

A Volnay le pareció que el conde de Saint-Germain acababa de hacerle una seña imperceptible, pero, en vista de que el policía no reaccionaba, el conde añadió:

–Ciertas cosas no deben llegar a ser del dominio público, ¿verdad?

Fue Chiara la primera en reaccionar aprobando resueltamente.

–El conde tiene razón, debemos ser prudentes.

Volnay le dirigió una mirada sorprendida y vacilante. Le había parecido que la joven acababa de hacer, en respuesta, una discreta seña dirigida al conde. El policía reflexionaba rápidamente. Se sabía amenazado. Lo presionaban desde todas partes y lo espiaban. Necesitaría apoyo, ¿por qué no el del conde de Saint-Germain, íntimo y asiduo del rey y de la Pompadour? Llamó a sus hombres, que se habían quedado en el rellano, para que llevaran a su coche al asistente. Chiara y él se quedaron con el conde.

–¿Estamos solos? –preguntó este último.

–Sí, monseñor.

–Quería daros las gracias, caballero. Alimentaba sin saberlo a una víbora en mi seno. Vos me habéis permitido destruirla. Os estoy reconocido también por vuestro silencio. Comprendéis hasta qué punto es delicado para mí este asunto, tengo tantos enemigos... En cuanto a vos, señorita... –Se volvió hacia ella para besarle galantemente la mano–. No sé cómo agradeceros que hayáis aceptado representar esta comedia para confundir a ese timador. Estoy en deuda con los dos.

El policía dio un paso adelante, dispuesto a aprovechar la oportunidad.

–Sigo haciéndome muchas preguntas, monseñor, y seré directo. Está esa carta que el rey os escribió pidiéndoos que os ocuparais del estado de la señorita Hervé...

El conde lo miró largamente.

–No negaré haber tenido conocimiento de ella, puesto que la marquesa de Pompadour me reveló el contenido de esa carta cuya existencia descubrió cuando vos se la entregasteis en compañía de vuestros dos amigos. Os doy mi palabra de que no la había leído. Creo que el rey perdió la cabeza al escribirla. ¿Cómo podría yo atentar contra una vida? ¡Hay que estar loco para pensar eso!

Una especie de cólera fría se había traslucido en su tono, pero el conde de Saint-Germain disipó de inmediato toda la tensión con una armoniosa sonrisa.

–Un momento de extravío del rey. Por lo demás, esa joven no se atrevió a entregármela y se dirigió a mi asistente, siempre a punto para aproximarse al elemento femenino, si he entendido bien. Ella venía para no ser madre y él le vendió la belleza eterna. ¿Cómo resistirse?

Todo eso sonaba a cierto, pero en la mente de Volnay subsistía una duda y el policía ya no tenía ganas de andar trampeando.

–Perdonadme, monseñor, pero os han visto entrar en el Parque de los Ciervos, en cierta casa de la calle Saint-Louis...

La mirada tranquila del conde se posó en él.

–Sois un hombre sin miedo y sin tacha, comisario, un hombre honrado en un mundo en el que la gente no se atreve a decir lo que piensa. Vuestro valor será recompensado, pero os pido discreción.

El policía inclinó brevemente la cabeza.

–He ido a donde decís, en efecto –dijo entonces el conde–. Una joven llamada Hélène de Pal, llevada contra su voluntad por su padre, había decidido envenenarse. Con mi ayuda, simuló el drama gracias a una píldora que le proporcioné. Los médicos presentes no pudieron reanimarla. En el momento oportuno, llegué con el antídoto para devolverla a la vida. Su padre, arrepentido, decidió entonces darla en matrimonio a su amante, como la joven deseaba, en lugar de prostituirla con el rey. Esa es toda la historia de mi visita a esa casa.

Volnay lo observó un momento en silencio, impresionado por lo que acababa de escuchar y por la sinceridad que emanaba de la voz del conde. Sin necesidad de una razón, lo creía, pero esa increíble historia abría otros horizontes y trazaba el esbozo de otro conde de Saint-Germain.

–El episodio de hoy nos ha permitido resolver el enigma del primer asesinato –dijo, pensativo, el comisario de las muertes extrañas–, pero no el del segundo... Si la última víctima no hubiera venido del Parque de los Ciervos, pensaría que este crimen incitó a un loco a reproducirlo... con torpeza. Pero resulta que...

–¡Venía del Parque de los Ciervos! –terminó Chiara.

En la calle, Volnay apartó con suavidad a la joven italiana.

–Debo acompañar a este hombre. Está completamente desamparado y es el mejor momento para interrogarlo. El miedo desata las lenguas mejor que el tormento.

Chiara lo contempló con una mirada nueva.

–Qué despiadado sois a veces.

–Tengo que realizar una investigación y nada me impedirá hacerlo –dijo con esa terrible determinación que lo caracterizaba.

–¿Soy yo un obstáculo o un objetivo para vos? –preguntó la joven con una voz sin timbre.

–Bueno..., habéis servido a mi causa –contestó el policía, confuso.

Ella retrocedió bruscamente, como si sus palabras la hubieran azotado.

–Entonces, ¿por eso vinisteis a verme y me besasteis, señor comisario de las muertes extrañas?

–Yo busco la verdad, Chiara, simplemente la verdad.

Las manos de la joven asieron las de Volnay.

–¡No sacrifiquéis lo esencial por querer conocer la causa secreta de las cosas!

–No puedo renunciar a querer comprender –se obstinó el policía.

Un abismo los separaba.

El ruido de las ruedas forradas de hierro del coche del policía retumbaba sobre los adoquines. El asistente del conde le dirigió una mirada aterrada.

–¿Vais a hacer que me torturen? Al contrario que vos, yo carezco de valor y os lo he dicho todo de buen grado.

Volnay lo miró con una sonrisa glacial. El hombre había cometido todo tipo de abusos y alguien había muerto por su culpa sin que él manifestara un gran disgusto.

–Eso había que haberlo pensado antes –contestó, lacónico. Pero un detalle seguía atormentándolo y, al cabo de un momento, dijo–: Al bajar del coche delante de su domicilio, la señorita Hervé no subió enseguida a su casa, sino que fue al patio del inmueble. No comprendo por qué.

Su prisionero le dirigió una mirada extraviada.

–No sé... ¿Qué había en ese patio?

–Nada de particular, aparte de que daba a él el horno de un panadero.

Un destello de comprensión atravesó la mirada del asistente del conde.

–Fue... Seguramente fue allí para seguir mis consejos.

–¡Explicaos!

–Le había aconsejado que calentara el frasco antes de extenderse el contenido por la cara. Con el calor de un horno, el resultado es inmediato.

Volnay se echó hacia atrás con los ojos entornados.

–Fue su impaciencia, entonces, lo que la llevó allí, ahora comprendo...

El asistente temblaba como un flan.

–Señor –dijo–, mi suerte está en vuestras manos. Ayudadme y os facilitaré informaciones que os harán tener al señor conde de Saint-Germain en vuestras manos.

El comisario de las muertes extrañas se esforzó en permanecer impasible, pero una oleada de curiosidad lo invadía.

–¿Y para qué voy a querer yo tener al conde de Saint-Germain en mis manos? Ni soy un chantajista, ni estoy enfrentado a vuestro antiguo señor.

El asistente se inclinó hacia él para decirle en tono confidencial:

–Creedme, comisario, el conde de Saint-Germain es un adversario temible. Es un auténtico cabalista y mago hermético, es él quien ha escrito *La entrada al palacio cerrado del rey*. Dispone de un globo de cuarzo ahumado con el que convoca a los espíritus. ¡Y para hacerlo viola antiguas prohibiciones que se remontan a la ley de Moisés! ¡No podéis imaginaros de lo que es capaz!

–Pues ponedme al corriente –contestó el policía sin alterarsey lo pensaré.

Para su gran sorpresa, el asistente del conde fue a sentarse a su lado. El policía percibía el sudor y un olor particular que conocía bien porque lo despedían muchos sospechosos interrogados: el del miedo.

El comisario de las muertes extrañas aguzó el oído y, con un asombro creciente, escuchó al asistente.

–Entonces –resumió el policía después de haberlo escuchado–, decís que...

–¡El conde de Saint-Germain ha descubierto el secreto de la transmutación del plomo en oro!

XII

¡Temo más el matrimonio
que la muerte!

CASANOVA

El monje proseguía su investigación entre los amigos de la segunda víctima, Marcoline. Para ello, le hizo una visita a Casanova en su vivienda de La Pequeña Polonia. Este lo recibió con mucha amabilidad, pero, una vez que su invitado se hubo sentado, le hizo un guiño malicioso.

–El monje raramente sale de su madriguera a la luz del día. ¡El hombre santo prefiere la noche!

Un destello brutal atravesó fugazmente la mirada del monje antes de que sonriera también.

–¡La luna favorece la circulación de los cuerpos y de las ideas, caballero de Seingalt!

Casanova se acercó y se plantó delante de él con los brazos en jarras.

–¿Creéis acaso que no os reconocí cuando desenfundamos la espada a la vez contra aquel diablo de piel lechosa? ¿Pensáis que, porque no olvido a ninguna mujer, olvido a los hombres? ¿Creéis, en una palabra, que he podido olvidar a mi compañero de evasión de la prisión de los Plomos en Venecia?

El monje ni siquiera pestañeó.

–El caso es que no he tenido ocasión de presentarme a vos –dijo tranquilamente–. Me alegro de que me hayáis reconocido. ¡Después de todo, fui yo quien agujereó el techo para llegar al tejado de la prisión!

El veneciano se echó a reír con ganas.

–¡Pardiez! ¡Es que yo no estoy muy dotado para las tareas manuales!

–Yo tampoco –replicó educadamente el monje–, ¡pero aun así agujereé también el suelo!

–¡Demonios! ¡Ahora que me lo decís...! Pero ¿no vamos a celebrar nuestro reencuentro?

El monje se inclinó sonriendo.

–No tengo nada contra los reencuentros cuando el vino es bueno.

El veneciano pidió que les llevaran vino de Chipre y un trozo de lengua ahumada. Una vez llevada y vaciada la botella, el ambiente se volvió más distendido.

–Contrariamente a lo que se piensa –señaló alegremente Casanova–, me

gustan los hábitos religiosos. ¡Mis últimas relaciones con una religiosa duraron doce horas, todas sin bajar las armas y ante los ojos de un futuro cardenal de Francia!

–¿Quién dijo que los caminos del Señor eran impenetrables? –comentó con sobriedad su visitante.

–¡Monje del demonio! –exclamó Casanova, riendo–. ¡Habláis latín, manejáis la espada como un espadachín y sois más hereje que yo! ¡Qué lástima que nos separáramos enseguida al salir de la prisión! Me sois simpático.

–¡Confieso, querido mujeriego, que vos también me lo sois a mí!

Brindaron con alegría.

–Sí –dijo Casanova–, las personas como nosotros saben reconocerse al primer golpe de vista.

El monje guiñó un ojo con malicia. Sabía en qué estaba pensando Casanova. Los aventureros son eternos rebeldes y saben reconocer a aquel para quien toda coacción incita a una provocación. Casanova, por su parte, hizo un imperceptible gesto de asentimiento con la cabeza. El monje se inclinó hacia él:

–Una información y tendréis mi bendición. Después de que nos separáramos en Venecia, ¿cómo escapasteis? ¡Yo tuve que disfrazarme de lavandera!

Casanova se encogió despreocupadamente de hombros.

–¡La indumentaria os sienta muy bien! Pues yo conseguí que me diera albergue la mujer del jefe de la policía de una ciudad cercana, mientras este último me buscaba por los bosques.

El monje asintió con la cabeza.

–¡Astuto!

Casanova lo observó con atención.

–Ahora me toca a mí haceros una pregunta. Nunca supe por qué estabais encerrado en los Plomos...

–Ah –dijo el monje–, por una nadería... Había comparado el Consejo de los Diez que dirige Venecia con una manada de babuinos con el culo pelado...

El veneciano soltó una carcajada.

–¡Está prohibido criticar al Consejo de los Diez!

–¡Qué queréis que haga! ¡Solo lo que está prohibido me atrae!

Casanova lo miró pensativo, como cuando se encuentra a un compañero de armas al que no se ha visto en mucho tiempo, y levantó una ceja, intrigado.

–No habéis venido para evocar nuestros recuerdos comunes, ¿tenéis que pedirme algo?

El monje asintió.

–Las circunstancias han hecho que os veáis involucrado en la investigación de un caso criminal. Vuestra afición a las informaciones de primera mano y la esperanza de obtener los favores de la joven Chiara os hacen seguir por ese

camino. Voy a brindaros la oportunidad de ayudarnos. Unas discretas indagaciones nos han permitido averiguar que la segunda víctima se llamaba Marcoline. Esta joven tenía dos amigas, Léonilde y Maria, también visitantes ocasionales del Parque de los Ciervos. –Acarició con un dedo el borde de la copa observando las reacciones de Casanova–. Sabéis lo que ocurrirá si las interrogamos. Se cerrarán como ostras, y el lugarteniente de policía Sartine no tardará en presionarnos para que nos alejemos de ellas. Por otro lado... –La sonrisa trazaba mil arruguillas en torno a los ojos del monje–. Un interrogatorio sobre la almohada pasaría más inadvertido y nos conduciría sin duda a mejores resultados.

Casanova levantó resueltamente su copa.

–¡Qué maravillosa diversión me ofrecéis, monje del demonio!

El sol era un disco de cobre empañado cuando el caballero de Seingalt bajó de su carruaje. Sabía que sus presas iban a doblar de un momento a otro la esquina, de modo que dio unos pasos y giró él también precipitadamente, tropezando con ellas.

–¡Oh, Dios mío! –dijo una de ellas.

Casanova barrió el suelo con su sombrero, deshaciéndose en disculpas. Las dos jóvenes lo miraron con curiosidad, reparando en su elegancia, su porte aristocrático y su fisonomía agradable y afable. El veneciano las observó también. Recordaba haber visto a las dos muchachas durante su intrusión en el Parque de los Ciervos, en la calle Saint-Louis. Una de ellas era bastante alta y de talle proporcionado. Llevaba un vestido de terciopelo rojo con mangas acuchilladas, adornadas con cordones y trencillas. Su rostro, de tez clara, estaba enmarcado por dos cascadas de cabellos de un rubio languideciente. Tenía los pómulos marcados y la nariz más bien aguileña; la boca, grande y pintada de un rojo vivo, dejaba entrever unos bonitos dientes blancos. La otra, más baja y bastante delgada, tenía la piel de un tono cobrizo y el pelo negro y recio. Un resplandor dorado brillaba en sus ojos marrones, siempre alertas. Con las manos tras la espalda, hacía un mohín de fastidio para darse tono.

El caballero de Seingalt se inclinó con gracia.

–Señoritas, os ruego de nuevo que aceptéis mis disculpas. ¡Estoy atontado! Pero mi torpeza tiene alguna disculpa y permitidme que os la explique para hacerme perdonar. Acabo de levantarme de una mesa de juego en la que he ganado una pequeña fortuna y no pensaba en otra cosa que en la mejor manera de gastarla cuanto antes.

Una de las chicas se quedó callada, pero la rubia alta sonrió con indulgencia.

–Monseñor, estáis disculpado. Y si deseáis algunos consejos para gastar vuestro dinero, creo que nosotras sabremos daros ideas.

Casanova rompió a reír, y su alegría, entusiasmo y amabilidad parecían tan naturales que se atrajo de inmediato la simpatía de las dos chicas.

–¡No las necesito! –exclamó, agitando una bolsa llena de oro–. Montemos en mi carruaje para ir a un espectáculo y luego os llevaré a cenar a mi casa.

–¡Pero es que no os conocemos, señor! –objetó la más bajita, que parecía tener sangre española en las venas.

El veneciano hizo una seña y un magnífico carruaje se detuvo ante ellos.

–¿Es vuestro coche, señor? –preguntó la otra chica.

–Sí, es el mío. Pero permitidme que me presente: caballero de Seingalt, para serviros.

La más alta hizo una ligera reverencia.

–Yo me llamo Léonilde, y ella es Maria.

El cochero desplegó el estribo. Casanova ayudó a la primera a subir y después le tendió la mano a Maria. Esta dudó un instante, pero acabó por sonreír también y se apoyó más de lo necesario en el veneciano al subir al coche. Con la seguridad de un goce pleno al final del día, Casanova se mostraba alegre e ingenioso, radiante ante aquellas jovencitas halagadas de haber atraído la atención de un señor tan reputado.

–¿Por qué no os habéis casado nunca, caballero? –no pudo evitar preguntarle Léonilde.

–¡Pues porque le temo más al matrimonio que a la muerte! –respondió riendo Casanova.

–Sin embargo –observó Maria–, según dicen, estáis dispuesto a todo para seducir a una mujer.

–¡Más de lo que creéis! –exclamó Casanova–. En Alemania, para meterme en la cama de una mujer, me dejaba encerrar todos los días en una iglesia, escondido en un confesonario. Luego subía una escalera que llevaba de la sacristía a su casa, y a veces tenía que esperar cinco horas a que me abriera. ¡Después compensaba con deleite esas horas aburridas procurando no despertar al marido, que dormía al lado! No obstante, mi salud se resentía a causa de esas interminables esperas en lugares sin calefacción y dejé a la dama por otra más accesible.

Las jóvenes rieron y el veneciano se unió a ellas. Casanova continuó destilando buenas palabras y relatos pintorescos. Bebieron un ponche de naranja amarga en un bonito café del Palais-Royal y después asistieron a un espectáculo antes de ir a cenar a casa de Casanova. Allí, el caballero de Seingalt había mandado poner una mesa magnífica donde había ostras y bogavantes, perdices rojas con trufas envueltas en hojaldre y filetes de foie-gras al vino de Madeira...

Hubo exclamaciones, gritos de admiración y, bajo la mesa, zalamerías

recíprocas que excitaban el deseo. Los pies se buscaron, las manos se deslizaron bajo el mantel mientras se bebía en el mismo vaso. Las ostras pasaron de boca en boca, porque, dijo Casanova, una ostra debe comerse con la saliva de la amada. Fue, pues, lo más natural del mundo que pasaran al dormitorio, no sin que el caballero de Seingalt hubiera ingerido su habitual mejunje afrodisiaco de claras de huevo.

Una lluvia de flores y pájaros y pequeños medallones que representaban temas galantes decoraban la habitación. La cama era de muselina color crema, adornada con cordones de borlas doradas. Sobre ella había esparcidas más almohadas de seda de las necesarias. En la habitación contigua, las jóvenes profirieron exclamaciones de admiración al ver el excusado, formado por una taza de mármol con tapa revestida de marquetería de madera perfumada.

–Podréis probarlo después –dijo Casanova–, pero, por el momento, tenemos cosas mejores que hacer...

La cotorra parloteaba alegremente bajo los primeros rayos de sol que llegaban hasta su jaula. El comisario de las muertes extrañas y el monje compartían un desayuno consistente en sopa, carne fría, hogazas y mermelada.

–No tienes mucho apetito –constató Volnay.

–Es por culpa del vino de Chipre de Casanova –se quejó el monje–. ¡Me ha dejado un horrible dolor de cabeza!

Llamaron con decisión a la puerta. El monje le hizo un guiño malicioso al policía.

–Hablando del rey de Roma... ¡Qué salud! ¡Una noche en blanco, y en pie al amanecer para contárnoslo todo!

Volnay rogó al veneciano que se sentara con ellos y este, tras coger sin más ceremonias una silla, se sirvió una pechuga de pollo y la engulló en dos bocados.

–¡Amigos míos, vais a estar orgullosos de mí! El asunto ha quedado concluido en unas horas. La oportunidad de una bolsa bien llena, la curiosidad, la atracción del placer, una buena mesa, vino, una conversación agradable...

–¿Y luego? –se impacientó Volnay.

–¡Luego dejé de hablar, actué y triunfé!

–¿Cómo transcurrió la velada? –preguntó con malicia el monje.

El veneciano optó por responder en verso:

¡Ah, qué voluptuosidad, cuando, sobre
ellas tendido, extraje el jugo de su fruto prohibido!

–¿Y qué habéis averiguado durante esta agitada noche? –preguntó el policía,

irritado por la complacencia del monje.

–¡Más cosas que las que vos averiguaréis jamás en vuestras investigaciones! El lecho de las damas es el lugar más seguro para descubrir los secretos de todo el mundo. ¿Sabéis que esas dos granujas empezaron la noche haciendo juntas lo mismo que hacen normalmente con los hombres? ¡En fin, creo que probamos prácticamente todas las combinaciones posible de un trío!

Volnay hizo chascar la lengua con aire irritado.

–¡Tened la bondad de ahorrarnos el relato de vuestras hazañas! Habéis aspirado el sudor de sus axilas, ¿es eso un motivo de orgullo?

Casanova puso cara de sorpresa.

–A mí siempre me ha parecido que la mujer a la que amaba olía bien, y cuanto más intensa era la transpiración, más suave la encontraba.

El policía alzó los ojos hacia el cielo y no contestó. El monje, por su parte, sonreía ensimismado, como si recuerdos antiguos pero todavía vivos acudieran a su mente. Viendo que se había quedado sin auditorio, Casanova suspiró.

–Debo confesar que, después de eso, no fue fácil llevar la conversación hacia Marcoline, pero al final lo conseguí. –El veneciano cogió el último muslo de pollo–. La que trataba con ella era sobre todo la más baja, la indómita Maria. Marcoline iba ocasionalmente a la casa del Parque de los Ciervos. Conoció poco el lecho real, pues solo la llamaban cuando las cortesanas habituales no lograban satisfacer a nuestro buen rey. ¡Que Dios lo proteja! –Mordisqueó el hueso y desechó lo que quedaba de él con aire hastiado–. ¡Eso es todo cuanto pude averiguar!

El monje dejó escapar un suspiro de decepción y Volnay le lanzó una mirada que parecía querer decir: «¡Ya te lo había dicho!».

–En cambio –prosiguió Casanova–, mi buena Léonilde, a quien volvería a ver encantado, me proporcionó una preciosa información. Al parecer, poco antes de su muerte, Marcoline pescó a un mirlo blanco, un hombre maduro y no muy atractivo, pero con una bolsa cuyo contenido compensaba sobradamente las cualidades que no poseía. Ella le había hecho aflojarla y se disponía a continuar haciéndolo, aunque el hombre parecía estar recuperando el sentido.

–¿Chantaje? –preguntó el comisario de las muertes extrañas.

El veneciano lo miró con aire neutro.

–Ella no pronunció esa fea palabra, pero lo dijo con los ojos.

–¿Y eso es todo?

–¡Demonios! –exclamó el caballero de Seingalt–. ¡Yo no soy policía!

Con un gesto, reclamó bebida. El monje se apresuró a satisfacerlo... y de paso a satisfacerse a sí mismo.

–¿Esa tal Léonilde pudo daros una descripción del hombre? –insistió el

comisario de las muertes extrañas.

–Muy vagamente: entre cincuenta y sesenta años, sin marcas distintivas aparte de ser muy torpe en sus retozos.

El monje se levantó con presteza.

–Todo eso da a entender que nuestra víctima tenía a ese hombre bien agarrado. Me ocuparé de la tal Léonilde; aunque, por desgracia, no de la misma manera que vos. ¿Dónde puedo encontrarla?

–Salió de mi casa hace menos de una hora y ahora debe de haberse tomado un merecido descanso –dijo Casanova con una sonrisa burlona–. Si no, vende sus encantos en una casa de la calle de Savoie, cerca del Palais-Royal.

–Tomo buena nota. De todas formas, no voy a ir ahora mismo porque antes tengo que acabar un experimento. –El monje se volvió hacia Volnay–. Te sugiero que vayas a ver a la casera de Marcoline y que interrogues a los vecinos, quizá puedan decirte algo más.

El comisario de las muertes extrañas asintió con un gesto de la cabeza. Una vez solos, Casanova y él se miraron de hito en hito con cierta hostilidad.

–Voy a acostarme –dijo el veneciano–. Estoy rendido.

Pero no se movió, sino que se puso a escrutar a Volnay con un interés súbito.

–Decíais que estabais cansado –se impacientó el policía.

–Sí, esas mujeres son puras fuentes de voluptuosidad.

–Como todas las cortesanas.

–¡No, Volnay! –protestó Casanova–. ¡Como todas las mujeres! Su cuerpo es conductor de una forma de vida, de una energía propia. ¡Si Dios existe, es femenino!

–En ese terreno no os sigo...

El veneciano le dirigió una mirada experta.

–Comprendo vuestro problema, Volnay: ¡a vos no os gustan las mujeres, las teméis! –Casanova meneó la cabeza con aire de desaprobación. Representaba lo opuesto de su filosofía vital, que de pronto deseaba compartir con el joven–. El placer nunca hace daño.

–¡Los sentimientos sí! ¡Pero vos no podéis saberlo!

–No creáis tal cosa –replicó vivamente el caballero de Seingalt–. Yo albergo sentimientos por todas las mujeres con las que me voy a la cama, y el placer de ellas constituye cuatro quintas partes del mío.

–¡No me hagáis reír! ¡Vos os acostáis con las mujeres para ascender en la sociedad!

La mirada del caballero de Seingalt se ensombreció.

–Mis conquistas raramente poseen esa virtud. Dejadme que os cuente una anécdota. En Londres me encontré una noche con una joven *lady* con quien había hecho el amor de improviso en un carruaje. La saludé y le pedí que me

presentara a sus amigos. Ella me contestó fríamente que no podía hacer tal cosa, puesto que no me conocía. «Os dije mi nombre –repliqué–. ¿No me reconocéis?» «Os reconozco muy bien –dijo ella sin abandonar su frialdad–, pero esas locuras no son un certificado de amistad.» –Casanova levantó los ojos y miró con dureza al policía–. Creedme, los contactos de la epidermis no significan nada en ese sentido: ¡para los aristócratas, valemos menos que una mosca!

El comisario de las muertes extrañas no contestó. La mirada del veneciano se veló como si unas nubes acabaran de atravesar su cielo.

–Sé que me despreciáis, Volnay, lo cual no es un hecho grave en sí mismo. Es verdad, me gusta la fiesta y el jaleo. Lo he sacrificado todo a mi capricho, he corrido tras la voluptuosidad, un día rico y al siguiente pobre sin perder ni un ápice de alegría. He conocido lo mejor y lo peor, pero siempre he sido mi único dueño y señor y nadie influye en mí. ¿Podéis decirme vos otro tanto?

–Por supuesto que sí, nadie influye tampoco en mí –respondió el policía, y añadió con mala intención–: ¡Y nunca adulo a nadie!

Casanova permaneció imperturbable y contestó en un tono un tanto desafiante:

–Mis aptitudes me han hecho merecedor de las riquezas que poseo, mientras que el noble solo se ha tomado la molestia de nacer. Eso lo enorgullece sobremanera, al muy simplón. Brilla más por su nacimiento que por su inteligencia, oprime a sus súbditos, los esquilma, ¡y a vos os parezco menos honrado que él! ¡Ah, vos no sabéis lo que es partir de la nada para llegar a alguna parte!

–Yo me he hecho a mí mismo completamente solo –replicó fríamente Volnay–. En ese aspecto, no tengo ninguna lección que recibir de nadie.

Por un momento, los dos hombres se desafiaron con la mirada. Casanova permanecía indiferente a la hostilidad del comisario de las muertes extrañas, como por lo demás a la de todas las personas de su sexo. Él, sin embargo, no era hostil con el policía, que incluso le inspiraba una mezcla de respeto e indulgencia, como si se tratara de un colegial extraviado que se empeña en no seguir los consejos que los adultos le prodigan. Volnay, por su parte, no dejaba de reconocerle algunas virtudes al veneciano. Pese a sus defectos, sabía que era valiente y audaz. Incluso admiraba en secreto todo lo que constituía la vida de Casanova: el ingenio, el humor y la capacidad de réplica, el sentido de la intriga, el valor, los viajes, la ligereza y el amor de las mujeres...

–¿No habéis tenido nunca ganas de deteneros en algún sitio? –preguntó el policía.

Casanova no disimuló su sorpresa ante esa repentina curiosidad.

–Junto a una mujer, con frecuencia. Pero se me pasa muy deprisa. En una

ciudad, no, aparte de Venecia... –Una nostalgia súbita parecía haberlo invadido–. ¡Ah, Venecia! La sombra de sus palacios cubre mi mente. ¡El agua que baña su cuerpo circula por mis venas! Venecia sigue viviendo en mí, vaya a donde vaya. Venecia es una mujer, la mía, a la vez casta y prostituta. Venecia se entregó a mí como una puta antes de rechazarme. Y ahora yo soy el cliente de la chica, el que se despierta solo y ve que le han robado el dinero.

Era el lamento de un exiliado. Volnay se dio cuenta y miró a Casanova con ojos nuevos.

–¿Por qué no regresáis a vuestra tierra? –preguntó.

–¿A mi tierra? –repuso el caballero de Seingalt–. Pero ¿dónde se encuentra esa tierra mía? ¡Nací en Venecia y, si volviera allí, me dejarían morir de hambre! ¡Allí crecí y me mandarían a la cárcel! Y pensar que... –Su mirada se ensombreció–. ¡Y pensar que ni siquiera sé dónde está mi madre!

Se produjo un largo silencio. Volnay estaba descubriendo a un Casanova más humano de lo que habría creído y eso le daba miedo. Chiara no cedería jamás a un aventurero sin escrúpulos, pero a un hombre herido...

–Marchaos de París –dijo precipitadamente el policía.

–¿Cómo?

–¡No tendréis a Chiara!

Volnay había gritado y Casanova lo contempló con compasión.

–La mujer es indiscutiblemente el centro de nuestro universo –dijo con calma–. Nadie siente más deseo por ella y le dedica más atención que yo. Me gusta cada una de ellas como si fuera la primera y la última. Ese es mi secreto. La cuestión es que Chiara podría muy bien ser la última.

Volnay dejó escapar un juramento sonoro y de repente se produjo un barullo de plumas en la jaula del pájaro.

–¡Casa es idiota! ¡Casa es idiota! –gritó de pronto la cotorra.

Casanova, estupefacto, miró a Volnay:

–Señor, ¿qué dice vuestra cotorra?

El monje se puso traje, chaleco y calzón de tafetán de seda de rayas azules y se dirigió hacia la calle de Savoie en busca de Léonilde. Allí no la encontró. Fue entonces, sin más éxito, a ciertas casas donde se podía encontrar a esa clase de mujeres. Los lugares de placer eran frecuentados también por busconas, de modo que a continuación encaminó sus pasos con seguridad hacia los cafés del Palais-Royal. En aquella tarde temprana, el sol lanzaba sus rayos sobre la ciudad, que bullía como un hormiguero. El monje caminaba encantado con sus bonitas prendas, orgulloso de su nueva elegancia y de las miradas recuperadas del sexo femenino. Fue en una alameda del Palais-Royal donde se cruzó con ella y la saludó. Parecía corresponder a la descripción de Casanova.

–Una moneda de oro, joven señorita, si me decís los sobrenombres que nuestro buen rey les pone a sus mujeres.

Sorprendida, la chica echó un vistazo a sus bonitas prendas y a los volantes de sus mangas, de encaje de aguja.

–Pues no sé, señor... ¿Gracia, Bella, Amable?

El monje rio.

–¡Nuestro buen rey las llama Guarra, Pingo, Corneja y Guiñapo!

La joven se quedó desconcertada.

–Pero vos no podíais saberlo –prosiguió el monje–. Tened, pues, esta moneda, le daréis mejor uso vos que yo.

Ella la cogió sin rechistar.

–¿Puedo saber el nombre de la adorable persona que sois?

–Léonilde.

El monje disimuló su satisfacción.

–¿Leéis, señorita?

Los ojos de Léonilde mostraron su estupor. ¡Vaya pregunta!

–No, señor. A mí, los libros se me caen de las manos.

–Es una lástima, con lo guapa que sois, ganaríais incrementando vuestro saber.

–Yo, señor, he recibido una educación religiosa.

El monje aprobó sentenciosamente con la cabeza.

–Habladme más de eso. ¡Las cosas de la religión me interesan!

–A mí no, señor. Cuando hacía una tontería, como penitencia me encerraban en el panteón donde enterraban a las religiosas. Lloraba de terror durante horas...

Un destello de compasión atravesó la mirada del monje.

–Cada uno tiene su historia. Precisamente por eso, yo no me apresuro a juzgar a los demás.

Ella lo miró con curiosidad y simpatía. Era su día. Después de un rico caballero, se encontraba con un hombre distinguido que parecía bueno e inteligente. No siempre tenía esa suerte. Dos días antes, se había pasado tres horas dejándose cabalgar por un comerciante de verduras de Suresnes, con los dientes destrozados y que no llegaba a gozar. Había tenido que soportar su aliento pestilente y sus embestidas desordenadas hasta que al tipo se le ocurrió la idea de pegarle. Entonces había gritado y la madama había intervenido echándole una amable reprimenda al avergonzado culpable. Una vez que el cliente se hubo ido, la chica se ganó una bronca y hasta una bofetada de la madama, que le reprochaba haber alborotado tanto por tan poco.

–¿Os gustan los helados? –preguntó de pronto el monje.

La llevó al Procope, donde servían helados de rosa, de azahar tostado, de pan

moreno y de mantequilla fresca.

–¿Sabéis, Léonilde, que los chinos y los árabes ya conocían los dulces fríos? Los califas de Bagdad bebían siropes enfriados con nieve: los *chorbet*. En la corte de Alejandro Magno degustaban macedonias mezcladas con miel en recipientes cubiertos de nieve. Nerón, por su parte, hacía que le trajeran a galope tendido desde lejanas montañas mezclas de agua de rosa, miel, frutas y resina. ¡Y por fin, gracias a Dios, Marco Polo nos trajo la sorbetera!

–Me han contado esa historia. Pero yo no creo que Marco Polo fuera hasta China; a decir verdad, incluso dudo de que pusiera jamás un pie en Asia –dijo Léonilde, levantando una ceja–. Las aventuras de Marco Polo sin duda nacieron de su imaginación, pero aun así se seguirá hablando de él durante siglos...

El monje asintió y llevó la conversación hacia Marcoline. La joven no se dejó engañar.

–Ha sido el caballero de Seingalt quien os ha hablado de mí, ¿verdad?

–¿Por qué tendría que haberlo hecho?

Ella frunció delicadamente el entrecejo.

–Paso la noche con él, me hace un montón de preguntas sobre Marcoline, y al día siguiente aparecéis vos preguntándome también por ella.

–Tenéis razón –reconoció el monje–, ha sido el caballero de Seingalt quien me ha hablado de vos.

–No es muy honrado por su parte, sobre todo después de haberme dado pruebas de su ternura siete veces a lo largo de la noche.

–¡Caramba, ese tipo de pruebas son muy efímeras y no comprometen para el futuro!

–Y vos tampoco sois muy honrado –observó la joven, decepcionada.

–Mis disposiciones naturales me empujan a ser franco, y mi experiencia de la vida, a actuar con prudencia –reconoció el monje.

Ella lo miró directo a los ojos.

–¿Qué queréis saber?

–Busco al hombre al que Marcoline chantajeaba y que probablemente la ha asesinado.

La sangre pareció retirarse del rostro de Léonilde.

–¿Está muerta? ¡Dios mío! –De pronto, se inclinó hacia él–. Yo no lo he visto nunca, pero lo que me dijo de él me pareció muy raro.

Le contó entonces de un tirón lo que sabía.

–Ah –dijo el monje–, eso es muy particular, desde luego...

XIII

Para que el lugar más delicioso
del mundo resulte desagradable,
basta con que lo condenen a uno a vivir en él.

CASANOVA

–¡Elévate, sol deseado! –había dicho Casanova al despertar.

Y como el sol se había elevado, obedeciendo sus órdenes, él se había levantado de muy buen humor para ir a visitar a Chiara.

La joven aristócrata hizo esperar al veneciano. En una habitación de paredes revestidas de cristales y conchas, se lavaba la cara con aceite de almendras dulces. Una estufa de loza roncaba suavemente junto a una bañera llena de agua todavía humeante. La huella húmeda de sus pequeños pies desnudos se secaba en el mármol. La mesa de aseo estaba cubierta de pastillas de jabón perfumadas con los aceites más raros, cajas de pomada y frascos de agua de rosa y de azahar.

Chiara estaba un poco triste y ese ritual del aseo y la belleza la ayudaba a no pensar en sus contrariedades. ¡Le había ofrecido sus labios a Volnay y resulta que él no daba señales de vida desde hacía casi tres días! Le parecía ahora que, a juzgar por la indiferencia que le demostraba después de haberse marchado sin decir palabra con el asistente del conde, el policía había aceptado reconciliarse con ella solo para atrapar con más facilidad a aquel. Estaba, pues, furiosa con él y con los hombres en general, razón por la cual recibió con cierta frialdad a Casanova; después de haberse ataviado con un largo vestido de muselina blanca cerrado con una cinta rosa alrededor de la cintura.

–¿Cómo estáis, caballero de Seingalt?

–¡Muy bien! Ocupado pensando en vos: me acuesto y unos sueños agradabilísimos me hacen feliz.

–¡Tanto mejor así!

Poco entusiasmado por el sofión, Casanova intentó en vano hacerla sonreír. Iba a retirarse cuando, de pronto, Chiara dijo:

–Dadme la mano para ir de paseo.

Bajaron a los jardines, que despedían agradables fragancias.

–¿Creéis que se puede volver atrás? –preguntó Chiara bajo la sombra de los árboles.

–No, Chiara –respondió Casanova con convencimiento. Acababa de comprender que el pensamiento de Volnay todavía se alzaba entre él y la joven.

–¿De verdad? –Pareció reflexionar un momento. A semejanza de la primavera que los rodeaba, sus pensamientos volvían a los primeros instantes de su vida–. Después de todo, somos niños muy poco tiempo –añadió.

Casanova no supo qué contestar.

–¿Nos convertimos entonces ya siendo niños en lo que somos? –preguntó Chiara.

–Es posible que sí: el mundo está ahí, a nuestro alrededor, y ciertas personas nos dan una primera interpretación de él. ¿Sabéis quiénes eran mis padres? ¡Unos comediantes! El escenario de mis padres eran las tablas; el mío, las cortes europeas. Me paso la vida representándome a mí mismo, y en la actualidad, os lo confieso, estoy un poco cansado de eso...

Como siempre que él evocaba su vida y su extrema libertad, Chiara parecía encantada.

–Sin embargo, vuestra vida es un inmenso libro de aventuras, de mujeres, de juego o de viajes. ¡Incluso le añadís unos toques de magia para darle más autenticidad!

Sus manos se unieron un breve instante antes de separarse.

–¿Vais a marcharos, caballero? –preguntó Chiara de pronto.

–Un día me marcharé, sí –respondió vagamente Casanova.

–¿Y por qué? ¿Acaso no os gusta París?

–¡Para que el lugar más delicioso del mundo resulte desagradable –señaló el veneciano–, basta con que lo condenen a uno a vivir en él!

Ella siguió andando con las manos tras la espalda, como una chiquilla que se dispusiera a hacer o decir una tontería.

–¿Nada os detendrá, entonces, aquí?

–Vos me retenéis, Chiara, vos y no esa estúpida investigación de la que no entiendo nada.

Ella lo envolvió en una mirada apreciativa y después hizo un mohín de desconfianza.

–¡Querido mentiroso, cuán agradable me sería escucharos y abandonarme en vuestros brazos! –Se inclinó para besarle con ternura los labios y retrocedió. Casanova se había quedado inmóvil, como petrificado–. Pero no puedo creer ni un segundo en vuestros sentimientos –añadió con indulgencia–, solo en vuestro deseo, y eso es insuficiente para mí.

Continuaron andando por una alameda de arena fina bordeada de abetos y hayas.

–¡Nadie cree que yo pueda tener sentimientos como cualquier persona! –se quejó el veneciano–. Y sin embargo, quise a mi madre más que a nada en el mundo...

Chiara se detuvo.

–¿Os correspondió ella en ese amor?

–No, ella no me conocía.

Hubo un silencio, roto por el canto de un pájaro.

–¿Y qué es para vos el amor? –preguntó luego Chiara.

Casanova reflexionó un instante y dijo despacio:

–Un monstruo divino que solo es posible definir con paradojas. Una amargura más dulce que nada, una dulzura más amarga que ninguna otra cosa.

La joven rebulló, incómoda.

–Os mostráis melancólico, incluso desencantado. ¡No es propio de vos!

Habían llegado a la linde de una arboleda y se entreveía más lejos una gruta de vegetación, la misma donde Volnay la había besado. Chiara se estremeció y dio media vuelta.

–Volvamos, tenéis que contarme de dónde viene esa melancolía...

Y de pronto, Casanova puso junto a ella, sonriente y bromeando:

–¡Sed mi princesa, quiero construiros un palacio de piedras preciosas, el conde de Saint-Germain debería poder ayudarme!

Su mano se había cerrado como por arte de magia en torno a la de la joven. Riendo, tiraba de ella, y Chiara lo retenía porque sabía adónde la llevaba. Los arbustos de boj desfilaban ante sus ojos, mientras que el suelo parecía escabullirse bajo sus pies. Hacía como si no comprendiera y como si no tuviera ganas, y sin embargo, su corazón latía desenfrenado y la sangre le zumbaba en los oídos. Subieron corriendo la escalera ante la mirada atónita de los lacayos, atravesaron un pasillo pintado y dorado. Sin aliento, ella lo retuvo en la entrada de su habitación, pero él se rio de ese obstáculo y se sentó con decisión en la cama cubierta de seda, invitándola a reunirse con él.

Casanova la aspiró, impaciente por saber dónde terminaba el olor de su perfume y dónde empezaba el de su piel. Los bajos de su vestido se abrían sobre otra falda que su mano descubrió rápidamente, como un marino descubre una tierra nueva. Ella intentó protestar, pero él le tapó la boca con un beso largo y profundo.

Chiara no supo jamás cómo había sucedido aquello. Se debatió un poco cuando él la abrazó, luego fue cediendo hasta que se abandonó, estremecida. Después el colchón se amoldó a su cuerpo, su cabeza se apoyó en la blancura del edredón, y de repente se dio cuenta de que lo escuchaba, le respondía, le dejaba tocarla y acariciarla. La mano de Casanova se deslizaba hasta la enagua de satén azul abullonada que embellecía su cintura y, sin detenerse, se internaba por debajo arrugando los encajes. Ahora su cuerpo se asombraba de estar allí, entregado a sus manos expertas. El peso de él le parecía ligero y su calor se transmitía a ella. Por encima de ambos, en el cielo de la cama, jugueteaban

angelotes un poco rollizos, pero de mirada clara y grave. Por un instante se sintió transportada por ellos hasta las nubes aborregadas en el techo.

Deslumbrado, Casanova descubrió que su cuerpo liso resplandecía y lo cubrió de millones besos. Le hizo el amor ardientemente y cuando, mirando por ella, se disponía a retirarse, Chiara lo retuvo y le dijo:

–¡Llega hasta el final!

«Quisiera disolverme en tu cuerpo», había escrito Volnay pensando en Chiara.

Cuando salió, el sol poniente teñía las calles de una extraña luminiscencia. Después de la tormenta, las calles parecían agujereadas de charcos. Él pensaba en esa lluvia que los había acercado bajo una gruta de vegetación. La lluvia era su aliada. Tomó el camino de la residencia del padre de Chiara.

Su cuerpo recobró el aliento. Acababa de conocer la experiencia del goce. Sobre ella, la mirada de los angelotes se había tornado triste. Chiara yacía en la cama como una flor abandonada. Volvió ligeramente la cabeza hacia un lado y se percató de que había llovido durante sus retozos y de que los cristales parecían constelados de lágrimas. Pensó entonces en otra lluvia, la que la había llevado a refugiarse en los brazos de otro hombre, y notó que se le empañaban los ojos.

–Hay caricias repetidas que son como heridas –susurró.

–Sé alegre –le contestó Casanova–, la tristeza me mata.

Volnay vio salir del patio el carruaje del caballero de Seingalt. A través de la ventana del coche, reconoció el perfil del veneciano. Como movido por una súbita sensación de catástrofe, apretó el paso. El portón no estaba cerrado. Vio a Chiara, que había acompañado a Casanova hasta su carruaje, caminar por el patio y, por su expresión dulce y soñadora, comprendió de inmediato lo que había pasado. Se detuvo, esforzándose en embridar el dolor que se difundía por su interior como un veneno, y, sin decir nada, dio media vuelta.

XIV

¿Existe alguna alma
en esta tierra que me
haya visto beber o comer?

CONDE DE SAINT-GERMAIN

Los tres visitantes del conde se inclinaron. Uno era un septuagenario de porte lleno de dignidad, cuya barba blanca disimulaba una barbilla resuelta. Los otros dos, de edad madura, no tenían nada en común. Una nariz en forma de patata y unos ojos chispeantes de inteligencia adornaban el rostro de uno. El tercero era de una delgadez famélica, tenía la piel de la cara pegada a los huesos, las mejillas hundidas y unas ojeras marcadas.

El conde de Saint-Germain los saludó con su habitual educación, llamándolos respectivamente «señor duque», «maestro» y «capitán».

–Señor conde, hemos venido atendiendo a vuestra invitación –dijo el mayor de los tres, al que su anfitrión había honrado con el título de «duque»–. Representamos a las logias masónicas San Pedro y San Pablo, las Artes Santa Margarita, la Perfecta Unión, el Luis de Plata, la Logia de Buci y muchas más. Todas están dispuestas a unirse en la acción, pero no a federarse bajo un jefe único.

–¿Sabéis quién soy? –les preguntó el conde.

–¡Sé quién afirmáis ser! –respondió hábilmente el otro–. Pero eso no me dice nada. La marquesa de Pompadour os recomienda, ¡muy bien! Eso, sin embargo, no basta, aunque sentimos el más profundo respeto por ella.

Sin decir palabra, el conde fue hasta su escritorio y abrió un cajón cerrado con llave del que sacó un pergamino.

–Aquí está el documento que esperáis.

Los tres hombres lo examinaron atentamente y el de más edad masculló:

–El hombre que debe venir presentará tres señales: el pergamino, el talismán y el oro. Nos habéis mostrado el pergamino y todo está en orden. ¿Tenéis el talismán?

El conde se lo presentó, envuelto en una tela de seda púrpura. Era una placa redonda y pulida, grabada con útiles de hierro. En el reverso se leía el número misterioso «doscientos sesenta», distribuido en ocho líneas; en el anverso se distinguía la figura jeroglífica del planeta Mercurio representado por un ángel

con alas en la espalda y en los tobillos, con un caduceo en forma de cetro en la mano derecha y una estrella en la cabeza con el nombre de Mercurio en latín.

Los dos visitantes más jóvenes se prodigaron en cumplidos, pero el anciano sonrió.

–Cuentan que este talismán tiene la propiedad de hacer elocuente y de disponer al conocimiento de todas las ciencias. ¡No cabe duda de que se adapta a vos como un guante, señor conde!

Sus dos compañeros le lanzaron una mirada de asombro, tras lo cual asintieron en silencio con la cabeza.

–El pergamino y la joya los tenéis, pero habéis podido robarlos –resumió el hombre de semblante descarnado–. Pero, si sois quien afirmáis ser, tenéis que poseer la *lapis philosophicae*, la piedra filosofal.

–¡Hombre de poca fe! –exclamó el conde–. Y para creer en Dios, ¿necesitáis presenciar milagros?

Con todo, los condujo sonriendo a su laboratorio, donde cogió un frasco y se lo mostró.

–Honrad y respetad el agua tofana –dijo el conde.

Los tres hombres se apiñaron febrilmente junto a él. El conde de Saint-Germain preparó la mezcla con ayuda del agua tofana y de mercurio mineral y la puso a cocer a fuego vivo en un crisol.

–Este es, mezclado con el agua tofana, el mercurio de los filósofos, cuyo secreto no puedo desvelaros. Sabed, aun así, que he utilizado un mercurio mineral llamado tierra de España, después de haberlo tamizado en un paño de lino un poco grueso a fin de eliminar todo rastro de escoria. Este mercurio es esencial para la obra, pues combina en él el Sol y la Luna. La mezcla mineral obtenida es bastante sutil para resistir la tiranía del fuego. La calcino para purificarla de todas sus impurezas antes de hacerla reaccionar sobre oro o plata. Algunos conocen este estadio con el nombre de leche de la Virgen o cola de dragón.

Fascinados, todos contemplaron cómo la mezcla se pudría y viraba a negro.

–Esta es la fase del cuervo, también llamada obra en negro –explicó sucintamente el conde.

Pese al calor, no sudaba. Cogió un frasco lleno de un líquido de color verdusco y mezcló su contenido con la amalgama negra.

–Ahora tenemos la sangre del león verde. Es una de las materias más secretas de la obra.

El conde lo puso todo en un atanor y reanudó la cocción.

–Toda la obra es puramente natural, pero el régimen y la adecuada distribución del fuego son primordiales, pues la virtud de un fuego bien dirigido opera en nuestra obra.

Al cabo de una hora, el color viró a blanco deslumbrante.

–La obra en blanco... –murmuró el mayor de los espectadores, admirados.

Todos contenían la respiración. Sabían que, en ese instante, la piedra podía transformar el plomo en plata, pero que, si se dejaba proseguir la cocción, el blanco cedía paso al rojo, el color de la piedra filosofal perfecta, la obra en rojo mediante la cual el oro, entidad muerta, se encontraría totalmente transformado y cobraría vida.

–Todo esto os parecerá rápido –señaló el conde–, pero no os equivoquéis, ¡he necesitado meses y meses de trabajo para elaborar el agua tofana y la sangre del león verde!

El conde vertió la obra en blanco en un matraz de cristal y lo cerró herméticamente antes de ponerlo a cocer en el atanor.

–Cuanto más cocida está la mezcla, más sutil se vuelve, y cuanto más sutil es, más capacidad de penetración y de transmutación de la materia tiene.

A continuación siguió calentando la mezcla después de haber añadido un poco de mercurio.

–El mercurio es lo único que completa la obra –dijo.

Cuando el mercurio empezó a despedir un humo negro, el conde se acercó rápidamente a un fogón, cogió con unas pinzas un gran trozo de carbón ardiendo, lo puso en el fondo del crisol y avivó las llamas. La mezcla, fundida al fuego, adquirió un color azafrán. El conde añadió unas pulgaradas de polvo de oro. El compuesto se tornó entonces anaranjado, antes de tomar un aspecto de sangre coagulada y luego un color rojo luminoso.

–¡La obra en rojo! –exclamaron a coro los tres visitantes, extasiados.

El conde la vertió diestramente en un vaso que servía de lingotera, donde los atónitos espectadores la vieron adquirir, a medida que se enfriaba, el más bello color del oro.

–¡Qué fortuna tenéis entre las manos! –exclamó el visitante de más edad.

–Vamos, vamos... –dijo prudentemente el conde de Saint-Germain–, el oro no es un fin en sí mismo, aunque nos servirá un día para financiar una revolución.

Las posesiones del Maestro estaban muy bien cuidadas. Su propietario había alternado bosques, viñas, vergeles y prados. Una primera oleada de color en forma de albaricoqueros y melocotoneros en flor asaltó, pues, a Volnay al penetrar en la propiedad. Más lejos, rosas, narcisos, amarantos y junquillos extendían a sus pies alfombras de diferentes tonalidades. Fragancias persistentes las acompañaban, entre las cuales Volnay reconoció las del jazmín, los nardos y las rosas, unidas a las más sutiles de las lilas y del almendro o de la gardenia. Unos riachuelos iban a reír quedamente en sus oídos, acompañados por el

canto de los pájaros. Estos aparecían en el cielo y lo embellecían con reflejos dorados y plateados.

Volnay hizo detenerse al caballo para abarcar mejor con la mirada toda la propiedad. Si el paraíso no se encontraba allí, ¿dónde podía estar? Perfumes, colores, luz, todo era un deleite para los sentidos.

Pestañeó para seguir bajo el sol la cinta azul plata de un arroyo. Se acercó a él y sorprendió a un pinzón bebiendo. El pájaro emprendió el vuelo y sus alas mojadas dejaron en el aire un rastro húmedo. En su mente, Volnay pobló por un momento ese mundo encantador de personas de su gusto. De repente, los personajes se desvanecieron porque se dio cuenta de que Chiara ocupaba el centro. La cólera lo invadió de nuevo y espoleó a su caballo.

Un hombre apareció en lo alto de la escalinata. Parecía de avanzada edad y lo contemplaba con benevolencia y curiosidad.

–Muy tardía es la hora en que mi joven discípulo galopa hacia mí en espera de un buen consejo. Desmontad, pues, amigo mío, y seguidme, debéis de estar extenuado.

Pasaron bajo un pórtico, y un criado los condujo a una terraza rodeada de columnas, donde les sirvieron un maravilloso café aromático bajo una pérgola cubierta de glicinias.

–La Hermandad desea mi muerte –se apresuró a decir Volnay una vez que estuvieron solos–. Han querido utilizarme en un asunto relacionado con el rey y la Pompadour.

El Maestro cruzó las manos y frunció el entrecejo. Alto y delgado, los años lo habían encorvado un tanto. Su rostro anguloso se veía atezado y apergaminado, como si hubiera estado demasiado expuesto al sol.

–¿Qué clase de asunto?

Volnay suspiró. Así que era verdad que el Maestro vivía actualmente apartado del mundo...

–La muerte de dos muchachas encontradas con la piel del rostro arrancada. La muerte de la primera fue, en realidad, un accidente. La razón del asesinato de la segunda está todavía por descubrir. Probablemente la mató alguien al que hacía chantaje y que, para desviar las sospechas, la desfiguró.

El Maestro hizo una mueca de disgusto. Todo rastro de cordialidad había desaparecido en él.

–¿Qué interés puede tener en todo eso la Hermandad?

–Esas chicas eran jóvenes amantes de nuestro monarca y la Hermandad quiere desacreditarlo. Conocéis la situación de nuestro país y todos los rumores que corren sobre el rey. Una monarquía desacreditada, eso es como preparar el terreno para derrocarla un día.

–Ese no es el camino deseable –dijo el Maestro con una voz firme de nuevo–.

Ya estuvimos una vez a punto de cometer lo irreparable armando la mano de Damiens para que matara al rey. Por fortuna, cambiamos de parecer a tiempo y vos lo detuvisteis.

–Damiens murió sometido a tormentos inimaginables –señaló sombríamente Volnay.

La mirada del Maestro pareció esquivar la suya.

–Me equivoqué, lo reconozco. Por eso, después de aquel episodio poco glorioso, he ido retirándome progresivamente y dejando que el barón Streicher dirija la Hermandad.

–¿El barón Streicher es ese hombre corpulento de barba poblada y mirada muy penetrante?

–Sí.

El policía inclinó la cabeza y contempló su taza vacía. Los ojos todavía vivos del Maestro se posaron en él, ejerciendo en silencio su influencia.

–¿Hay algo más que queráis decirme? –preguntó tras haber dejado pasar unos segundos.

Volnay se humedeció los labios, nervioso.

–El conde de Saint-Germain también está involucrado en este asunto, aunque no sabría decir muy bien de qué manera.

Unas arrugas de contrariedad surcaron el rostro del Maestro.

–*¡Sanctus Germanus!* –dejó escapar con una voz sorda. Pero se rehízo enseguida–. Volnay, escuchadme bien. Confiad en mí y no me hagáis preguntas: ¡manteneos lo más alejado posible del conde de Saint-Germain!

El policía se quedó boquiabierto ante aquella salida.

–Volvamos a la Hermandad –dijo el Maestro en un tono que no admitía réplica–. En la actualidad no somos los únicos que nos rebelamos contra el absolutismo y la ignorancia. Han aparecido los francmasones. Sus numerosas logias son activas y la antigüedad de la Hermandad no le confiere a esta más derechos que a los demás. Sería más prudente unirnos a ellos.

–Indudablemente, no es eso lo que piensa el barón Streicher.

–¿Quién trabaja con él?

–Yo no los conozco, pero recurre a esbirros poco recomendables. Bastaría con que un día recibieran la orden de matar...

El Maestro rebulló, incómodo.

–No hemos llegado a ese extremo. Todavía tengo mucha autoridad sobre ellos. Iremos a verlos. Voy a deciros un lugar, una hora y el modo de entrar. Sed prudente y no le digáis nada de esto a nadie, ni siquiera a vuestro amigo el monje. ¿Me dais vuestra palabra?

–¿Por qué al monje no?

El Maestro carraspeó, molesto.

–Vuestro estrafalario amigo quizá sea la discreción personificada, pero no me gustan sus bromas. Además, es demasiado imprevisible...

–Hacéis mal pensando eso de él –le reprochó Volnay–. ¡Yo confío en el monje como en mí mismo!

Una sonrisa un tanto condescendiente apareció en el rostro del Maestro.

–Hacéis mal –dijo–. Quizá os sorprendería descubrir que no lo conocéis tan bien como pensáis...

–¿Qué queréis decir? –se impacientó el policía.

–Nada.

Volnay frunció el entrecejo, descontento del giro que había dado la conversación.

–Hay una cosa que no comprendo –dijo–. La Hermandad había decidido bajo vuestra autoridad aproximarse a la francmasonería y a la autoridad de Londres. ¿Por qué no lo hace?

El Maestro suspiró.

–La Hermandad es la organización secreta más antigua del mundo. Data de la civilización sumeria, hace cinco mil años, que proporcionó todas las estructuras de nuestra sociedad actual: Estado, ejército, administración, comercio, justicia...

–Esclavitud, sometimiento de los pueblos... –añadió Volnay, impávido.

El Maestro levantó las cejas, irritado.

–En resumen –dijo en un tono seco–, sabéis que nuestro proyecto es cambiar radicalmente la faz del mundo. La elección de los medios es lo que frena en la actualidad la alianza de la Hermandad con los francmasones.

–La monarquía impide el progreso de la sociedad y de las ideas, pero ¿es preciso derrocarla de forma violenta? –preguntó Volnay–. Y una segunda pregunta se impone indefectiblemente: ¿quién la reemplazaría? La Hermandad de la Serpiente se considera poseedora de un conocimiento y una sabiduría superiores, heredados de sus primeros maestros desde la noche de los tiempos...

–Ese es precisamente el fondo del problema para el barón Streicher y sus amigos. Ese sentimiento de superioridad les impide aliarse con un mundo masónico en el que todas las logias son iguales entre sí, aunque la de Londres tiene alguna autoridad moral. ¡A decir verdad, el barón Streicher se siente con cierta legitimidad para gobernar a la humanidad!

Un silencio denso siguió a esta afirmación.

El estruendo de las ruedas de un carruaje por las alamedas despertó a Volnay en plena noche. Movido por la curiosidad, se levantó y fue hasta la ventana. Solo tuvo tiempo de atisbar una figura vestida de negro y tocada con un sombrero. Se apresuraron a hacerla entrar.

–¡Vos aquí, *Sanctus Germanus!* –exclamó el Gran Maestro en un tono

arrogante–. ¡Ha de amenazar una gran tormenta! Pero, entrad y dispondré que os sirvan un refrigerio.

Una sonrisa indescriptible iluminó el rostro del intruso y la voz de tenor del conde de Saint-Germain retumbó, burlona:

–Os lo pregunto, ¿existe algún alma en esta tierra que me haya visto beber o comer?

Una puerta chirrió y los dos hombres se alejaron. Hubo un poco de agitación abajo y luego volvió a hacerse el silencio. Volnay se adentró en el pasillo. Su dormitorio estaba en el piso superior y nadie podía verlo. Permaneció inmóvil en la oscuridad, junto a la escalera. De vez en cuando, como los ruidos de una tormenta lejana, le llegaban voces. Al cabo de un rato, una puerta se abrió y sonaron pasos en el vestíbulo embaldosado. Una sombra se perfiló. Casi enseguida reconoció la silueta elegante del conde de Saint-Germain.

–¡Llevad cuidado! –dijo con firmeza–. ¡Si persistís en vuestro error, corréis un grave peligro!

–¡Vuestras palabras no me dan miedo! –replicó el Maestro, cuyas facciones parecían esculpidas en piedra–. ¡Creéis asustarme, pero os dirigís a la persona equivocada, pues hace ya mucho tiempo que aparté cualquier temor !

El conde meneó la cabeza. Se volvió por última vez en el umbral de la puerta. Su rostro devolvía de pronto el reflejo de mil vidas anteriores y ostentaba un tranquilo saber.

–¡Llevad cuidado! –repitió–. ¡Vuestra buena disposición no bastará!

La puerta se abrió. Una corriente de aire frío entró de golpe, haciendo estremecerse a Volnay. Por un momento, el policía estuvo tentado de bajar para preguntarle a su anfitrión la razón de todo aquel barullo y de la actitud del conde de Saint-Germain, de sus amenazas. Pero luego pensó que acababa de ser testigo de una escena que no habría visto si no se hubiera comportado como un vulgar espía. Resultaba difícil, en tales circunstancias, ir a ver a su anfitrión.

De mala gana, volvió a su habitación, pero tardó en conciliar el sueño. Tenía un sombrío presentimiento y daba vueltas sin parar en la cama. Poco antes de la salida del sol, se durmió, y fue el silencio lo que lo despertó.

Se incorporó sobresaltado en la cama. Las primeras luces de un alba mortecina se filtraban por las ranuras de los postigos, pero ningún ruido turbaba la casa. Trató de ahuyentar su inquietud y volver a dormirse, pero no hubo manera. Un crujido fugaz lo alertó. Aguzó el oído, pero fue incapaz de identificar la fuente del ruido. Entonces se levantó y empezó a vestirse. ¿Era un murmullo sofocado procedente de abajo? Abrió despacio la puerta. La escalera se hallaba sumida en la penumbra; decidió bajar por la que estaba reservada para el servicio y llegó frente a la puerta de la cocina. Ningún ruido todavía. La

empujó conteniendo la respiración. Por un instante, la visión de la cocinera sentada a la mesa lo tranquilizó; luego, la sangre se le heló en las venas. Esa posición grotesca, sus miembros como descoyuntados... Un hilo rojo había ceñido su cuello con una bufanda sangrienta. Un poco más lejos, en el suelo, su marido yacía también degollado. Al fondo estaba el cuerpo de un criado...

Volnay acercó la mano a su cintura y ahogó una exclamación. Un sudor helado le bañaba la epidermis. Todas sus armas se habían quedado en la habitación. Su mirada recorrió la estancia buscando un cuchillo. Encontró uno de buen tamaño para despedazar piezas de caza. Lo cogió y lo sopesó con satisfacción. Bien manejada, esa arma podía causar estragos. La puerta que daba al pequeño recibidor estaba abierta. Oyó un ruido de pasos y retrocedió para esconderse en la escalera de servicio.

–Abajo están todos muertos –dijo una voz gutural–, solo nos falta ocuparnos del Maestro y de su invitado.

–Hacedlo enseguida, antes de que se despierten, y colocad a unos hombres en las dos escaleras para que les resulte imposible huir.

–Yo me ocupo de eso.

El otro se fue. Volnay pensó deprisa, tratando de calmar los latidos desacompasados de su corazón. Debía salvar al Maestro como fuera. Subió la escalera con sigilo. Tenía poco tiempo, pero enfrentarse a una banda armada sin su espada era poco menos que un suicidio. Empleó, pues, unos preciosos segundos en volver al dormitorio a por su pistola y su espada. Oyó que se congregaban abajo. Se precipitó entonces hacia la habitación del Maestro, al que el ruido había despertado sobresaltado y que, al entrar él, botó en la cama, con el gorro de dormir medio caído.

–¿Vos? –Le dirigió una mirada huraña–. ¿Qué ocurre?

–Hay una banda de hombres armados abajo –dijo precipitadamente el policía–. Han matado a todo el mundo y van a subir a degollarnos. –Mientras hablaba, Volnay empujaba un mueble para ponerlo contra la puerta–. No es posible bajar por la escalera, saldremos por la ventana.

Consternado, vio que el Maestro no se había movido de la cama.

–El conde... –murmuró este con voz fatigada–. Debería haberle hecho caso. –Sus facciones se endurecieron y le dirigió al policía una mirada decidida–. ¡Saltad por la ventana, coged un caballo del establo y huid! ¡Deprisa!

Volnay, desesperado, se quedó inmóvil mientras llovían golpes contra la puerta y llegaban exclamaciones desde el pasillo.

–No os abandonaré.

–Es demasiado tarde, amigo mío. –La voz del Maestro sonaba tranquila. Se quitó el gorro de dormir y añadió–: Además, hace mucho que estoy preparado.

La puerta cedió bruscamente y, tropezando con el mueble, dos hombres

entraron. La espada de Volnay entró de inmediato en acción para atravesar un jubón remendado y luego otro. Una cara atezada, cubierta de finas cicatrices, medio oculta bajo el borde de un ancho sombrero, apareció en el hueco. El hombre llevaba un jubón de piel de búfalo, como es costumbre entre los espadachines para amortiguar los golpes de espada. Empuñaba un enorme estoque que sabía utilizar, pues rechazó vivamente a Volnay mientras entraban otros tres perillanes de su misma calaña.

El último en penetrar en la estancia parecía a todas luces el jefe de la banda, el hombre al que habían ordenado disponer sus tropas antes del ataque final. Tenía una cara puntiaguda de hurón, las mejillas como de fino cuero tensado y unos ojos recelosos cuyo iris amarillo temblaba igual que la llama de una vela sometida a las corrientes de aire. Llevaba, además, un aro de oro en una oreja. Volnay lo reconoció como un miembro de la Hermandad. Una sonrisa casi animal iluminó el siniestro semblante del agresor, que señaló con un dedo al policía y dijo con voz sibilante:

–¡Quien traiciona a la Hermandad muere a manos de la Hermandad!

Y antes incluso de haber terminado de pronunciar estas palabras, había lanzado su daga contra Volnay. El policía tuvo una reacción refleja y su hoja detuvo brutalmente el proyectil afilado. Otro atacante aprovechó la circunstancia para intentar asestarle un golpe mortal, pero, como dotada de vida propia, la espada de Volnay se interpuso en el camino de la otra, desviándola hacia un lado. El policía profirió un gruñido de dolor. Notó la sangre caliente brotar en su costado y, bajo una bruma, vio al Maestro ofrecer su cuello al cuchillo del verdugo.

–¡No!

Había gritado, y fue sin duda ese grito lo que el Maestro se llevó a la tumba mientras se oía un gorgoteo horrible. Una rabia animal se apoderó entonces del policía. Se abalanzó hacia delante, asestó tres o cuatro golpes, alcanzó dos veces a sus adversarios, notó que la punta de una espada le cortaba el cuero cabelludo. Continuó luchando un momento entre una bruma ensangrentada, aprovechando el restringido espacio entre la cama y la pared para evitar los ataques simultáneos. Por un instante su mirada se cruzó con la del hombre con cara de hurón. Sonreía. Se había sacado del cinto una pistola con la que le apuntaba. Gritando, Volnay se volvió y se lanzó contra la ventana.

Con un estruendo ensordecedor, los montantes de madera se rompieron contra su cuerpo y, a través de una lluvia de cristales, cayó al vacío. La altura no era excesiva. Aterrizó brutalmente, pero rodó con agilidad por el suelo. En la caída, había perdido la espada; la recogió y se volvió. Uno de sus perseguidores saltó también, pero, por desgracia para él, no cayó tan bien. Con aplomo,

Volnay lo ensartó mientras todavía estaba en el suelo. Oyó el silbido del hierro y al hombre con cara de hurón jurar y exclamar:

–¡El animal se mueve demasiado!

¡Le estaban dando caza! Una bruma ligera flotaba en los campos que atravesaba corriendo. A los prados y colinas les sucedía a lo lejos la masa compacta y oscura del bosque. El paisaje se volvió más accidentado y unos campos yermos todavía entreverados de sombras se extendían ante él.

A su espalda oyó ruido de cascos al galope mientras la linde del bosque se perfilaba en el horizonte. Con los pulmones en llamas, y sin volverse, Volnay aceleró desesperadamente. El estruendo de los cascos resonaba en sus oídos cuando llegó a la frondosidad de los primeros árboles. Aún no había utilizado la pistola. Apoyó bien un pie en el suelo y se volvió. El primer perseguidor estaba casi encima de él. Volnay apuntó con calma y disparó. Los dos que iban detrás tiraron desesperadamente de la brida de su caballo. Volnay echó a correr de nuevo. Los prados dejaron paso a las arboledas. Enseguida llegó a la maleza y, sin mirar atrás, se internó en el bosque tapizado de musgo.

A medida que avanzaba, todo se ensombrecía. La hojarasca era cada vez más densa, y la atmósfera, sofocante. Tan solo el murmullo del viento rompía el silencio. Cruzó de un salto un riachuelo, alejándose todavía más de la civilización. El aire estaba cargado de un olor a madera húmeda y podredumbre. El silencio tenía algo de fantástico.

Más tarde sería incapaz de decir cuánto tiempo había vagado por el bosque. Se adentró tanto en sus profundidades que perdió por completo el sentido de la orientación e incluso la noción del tiempo. Por encima de él, las ardillas saltaban de rama en rama. El sol se estrellaba contra la espesa vegetación sin poder traspasarla. En un momento dado, se dejó caer y apoyó la espalda en un tronco para descansar y curarse las heridas.

Su mente se dejó llevar como el polen por el viento. Chiara estaba allí, blanca y lisa bajo la luz... Volnay cerró los ojos para imaginar a la joven italiana radiante como ninguna otra, su negra mirada perdida en la suya, y ese pensamiento le produjo una inmensa dicha. Sintió sus brazos cerrarse alrededor de su cintura y su corazón latir contra su pecho. Era un primer y tierno abandono, otros vendrían...

No tardó en anochecer y la puerta de marfil de los sueños se cerró. Una brisa suave soplaba en sus oídos. Los matorrales susurraban y las criaturas de la noche invadían la espesura. Todo el bosque parecía cuchichear. Oyó un murmullo y descubrió una fuente al fondo de una cañada. Con prudencia, bajó para saciar una sed desbordante. Cuando estaba de rodillas junto al chorro de agua lavándose las heridas, le llegó como un crujido de la hojarasca y aguzó el oído.

Al principio fue el silencio lo que lo aterrorizó. Todo parecía haberse callado en el bosque, como si un formidable predador acabara de ponerse en marcha y el bosque contuviera la respiración. Después se oyó un siseo y una sombra se perfiló a su lado. Lentamente, volvió la cabeza. Vio apartarse una rama al otro lado del claro y un par de ojos brillar fugazmente. Una forma ágil salió de la espesura y se detuvo al verlo.

Volnay abrió los ojos como platos. Era un lobo. Sus ojos dorados se posaron en él. Despacio, con el corazón latiendo aceleradamente, el policía se levantó. Unas ramas partidas, el ruido sordo de unas patas martilleando el suelo, y de nuevo el silencio se abatió sobre el bosque. El animal había desaparecido.

Volnay esperó a que la sangre parara de latir en sus sienes y, todavía aturdido, sumergió una mano en el agua fresca para lavarse la cara. Reanudó después su camino con prudencia, pero, como era noche cerrada, antiguos miedos se despertaron en él y lo indujeron a buscar la luz y abandonar su refugio. Fue entonces cuando le pareció oír unos golpes sordos y regulares. Sabiendo lo que eso significaba, fue en su dirección, esperanzado. A medida que se acercaba, iba encontrando huellas humanas. Unos leñadores habían herido el bosque, dejando tras de sí ríos de savia que corrían como sangre. Finalmente descubrió su campamento. Unas fogatas brillaban y un puñado de hachas bien afiladas se alzaba en el suelo. Corrió hacia ellos y les preguntó el camino. Lo miraron con curiosidad, pero una moneda la acalló.

Siguió el sendero que le habían indicado y llegó a la linde del bosque. La carretera estaba allí, bordeada de arbustos raquíticos, y a unos cientos de metros se perfilaba la silueta poco atractiva de una posada. El viento nocturno jugaba con las ventanas, sacudiendo los postigos y balanceando el letrero. Volnay se acercó con desconfianza y echó un rápido vistazo al interior. No había rastro de los asesinos que lo perseguían.

La posada olía a grasa quemada y humo. En una habitación débilmente iluminada, pisó una capa de paja sucia. Toneles cortados en dos hacían de mesa. Se sentó y observó rápidamente los rostros congestionados de los bebedores. Nada que temer por ese lado. En lugar de una sirvienta pícara, una mujerona arisca que llevaba pintada en la cara una devoción feroz repartía jarras de un vino agrio que raspaba la lengua. La sangre había formado sobre el cuero cabelludo del policía una costra oscura y su ropa se hallaba en un estado lamentable. La mujer lo miró con desconfianza. Por suerte, la bolsa de Volnay se encontraba en la chaqueta que se había vuelto a poner rápidamente.

Pidió unas lonchas de tocino asado y las engulló con avidez antes de preguntarle a la mujer si podía ver al posadero. Negoció con él la compra de un caballo. Dado que Volnay no reparaba demasiado en gastos y que un viejo y cansado jamelgo aguardaba pacientemente la muerte en el establo, cerraron el

trato enseguida y el policía regresó a paso lento a París, evitando con cuidado los caminos demasiado frecuentados. En las encrucijadas se alzaban cruces e imágenes de santos a modo de protecciones ilusorias contra el destino. En el fondo, sin embargo, él sabía que muy pronto el peligro y la muerte le darían alcance.

Al amanecer, una llave giró en la cerradura de la casa de Volnay. Una sombra furtiva se coló en la habitación. Una vez en el interior, el hombre se bajó la capucha.

–¡A la mierda las leyes! ¡A la mierda las leyes! –se desgañitó de pronto la cotorra.

El monje se acercó a ella con una sonrisa en los labios.

–Veo que mis lecciones dan su fruto y que eres un alumno muy aventajado. Pero no abuses de tus conocimientos, gentil pájaro, si el señor de Sartine te oyera, se sentiría apenado.

Después, levantando la voz, añadió:

–¡Soy yo! ¿Estás por ahí?

Entró en el dormitorio. No había nadie y la cama estaba fría.

–No ha vuelto en toda la noche –murmuró el monje, pasando la mano por el colchón–. Esto no es propio de él. ¡No es de los que llevan mala vida y se corren juergas, como yo en mi juventud!

El monje se dirigió hacia la jaula del pájaro.

–¿Sabes dónde está tu amo? Tenía que venir a verme ayer por la tarde y lo esperé en vano. Ni siquiera me avisó. Es muy raro...

Examinó atentamente el comedero de la cotorra y frunció el entrecejo.

–Al parecer, Volnay no había previsto una larga ausencia, porque a ti no te queda casi nada que comer. Eso tampoco es propio de él. Por lo tanto, ha surgido algo imprevisto.

Tras un instante de reflexión, se decidió.

–Tú vienes conmigo, hermoso pájaro. Tu amo te quiere como a las niñas de sus ojos y no quiero dejarte solo mucho tiempo.

Cogió la jaula y la puso sobre el escritorio del policía.

–Voy a dejarle una nota. Espero que no tenga problemas con el rey.

–¡A la mierda el rey! –dijo la cotorra.

–Tu insolencia no tiene límites –constató tranquilamente el monje–, pero eso me gusta.

El monje había vuelto a su casa y se había puesto de nuevo un traje de gentilhombre que le sentaba muy bien. Estaba admirándose frente al espejo cuando de pronto la cotorra empezó a agitar las alas.

–¿Qué te pasa, bello pájaro? –dijo, sorprendido, volviéndose.

La cotorra revoloteaba dentro de la jaula, dispersando el grano con su aleteo enloquecido. El monje se quedó un momento inmóvil y luego corrió hacia la ventana.

–¡Los arqueros de la patrulla! ¡Qué inteligente, me has avisado de su llegada!

Se metió una bolsa en el bolsillo.

–¡Me harán falta algunas municiones de este tipo, porque las cosas se están poniendo feas!

Se subió a una mesa y abrió el tragaluz que estaba sobre su cabeza.

–Vendré a buscarte –le dijo a la cotorra–, no te preocupes. Pero, de momento, tengo que escapar.

Se metió ágilmente por la estrecha abertura y empezó a subir para salir al tejado.

–¡Un hombre de mi edad! –masculló–. ¡Obligarme a semejante ejercicio!

XV

¡Sed, pues, alegre y merecedora
de vuestra belleza!

CASANOVA

Al amanecer, Volnay entró en París. Antes de nada debía prevenir al monje. Era, junto con el pájaro, el único por el que sentía afecto en este bajo mundo. Para evitar alguna posible patrulla de vigilancia, fue por las calles estrechas y sucias del Faubourg Saint-Antoine. El tufo a orina lo obligó a taparse la nariz con un pañuelo mientras avanzaba entre la muchedumbre miserable vestida con andrajos mugrientos. Dejó el caballo en una taberna a fin de mezclarse con los transeúntes en las calles y comprobar si su casa estaba vigilada. Fue entonces cuando vio a los dos jinetes inmóviles, con el sombrero encasquetado, la capa echada sobre el hombro y la espada en el costado. Era a él a quien esperaban. El monje o bien estaba muerto o bien había huido. Lentamente, giró sobre sus talones, esforzándose en no ceder a un súbito impulso de correr. Una mano se posó en su hombro. Al volverse, se encontró frente a tres arqueros de la patrulla que vestían casacas grises con galones rojos.

–¿Caballero de Volnay? Se ha decretado vuestra captura. ¡Tened la bondad de acompañarnos!

Lo condujeron hasta un carruaje tirado por cuatro caballos al que le ordenaron subir. Dentro del coche, Sartine le dirigió una mirada glacial.

–¡Más vale tarde que nunca, señor comisario de las muertes extrañas!

Un arquero de la patrulla lo obligó a sentarse y luego bajó del coche.

–Los jinetes son míos –prosiguió Sartine–. En cuanto me enteré de lo que había sucedido en la residencia del Maestro, mandé registrar vuestra casa y la del monje. ¡No encontramos nada ni en la vuestra ni tampoco en la de vuestro extraño colaborador, aparte de sus alambiques y sus malditos hornillos para sus experimentos sacrílegos! –Una sonrisa fría iluminó su rostro sin llegar a los ojos–. Al menos el monje ha tenido la prudencia de desaparecer. Y tanto vos como yo sabemos lo bien que es capaz de esconderse en París y de adoptar cualquier aspecto. ¡Pero os tengo a vos! ¡Asesino de todos los ocupantes de una casa!

–¡No he sido yo!

Sartine dirigió hacia él unos ojos sin vida.

–¡El problema no es tanto saber si sois vos el asesino como si podéis

demostrar que no lo sois!

Dio un golpe en la portezuela para ordenar al cochero que se pusiera en marcha.

–¿Adónde me lleváis?

–Al Châtelet. ¡Alegraos de ir en un coche tan cómodo!

Volnay echó un vistazo al exterior. Los jinetes se habían colocado uno a cada lado del carruaje.

–Ni se os ocurra –dijo Sartine, como si le leyera el pensamiento–. Os abatirían en el acto, y tengo a otro hombre armado junto al cochero con las mismas órdenes.

¡No tenía escapatoria! Volnay notó de pronto que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

–¡Ha sido el conde de Saint-Germain quien ha mandado matar a todas esas personas! –gritó.

–¡Como no me digáis otra cosa! –Sartine le lanzó una mirada irónica y prosiguió–: Al rey le gusta la compañía del conde. Escucha fascinado sus relatos de viajes a través de África y Asia, así como sus anécdotas sobre las cortes de Rusia, de Austria e incluso de los sultanes. No me veo presentándome ante el rey para contarle que, según la declaración de un comisario de policía detenido por asesinato, su amigo el conde tiene afinidades con una peligrosa Hermandad.

–¿Una Hermandad?

El señor de Sartine se quitó la peluca en un súbito acceso de ira.

–¿Me tomáis por tonto? ¿Pensáis que, porque os habían encargado esta investigación, otras personas no continuaban trabajando en la sombra para mí?

Volnay suspiró, pensando en las decenas de espías que habrían revoloteado a su alrededor desde el comienzo de la investigación.

–Lo suponía –acabó por musitar como para sí mismo.

El lugarteniente criminal lo miraba ahora con una expresión despreciativa.

–En cuanto a las personas que han muerto en esa casa, ¿no pertenecían acaso a una hermandad secreta de la que vos fuisteis miembro en el pasado? Os hicisteis policía y, gracias a un golpe de suerte extraordinario, a menos que fuera algo organizado, conseguisteis que el rey se fijara en vos y obtuvisteis el cargo que sabemos. Me informé entonces sobre vos y Dios sabe de cuántas cosas me enteré. Habría podido hacer que revocaran vuestro nombramiento o encarcelaros, pero me abstuve. Me gustaba saber que mi comisario de las muertes extrañas tenía un pasado mucho más extraño que los casos que investigaba. Eso me daría poder sobre vos en caso necesario. Ahora eso ya no me es de ninguna utilidad. ¡Ya no tenéis ningún futuro!

Volnay meneó la cabeza con amargura.

–¿Sabíais que había pertenecido a la Hermandad de la Serpiente? O sea que,

en realidad, erais como el Cíclope del viaje de Ulises: ¡el favor que me hacíais era devorarme al final!

–Os gusta crisparlo todo –contestó Sartine.

Volnay echó un vistazo al exterior. Estaban cruzando el PontNeuf, abarrotado de gente. A lo lejos se perfilaba como un ave de presa la silueta inquietante del Châtelet. Se oía al cochero renegar, tirando de las riendas de los caballos a izquierda o derecha.

–¿Qué sabéis de la Hermandad? –preguntó tranquilamente Volnay.

Deseaba sobre todo ocupar la mente de Sartine a fin de que relajara su atención. El lugarteniente de policía soltó una carcajada breve. Le gustaba exhibir su vasto conocimiento de las cosas y en especial de las que deberían ser secretas.

–¡La Hermandad de la Serpiente! ¡Una organización conspiradora que actúa en la sombra del poder real y cuyo objetivo es derrocar a este para sustituirlo por un gobierno salido del pueblo! Su consigna actual es *Lillias pedibus destrue*, «¡Aplasta la flor de lis con el pie!». Su organización es piramidal, los novicios deben pasar por un periodo de prueba de cinco años antes de ser iniciados en el primero de los doce niveles de conocimiento. Tienen signos secretos y palabras sagradas que les permiten comunicarse a espaldas de todos. Dicen que la Hermandad de la Serpiente sobrevivió a la caída de la civilización sumeria fundiéndose con las escuelas de los misterios egipcios antes de implantarse en Europa a través de la cristiandad. –Se interrumpió para alisar su peluca con gesto amoroso–. *Novus ordo seclorum* es su divisa, «Nuevo orden por los siglos». Recientemente ha adoptado otra: *Annuit coeptis*, «Nuestro proyecto será coronado por el éxito».

Sartine recitaba esto como un alumno aplicado su lección. Continuó con el mismo tono de voz neutro:

–Las nuevas incorporaciones, sin embargo, se limitan al ámbito de Francia, Italia y algunas tierras alemanas. La Hermandad de la Serpiente no ha aceptado integrarse en el gran movimiento de la francmasonería, pues este tiene concepciones diferentes de las suyas. El artífice de este intento de aproximación era vuestro Maestro, el que ha sido asesinado. Al parecer, deseaba demostrar que una facción violenta, de la que probablemente vos formáis parte, ha tomado el control y quiere conservar su libertad de acción, incluido el uso de la fuerza.

–Estáis muy bien informado –dijo Volnay, aparentemente con la misma serenidad.

Antes de haber terminado la frase, saltaba al suelo por la portezuela del vehículo, escurriéndose entre los dedos de Sartine y espantando a los caballos de los oficiales de la policía, y corría hacia el parapeto del puente. Lo vieron

arrojarse al Sena y desaparecer mientras los primeros disparos sonaban a su espalda.

Había permanecido oculto en un almacén hasta el anochecer, tiritando con la ropa mojada. Cuando salió, esta estaba casi seca, pero su lamentable aspecto dejaba mucho que desear. Y lo que era aún peor, tosía y había perdido la bolsa en el Sena. Tambaleándose por efecto del cansancio, vagó sin rumbo por las calles ruidosas y animadas, en medio de transeúntes apresurados y mendigos que miraban con envidia los puestos donde los pasteleros vendían pasteles calientes y empanadas de carne cocidas bajo las brasas. Al apartarse para dejar pasar un carruaje, vio de pronto un perfil conocido y se abalanzó hacia la portezuela.

–¡No te acerques al coche de mi señor, villano!

El látigo lo azotó en plena cara y gritó de dolor. Casanova asomó la cabeza por la ventanilla del coche.

–¿Se puede saber qué ocurre?

–¡Este bribón nos cierra el paso, monseñor!

Volnay intentó de nuevo acercarse. El látigo restalló en el aire.

–¡Caballero de Seingalt! –dijo, antes de caer de rodillas–. ¡Chiara! –gritó, sin saber por qué.

–¡Un momento! –dijo Casanova–. ¡No está bien pegarle así a la gente! Además, ¿quién es este personaje que conoce mi título y el nombre de mi amiga? –Bajó prudentemente del coche y se acercó con circunspección–. ¡Caballero de Volnay! –exclamó–. ¿Sois realmente vos, amigo mío? ¡En qué estado os halláis! ¿Qué os ha pasado?

El policía se levantó con dificultad; le ardía la mejilla.

–No puedo más, os pido asilo.

El veneciano lo cogió con cuidado de un brazo y, tras haber lanzado una breve mirada a uno y otro lado de la calle, le hizo subir a su carruaje, que reanudó la marcha.

–Os habéis puesto, mi joven amigo, en una situación muy complicada –murmuró Casanova en un tono conmovido–. ¡Os buscan por haber matado a todos los ocupantes de una casa al sur de París!

–¿Cómo?

El caballero de Seingalt asintió con la cabeza.

–Conociendo un poco vuestro carácter íntegro, me cuesta creer que seáis el autor de todas esas villanías, pero los rumores... –Le dirigió una sonrisa irónica–. Los rumores, señor comisario, ¡ahora comprenderéis lo que pueden sentir sus víctimas!

Volnay no dijo nada. Encontrarse entre las manos del hombre que le había

quitado a Chiara le resultaba insoportable, pedirle disculpas era superior a sus fuerzas.

–Amigo mío –prosiguió Casanova tras haberlo observado brevemente–, no puedo llevaros a mi casa. Mi cochero es un hombre seguro hasta que le desatan la lengua con una bolsa, y los soplones abundan en París. Aunque en las altas instancias no establecerán forzosamente el vínculo entre vos y yo, el hecho es que soy un hombre que está en primer plano y, por ello, la policía del rey me espía y vigila constantemente. –Frunció el ceño y miró a Volnay con una mezcla sorprendente de humanidad y gravedad–. Esto es lo que vamos a hacer: bajaremos del coche dentro de un momento, le ordenaré a mi cochero que me espere y os llevaré a una casa donde os tratarán bien y donde incluso podréis divertiros. En fin, con discreción, por supuesto. Una joven, Sylvia, vive allí con su madre. Las dos reciben raramente a domicilio, pues trabajan en una casa como mandan los cánones. Estas mujeres están en deuda conmigo porque les he hecho algunos pequeños favores. Añadiré que, cuando las visito, las honro a las dos a la vez y en la misma cama. Ninguna está, pues, celosa de la otra. ¡Bueno, ya lo sabéis todo!

La calle era un ir y venir incesante de coches, jinetes, vendedores de fruta, aguadores y transeúntes. Casanova y Volnay se perdieron rápidamente entre la multitud caminando deprisa. Llegaron a una calle con tenderetes desordenados donde vendían especias y donde algunos sacamuelas causaban estragos. Casanova lo condujo sin vacilar a una casa de planta baja y un piso con pilastras de un gris claro que sostenían un balcón florido. Llamó a la puerta dando varios golpes muy seguidos y luego otros más espaciados. Enseguida se oyó un ruido de pasos y les abrieron.

–¡Caballero!

Una mujer alta había aparecido en el hueco de la puerta. No debía de tener más de cuarenta años, pero su rostro parecía ya una flor marchita. Pese a sus facciones regulares y bastante agradables, irradiaba cierta sequedad que, al tiempo que le daba autoridad, podía también gustar a los que aprecian a las mujeres severas y resueltas.

–Señora, ¿podemos entrar? Mi compañero está muerto de cansancio y debe descansar.

En ese momento, a Volnay le dio un acceso de tos terrible y un estremecimiento lo recorrió de la cabeza a los pies.

–¿Está enfermo? –preguntó la mujer, inquieta, frunciendo el entrecejo.

–Tanto como se puede estar cuando se ha pasado el día con la ropa empapada y después de haber recibido dos o tres golpes de espada –se apresuró a explicar Casanova–. El desdichado tuvo que meterse en un estanque para escapar de un marido celoso que volvió demasiado pronto a su casa. Y después no le ha

quedado más remedio que pasarse el día tiritando dentro de una gruta de vegetación, antes de poder marcharse discretamente. Yo lo he recogido en este triste estado. Por supuesto, podría haberlo llevado a mi casa, donde residía, pero el marido celoso en cuestión conoce nuestra amistad y no sería de extrañar que me hiciera una visita. Así que, si vos pudierais alojarlo con toda discreción unos días, os estaría muy agradecido.

El caballero de Seingalt hablaba con tal convicción que hacía desaparecer todas las inverosimilitudes del relato, y además en su mano acababa de surgir, como por arte de magia, una bonita bolsa de paredes bien redondeadas. La puerta se cerró tras ellos. En cuanto estuvo seguro, Volnay se sintió desfallecer. Todas las emociones del día anterior, el asesinato del Maestro y de sus sirvientes, la huida al bosque, el encuentro con el lobo, el regreso de noche a París y, por último, su espectacular evasión del carruaje del señor de Sartine, lo invadieron de golpe y se tambaleó.

–¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Se encuentra mal! –exclamó la mujer.

Casanova lo sujetó y, ayudado por la robusta mujer, lo llevó a una habitación limpia donde un buen colchón lo esperaba. Volnay abrió los ojos y vio el vestido de la mujer tensarse bajo el peso de sus pechos al inclinarse sobre él.

–Necesitáis descansar –dijo con voz un poco ronca.

Notó que le quitaban las botas. Una fina sábana lo cubrió como un sudario y no tardó en sumirse en el sueño como un niño agotado.

La señora de la casa dispensaba a Volnay un trato casi maternal, esforzándose en mantener alejada de él a Sylvia, su hija, una joven a decir verdad particularmente graciosa. Unos cabellos castaños de vaporosa ligereza enmarcaban un bello rostro ovalado de facciones regulares. Tenía la nariz ligeramente aguileña y unos ojos de color avellana velados por largas pestañas negras. Tan solo su mirada, ligeramente interesada, podía dejar entrever a una mujer de vida alegre con alguna experiencia del mundo.

La madre cerró cuidadosamente la puerta tras de sí. Acababa de llevarle al policía un caldo de pollo, vino, queso y una buena rebanada de pan blanco. Este devoró la comida y se durmió de inmediato. Un ruido ligero lo despertó unas horas después. Entreabrió los ojos. Las persianas bajadas y los postigos cerrados no dejaban entrar en la habitación más que una débil luz, pero vio que unos ojos brillaban en la semipenumbra del dormitorio.

–Dios mío, ¿qué hacéis vos en un sitio como este?

–¡Chiara!

Sintió una oleada de felicidad y de sufrimiento que no tenía nada que ver con la sensación simplemente placentera del beso de unos días antes.

La joven le cogió las manos.

–El caballero de Seingalt me ha avisado. Está aquí para ayudaros. Está acostumbrado a situaciones... complicadas.

Él miró su mano fina y blanca de venas azuladas y la cubrió con la suya. Chiara dio un respingo y su mirada se clavó en la de Volnay. Permanecieron así, mirándose a los ojos, durante unos segundos, y de este modo muchas cosas fueron dichas sin serlo realmente. Luego, sus lenguas se soltaron y se pusieron a hablar. Volnay contó su visita al Maestro y los acontecimientos que se habían desarrollado a continuación. Chiara lo escuchó con toda la atención que se presta a un enfermo y se aclaró la garganta antes de tomar la palabra:

–Voy a ir a ver a la marquesa de Pompadour. En este punto, solo ella puede ayudaros y salvaros de ese malvado Sartine, así como de la Hermandad.

La chica se levantó.

–Chiara, yo...

Una lágrima brilló en el rabillo de uno de los ojos de la joven.

–Sí, lo sé.

Él no estaba seguro de querer hablar de lo mismo que ella, pero se calló porque percibía intensamente sus sentimientos. Por un instante, sintió deseos de levantarse para recoger esa lágrima con la yema de los dedos, llevársela a los labios y probar su sabor. ¿Tenía quizá el sabor de la felicidad?

–El caballero de Seingalt me espera –añadió ella en un tono más firme.

–Ese Casanova...

–¡Os ha salvado y tratado como a un amigo, no lo olvidéis! Ahora debo irme, pero volveré con buenas noticias.

Abrió la puerta y se volvió una última vez, pero Volnay yacía como aniquilado en la cama. Asociar en sus pensamientos a Chiara y Casanova era simplemente superior a sus fuerzas. Oyó el paso ligero de la joven en la escalera y, como había hecho aquella noche terrible en casa del Maestro, su curiosidad y también su desesperación fueron más fuertes. Salió del dormitorio y se quedó inmóvil en el pasillo. Una escalera de caracol comunicaba la planta baja con el piso superior. Se asomó para oír mejor.

Abajo, Casanova esperaba a Chiara.

–¿Y bien? –preguntó.

–Necesita ayuda, voy a casa de la marquesa.

–Es lo más sensato, en efecto...

El dedo del veneciano encontró el surco que había dejado la lágrima de Chiara.

–La alegría, señorita, es patrimonio de los bienaventurados y la tristeza es la imagen horrible de los espíritus condenados a las penas eternas. ¡Sed, pues, alegre y merecedora de vuestra belleza!

Quiso abrazarla, pero ella lo rechazó.

–Aquí no...

–Un beso...

–No sé, más tarde quizá. Volnay está aquí...

–Está en su habitación.

Hubo un revuelo de faldas, un suspiro femenino sofocado y luego:

–¡Os digo que no! ¡Aquí no!

Volnay, destrozado, volvió a la cama. No oyó el resto de su conversación en el umbral.

–Chiara...

–¡Os digo que no! ¡No me tendréis nunca más si insistís! ¡No quiero que vuestras manos me sigan tocando!

–¿Y mi boca?

La había cogido con cierta brutalidad y había puesto a la fuerza los labios sobre los suyos. Por un instante, los sentidos de Chiara se abandonaron al placer de ese beso, pero enseguida se desasió, temblando.

–¡Señor, estáis traspasando los límites! ¡Atreveos de nuevo y mandaré a mis lacayos que os azoten!

–Chiara, vamos...

–¡No hay nada más que añadir, caballero! ¡Mi cuerpo no os pertenecerá más que mi corazón! ¡Ah, otra cosa! ¡Sois viejo, señor, y cuando me habéis besado, he notado que no os olía muy bien la boca!

Se percataron entonces de que la joven que les había abierto la puerta se encontraba en el umbral de la cocina y los observaba con atención. Llevaba un vestido de colores claros que realzaba sus finas caderas. Sus pechos estaban audazmente elevados, a duras penas disimulados por un delicioso remate de encaje en el escote.

–Vayámonos –murmuró Chiara, incómoda.

Sylvia los vio alejarse con una sonrisa incipiente en los labios. Subió después al dormitorio de Volnay y le preguntó ingenuamente:

–¿Quién es ese señor que acompañaba a la joven? Parecía muy prendado de ella... –Miró al policía a hurtadillas. Este, con la mirada perdida, no decía nada–. Aunque también ella –encadenó rápidamente– lo besaba con pasión en el umbral.

Sylvia comprobó con satisfacción que una palidez mortal invadía su rostro. Se acercó a él y sus manos vacilaron un poco antes de acabar posándose sobre sus bonitos cabellos negros, entre los que se perdieron.

–Tenéis un pelo muy rebelde –susurró.

No vio hasta después las lágrimas en sus ojos.

El mendigo parpadeó mientras observaba la entrada de la casa.

–¿Es aquí? –le preguntó al cochero que lo acompañaba.

–Sí, bajé del carruaje por curiosidad y los seguí con la mirada por la calle. Los vi entrar ahí. Ahora dadme la otra moneda.

Una sonrisa fría iluminó el rostro del monje con su atuendo de mendigo.

–Aquí la tienes y que Dios te perdone, pues, habiendo traicionado a tu señor el caballero de Seingalt, no has demostrado ser un buen cristiano.

–No lo habría traicionado, como vos decís –replicó agriamente el otro–, si además no me hubierais prometido revelarme cómo hacer siempre vigorosamente los honores a mi mujer cuando cumplo mis deberes conyugales.

–A ella o a otras –se burló el monje.

–¡Cumplid vuestra promesa!

El monje suspiró.

–¡De acuerdo! No tienes más que orinar tres veces dentro del anillo conyugal, recitando *In nomine Patris*. Si has perdido el anillo, puedes sustituirlo por la cerradura de una iglesia.

–¿Eso es todo? –preguntó el hombre, desconfiado.

–Sí –respondió el monje con la mayor seriedad–. Si no, también puedes comerte un picamaderos asado, sazonado con sal bendecida, antes del acto. Tiene el mismo resultado.

–Bien...

El monje suspiró mirándolo alejarse.

–En nuestros días, la gente se cree a pie juntillas todo lo que les dices.

XVI

Tengo de nuevo el rayo,
pero sin el poder de hacerlo estallar.

CASANOVA

El padre Ofag frunció los ojos. Sus dedos tamborileaban distraídamente sobre la mesa mientras esperaba a la persona que iba a entregarle por fin la carta. Esa carta había causado la muerte de su querido Wallace, un corazón puro bajo una apariencia rugosa. Había preocupado a la marquesa de Pompadour, así como a la siniestra y orgullosa Hermandad de la Serpiente. Tal vez incluso el lugarteniente Sartine sospechaba su existencia. Todo París la buscaba y hete aquí que, al final, iban a llevársela en bandeja de plata. Evidentemente, el vendedor pedía mucho, pero el oro no era nada cuando podía ofrecer la destrucción de la marquesa de Pompadour y sus esbirros.

Unos minutos más... Ofag era modesto en sus triunfos. Era un hombre en la sombra, un combatiente de Dios. Poco le importaba a él que le erigieran una estatua, desde el momento en que la misión de su vida iba a ser cumplida.

Un ruido de botas resonó en la escalera. Finalmente anunciaron al portador de esa carta que ni siquiera el policía más hábil de París había podido encontrar. El hombre entró y el padre Ofag exclamó:

–¡Caballero de Seingalt, qué alegría!

Si el recién llegado le desagradaba, se las ingeniaba para ocultar su aversión bajo una amplia sonrisa. El veneciano se dirigió hacia él sin vacilar. Por una vez, iba vestido con sobriedad y envuelto en una capa negra. Una gran espada colgaba en su costado. En el cinto llevaba una daga.

–Bien, ¿ha traído mi ladrón preferido la carta? –preguntó el padre Ofag en un acceso de buen humor.

Casanova adoptó una expresión ofendida.

–Robar no forma parte de mis costumbres y me decepciona que tengáis esa mala opinión de mí. Pensad más bien cómo se desarrollaron los hechos: quiero socorrer a una mujer que está en el suelo, me arrodillo para constatar que está muerta y que le han arrancado la piel de la cara, mi compañera se desmaya y, cuando me dispongo a socorrerla también a ella, mis manos descubren en el cadáver una carta. ¡Por desgracia, esta va a parar a mi bolsillo!

–¡Y se os ocurre entonces la idea de venderla!

–¡Demonios! ¡Es que vi que le interesaba a mucha gente! ¡Reconoced, no

obstante, que después de todo he preferido que la compren unos buenos cristianos!

–Dios os perdone, porque habéis pecado mucho –dijo el padre Ofag en un tono indulgente.

–Sinceramente, no sé si tengo mucho que hacerme perdonar –dijo Casanova, impasible–. Veréis, la astucia honrada no es sino prudencia. Quien no sabe ejercerla es un necio.

–¿Tenéis la carta? –se impacientó el padre Ofag.

Casanova desplegó una sonrisa fría que no llegó a sus ojos.

–Las pujas han subido –resumió sobriamente–. ¡Hay que doblar la suma si no queréis quedar fuera de la subasta!

Se produjo un silencio denso que el clérigo rompió:

–¡Impío! ¡Por tu salvación y por el deber de la predicación de Jesucristo, deberías aspirar a las riquezas eternas en vez de a los bienes terrestres y temporales!

–¿Cómo? –replicó el caballero de Seingalt–. Os traigo en una bandeja la cabeza de vuestros enemigos, ¿y vos regateáis aconsejándome que espere mi pago en el más allá?

–Tum podex carmen extulit horridulum! –masculló el padre Ofag, furioso.

Casanova se puso rígido. ¡Había entendido perfectamente que su interlocutor acababa de decir que él soltaba pedos por la boca!

–¡O cerramos el trato ahora mismo o no lo cerramos! –dijo entonces el religioso–. ¡Accedo a esa suma, pero quiero la carta!

Casanova se puso tenso ante el tono amenazador. En el pasillo lo esperaba una escolta heterogénea de espadachines cuyos servicios había contratado. Aunque el padre Ofag lo sabía, nunca se estaba a salvo de una mala pasada. Su mano se crispó sobre la empuñadura de la espada.

–Despacio, amigo mío, despacio...

El padre Ofag había sorprendido el gesto y empezó a preocuparse.

–Nadie intentará hacer nada contra vos, os di mi palabra cuando empezamos a negociar. Sabéis que actúo por el bien general de la cristiandad.

–Os estará agradecida por ello –dijo Casanova sin reírse.

–¿Lleváis la carta encima?

El veneciano suspiró. Que lo creyeran tan ingenuo era algo que lo superaba.

–¡Por supuesto que no! Que alguien me lleve la suma a mi casa esta noche y la carta le será entregada... –Hizo una pausa antes de añadir–: ¡Por favor!

Hicieron pasar al monje, con la consideración debida, al gabinete de trabajo del conde de Saint-Germain. Una vez solos, el conde y su visitante se miraron largamente.

–Encantado de volver a veros, señor de...

–¡Por favor! –lo interrumpió el monje–. ¡Nada de nombres!

Y atenuó la rudeza de estas palabras con una inclinación graciosa de cabeza.

–Como gustéis –dijo el conde de Saint-Germain–, pero sé quién sois.

El monje esbozó un ligero mohín.

–Quiénes somos importa poco, después de todo.

–Tenéis razón –susurró el conde, haciendo rápidamente un signo al que el otro respondió.

–Honro y respeto el agua tofana –dijo tranquilamente el monje–. Soy la espada de fuego que expulsa lo impuro de la tierra. Soy el cuchillo invisible e inevitable que puede alcanzaros estéis donde estéis.

El conde asintió con la cabeza; no parecía sorprendido.

–Soy la balanza de diamante –dijo–. Vengo a pesar los destinos de la humanidad.

Un largo silencio siguió.

–¿Venís de donde pienso? –preguntó finalmente el monje, conteniendo la respiración–. ¿Sois quien yo creo?

–No tendréis una respuesta precisa, amigo mío, pues no soy de ninguna época ni de ningún lugar –respondió el conde, cuya voz ya no era más que un riachuelo susurrante–. Fuera del tiempo y del espacio, mi ser espiritual vive su eterna existencia, y si me sumerjo en mi pensamiento, remontando el curso de las eras me convierto en quien deseo.

–Si es así, podremos llegar a un acuerdo –concluyó el monje con la pizca de insolencia que lo caracterizaba.

Llamaron a la puerta de la casa donde Volnay guardaba cama. Sylvia fue a abrir. Al otro lado no estaban ni el caballero de Seingalt ni ningún aristócrata bien vestido, sino un anciano con una cesta de huevos que no la dejó abrir la boca y dijo precipitadamente:

–Vengo a traer los huevos que habéis encargado para vuestro paciente. Dadme una moneda por si están observándome, hay una carta para él bajo la paja.

–¿Una carta para quién? –preguntó la chica, palideciendo.

–Para vuestro paciente. ¡Daos prisa, pueden estar observándome!

Sorprendida, la joven obedeció. Una vez cumplido el encargo, el extraño comerciante se apresuró a girar sobre sus talones y desapareció, cojeando, en la vuelta de la esquina. Pensativa, Sylvia cerró la puerta y metió la mano bajo los huevos. Había una carta, en efecto, pero lacrada. La puso a la altura de sus ojos para intentar leer algo, pero en vano. Entonces subió despacio la escalera,

pensando que, cuando el apuesto joven hubiera leído la carta y se hubiera dormido, podría enterarse del contenido.

Volnay estaba sentado en el único sillón de la estancia, aburrido. Recibió el correo con sorpresa, pero lo leyó atentamente. La joven trajinaba por la habitación, quitando un polvo imaginario, estirando las sábanas y dando vueltas a su alrededor para intentar leer las líneas trazadas con una escritura fluida.

«Estoy aquí –había escrito simplemente el monje–, no salgas. Informa a la señora de la casa de que iré a visitarte cuando haya caído la noche.»

Cansada de esperar, Sylvia enrolló los brazos en torno a su cuello como un chal de seda y leyó sin vergüenza.

–Así que vais a recibir una visita... Bueno, ya estoy avisada –dijo–. ¿Es otra mujer?

–En absoluto –respondió Volnay, que no sabía si debía desanudar aquellos brazos que le rodeaban el cuello o permanecer agradablemente prisionero de ese abrazo.

¡Así que el monje había escapado de Sartine y encontrado su rastro! Quizá estaba bajo las ventanas, sin duda disfrazado. Sabía ser prudente cuando era necesario, la vida se lo había enseñado con dolor.

–Ah, muy bien –dijo la joven en un tono satisfecho–. Ahora debo salir. ¿Me prometéis ser bueno en mi ausencia? No tardaré mucho.

Se sentó sobre sus rodillas y, en vista de que no reaccionaba, depositó un beso en sus labios antes de levantarse y salir riendo. Volnay se quedó solo reflexionando en la semipenumbra del dormitorio; ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que la chica se había ido.

Los oráculos habían sido tajantes. La marquesa de Urfé debía ser inoculada ese día por Casanova a fin de poder renacer a continuación en un cuerpo joven y masculino. Era el resultado de varios meses de preparación con la crédula y supersticiosa aristócrata, operación denunciada por Volnay a Chiara durante su primer encuentro. Para apoyarlo en su acción sobre una marquesa cuyos encantos marchitos no le decían nada, el veneciano contaba con una joven cómplice, encargada de devolverle todo su vigor en caso necesario. Para conseguir que la marquesa de Urfé aceptara su presencia, la había presentado como una ondina directamente surgida del Sena. La ondina en cuestión le había dado a la señora de Urfé una nota en la que ponía: «Soy muda, pero no soy sorda. Salgo del Sena para bañaros. El momento ha empezado. Debemos ejecutar las órdenes de Oromasis, rey de las Salamandras».

Ayudados por dos sirvientes, habían ido primero a ofrecer oro a los siete planetas. La marquesa de Urfé garantizaba la participación financiera de la

operación sin sospechar que las cajas arrojadas al agua contenían plomo. Después habían regresado a casa del caballero de Seingalt, a La Pequeña Polonia, para purificarse con un baño antes de instalarse en una habitación espaciosa. La ventana estaba abierta, pues hacía calor, y, para que la operación de inoculación fuera creíble, Casanova debía repetir el acto tres veces. Por esa razón, mientras avanzaba por la alameda el monje oyó gritos y gemidos mezclados de dos mujeres.

–¡El monje! –masculló Casanova, sorprendido, cuando hubo salido de la habitación para escuchar a su criado–. ¡Que vuelva en otro momento o que espere!

Estaba de mal humor. El segundo asalto había durado mucho y el sudor adhería sus cabellos mezclados con pomada y polvos. La vieja marquesa lo había animado enjugándole la frente mientras se dedicaba a ella y la joven ondina le hacía las caricias más apropiadas para que conservara todo su vigor. Por supuesto, habría podido hacer trampas y simular que gozaba, pero le repugnaba ese tipo de estratagemas, pues quería darle a la marquesa aquello por lo que había pagado.

Hicieron, pues, esperar al monje en un gabinete destinado a tomar el café y Casanova, animado por la ondina, se preparó para el último coito dedicado a Mercurio. El veneciano no acostumbraba poseer sino cuerpos jóvenes y frescos. Las profundas arrugas rellenas de blanco, las cejas pintadas de negro, los pechos ajados y la piel arrugada de la marquesa de Urfé le restaban facultades. Consciente de ello, la ondina le prodigaba proezas inimaginables a Casanova, pero el instrumento de placer de este permanecía desesperadamente a media asta. Ante un caballero de Seingalt impotente, la joven ondina salvó la situación desplegando toda su ciencia de la escuela veneciana para hacerse lesbiana. Esto tuvo un feliz efecto en Casanova, quien, gruñendo y sudando, fue capaz de ponerse de nuevo en acción. La ondina lo animaba y lo felicitaba con la mirada por poder satisfacer a Mercurio, pero él le murmuró al oído:

–Tengo de nuevo el rayo, pero sin el poder de hacerlo estallar...

Al tiempo que ayudaba a la marquesa de Urfé a tocar el cielo, la ondina le hizo a Casanova una seña que no dejaba lugar a equívocos. Había que fingir, aun cuando al veneciano no le gustara hacer trampas. Suspirando, Casanova se puso rígido y simuló una serie impresionante de convulsiones que dejó a la marquesa de Urfé sin habla.

Pasados unos minutos, se levantó y le dijo:

–Ahora, el verbo del sol está en vuestra alma y os daréis a luz a vos misma con el sexo cambiado a principios de febrero.

Después envió a la marquesa de Urfé a su casa, con la indicación de que guardara cama durante ciento siete horas.

Una ventana daba al jardín y la habitación estaba agradablemente amueblada. Casanova se reunió con el monje al cabo de una hora escasa, con la cara todavía congestionada por el esfuerzo.

–Os pido disculpas por la espera, querido amigo –dijo–, pero el caso que me tenía ocupado no era sencillo de resolver.

–Es un placer esperaros en un lugar tan encantador –contestó educadamente el monje.

Iba vestido de negro, a la manera de un pasante, a fin de confundirse entre la multitud. Una vez más, se veía obligado a huir, pero no parecía afectado por ello. Recorrió la estancia con la mirada. En la pared, un cuadro retuvo su atención. Representaba a una joven sentada sobre la hierba, con su enamorado junto a ella intentando cogerla por la cintura. Sorprendida, la joven se había vuelto a medias y había perdido un zapato, dejando a la vista un delicioso pie.

–Una bella obra, ¿verdad? –dijo Casanova acercándose al cuadro.

De pronto, se quedó paralizado. El monje había puesto un afilado puñal sobre su garganta.

–Caballero de Seingalt, ahora vais a tener que decirme la verdad –dijo una voz tranquila y decidida.

Casanova, aun con seis pulgadas de acero sobre la garganta, conservó la calma.

–Más despacio, monje, ¿qué os sucede?

El otro rio.

–¡He pensado mucho en los últimos tiempos antes de darme cuenta de que era un cangrejo caminando al lado de la verdad al tiempo que la miraba de frente! La marquesa de Pompadour, el partido devoto y a saber quién más buscan una carta. Volnay solo encontró una en el cuerpo de la víctima y creo en él como en mí mismo. ¿Qué ocurrió, entonces, entre el momento en que la joven bajó del carruaje de la marquesa, llevando esa carta, y aquel en que Volnay llegó al escenario del crimen? –El monje aflojó un momento la presión–. Wallace siguió a la joven desde que bajó del coche. La perdió de vista cuando entró en aquel pequeño patio. Cuando, más tarde, se desplomó en la calle, Wallace se acercó, pero tuvo que esconderse enseguida porque llegaba alguien. ¿Y quién era ese paseante? ¡Vos! He hablado con los primeros arqueros de la patrulla que llegaron al lugar de los hechos. Encontraron a vuestra compañera desvanecida y vos les explicasteis que, al ver el cadáver, se había desplomado a causa de la impresión. Tuvisteis, pues, la posibilidad de apoderaros de la carta. La evidencia de la verdad brilla con luz propia: ¡la cogisteis vos porque no pudo ser ningún otro! Mi mente lógica siempre acaba por deslumbrarme.

–Os equivocáis, sin duda fue ese tal Wallace quien la robó –dijo

tranquilamente Casanova.

–¡Error! Afirmó no haber cogido nada del cuerpo de la joven.

–¡Mentía!

–¿Por qué iba a mentir? Todo su comportamiento demuestra que dijo la verdad. Si la hubiera cogido, se habría apresurado a desaparecer, y no lo hizo. Al contrario, se quedó allí y después se puso a buscar la carta.

–Quizá buscaba la segunda carta.

–¿Una carta sin importancia, teniendo la otra? Y si se hubo apoderado de una, ¿por qué no de las dos? ¡No, Wallace no cogió nada del cuerpo de la chica, fuisteis vos!

–Vuestra mente lógica os sigue jugando malas pasadas –replicó el veneciano, cuya respiración se hacía más agitada–. ¡Os ha llevado a la prisión más de una vez, no lo olvidéis!

–Mi lógica es irrefutable y somos todos unos tontos por no haberlo visto desde el primer momento. Si no me dais esa carta, empezaré a cortaros la cara de forma tan abominable que ninguna mujer volverá a querer saber nada de vos. ¡Soy capaz de todo, lo sabéis! ¡Voy a convertiros en el hombre más horrible del mundo!

–¡Vos no haríais eso! ¡A mí, vuestro salvador de la prisión de los Plomos!

El monje se echó a reír.

–¡Mi pobre amigo! Recuerdo muy bien nuestra evasión de la prisión de los Plomos. ¡Me hiciste excavar tanto que todavía tengo el brazo dolorido!

–De no ser por mí, no lo habríais conseguido. Fui yo quien os proporcionó el instrumento para excavar.

–¡Y una vez fuera, fui yo quien os arrastró a la fuerza cuando, al ver el Gran Canal bajo el sol, os pusisteis a gimotear y llorar como un niño al que llevan a la fuerza al colegio!

–¡Loaba con toda mi alma a Dios misericordioso –protestó Casanova–, y mis lágrimas no hacían sino expresarle la gratitud de mi corazón!

–¡Dios está muerto –dijo el monje con voz sibilante–, y tú no vas a tardar mucho en dejar de estar en forma! –Con un gesto rápido, apoyó el filo del cuchillo en una de sus mejillas–. ¡Ninguna mujer te querrá, te lo juro!

Brotó una gota de sangre.

–¡No! ¡No! –gritó Casanova–. ¡Un mundo sin mujeres es un mundo muerto! Te daría la carta si la tuviera todavía.

–¡Bribonzuelo! ¡Conociéndote, seguro que la has conservado para hacer subir las pujas hasta el final! ¡Basta de discusión! ¡Despídete de tu rostro de querubín! ¡Chiara no amará a un hombre tan feo como tú!

El monje notó que el cuerpo de Casanova se ponía rígido.

–¡Detrás del cuadro! ¡Está detrás del cuadro!

La mirada del monje recorrió rápidamente la habitación y se detuvo sobre la joven del pie calzado con seda. Empujó a Casanova delante de él y le dio rápidamente un golpe en la nuca con el mango de la daga, sujetando el cuerpo antes de dejarlo caer al suelo. Acercándose al cuadro, lo contempló una última vez pensando que, en efecto, no había nada más arrebatador que ese tierno abandono de una muchacha presa de las primeras turbaciones del amor, ni más sensual que un pie descalzo cuando es bonito. ¡Lástima que todo eso ya no fuera propio de su edad! Con precaución, descolgó el cuadro. Detrás, una carta estaba sujeta con dos clavos. Retiró con cuidado estos antes de coger la carta y leerla.

Si alguien lo hubiera observado, habría visto pintarse el estupor en las facciones del monje.

–¿Queréis darme ahora esa carta? –dijo una voz tranquila y fría detrás de él.

El caballero de Seingalt se había levantado sin hacer ruido y, masajeándose la cabeza con una mano, lo apuntaba con una pistola. El monje se quedó paralizado.

–¡Soy demasiado amable! Debería haber golpeado más fuerte. ¡Ahora Volnay está perdido!

Volnay se acercó a la ventana y la abrió de par en par. El aire era suave y lo aspiró hasta llenarse los pulmones. Envalentonándose, subió la persiana y echó un breve vistazo a la calle, invadida por los paseantes y los hortelanos. Uno de ellos había dejado su carro lleno de coles, zanahorias y puerros bajo su ventana. Oyó abrir y cerrar la puerta abajo y suspiró pensando en los arrumacos de la joven que subía los peldaños. Y de pronto se quedó petrificado. Un ruido de botas sonaba en la escalera. Subió del todo la persiana y se volvió. Entraron tres hombres bien vestidos, con la espada en un costado. El policía sintió que se le helaba la sangre en las venas: ¡Sartine había vuelto a encontrarlo!

Uno de los hombres avanzó hacia él. Tenía la tez oscura y llevaba un suave bigote de largas puntas afiladas que le afinaba la cara. Se lo mesó cuidadosamente con los dedos antes de hablar.

–Señor, tenéis mi palabra de que no se les ha hecho ningún daño a las dos mujeres que os alojan. Hemos esperado a que salieran para entrar. Tened la bondad de acompañarnos, hemos venido para ayudaros. Hay que darse prisa, me temo que esta vivienda no siga siendo un refugio seguro durante mucho más tiempo.

Volnay asintió.

–Os acompaño, señores.

Y mientras les hacía ademán de cederles el paso, se volvió de repente y saltó por la ventana, confiando en que el carro todavía estuviera abajo. En efecto, aterrizó sobre una capa de canónigos y puerros. De un salto, bajó al suelo entre

un torbellino de verduras y echó a correr. Empujó a un aguador, que lo cubrió de insultos, y volcó el tenderete de un vendedor de cestos.

–¡Deprisa, por aquí!

Un anciano de expresión vagamente familiar le hacía grandes gestos con la mano para que lo siguiera. Se oían gritos detrás de Volnay. Después de un último titubeo, el policía se precipitó tras el desconocido y entró en un pequeño patio en el que desembocaban los dos accesos de un inmueble. Se encontró entonces con él en otra calle, más estrecha. El anciano corrió hacia una puerta con resaltes negros, la empujó y, agarrando a Volnay de la muñeca, tiró de él y cerró de golpe a su espalda. Acto seguido, le puso las manos sobre la boca en una súplica muda. Volnay oyó un galope en la calle y a continuación se hizo el silencio. Un candelabro apoyado sobre una mesa baja iluminaba débilmente una habitación con el suelo de tierra batida y pobremente amueblada. Una fina sonrisa estiró los labios del desconocido, que se desplazó despacio hasta el centro de la habitación. Con una mano, se quitó el gorro y la peluca que llevaba. Como por arte de magia, pareció erguirse. Cuando se volvió, el reflejo de la vela arrojaba un resplandor discreto sobre una frente sembrada de finas arrugas fruto de la reflexión.

–¡Tú! –exclamó Volnay–. ¡Dios del cielo! Pero ¿qué haces aquí?

–Alquilé esta casa para toda la semana cuando descubrí dónde estabas –contestó el monje–. El lugar estaba demasiado vigilado.

–¿Vigilado? ¿Por quién?

–¿Quién sabe para quién trabajan los espías? Esa es la razón por la que te hice llegar un mensaje. Planeaba sacarte esta noche, disfrazado de mujer. ¡Te habrían tomado por una de tus encantadoras anfitrionas! Pero resulta que has salido de día, ¡y perseguido!

–No he tenido elección –masculló Volnay–. Unos hombres han venido a buscarme.

–¿Qué aspecto tenían?

El policía se los describió sucintamente. El monje asintió con cara de complicidad.

–¡Comprendo! ¡Ah, qué torpes!

–¿Qué quieres decir?

–Te lo explicaré después. Ahora vas a ponerte unas ropas de hortelano y nos iremos, confiando en que no se nos pegue ningún espía a los talones. ¡Ánimo, a fuerza de ir todo mal, acabará por salir bien!

–¿Adónde vamos? –preguntó Volnay, resignándose a no entender nada.

–A casa de la única persona que podrá protegerte: el conde de Saint-Germain.

XVII

Por una gracia particular de Dios,
he podido soportarlo todo con firmeza y calma.

CONDE DE SAINT-GERMAIN

El conde de Saint-Germain iba, como era su costumbre, vestido de forma exquisita. Llevaba en la mano un frasco lleno de cera y lo miraba como para verificar la blancura inmaculada de su contenido. El monje tosió discretamente para anunciar su llegada.

–Acercaos, caballero de Volnay –dijo el conde de Saint-Germain, volviéndose–. Y a vos, mi misterioso monje amigo, gracias por habérmelo traído. ¿Sabéis lo que os queda por hacer?

El monje asintió en silencio con la cabeza, abrazó con fuerza al policía y salió rápidamente. Volnay había llegado a un punto en el que ya nada le sorprendía. El conde señaló una bandeja sobre una mesa cubierta con un mantel de terciopelo rojo.

–Esa botella contiene un marrasquino con guindas; estáis muy pálido, tomaos una copa. Ya veréis como es al mismo tiempo más dulce y más fuerte que un beso.

El policía permaneció inmóvil.

–He aquí el espíritu universal de la naturaleza –murmuró entonces el conde de Saint-Germain, agitando despacio el frasco–, Atoéter. –Y, como si hablara consigo mismo, añadió–: Agitadlo bien y haced que flote la verdad, nada más que la verdad...

–¡La verdad! –dijo Volnay con amargura–. Pero ¿dónde se esconde? Todo es simple apariencia, y tras vuestros bellos paneles pintados, la apariencia no es sino una ilusión. ¡La verdad no está en ninguna parte!

–¡Digamos que está en otro lugar! –concluyó el conde.

–¡Me habéis utilizado!

–¿Y qué queríais que hiciera? –replicó Saint-Germain en un tono en el que por primera vez se traslucía la irritación–. ¡El rey os había encomendado investigar un caso criminal y todo el mundo os vigilaba! Cuando la marquesa de Pompadour me puso al corriente del robo, enseguida pensamos en la señorita Hervé, pues este solo había podido cometerse en el carruaje. Además, ya sospechábamos que espiaba para el señor de Sartine. Por eso su muerte nos sumió en el mayor de los tormentos. Pensamos entonces que vos teníais la carta.

La marquesa envió a Chiara a veros y luego hicimos registrar vuestra casa sin que os dierais cuenta siquiera; al contrario que Wallace, que lo puso todo patas arriba. Después pensamos en la casa del monje...

–¡No os atreveríais a...!

El conde hizo un gesto apaciguador.

–Una vez más, se nos adelantó el partido devoto, que parecía llevarnos siempre ventaja. Nosotros jamás habríamos atentado contra la vida de nuestro ilustre monje, cuya ciencia y humanidad respetamos. Para los devotos, en cambio, el monje no es sino un hereje cuya vida no tiene ningún valor y cuya misma existencia en una aberración. Eso explica el intento de asesinato del que fue víctima. Dicho esto, no habrían tenido más posibilidades de encontrar la carta en su casa que en la vuestra, ¿verdad? El misterio se tornaba cada vez más denso y el asesinato de la señorita Hervé y sus terribles consecuencias seguían atormentándonos. ¿Quién había cometido semejante horror y por qué? Afortunadamente, vos nos disteis la clave de ese enigma desenmascarando los trapicheos de mi asistente. No habían matado a la señorita Hervé por esa carta y la única causa de su muerte era una poción equivocada. Por desgracia, las circunstancias la habían convertido en propietaria de la carta desaparecida.

–¿Y la segunda víctima? –preguntó el policía.

–¡Huelga deciros que, con un doble asesinato, el misterio era cada vez mayor! Temíamos una acción irreflexiva por parte de la Hermandad de la Serpiente para desacreditar a la casa real. Esa Hermandad apresurada, impaciente, que también había entrado en el juego, preocupada de ganar por la mano a la francmasonería de Occidente y de Oriente. Pero no olvidéis que, mientras tanto, Sartine, si bien pasaba inadvertido, estaba informado de todo y os seguía los pasos a través de sus espías.

El conde hizo una pausa.

–Luego entregasteis la carta y todos respiramos, pero solo un momento, pues no era la que esperábamos. ¡Quién habría podido pensar que nuestro rey le daría a la señorita Hervé un mensaje de esas características dirigido a mí!

Sus ojos delataron por un instante su cólera, pero prosiguió en el mismo tono tranquilo y sosegado:

–Todo se complicaba, y yo ya tenía mucho que hacer, pues el nueve jefe de la Hermandad de la Serpiente, el barón Streicher, temía el regreso del Gran Maestro. Fui de noche a advertir a este último y a decirle que viniera conmigo a París, pero no quiso hacerme caso. Yo no sabía que vos estabais en su casa, si no, habría imaginado lo que iba a suceder y os habría traído a todos a la fuerza. Vuestra visita al Gran Maestro debió de precipitar los acontecimientos. Comprendieron que habíais ido a avisarlo, y al hacerlo, firmásteis la sentencia

de muerte para todos. «Quien traiciona a la Hermandad muere a manos de la Hermandad.»

–Pero luego...

–Intenté protegeros en la medida de lo posible cuando encontré vuestro rastro en París. Hice vigilar la casa, así como a vuestros adversarios. Temía por vuestra seguridad, de modo que decidí hacer que os raptaran para traeros aquí. Pero mi idea fracasó: escapasteis de mis hombres saltando por la ventana. Afortunadamente, estáis aquí.

–Pero ¿cómo ha sabido el monje que podía confiar en vos? –se preguntó en voz alta Volnay.

–Porque le hice un signo...

–¿Un signo?

En vista de que el conde no respondía y se limitaba a mirarlo con una sonrisa enigmática en los labios, Volnay perdió los estribos.

–¿Dónde está el monje? ¡Exijo que vuelva!

El conde lo asió con suavidad del brazo.

–Vamos a reunirnos con vuestro amigo, ha ido delante y sigue mis instrucciones. ¡Imposible soñar con un lugarteniente mejor que él!

–¿Cómo podéis mandar sobre él? –preguntó, furioso, el comisario de las muertes extrañas.

–¡Lo sabréis muy pronto!

Desconcertado, Volnay siguió al conde. Salieron de la residencia por una puerta oculta y fueron hasta un carruaje que esperaba a unas calles de allí. Junto al coche, un hombre de tez oscura se mesaba el bigote, pensativo, mirándolos avanzar hacia él.

–Aquí tenéis a un hombre de confianza –dijo el conde de Saint-Germain señalándolo–. A él es a quien le había encargado que os rescatara.

–Señor –dijo Volnay, que empezaba a comprender–, lamento mucho no haberos acompañado antes.

–No tiene importancia, señor –contestó educadamente el otro. Tocó ligeramente la empuñadura de su espada y añadió con tranquilidad–: La culpa es mía, por no haber sido suficientemente persuasivo.

Sobre los asientos del carruaje, forrados de terciopelo gris con un dibujo de ramas, había cojines de seda, y una cortina de piel ocultaba las ventanillas. El coche se puso en marcha y poco a poco la algarabía de la ciudad fue amortiguándose hasta desaparecer. El camino empeoró y numerosos baches zarandeaban el vehículo. A los primeros árboles dispersos siguieron arboledas en las que se mezclaban robles, alerces con brotes amarillos y cerezos silvestres. Un bosque tupido de abetos los engulló y después los escupió. Levantando la

cortinilla, Volnay distinguió a lo lejos las ruinas orgullosas de un castillo sobre una peña escarpada.

–Me intriga una cosa –dijo el policía–. Dada vuestra posición, ¿qué razón había para hacer correr tantos rumores sobre vos?

–No he sido yo quien los ha hecho correr –contestó el conde de Saint-Germain–, pero los he aceptado porque, ¿qué policía sospecharía que, estando mi nombre en boca de todos, fuera yo un hombre de la sombra y del secreto?

Cuando se detuvieron, caía la noche. Se encontraban en lo que parecían ser las ruinas entrevistas por Volnay poco antes. Una torre redonda medio derruida lindaba con un foso que contenía negros charcos de agua de lluvia putrefacta. Una atalaya acribillada de agujeros se alzaba todavía. El resto no era más que lienzos de pared derruidos, piedra de cimientos y columnas derribadas envueltas en hiedra o cubiertas de malas hierbas. Tomaron un sendero apenas trazado, devorado por el musgo y los helechos.

Detrás de una columna, una figura vestida con un velo blanco se materializó. Volnay sintió un sudor frío en la espalda. La espectral aparición pareció flotar hacia ellos. El corazón del policía golpeaba con violencia contra su pecho, pero enseguida la razón se impuso, pues veía que el conde, a su lado, no estaba ni sorprendido ni asustado.

–Un fantasma muy apropiado para alejar a los inoportunos –comentó el policía.

–Empezáis a comprender –dijo el conde, riendo quedamente.

–Sí, me lleváis a una reunión secreta, y puesto que le hicisteis un signo al monje, eso significa que estáis de acuerdo. ¡Por eso el monje confía en vos, porque él también es masón!

El conde lo miró con gravedad.

–Sí, y vos, Volnay, cometisteis la locura de pertenecer en el pasado a la Hermandad de la Serpiente.

El policía agachó la cabeza y no contestó. El conde de Saint-Germain lo miró, pensativo, y se encogió de hombros con indulgencia.

–Ha llegado el momento, seguidme.

Lo condujo hasta las ruinas de uno de los edificios del castillo, seguramente el del cuerpo de guardia. Cruzaron una barbacana y avanzaron entre mampuestos desmoronados y ladrillos sueltos. Volnay vio entonces una puerta que aún se sostenía en pie, bajo una especie de bóveda oval cuya clave estaba constituida por una cruz griega con la inscripción semper dilige, semper ama grabada. El conde la empujó con fuerza, pues los goznes estaban muy oxidados. Se encontraron ante una habitación sin techo y con las baldosas de piedra rodeadas de malas hierbas. Al fondo, unas zarzas lo habían invadido todo. Sin vacilar, el conde de SaintGermain entró, aunque había indicios de que otros habían

pisado ya aquel lugar. El conde se arrodilló y, ayudado por Volnay, se puso a abrir una trampilla de hierro. Una vez abierta, esta mostró una escalera de peldaños húmedos y cubiertos de musgo por donde bajaron con precaución.

El eco de un ruido metálico sobre sus cabezas hizo dar un respingo al policía. ¡Acababan de cerrar la trampilla! Eso no pareció inquietar a su compañero.

–Permaneced a mi lado –dijo el conde– y hablad solo si os preguntan. –Pareció reflexionar un instante y añadió–: En realidad, sería más prudente que no dijerais absolutamente nada.

Habían llegado a un largo pasillo de paredes invadidas de manchas amarillentas. Lo siguieron hasta una gruta con un pozo seco, que era el centro de un auténtico laberinto. Cuatro galerías partían de allí. Sin dudarlo, el conde tomó la de la izquierda hasta una sala con las bóvedas derruidas. Volnay sintió que una nueva desazón lo invadía. El lugar era inmenso y la noche parecía tener vida propia. El conde dio un paso adelante y el policía lo imitó. La sombra pareció entonces sacudida por múltiples estremecimientos. Una antorcha se encendió, seguida de otra y de otra más, hasta que un rosario de llamas absorbieron parte de la oscuridad y proyectaron en las paredes una violenta luz rojiza.

El comisario de las muertes extrañas se estremeció. Ante él se alzaba un centenar de sombras inmóviles, todas vestidas de blanco, con el rostro oculto por capuchas, como fantasmas. El conde de Saint-Germain avanzó sin temor entre ellas, que formaron un círculo a su alrededor y el de Volnay. El policía contuvo la respiración. Estaban rodeados de espectros blancos sin cara ni ojos. Podía, no obstante, distinguir el relieve de espadas, pistolas y dagas bajo los pliegues de las túnicas inmaculadas.

–¿Quién eres? –dijo una voz.

El conde de Saint-Germain levantó una mano e hizo un signo rápido.

–*Ego sum qui sum*. Soy el que es. ¡Soy el más antiguo de los francmasones!

Tres hombres avanzaron y se bajaron la capucha. Se trataba de los tres misteriosos visitantes que habían asistido a la ejecución de la obra en rojo en casa del conde de Saint-Germain.

–Es quien afirma ser –dijeron a coro–. Bienvenido, Comes Cabaliscus, compañero cabalista. ¡Bienvenido, Sanctus Germanus, el santo hermano!

Corrió un murmullo entre las filas. El conde lo detuvo con un gesto.

–Maestros de las logias de Oriente y de Occidente –dijo–, he venido porque ha llegado el momento. Por una gracia particular de Dios, he podido soportarlo todo con firmeza y calma, pero no estoy dispuesto a tolerar que se asesine en nombre de la libertad.

Hubo un silencio mortal. Nadie se movía y se notaban los músculos tensados al máximo.

–¡La revolución está en marcha! –dijo Saint-Germain con voz potente.

Un grito de alegría se alzó en las filas de los fantasmas de blanco, pero el conde lo interrumpió haciendo una señal con la mano.

–No obstante, no es aún inminente...

De nuevo, la inmovilidad fue total.

–Algunos han querido precipitar los acontecimientos y lo han puesto todo en peligro. Han hecho matar a un Gran Maestro y a toda su servidumbre, y han intentado degollar también al hombre que está a mi lado. Sospecho que esos asesinos se han infiltrado esta noche entre nosotros. ¡Que todo el mundo se descubra a fin de que sepamos quién en quién!

En vista de que nadie se movía, el conde de Saint-Germain avanzó decidido hacia uno de los espectros y le puso una mano en el hombro.

–¡Amigo sabio y erudito, descúbrete!

Sin vacilar, el monje se bajó la capucha.

El conde se volvió hacia una figura delgada que estaba al lado de aquel.

–¡Y vos, amiga de Italia, descubríos también!

La fina figura titubeó un momento antes de llevarse una delicada mano a la frente. Volnay dejó escapar una exclamación sofocada. La capucha acababa de dejar al descubierto el bello y luminoso rostro de Chiara, a quien el monje tendió espontáneamente la mano. La muralla humana que los rodeaba pareció derrumbarse de golpe. Las capuchas cayeron una tras otra y todos se miraron, sorprendidos. Rápidamente, el conde de SaintGermain pasó por delante de todos, llevando a Volnay tras de sí. ¡No había ningún rostro de la Hermandad de la Serpiente! El monje y el conde cruzaron una mirada de decepción.

–Amigos –prosiguió entonces el conde–, tened en vuestras casas lugares de reunión vastos y ocultos, a los que se accederá a través de corredores subterráneos para que los hermanos puedan acudir a las reuniones sin peligro. Debéis pisotear el elogio y la crítica, el temor y la esperanza, pues no tenéis otra misión que hacer a la humanidad tanto bien como esté en vuestro poder, sin deshonrarla jamás con actos viles para conseguirlo. El amor mal entendido a la patria ha empujado a los hombres a la guerra, cuando todos son hermanos y solo los diferencia la lengua que hablan y la ropa que llevan. Nuestras logias se han extendido por todo el mundo. En la actualidad, queremos reunir las luces de todas las naciones en un único movimiento, desde Francia hasta las Américas. ¡El mundo entero debe convertirse en una única república!

Se habían retirado todos antes de que salieran los primeros rayos de sol. El conde, Volnay, Chiara y el monje fueron los últimos en salir de la bóveda. Volvieron a cerrar con cuidado la trampilla. Una claridad lunar bañaba por entero las ruinas del castillo. Lentamente, dieron unos pasos, haciendo crujir la

arena y las piedras al pisarlas. Volnay lanzaba miradas a hurtadillas a la joven italiana, que caminaba con la cabeza baja, sin decir nada. El conde permanecía pensativo y silencioso. Solo el monje mostraba su alegría natural y silbaba bajito. De pronto, se detuvo. El antiguo soldado salía de nuevo a flote.

–¡Aquí hay alguien!

Todo el mundo se quedó inmóvil. Volnay creyó distinguir en la oscuridad la respiración contenida de varios pechos, en espera febril. Luego, el acero brilló bajo la luna.

–Señores –dijo con calma el conde–, ha llegado el momento de desenfundar las espadas.

Todos obedecieron y Volnay situó a Chiara detrás de él. Se oyó, entonces, el ruido de las espadas al ser desenvainadas, y unas siluetas que flotaban como fantasmas con sus largas capas aparecieron entre las ruinas. Había unas veinte, que, con el rostro oculto por sombreros de ala ancha, se desplegaron sin prisa para rodearlos, espada en mano.

–¡Señorita, señores, es un buen día para morir! –dijo el monje con sarcasmo.

El conde alzó una ceja aristocrática. Por un instante, su sonrisa brilló en la oscuridad.

–Me temo, mi querido monje, que os habéis apresurado demasiado en hablar. ¡No olvidéis que soy el que sabe!

En ese instante, un grupo de hombres de negro, armados con espadas y pistolas y capitaneados por el hombre de confianza del conde de Saint-Germain, el que tenía la costumbre de mesarse el bigote, apareció detrás de sus agresores. Entre estos últimos cundió el pánico, pues no hay peor situación para una tropa que ser sorprendida por la espalda cuando cree tener el triunfo asegurado. Se oyeron gritos y gemidos, pero sobre ellos se impuso una voz potente y ronca exhortando a los hombres a permanecer agrupados y mantener su posición. El barón Streicher no pensaba rendirse.

Uno de los agresores, que se había acercado al grupito del conde de Saint-Germain, pareció no haberlo oído y se abalanzó hacia ellos con los ojos desorbitados. El monje lo recibió tranquilamente con la punta de su espada y después empujó el cuerpo con el pie para retirar más fácilmente la hoja. El conde no se había movido ni una pulgada. Otro agresor se precipitaba ya hacia ellos.

–¡La juventud es así! –dijo el monje, parando golpes y atacando–. ¡Se empeña en hacernos trabajar aunque ya no tengamos edad!

Ahora luchaban en el mayor desorden en medio de las ruinas. Las hojas de las espadas lanzaban chispas bajo el claro de luna y por todas partes se oía el ruido metálico de las armas al chocar. De vez en cuando un disparo iluminaba brevemente la noche.

Fue entonces cuando un hombre se precipitó hacia delante y, haciendo molinetes con la espada, se abrió paso entre las figuras de negro, pese a doblarlos en número. Lo seguía otro espadachín. Su mirada se cruzó un instante con la de Volnay. Profirió un alarido de rabia y se abalanzó hacia él, seguido de su cómplice. El policía lo reconoció cuando su cara lívida de hurón estuvo a su altura. Con una singular lucidez, paró el golpe mortal que el otro encadenaba en su avance, respondió con la daga, esquivó otro ataque y golpeó hasta hacerse daño en los dedos cuando su espada chocó con la suya. Por el rabillo del ojo, vio que el conde combatía ahora contra un recién llegado que también había probado fortuna. El monje, por su parte, cruzaba la espada con aplicación, con la frente chorreando de sudor.

–Puesto que nada os he pedido –le decía a su adversario–, me permitiréis que haga uso del derecho a mataros...

Apretando los dientes, Volnay se esforzaba en plantar cara, pero no era nada fácil parar los ataques de un hombre armado y furioso. Desesperado, retrocedía, comprobando de vez en cuando que seguía interponiéndose entre su agresor y Chiara. De pronto, el hombre con cara de hurón profirió un alarido de dolor. La joven italiana acababa de arrojarle una piedra cortante contra la cabeza. Con un golpe seco, Volnay apartó su arma y, sin ningún remordimiento, le atravesó la garganta con el filo de la espada.

El combate llegaba a su fin. El conde y el monje se habían librado cada uno de su adversario y se felicitaban mutuamente. Algunos de los agresores gemían y se arrastraban por el suelo. Los hombres de negro los remataban uno tras otro. El jefe de estos fue a informar al conde con su flema habitual.

–Están todos muertos...

Se interrumpió. Un grito agónico atravesó la noche, seguido de un horrible gorgoteo.

–Ahora están todos muertos –prosiguió, sin la sombra de una sonrisa–. El barón Streicher estaba con ellos y cayó durante nuestro ataque, pero los demás continuaron peleando.

–Después de lo que le hicieron a su Gran Maestro y su servidumbre, no debían de esperar mucha clemencia –comentó, lacónico, el monje–. ¡Mejor así!

Se dirigieron despacio al coche del conde. Con la tez pálida, casi diáfana, Chiara permanecía un poco apartada. El monje le ofreció galantemente el brazo. Volnay se esforzó en no volverse para ir a abrazarla. Una vez sentado frente a ella en el coche, buscó su mirada, no la encontró y, finalmente, le dijo al conde:

–Monseñor, en mi opinión quedan todavía dos misterios por resolver: dónde está la carta que buscabais y quién la cogió, y quién mató y desfiguró a nuestra segunda víctima, la joven Marcoline.

El conde asintió con gesto grave.

–Podré resolver ante vos, en mi residencia, el primer misterio, pero, para mi gran consternación, no puedo aportar ninguna respuesta para el segundo.

Volnay sonrió y, de repente, una gracia nueva pareció iluminar su rostro.

–Para ese, monseñor, se me ha ocurrido una idea, pero os necesitaré a vos para ponerla en práctica.

XVIII

Yo soy feliz gracias a mis recuerdos,
estaría loco si me creara
inútiles remordimientos.

CASANOVA

Estaban en el laboratorio del conde, una habitación espléndida que era el orgullo de su propietario y que parecía despertar el entusiasmo del monje y de Chiara, los cuales comentaban con abundancia de detalles los diversos experimentos que se podían realizar estando tan bien equipado. En cada esquina brillaba un hornillo. El monje corría como un niño maravillado de un crisol de cobre a otro, examinando el fondo de las copelas y las espátulas, admirando las aguas fuertes y los frascos tapados con cera, encontrando aquí polvo de oro o de plata, allá mercurio o vitriolo de cobre.

El conde trabajaba principalmente en un experimento con colores y les explicaba que esperaba ser capaz de encontrar un nuevo azul que haría triunfar al comercio francés.

–Pero, la gran obra –lo apremió de pronto Chiara, impaciente–, ¿qué nos decís de la gran obra?

El conde sonrió con indulgencia.

–Mis experimentos me han llevado a obtener tres tipos de productos: un fluido volátil, una sustancia aceitosa y, por último, un residuo sólido. Los alquimistas han utilizado casi siempre los cuatro elementos: agua, tierra, aire y fuego. Yo los he mezclado con tres sustancias, azufre, mercurio y sal, pues esas tres cosas unidas forman un cuerpo sólido. Cuando la alquimia descompone una cosa en sus elementos constituyentes, el principio sulfuroso se separa como un aceite combustible o una resina; el principio mercurial vuela como humo o se manifiesta como un líquido volátil; por último, el principio salado se mantiene como una materia cristalina o amorfa indestructible. ¡Coged madera y prendedle fuego! El azufre arderá, el mercurio se desprenderá en forma de humo y la sal permanecerá en las cenizas.

Al contrario que sus dos compañeros, Volnay se aburría soberanamente escuchando las explicaciones del conde de SaintGermain. Así pues, no le molestó ver que eran interrumpidas por la llegada de un criado.

–Perdonadme, monseñor, la señora marquesa ha llegado –anunció ceremoniosamente.

–Hacedla pasar –se apresuró a contestar el conde.

Salieron todos del laboratorio para ir a un salón contiguo cuyo suelo estaba cubierto por una inmensa alfombra persa de seda.

–Vuestra Señoría... –dijo el criado.

El conde se inclinó y entró la marquesa. Esta hizo que el conde se irguiera estrechándole la mano.

–No os inclinéis, amigo mío, pues sois mi igual, si no mi maestro. –La marquesa se volvió hacia Volnay, que estaba estupefacto–. Así es, caballero. Las cosas no son siempre lo que parecen, y muy loco está el que se fía de las apariencias.

Volnay se fijó entonces en que la sombra de la marquesa proyectada sobre el suelo borraba los maravillosos arabescos de la alfombra de seda.

–¿Tenéis la segunda carta? –le preguntó el conde.

La marquesa sonrió con gravedad.

–Gracias al monje, a vos y a vuestro amigo aquí presente.

Y Casanova entró a su vez, arrancando a Volnay y a Chiara una exclamación de sorpresa. Iba magníficamente vestido y ostentaba una actitud a la vez contrita y audaz. Con gran solemnidad, le tendió la carta a la marquesa de Pompadour.

–Señora, aunque actué mal escondiendo esta carta, ha llegado el momento de redimirme. Por vos, señora... –dijo, y se inclinó para añadir, refiriéndose a Chiara–: y por los bellos ojos de la señorita.

Como si descubriera de pronto toda la doblez del personaje al mismo tiempo que su increíble audacia, la joven italiana se sonrojó de indignación. En cuanto a Volnay, habría destripado de buena gana al veneciano. ¡Tantos días y tantos esfuerzos en busca de una carta que estaba en manos de quien los acompañaba! El monje se contentó con elevar los ojos hacia ese cielo en el que creía tan poco. Que Casanova hubiera sido tocado por la gracia era algo que lo superaba. Lo cierto es que el veneciano, cual un enamorado, sonreía a Chiara como si acabara de demostrar para siempre su amor y su buena fe natural.

–Sois digno de reprobación –le dijo con severidad la marquesa a Casanova. Luego sus facciones se dulcificaron–. Sin embargo, el último gesto es el que vale y es preferible terminar así que empezar.

El caballero de Seingalt se inclinó de nuevo.

–Por lo demás –añadió la Pompadour–, esta buena acción no me sorprende tanto. ¿Acaso no escribisteis en una carta: «Pobre pueblo que muere de hambre y de miseria, o al que toda Europa va a acabar matando para enriquecer a los que lo han engañado»? Porque eso es lo que le escribisteis a un amigo, ¿no es cierto, caballero de Seingalt?

Casanova palideció imperceptiblemente y asintió.

–Pues sí, señor mío –continuó la marquesa–, en Francia, al igual que en otras

partes, se intercepta la correspondencia y se abren las cartas. Llevad cuidado con la inquisición postal y sed más prudente en el futuro, hermano...

Todos los presentes se sobresaltaron, excepto el conde.

–Sí –dijo la marquesa de Pompadour–, el caballero de Seingalt es, como todos los que nos encontramos aquí, francmasón, si bien los caminos que él toma difieren a menudo de los nuestros. En cuanto a vos... –continuó, después de volverse hacia el monje–, señor o querido hermano, puesto que este término tiene un segundo sentido que os concierne, habéis sido el primero en resolver este enigma. Y le habéis recordado al caballero de Seingalt sus deberes. Nunca podré expresaros bastante mi gratitud. Lleváis un hermoso apellido, un gran apellido, y espero lograr que lo recuperéis algún día. Nadie lo merece más que vos.

El monje hizo un gesto de exquisita humildad, pero su mirada brillaba con ese orgullo intelectual que le era propio.

La marquesa de Pompadour abrió con cuidado la carta y la leyó despacio, con aire concentrado. Cuando hubo terminado, hizo un movimiento con la cabeza que podía significar cualquier cosa y se la tendió al conde.

–¿Tendréis la bondad de quemarla?

El conde la cogió con precaución, como si le repeliera tocarla, y la leyó antes de levantar la cabeza.

–¿La habéis leído? –le preguntó a Casanova.

Este hizo un gesto socarrón.

–¡Por supuesto! ¡Necesitaba saber cuál era su valor!

–Gracias por vuestra franqueza –dijo el conde sonriendo, y se volvió hacia los demás para continuar–: Todos habéis participado en esta aventura y conocéis desde esta noche ciertas verdades. Es de recibo, pues, que podáis leerla como lo ha hecho el caballero de Seingalt. En esta carta se me designa como el primero de todos los masones de Francia y de Europa. Se la di a la señora marquesa de Pompadour para que me reconocieran algunos de sus amigos, aunque había conservado una copia por precaución.

La marquesa le tocó ligeramente un brazo.

–Y yo no debería haberla cogido, era demasiado peligroso... –Su mirada clara recorrió a los presentes–. Ahora comprendéis por qué tanta gente la buscaba tan activamente. Comprometer al conde ya es mucho, pero comprometerme a mí es poner a Francia en manos del partido devoto o de la primera aventurera con un poco de cerebro que se deslizara en la cama del rey.

El conde de Saint-Germain le tendió la carta a Volnay, que la rechazó educadamente.

–Monseñor, no tengo ninguna necesidad de leerla, lo que vos habéis dicho me basta.

El conde hizo una ligera inclinación de cabeza antes de tenderle la carta a Chiara y luego al monje. Ambos rechazaron leerla con la misma cortesía. El conde de Saint-Germain se acercó, pues, a un candelabro para prender fuego al papel y lo sostuvo con la mano sobre la chimenea mientras se consumía. No lo soltó hasta que las llamas empezaron a lamerle los dedos.

En ese momento, un criado con librea llamó y entró.

–Monseñor, están aquí –dijo simplemente.

El conde suspiró y se volvió hacia Volnay.

–Señor comisario de las muertes extrañas, espero que sepáis lo que hacéis. Ahora ya es demasiado tarde para retroceder.

En ese momento entró Sartine y en la habitación la temperatura pareció bajar diez grados. Se produjo un silencio denso que pareció adormecer a todos. Solo los ojos del monje brillaban como siempre que se hallaba enfrentado a un experimento interesante o a un arduo problema. El conde dio un paso adelante, con el entrecejo ligeramente fruncido.

–Señor lugarteniente de policía, os agradezco que os hayáis desplazado hasta aquí.

Sartine se inclinó galantemente ante la marquesa de Pompadour y saludó al conde.

–Es mi deber –dijo con afectación– ir allí donde la señora marquesa me ordena... –Su mirada recorrió a las personas reunidas y se detuvo al llegar a Volnay–. Aunque descubra que me encuentro en singular compañía –añadió en un tono poco agradable.

–Señor de Sartine –se apresuró a intervenir la marquesa de Pompadour–, escuchadme, os lo ruego. ¿Habéis seguido todas mis instrucciones?

Sartine se inclinó de nuevo con deferencia, pero su mirada seguía siendo fría.

–Señora, tal como me invitabais a hacer en vuestro correo, he ido a las ruinas del castillo mencionado para encontrar allí los cuerpos de numerosos fanáticos, identificados como pertenecientes a la peligrosa Hermandad de la Serpiente. Uno de ellos corresponde a la descripción que hicieron unos campesinos que los vieron salir precipitadamente de la residencia del antiguo Maestro de la citada Hermandad. Después he convocado a la persona que me indicabais. Como veis, obedezco ciegamente, pero espero que ello no provoque incidentes...

–No temáis, señor lugarteniente de policía –dijo la marquesa–. El rey os estará agradecido.

De nuevo llamaron a la puerta. El mismo criado de antes entreabrió la puerta y le susurró unas palabras al conde, que asintió.

–Aquí está nuestro hombre –dijo este sin más.

–Entonces, ha llegado el momento de retirarme –dijo la Pompadour. Y al ver que el conde se disponía a salir con ella, lo detuvo con un gesto afable y

fatigado–. Dejadlo, amigo mío, Chiara y el caballero de Seingalt me acompañarán.

Salió, acompañada de Casanova y de la joven italiana, que rechazó el brazo que le ofrecía el veneciano. Volnay los miró alejarse, sombrío, pero, en el momento de cruzar la puerta, Chiara se volvió y le dijo al policía:

–Caballero, pasad por mi residencia en cuanto podáis, por favor.

Por un instante, el corazón de Volnay dejó de latir. Se quedó blanco como el papel y a continuación se sonrojó. El monje disimuló una sonrisa y el conde, haciendo como si no se hubiera dado cuenta de nada, fue hasta un sillón y se sentó dejándose caer. La carga de las preocupaciones acababa de alcanzarlo, y a Volnay le pareció distinguir durante una décima de segundo el peso de los años sobre sus hombros, muchos más de los que cabía creer...

La puerta se abrió de nuevo. El padre Ofag entró y se quedó inmóvil al ver al comisario de las muertes extrañas y al monje.

–¿Qué significa esto, Sartine? –dijo–. Me convocáis sin ninguna explicación en casa del señor conde...

–Se interrumpió para saludar a este con una breve inclinación de cabeza. Al bajar los ojos, quedó deslumbrado por el resplandor de las hebillas de los zapatos y de las jarreteras de diamantes de su anfitrión.

–Disculpad mi humilde vestimenta –murmuró el padre Ofag, sarcástico–, Jesucristo no tenía más ropa que la que llevaba puesta.

El conde hizo caso omiso del ataque y se inclinó con gracia. La mirada del otro recorrió la habitación y se detuvo en el monje.

–¿Qué veo? –dijo con la voz sibilante de una serpiente–. ¡Un hereje en la morada de un inmortal!

El monje se encogió despreocupadamente de hombros.

–Yo me definiría más bien como un filósofo, puesto que es preciso formar parte de algo reprensible.

–¡Pecador!

–Es verdad –reconoció el monje–, en mi juventud fui pecador y aspiro a volver a serlo cuanto antes.

Sartine dio un paso adelante. Su expresión seguía siendo neutra, no sabía muy bien dónde ponía los pies.

–El comisario de las muertes extrañas de París –dijo en un tono poco afable– ha considerado oportuno reunirnos para hacernos partícipes de sus descubrimientos...

–Antes de nada, sería de justicia dar gracias a Dios por haber permitido resolver todo este asunto –lo interrumpió Volnay en un tono convencido.

Los ojos del monje se achicaron, pero no dijo nada e hizo lo indicado en

silencio, seguido de los otros. El padre Ofag sacó maquinalmente su rosario. El comisario de las muertes extrañas levantó de pronto la cabeza.

–Padre Ofag, tenéis un rosario de boj muy bonito. –Todos lo miraron como si se hubiera vuelto loco–. ¿Puedo verlo?

El policía tendía resueltamente la mano. Por un instante, el padre Ofag dudó, pero acabó dándole el rosario. Volnay se dirigió hacia la ventana para observarlo a la luz. En la habitación, todo el mundo contenía la respiración.

–Falta una cuenta, padre Ofag –dijo Volnay con frialdad.

–En efecto, comisario, he perdido una y no he tenido tiempo de mandarlo a reparar. Es un recuerdo de familia.

El policía se metió despacio una mano en el bolsillo y sacó un pañuelo que desdobló con extrema lentitud hasta dejar ver una cuenta de boj.

–¿No será esta?

La seguridad pareció abandonar de pronto al padre Ofag.

–Es posible.

Volnay se acercó con calma a él. Sus ojos eran dos cuchillas de acero.

–¿Sabéis dónde la he encontrado?

El otro respiraba débilmente, evitando mirarlo. Negó con la cabeza despacio, pero no pronunció una sola palabra. El policía continuó con un tono glacial:

–He encontrado esta cuenta de rosario junto al cadáver de una joven prostituta que ejercía de vez en cuando en el Parque de los Ciervos. Esa pobre chica era bastante codiciosa, por lo que hemos sabido, y acababa de encontrar a un pájaro al que desplumar. Un hombre al que le hacía chantaje...

–¡Hacéis un castillo de un grano de arena! –exclamó vivamente el padre Ofag.

El policía se acercó más a él, lo asió de un brazo y le subió la manga a la fuerza, dejando al descubierto un antebrazo con tres largas marcas rojas. El policía lo miró fijamente y el padre Ofag se encogió de vergüenza ante la idea de lo que iba a seguir.

–¡Tres arañazos ensangrentados, como las uñas de vuestra víctima! Os pasáis el día hablándonos de virtud, pero dentro de vos, y de todo el mundo, hay una fiera. Necesitabais una mujer. Encontrasteis una llamada Marcoline. Os encaprichasteis de ella. Pero resulta que las mujeres como Marcoline no tienen en la cabeza más que su propio interés pecuniario. Decidió haceros chantaje o vender ese secreto al mejor postor, cosa que quizá habría hecho de todos modos en uno u otro momento.

Volnay retrocedió con un ligero pestañeo, tan implacable era el odio que veía en los ojos del padre Ofag.

–Pecado de carne con una prostituta del rey –prosiguió sin compasión el comisario de las muertes extrañas–. En el caso de un prelado como el cardenal

de Bernis, se cierran los ojos, pero en el de la conciencia moral del partido devoto, eso es otro cantar.

–Era una prostituta de Babilonia –replicó de pronto el padre Ofag. Su expresión era tal que todos se estremecieron. El religioso se rehízo y añadió con untuosidad–: La dignidad de mis funciones me había preservado hasta el momento de la tentación, pero es cierto que la carne es débil y que el demonio sabe borrar de nuestra alma todo rastro de gracia. Horrorizado por mi pecado, sentía asco de mí mismo...

–*Omne animal triste post coïtum* –dijo, suspirando, el monje.

El otro no se dio por aludido y continuó con su confesión en un tono convencido:

–Quería poner fin a aquello, pero ella, sabiendo que me tenía agarrado, se negaba... –Un rictus horrendo contrajo sus labios–. ¡No podía permitir que esa mujer de mala vida arruinara la credibilidad del partido de Dios! San Miguel arcángel me protege, acepto la censura de mi falta. ¡Y que Dios y la Virgen bienaventurada me apoyen y vengan en mi ayuda! ¡Ante ellos debo responder por mi pecado, no ante vosotros!

Volnay movió la cabeza, asqueado.

–¡Y ni un ápice de remordimiento!

–¡Cuánto ruido por una furcia! –murmuró el padre Ofag.

El policía parpadeó brevemente.

–Nos estáis mostrando el respeto que sentís por la humanidad –dijo, y volvió a tomar la palabra, como si tuviera prisa por acabar–: Matasteis a Marcoline con vuestras propias manos para estar seguro de que ningún esbirro os hiciera también chantaje. Sin embargo, no sabíais si le había hablado de vos a alguien y si se podía llegar hasta vos por ese crimen. Entonces se os ocurrió una idea. La muerte de una joven a la que le habían arrancado la piel de la cara había conmovido a todo París. Repitiendo ese acto, desviabais las sospechas en otra dirección. Con todo, hacerlo os repugnaba tanto que le destrozasteis la cara, poniendo así una firma distinta en el crimen. Pero eso vos no podíais saberlo.

El padre Ofag no mostró la menor reacción, seguía mirándolo con sus ojos glaciales. Volnay fue hasta la ventana. Un carruaje se ponía en marcha en el patio, llevándose con él a un ser amado.

El monje se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

–¿Cuándo lo descubriste?

–De regreso a París, veía cruces en todas las encrucijadas, y de repente tuve una revelación. ¡El indicio, esa bola de boj, era una cuenta de rosario! Recordé entonces el del padre Ofag y cómo miraba la imagen de María Magdalena. Así nació la sospecha, y creció cuando nos vimos después. Me contaste que Léonilde te había dicho que el amante de Marcoline se santiguaba a menudo y

que le gustaba llevar las manos escondidas dentro de las mangas. Solo faltaba encontrar en el padre Ofag tres marcas sangrientas, las descubiertas bajo las uñas de Marcoline. Ya las hemos encontrado.

–Sí, pero podríais no haber encontrado nada –señaló Sartine.

–La intuición, señor, la intuición...

Por primera vez, en el rostro del lugarteniente de policía apareció la sombra de una sonrisa.

–¡Buen trabajo, Volnay! ¡Un fracaso ahora sin duda os habría enviado a la Bastilla, pero este éxito os lava de todo! –Con extrema lentitud, se volvió hacia el padre Ofag–. Vais a tener que acompañarme...

El clérigo dio un paso adelante, mirando a Sartine a los ojos.

–Señor lugarteniente de policía, tengo que hablar con vos. ¡Ahora!

Sartine asintió vagamente.

–Vayamos a otra habitación a ver a la marquesa de Pompadour.

–¿Cómo? –exclamaron al mismo tiempo Volnay y el padre Ofag.

–Nos espera en un gabinete aquí mismo.

El monje y Volnay cruzaron una breve mirada. El lugarteniente de policía y el clérigo salieron sin decir palabra.

–¿Qué pasa? –le preguntó Volnay al conde.

Este hizo un gesto de incomodidad.

–La marquesa y yo hablamos del asunto. Es mejor así –dijo en un tono neutro.

Los dos hombres no tardaron en regresar. El padre Ofag parecía taciturno, pero aliviado. Con una mirada impávida y glacial, Sartine tomó la palabra:

–Hemos hecho un trato que ha sido validado por la señora marquesa. Mi espíritu y mi corazón se entristecen, pero hay intereses que pasan por delante de todo, ¡el de Francia es uno de ellos! La identidad del asesino de la conocida con el nombre de Marcoline no se hará pública y yo me he comprometido a que todo el mundo olvide lo que acaba de pasar aquí. –Se volvió vivamente hacia el comisario de las muertes extrañas y el monje–. ¡Y eso os incluye a vosotros dos!

La mano del monje se posó en el brazo de Volnay para impedirle contestar de forma irreflexiva.

–Así será –dijo con sobriedad.

El lugarteniente de policía dejó traslucir una pizca de satisfacción. Saludó a su anfitrión y se llevó al padre Ofag con él. El conde los acompañó para despedirlos.

–Así es la vida, hijo mío –dijo el monje con filosofía cuando se quedaron solos.

Y acompañó esta declaración con la sonrisa reconfortante que un padre reserva a su hijo cuando este descubre las miserias del mundo.

–¡Nunca me acostumbraré, padre! –replicó Volnay.

–¡Qué quieres! La marquesa amordaza a su peor enemigo y Sartine será nombrado lugarteniente general de policía de Francia.

–¿Y la justicia?

–Esperará, hijo, esperará un poco más...

Hubo un largo silencio.

–Padre...

–Dime, hijo...

Era un momento crucial en la vida de ambos, pensó Volnay. Había perdido muy pronto a su padre y lo había recuperado tardíamente. Dado que se había construido la mayor parte del tiempo solo y que en la actualidad se había atrincherado en su distanciamiento del mundo, el comisario de las muertes extrañas se guardaba para sí tanto sus dudas e interrogantes como sus sentimientos.

–Hay una pregunta que siempre me ha atormentado. Quizá sea hoy el momento de hacértela.

–Te escucho, hijo.

–Cuando estabas en la hoguera, ¿en qué momento decidiste desdecirte?

El monje lo miró emocionado.

–Cuando tú te echaste a llorar, hijo mío.

Volnay bajó la cabeza. Una lágrima le asomaba por el rabillo del ojo.

«Me ha conocido demasiado tarde –pensó fugazmente su padre–. ¿Cómo recuperar el tiempo perdido y decirle que lo quiero?»

–Veámonos en casa esta noche –dijo el monje estrechándolo entre sus brazos–. ¡Tenemos muchas cosas que decirnos!

–Mañana, padre. Esta noche tengo que ver a otra persona.

Una sonrisa iluminó el semblante del monje.

–¡Por supuesto, muchacho, y esa persona es encantadora!

Antes de salir, Volnay rozó con los labios la barba de su padre en un gesto de una dulzura inesperada.

Por la ventana de su gabinete de música, Chiara vio al policía cruzando el patio. Miró a Volnay y vio en él a un ser desesperadamente recto y sincero, un islote de lealtad en un océano de infamias. Y la joven supo con la misma certeza que nunca sería suyo, porque era demasiado tarde, tanto para ella como para él. Los ojos de Volnay se zambulleron en los suyos con una instantaneidad inesperada. Con serenidad, ella hizo frente como los regimientos españoles durante la batalla de Rocroi, cuando, abandonados por todos, plantaron cara por última vez, formando cuadriláteros para resistir las cargas de la caballería francesa en un campo de batalla devastado.

Se contemplaron largamente. No había ni un rastro de ira en la mirada de Volnay. Ella comprendió entonces que la había amado más que ningún hombre hasta entonces, más aún que Casanova, a quien, con todo, había hecho palpitar el corazón.

«Era una simple aventura –quiso decirle–. Ya lo ves, no ha durado. Lo nuestro, en cambio, es diferente. No tengo gran cosa que darte, seguramente nunca podré hacerte reír, pero pongo mi corazón en tus manos, si tú quieres.»

Chiara lo miraba directamente a los ojos y veía su turbación.

«¿Quiere seguir conmigo? –se preguntó–. Bastaría con que hiciese un gesto, con que diera un paso hacia mí. Duda, viene hacia mí, no, se detiene. No irá a dar media vuelta... Sí, me vuelve la espalda. Se va. Espérame, date la vuelta y me verás llorar. No, todo ha terminado, se ha ido. Este hombre no quiere saber nada de mi amor.»

Casanova la había cogido desenfadadamente por el talle, pero Chiara se había apartado con vivacidad.

–¡Vuestra audacia no tiene límites! –dijo, furiosa–. ¡Nos traicionasteis de forma imperdonable ocultando esa carta con la esperanza de venderla, y todavía os atrevéis a presentaros en mi casa! ¡Y pensar que me reprochabais espiar para la marquesa de Pompadour!

Casanova frunció la frente.

–No soy un mal hombre, Chiara, sino un hombre que se guía por el instinto. Actué mal siguiéndolo en este caso, lo reconozco.

–¡Nos traicionasteis a todos!

–Fue antes de conoceros. ¡No habría vendido esa carta!

–¡Porque el monje os desenmascaró!

–Ah, ese... Digamos que fue la voz de mi conciencia; ¡lo cual demuestra que la tengo!

Chiara abrió los ojos como platos.

–¡Me falta aire! ¡Oír eso de vuestra boca!

–¡Una boca que solo aspira a unirse a la vuestra!

Casanova acosaba a la joven, que lo rechazó sin miramientos.

–Me sedujisteis, me poseísteis e ibais a abandonarme como a todas las demás. Oh, sé que lo hacéis muy bien y que las mujeres nunca os guardan rencor. Espaciáis vuestras visitas, os mostráis menos acuciante, y el día que os marcháis a otro país, ya no hay nada que decir.

Una arrugas de contrariedad aparecieron en la frente de Casanova.

–Chiara, no. No quiero que ocurra eso con vos. No hay nada que no pueda hacer por una mirada o una sonrisa vuestras. –El veneciano añadió con voz ronca–: Llegaría incluso a besar el suelo que pisáis...

Chiara se había apartado de él.

–Sí, seguís queriendo tener mi cuerpo, y mucho, y mi corazón también, pues necesitáis sentiros amado y quizá hasta me améis un poco. –La joven continuó, con la mirada perdida–: Pero ese amor es ligero, voluble, pasa como las nubes por el cielo. Vuestros compromisos son sinceros en el momento, pero a largo plazo, ¿qué queda de ellos? Mañana estaréis triste porque ya no me tenéis, pasado mañana habréis dejado de pensar en mí. La semana siguiente, vuestra mirada se detendrá en una figura que os parecerá encantadora, bien formada y de piel blanquísima. Un amor que muere os hace infeliz, pero las primicias de un amor nuevo colman enseguida el vacío de vuestro corazón.

–Os equivocáis, quiero quedarme con vos hasta el final de mi vida, y si no fuera por la diferencia de nuestras posiciones, os pediría que os casarais conmigo.

–Aunque estuviera sola con vos en todo el universo, seguiría preocupándome vuestra inconstancia –replicó Chiara con amargura.

El veneciano palideció imperceptiblemente.

–¿Por qué dudáis de mí y de mi constancia para amaros?

Chiara lo miró con gravedad.

–Simplemente porque no está en vuestra naturaleza, Giacomo.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila. Él se estremeció ligeramente, sintiendo que su corazón se ensanchaba al oírlo como si recibiera una caricia.

–Os amo y os adoro.

Le había cogido la mano y se la cubría de besos, deteniéndose en las venillas azuladas de su muñeca. Ella la retiró.

–Vos no amáis a una mujer, sino a la mujer. Y para amar a la mujer, tenéis que amarlas a todas.

Por primera vez en mucho tiempo, Casanova perdió el dominio de sí mismo. Tragó saliva con dificultad, hasta tal punto su boca parecía haberse secado y llenado de polvo.

–Ha habido muchas mujeres en mi vida –balbució– y me acuerdo de todas. Me han amado como mi madre no me amó jamás...

Chiara le dirigió una mirada triste y, cuando le contestó, lo hizo en el tono que se emplea para hablar a los niños:

–Giacomo, no es a vos a quien amo y nunca encontraréis a vuestra madre a través de mí...

Casanova se quedó helado. ¡Así que era eso! De pronto recordó el rostro de su madre, Zanetta, en Venecia, tan guapa, tan maravillosamente guapa... ¡Era el de Chiara!

El veneciano se levantó con torpeza. De repente, a Chiara le pareció viejo y cansado, mortalmente triste. Lo llamó.

–Giacomo...

–¿Sí?

–Acabaréis solo, sin esposa, sin hijos, sin amigos y sin amante también, pues de viejo ya no atraeréis a nadie. No recordaréis haber hecho ninguna buena acción, sino haber recibido placer y haberlo dado..., mucho, sí, ahora lo sé. Pero cuánto sufrimiento después... –Chiara se tragó las lágrimas–. No sé si encontraréis a vuestra madre –continuó con la voz quebrada–, pero seguid mi consejo: parad por el camino y tomaos el tiempo necesario para ser feliz.

Lívido, Casanova se inclinó ante ella.

–Chiara –dijo–, yo soy feliz gracias a mis recuerdos, estaría loco si me creara inútiles remordimientos.

Con el corazón helado por una oscuridad eterna, Casanova salió al patio. Pensamientos contrarios lo agitaban. Normalmente, cuando le sucedía eso iba a un salón de juego o a un burdel para olvidarlos. Pero esta vez no tenía ganas de nada y solo conservaba de esta historia de amor la huella cálida de una tristeza sin nombre. Al llegar a la escalera exterior, vio que Volnay lo esperaba al pie.

–Vos aquí, amigo –dijo el veneciano con un entusiasmo forzado.

El comisario de las muertes extrañas levantó la cabeza y el acero de sus ojos se precipitó hacia su rival. Por las venas de Volnay corrían torrentes de fuego, pero él se sentía tan frío como si estuviera muerto. Dio un paso adelante, con la mano crispada sobre la empuñadura de la espada. Por un instante, su mirada se apartó de la de Casanova para dirigirse hacia las ventanas de los aposentos de Chiara. Pensó en ella, en su encuentro y en las miradas cruzadas. Una impresión de cita fallida flotaba en el ambiente, exacerbada por la insolente presencia del veneciano.

–Tengo que hablar con vos, caballero de Seingalt –dijo simplemente.

XIX

No se sabe amar cuando se sabe
decir adiós.

CRÉBILLON HIJO

Estaba amaneciendo.

Volnay había estado largo rato acariciando a la cotorra antes de escribir su primera carta a su padre pidiéndole perdón y que cuidara del pájaro si a él le ocurría una desgracia.

Querido papá:

He decidido batirme en duelo esta mañana con el caballero de Seingalt. Sé que no aprobarás mi decisión, pero no puedo vivir más tiempo pensando que ese aventurero ha seducido y deshonrado a mi Chiara. Tiene que correr sangre o me volveré loco. Sé que tomo, una vez más, la decisión equivocada, pero es el único camino que puedo seguir.

Espero regresar enseguida y estrecharte entre mis brazos. Si no es así, perdóname y consérvame en tu corazón y en tu recuerdo. Dejo mi cotorra a tu cuidado.

Tu hijo que te quiere.

Dudó, pero finalmente escribió otra carta, esta para Chiara, antes de ir al encuentro de su destino. No contenía más que unas palabras: «Más adelante, cuando esté muerto, me amarás cada vez más...».

Un ligero velo parecía cubrir todavía el prado. Lentamente, haciendo silbar el acero, Volnay desenfundó su espada. Casanova sonrió y desenfundó también la suya. Después de su visita a Chiara, se había recuperado conservando al mismo tiempo la pena.

–Todavía nos queda un enigma por resolver, señor policía, vuestra misión...

–No os comprendo –contestó simplemente Volnay.

Casanova hizo un gesto frívolo con la mano.

–Vamos, vamos, vos sois el último misterio por resolver. Aclarar esos asesinatos no era vuestra principal finalidad, ¿verdad?

–En efecto.

–Matar al rey, ¿era ese vuestro verdadero objetivo? –preguntó amablemente el

veneciano, al tiempo que se ponía en guardia.

Volnay no respondió. Hendía fríamente el aire con su espada. Como duelista reconocido, el caballero de Seingalt mantenía sin fanfarronear una posición tradicional, permaneciendo a una distancia razonable de su adversario y dispuesto a tirarse a fondo en caso necesario.

–¿Puedo preguntaros entonces por qué salvasteis la vida del monarca cuando el atentado de Damiens? –insistió el veneciano.

–El pueblo no estaba preparado –respondió Volnay–. Matar a un tirano es una cosa; si es para sustituirlo por otro...

–Pero recientemente estuvisteis con el rey. Habríais podido...

–¡No era el lugar!

Levantó el arma para prevenir a su adversario y enganchó el hierro. Casanova paró el golpe sin dificultad.

–Temo, Volnay, que no estéis tan entrenado como yo –dijo tranquilamente–. ¡Si supierais la cantidad de maridos celosos a los que he tenido que enfrentarme con una espada en la mano! ¡Y sigo aquí para contarlo!

Lanzó un hábil ataque que estuvo a punto de alcanzar al policía. Este se retiró rápidamente. Los dos adversarios dieron unos pasos atrás para medirse con la mirada.

–¡No es el momento, no es el lugar! Sois muy considerado para ser un asesino, Volnay. A menos que... –El veneciano hizo silbar la hoja de su espada–. ¡Pues claro, el lugar y el momento! ¡Queríais matar al rey en el Parque de los Ciervos! ¡Un rey asesinado en medio de su harén de niñas no puede convertirse en un mártir!

Furioso, Volnay atacó.

–Puesto que muy pronto uno de nosotros estará muerto, puedo responderos. ¡Este rey quiso quemar a mi padre! Por eso ingresé en la Hermandad de la Serpiente.

–¿Y queríais actuar solo?

–¡La historia de los reyes es la del martirio de los pueblos! –dijo entre dientes–. ¡Yo ya no tengo paciencia para seguir esperando!

El caballero de Seingalt lo dejó enganchar en cuarta a fondo, hizo una parada en semicírculo y tiró en tercera hacia el brazo. La hoja arrancó un centímetro de la camisa blanca de Volnay, lo que pareció calmar súbitamente a este. Con un brillo implacable en la mirada, el policía enganchó en cuarta, paró y, con los pies firmemente apoyados en el suelo, lanzó una falsa estocada. Casanova no cayó en la trampa, paró con toda tranquilidad y retrocedió. Ni siquiera parecía cansado después de este intercambio.

–Como os decía, querido amigo, me he batido en duelo con frecuencia y me

he visto obligado a ensartar a algunos maridos cornudos para evitar tragarme la lengua. Con todo, no soy un mal hombre, creedme...

–¡Solo pensáis en vos mismo! –sentenció el policía–. ¡Habláis sin ton ni son, fantoche sin alma!

Casanova suspiró.

–No sé si os dais cuenta de lo grosero que sois conmigo. ¡No merezco esto! Si no fuéramos rivales, nos habríamos hecho amigos...

Los hierros sonaron de nuevo.

–¡Me tiene sin cuidado vuestra amistad! –replicó Volnay, que atacó en cuarta hacia el brazo y encontró en respuesta una parada en primera.

Inmediatamente, el veneciano tiró y tocó el brazo de su adversario.

–Estáis herido –dijo caballerosamente Casanova–. Os propongo dejarlo así.

Sin contestar, Volnay se precipitó hacia él. Los aceros se frotaron brevemente y el veneciano esquivó. Su espada resplandeció un instante con los primeros rayos del sol. Estaba teñida de sangre.

–¡Estáis loco, Volnay!

Con una mano sobre el costado ensangrentado, el policía se tiró a fondo.

–¡Payaso! ¡Necesitabais tenerla a ella también!

–¡Son las mujeres las que nos asignan los papeles, y no a la inversa! –dijo jadeando el caballero de Seingalt, mientras se apresuraba a parar.

–¡Y Chiara os asignó a vos el mejor papel! –rugió Volnay, retrocediendo.

–¡Qué loco! –gritó Casanova–. ¡Ha sido mía, pero es a vos a quien quiere!

Esa declaración pareció multiplicar el furor de Volnay, que perdió todo el control de sí mismo. Su espada hendía el aire, rasgando los faldones de la chaqueta del caballero de Seingalt, el cual pensó que lo había tocado y retrocedió sin bajar la guardia.

–¡Volnay! –gritó–. La vida es un tablero de juego, yo acepto las ganancias y las pérdidas. He desterrado de mi vida los celos: dificultan las relaciones y afean al que se deja atormentar por ellos. ¡Haced vos lo mismo, os lo ruego!

De forma totalmente imprevisible, el policía interrumpió el combate y se puso a girar sobre sí mismo, con la espada bajada.

–¿Qué os dijo al salir de vuestra cama? –gritó–. ¿Que erais un amante maravilloso? ¿Que no había sentido nunca un placer semejante?

Casanova resopló ruidosamente. Ya no estaba tan en forma como a los veinte años.

–Me dijo que hay caricias repetidas que son como heridas...

El veneciano se estremeció. Volnay acababa de gritar como un poseso y la punta de su espada hendió el aire, directa hacia su corazón.

–¡Deteneos! ¡Voy a mataros! –gritó Casanova.

No había terminado la frase cuando Volnay se ensartó de golpe en su espada.

Casanova retiró despacio la hoja del cuerpo de su adversario. Una vez liberado, este cayó lentamente al suelo.

Volnay vio desfilar su vida en mil mariposas de luz. Se fijó en que una de ellas brillaba más que las otras antes de que todo se tornara negro. El veneciano, raudo, lo cogió por la nuca para impedir que se golpeara la cabeza. Lo sostuvo un momento así antes de depositarlo con cuidado en el suelo. Volnay permaneció sobre la hierba, sin moverse. Entonces, el caballero de Seingalt se inclinó hacia él y, en un sorprendente gesto de dulzura y contrición, le besó los labios.

Epílogo

Querido Volnay:

Me he alegrado de tener noticias vuestras a través de nuestra amiga común, así como de saber que gozáis de buena salud. Fue una suerte que, después de haberos ensartado malhadadamente con mi espada, el conde y vuestro monje acudieran con la prontitud suficiente para poder prodigaros los primeros cuidados indispensables. Son unos hombres notables en muchos aspectos, y vos sabéis a qué me refiero.

Por mi parte, como sin duda habéis sabido, tuve que marcharme de Francia de forma bastante precipitada. Veinte chicas, a cual más guapa y amable, trabajaban en mi fábrica confeccionando telas pintadas. Ese modesto serrallo era encantador. Me entró curiosidad por mis obreras, a quienes les encontraba mucho mérito, y me hicieron pagar cara mi curiosidad, pues fui pródigo con cada una de ellas. Cuando me había cansado de una y encaprichado de otra, no podía decidirme a poner celosa a la anterior y, para no apenarla, continuaba manteniéndola.

Mi fortuna se fue en ello. ¡Sí, acabé arruinado por mis obreras! Me vi obligado, pues, a vender acciones de mi fábrica a un estafador que me puso un pleito y mandó que embargaran mi empresa. ¡Es cuando un hombre está herido que lo atacan! La mala gente se ensañó entonces conmigo, buscando mi perdición y acusándome de todo: falsificación en escritura, rapto de mujeres... Me acusaron incluso de fornicar con las monjas, ¡a mí, que respeto tanto la religión y a todas las que se consagran a ella con celo!

En resumen, decidí liquidar todo lo que me quedaba y marcharme a Holanda. Mi salud es buena y nunca me he encontrado tan bien. Cuando tenga un poco de tiempo, tendré que escribir las memorias de mi vida. Es una vida que lo merece.

Y ¿qué decir de nuestra amiga italiana? Os ama, estad seguro de ello, aunque haya regresado a su país. Pero, cuidado, cuando se encuentra la perla, el dragón nunca está muy lejos...

Cuidaos mucho y estad atento a las señales del destino. Los dioses se acercan a veces a los hombres por caminos extraños y difíciles de reconocer. Hacen no pocas cosas que no parecen albergar esperanzas. Y lo que se esperaba encuentra a menudo otra salida...

Vuestro muy devoto amigo,

1 «Cangrejo de río» y «vicio» en francés. El término *vice* y la sílaba final de *écrevisse* se pronuncian igual. (*Todas las notas son de la traductora*.)

2 En español en el original.

Título original: *Casanova et la femme sans visage*

Edición en formato digital: febrero de 2014

En cubierta: fotografía de © Kiselev Andrey Valerevich/Shutterstock
© Actes Sud, 2012
© De la traducción, Teresa Clavel Lledó, 2014
© Ediciones Siruela, S. A., 2014
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-22-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Casanova y la mujer sin rostro	4
I	8
II	19
III	34
IV	58
V	69
VI	87
VII	100
VIII	118
IX	126
X	143
XI	171
XII	192
XIII	203
XIV	207
XV	220
XVI	229
XVII	239
XVIII	248
XIX	260
Epílogo	264
Notas	266
Créditos	269